

7
2
4-1-17

COMPENDIO

DE

HISTORIA SAGRADA

POR

DON JUAN DE DIOS VICO Y BRABO,

CATEDRÁTICO DE LA FACULTAD DE DERECHO

EN LA

UNIVERSIDAD DE GRANADA

GRANADA

IMP. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1896

Biblioteca Universitaria
GRANADA
B
111

BIBLIOTECA MUNICIPAL
GRANADA
Sala: B
Estante: 5
Número: 234

R-26. 161

M
667

COMPENDIO
DE
HISTORIA SAGRADA

POR

DON JUAN DE DIOS VICO Y BRABO

CATEDRÁTICO

DE LA FACULTAD DE DERECHO EN LA UNIVERSIDAD DE GRANADA,

PROFESOR DE HISTORIA SAGRADA

EN LAS ENSEÑANZAS GRATUITAS DE LA MUJER,

QUE COSTEA LA REAL SOCIEDAD ECONÓMICA DE AMIGOS DEL PAÍS

DE DICHA CIUDAD Y SOCIO DE MÉRITO

DE LA MISMA CORPORACIÓN



GRANADA

IMP. DE D. JOSÉ LÓPEZ GUEVARA

1896



ADVERTENCIA

Con el fin de que los lectores de este Compendio puedan, si lo desean, profundizar sus conocimientos en *la Historia Sagrada* estudiándola en sus fuentes, citamos en los pasajes más importantes el libro, capítulo y verso de *la Sagrada Escritura*, en que se comprende el suceso; tomando las indicadas citas de *la Santa Biblia*, traducida al español de *la Vulgata Latina*, por el P. Scio de San Miguel. Edición de 1878.

APROBACIÓN

Presentada esta obra para su aprobación al Excmo. é Ilmo. Sr. Arzobispo de Granada, S. E. I. se sirvió nombrar Censor de la misma, por decreto de 14 de Julio de 1896, al Sr. Dr. D. Joaquín Romero Saavedra, Cura propio de la parroquia de Ntra. Señora de las Angustias, Examinador Sinodal del Arzobispado y Catedrático de Religión y Moral en la Escuela Normal de Maestros de dicha capital, el cual emitió la siguiente

CENSURA

Excmo. é Ilmo. Señor.—El Párroco de Ntra. Señora de las Angustias, en cumplimiento del anterior decreto de V. E. I. ha leído detenidamente el COMPENDIO DE HISTORIA SAGRADA, redactado por el Profesor de Derecho de esta Universidad Sr. D. Juan de Dios Vico y Brabo y lo encuentra en armonía con el texto de la Sagrada Escritura y Tradición de la Iglesia, expuesta la doctrina con claridad y sencillez y refutados los errores principales que ha suscitado la incredulidad; por lo que lo considera de utilidad para la enseñanza de la juventud.

Por lo tanto, opina el informante, que puede darse á la imprenta, si así lo estima el ilustrado criterio de V. E. I.—Granada 31 de Julio de 1896.—*Joaquín Romero Saavedra.*

En su consecuencia se dictó el siguiente

DECRETO

Granada 10 de Agosto de 1896.

Vista la anterior solicitud y la censura del Párroco de Ntra. Señora de las Angustias, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse la obra COMPENDIO DE HISTORIA SAGRADA, escrita por el Sr. Dr. D. Juan de Dios Vico y Brabo, Catedrático de esta Universidad Literaria.

Lo decretó y firma S. E. I. el Arzobispo mi Señor, de que certifico.—*El Arzobispo.*—*Dr. Manuel Pesquero González,* Canónigo Secretario.

Al Sr. D. Manuel Forni Campos,
en prueba de consideración y aprecio.

El Autor.



COMPENDIO
DE
HISTORIA SAGRADA

PARTE PRELIMINAR

CAPÍTULO I.

Definición de la Historia Sagrada.

Si definir equivale á exponer con exactitud, claridad y precisión la naturaleza de una cosa, sería muy difícil dar la definición de la *Historia Sagrada*, sin tener antes una idea del concepto general de la *Historia*; por consiguiente, procuremos fijar éste, y una vez conseguido, fácilmente definiremos aquélla.

El hombre, formado á imagen y semejanza de Dios su Criador, goza entre todas las criaturas del don supremo de la razón, siendo, por tanto, libre é inteligente. Al recorrer los senderos de la vida, puede ir en derechura á su fin ó apartarse de él; pero cualquiera que sea su modo de obrar, la acción paternal de la Providencia no le abandona nunca; y sin que

ella influya de modo alguno en su libertad; la mano del Padre celestial aflige, levanta, abate ó regenera el espíritu de la criatura más perfecta y más querida de Dios, unas veces utilizando el Señor su infinita misericordia, otras su también infinita justicia.

Cuando el hombre ejercitando las potencias de su alma sube á través de los siglos, mediante la investigación científica, contempla la primera celeste alborada, escucha la palabra creadora y lee en la *Revelación* cuantos misterios se refieren al cumplimiento de su destino sobre la tierra, puede fácilmente encontrar en cada una de las vicisitudes que ha experimentado la humanidad en su paso por el mundo, en cada uno de los diversos hechos que han tenido lugar dentro de los siglos, otras tantas provechosas lecciones, que le dicta el amor de Dios, al mostrarle los secretos de su Sabiduría y las leyes de su Omnipotencia infinita, en cuanto necesita conocerlos para el logro de su fin providencial. En esta investigación científica y en su resultado encontraremos ya el concepto de *la Historia*, que en general podemos definir, diciendo es «*la realización en el tiempo y en el espacio del plan eterno de Dios, mediante la libertad de su criatura inteligente.*»

Definida de esta suerte *la Historia*, no puede en rigor distinguirse en *sagrada y profana*; en efecto, la *la Historia*, en su sentido más lato, considerada como estudio de los hechos ó sucesos, que han tenido lugar

en épocas anteriores, ya en todo el globo (*Historia general*), ya en una Nación determinada (*Historia particular*), ya, finalmente, refiriéndose á un solo personaje (*Biografía*), *la Historia* no puede ser más que una, la manifestación del plan eterno de Dios, mediante la libertad de su criatura inteligente, puesto que el hombre, ni colectiva ni individualmente considerado, puede mirársele nunca como el ser que marcha al acaso, sin rumbo fijo adonde encaminarse, ni brújula que le guíe en su derrotero, sino como al ser formado á imagen y semejanza de Dios, que tiene un origen, un fin y unos medios de que valerse para llevarlo á cabo, dependiendo del buen ó mal empleo de estos medios, su felicidad ó infelicidad eterna; pero sirviendo siempre sus hechos para demostrar la acción de la Providencia y para contribuir á la gloria de Dios. Por consiguiente, *la Historia* no es más que una y ésta sagrada ó religiosa, porque como dice un docto escritor contemporáneo, «*la Historia* entraña la alta y »sublime idea del Hacedor Supremo, en sus relaciones de inteligencia infinita, de amor infinito y de »voluntad infinita con el hombre, por medio del Dogma, la Moral y el Culto, que son las partes que constituyen la Religión, vínculo misterioso y sublime que »liga la criatura con el Criador, cadena de oro que »une la tierra con el cielo. Un mundo sin Providencia sería un hecho sin causa: *la Historia* sin Dios, el panteón de una raza de hombres degenerados, y el

»historiador sin fe, el sepulturero del vasto cementerio de las generaciones que pasaron, sobre cuyos negros sepulcros no posará jamás sus blancas plantas el Ángel de la Resurrección.» (1) Mas si considerada de este modo general, no cabe se exponga de otra suerte el concepto de la Historia; si descendemos á estudiarla más en concreto y nos fijamos en hechos determinados, es posible ya hacer distintas divisiones de la misma, según la índole, carácter y condiciones de aquéllos, que son el objeto de nuestra investigación científica; pudiendo ya bajo este aspecto distinguirse entre la *Historia Sagrada* y la *profana*. Siendo la primera el objeto de nuestro estudio, procuremos fijar su concepto y dar su definición.

Las dos ideas, Criador y criatura, traen como lógica consecuencia la de relación de superioridad é inferioridad. En efecto, si Dios ha criado al hombre formándole á su imagen y semejanza y dándole un fin superior al de las demás criaturas, también indudablemente ha de haberle dado medios de conseguir dicho fin. El conjunto de estos medios forma lo que se llama la *Religión*, que, como demuestra la etimología de la palabra, proviniendo de la latina *religare*, que se traduce, *volver* á ligar ó á atar; *Religión* significa lo mismo que doble vínculo, que une á los hombres con Dios su Criador. Debido es esto á que como el hom-

(1) Serrano. Historia universal. Discurso preliminar.

bre cayera del estado de gracia y santidad en que había sido formado, á consecuencia de su prevaricación, se hizo indispensable ligar de nuevo el vínculo que le unía á su Dios y que la criatura con su pecado había roto; mas el hombre que por sí no hubiera podido lograrlo, llegó á conseguirlo mediante la venida del Redentor. La *Religión*, por consiguiente, ha sido, es y será una y la misma desde el principio del mundo hasta la consumación de los siglos; porque uno ha sido su Autor, Dios, uno su objeto, la santificación y salvación de la criatura, uno su dogma, una su moral y uno su culto; no hay más diferencia, sino que la *Religión* en el *Antiguo Testamento* se refería á Jesucristo venidero, lazo misterioso y necesario de la alianza entre Dios y el hombre, mientras que en el Nuevo ya se refiere á Jesucristo descendido á la tierra, siendo de esta suerte la fe en el Redentor, el fundamento de la *Religión* en todos los siglos, y pudiendo ella compararse á un magnífico cuadro, que Dios comienza en el principio del mundo, bosqueja en tiempo de los Patriarcas, perfecciona en el de Moisés y termina en el de Jesucristo.

Según puede comprenderse en vista de lo expuesto, Dios, acomodándose á la debilidad de sus criaturas, ha hecho con ellas en orden al establecimiento de la *Religión*, lo que una tierna madre con su querido hijo, á quien facilita el alimento según lo exige el desarrollo de su edad, ó como acontece en el orden

material, que antes de que el sol lance sus rayos en el horizonte, le preceden los tibios fulgores del crepúsculo y la argentina claridad de la aurora. Cuando nosotros estudiamos esa serie admirable de sucesos, que han tenido lugar en orden al establecimiento de la *Religión*, formamos, por consiguiente, una *Historia*, que atendido su objeto, no puede menos de calificarse de *sagrada*, la cual, por tanto, definiremos diciendo es *la narración de los hechos, que en lo referente al establecimiento de la Religión, han tenido lugar desde la Creación del mundo hasta la venida de nuestro divino Redentor Jesucristo*, ó bien, si queremos dar una definición calcada en la general de la *Historia*, que antes dimos, podemos decir es *la realización en el tiempo y en el espacio del plan eterno de Dios, en orden á la salvación y santificación del hombre, mediante el divino Redentor y Reparador Jesucristo*; pues como dice un eminente escritor contemporáneo, la *Historia Sagrada* puede dividirse en dos grandes épocas, que se reasumen en estas palabras: *Todo para Jesucristo, Jesucristo para el hombre y el hombre para Dios.* (1)

(1) Gaume. Catecismo de perseverancia. Introducción.

CAPÍTULO II.

Fuentes de la Historia Sagrada.

La *Historia Sagrada* se contiene en la *Santa Escritura* y en la Tradición. En los primeros tiempos las enseñanzas de la Religión eran puramente orales. Los hombres, ya considerando el espectáculo de la naturaleza, ya oyendo la relación de sus abuelos, muchos de los cuales habían recibido directamente de Dios alguna verdad, ó por lo menos descendían ó habían conocido y tratado, al que había obtenido dicho beneficio del Señor, venían fácilmente con el auxilio de estas dos fuentes de instrucción, en conocimiento de la existencia de Dios y de las grandes verdades religiosas; pero más adelante, al desaparecer las costumbres sencillas de los Patriarcas, la Fe estuvo muy próxima á extinguirse, porque las pasiones dilatando su imperio, corrompieron su corazón y obcecaron el entendimiento; por eso Dios que velaba por la felicidad del género humano, para que la enseñanza de la *Religión* fuese más sagrada é inalterable, grabó sobre piedra su santa Ley. Moisés, por encargo del Señor, escribió los preceptos referentes al orden religioso; Aarón y sus sacerdotes recibieron el encargo de explicarlos, preservándolos de todo error, y la Sinagoga, depositaria de todos los libros sagrados, velaba día y noche en su custodia, resolviendo las cuestiones

religiosas que se suscitaban entre el pueblo. Más tarde los profetas, hombres inspirados de Dios escribieron sus predicciones, y éstas, unidas á la historia del pueblo escogido, forman la primera parte de la *Escritura Sagrada*, que se conoce con el nombre de *Antiguo Testamento*, el cual consta de cuatro partes, á saber:

1.^a El *Pentateuco*, ó sean los cinco libros escritos por Moisés, que son: el *Génesis*, que contiene la Historia de la Creación y los grandes sucesos acaecidos al pueblo de Dios hasta su salida de Egipto; el *Éxodo*, donde se refiere el viage milagroso de los Israelitas por el desierto y la publicación de la Ley; los *Números*, así llamados porque contienen la enumeración de los hijos de Israel, además de otros preceptos encaminados á conservar el orden entre el pueblo: el *Levitico*, que explica las ceremonias de la Religión y las leyes referentes á la tribu de Leví, que era la sacerdotal entre los hebreos y el *Deuteronomio*, que es un resumen de las leyes promulgadas anteriormente.

2.^a *Los libros históricos* que contienen la historia del pueblo de Dios, en general, y además algunas particulares de ciertos personajes importantes. Pertenecen á la primera clase *el libro de Josué*, *el de los Jueces*, *cuatro de los Reyes*, *dos de Paralipómenos*, suplemento á los anteriores, *el de Esdras*, *el de Nhemias* y *los dos de los Macabeos*, y á la segunda los libros de *Ruth*, *Tobías*, *Judith*, *Esther* y *Job*.

3.^a *Los libros de Instrucción y Oraciones, como los Salmos de David, en número de ciento cincuenta; los Proverbios, el Ecclesiastes, el Cantar de los Cantares, de Salomón; el libro de la Sabiduría y el del Ecclesiástico.*

4.^a *Los libros proféticos, que comprenden los escritos de los Profetas llamados mayores y que son David, Isaías, Jeremías, Ezequiel y Daniel, y los de otros doce llamados menores, porque escribieron menos que los anteriores ó no se conservaron sus escritos en número tan considerable como aquéllos, y son: Oseas, Joel, Amos, Abdías, Miqueas, Jonás, Nahum, Habacuc, Sofonías, Aggeó, Zacarías y Malaquías.*

Al lado de esta enseñanza escrita, Dios conservó también la oral: no todas las verdades se consignaron en los libros, muchas se confiaron á la Tradición, para que por este medio fuesen trasmitidas á las futuras generaciones. Buena prueba de ello es que, como nos refiere el citado libro del *Deuteronomio*, en su capítulo VI, verso 20, Moisés, poco antes de morir, dijo al pueblo de Israel: «*Acuérdate de los tiempos antiguos, considera de una en una las generaciones, pregunta á tu padre y te lo declarará, á tus mayores y te lo dirán.*» Si las fuentes de la *Historia Sagrada* fueran sólo la palabra escrita, no se hubiera expresado Moisés en estos términos, sino que hubiera recomendado acudir á sus libros y consultar lo que había consignado en ellos; pero como sin el auxilio de la Tra-

dición no era fácil entenderlos, Moisés, siguiendo la costumbre de los demás Patriarcas, erigió monumentos y estableció ceremonias, que explicándose al pueblo por los encargados de ello, dieran testimonio de los prodigios de Dios obrados en favor de los israelitas: luego la *Escritura* y la *Tradicición* son las dos fuentes de la verdad religiosa antes de la venida del Mesías; sucediendo lo mismo después, como veremos luego.

La segunda parte de la *Sagrada Escritura*, recibe el nombre de *Nuevo Testamento*, el cual se divide á su vez en tres partes, á saber:

1.^a *Los libros históricos*, en que se refiere la vida de Nuestro Señor y de los Apóstoles, con la historia de la *Nueva Alianza*, y son los *cuatro Evangelios de San Mateo, San Marcos, San Lucas y San Juan* y los *hechos de los Apóstoles* escritos por San Lucas.

2.^a *Los libros doctrinales*, compuestos de las *Epistolas ó cartas de los Apóstoles*, que son: *catorce de San Pablo, una de Santiago, dos de San Pedro, tres de San Juan y una de San Judas*; siendo el objeto de todas, dar á conocer la *Nueva Alianza*, explicarla y poner de manifiesto su espíritu, que, como en la antigua, consiste en el amor de Dios y del prójimo.

3.^a *Un libro profético*, el *Apocalipsis de San Juan*, en el que, mediante una forma inspirada, enseña el discípulo amado que la *Nueva Alianza* establecida por Jesucristo debe conducirnos todavía á una unión más íntima con Dios en el cielo.

Al lado del *Nuevo Testamento* hay también una *Tradición* que conserva muchas verdades no escritas en aquél, correspondiendo la guarda y explicación, tanto de la palabra escrita como de la oral, al cuerpo docente de la Iglesia católica.

CAPÍTULO III.

Divisiones de la Historia Sagrada. Autenticidad é integridad de ella.

La *Historia Sagrada*, podemos decir en vista de lo expuesto, que abraza dos grandes períodos: el primero, que comprende los sucesos acaecidos desde la Creación del mundo hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo, y que son objeto del *Antiguo Testamento*; y el segundo, los que tienen lugar desde la dicha venida, hasta que habiendo recibido los Apóstoles el Espíritu Santo, se esparcieron por toda la tierra, llevando por doquiera la buena nueva y haciendo de todos los hombres una sola familia, cuyos acontecimientos son la materia del *Nuevo Testamento*. Sin embargo, para mayor facilidad en el estudio, el largo espacio de cuatro mil años que comprende el primer período, se subdivide en otros menores, haciéndose ordinariamente del mismo seis épocas, á saber:

La primera, desde la Creación hasta el Diluvio universal, abrazando un espacio de tiempo de 1656 años.

La segunda, desde el Diluvio hasta la vocación de Abraham, ó sea desde 1657 á 2084, comprendiendo por tanto 426 años.

La tercera, desde la vocación de Abraham hasta la salida del pueblo de Israel de Egipto, ó sea desde 2085 á 2513, correspondiendo 430 años.

La cuarta, desde la salida del pueblo de Israel de Egipto hasta la fundación del templo de Salomón, ó sea de 2514 á 2993, abrazando 480 años.

Lo quinta, desde la fundación del templo hasta la vuelta de los judíos á Judea en tiempo de Ciro, ó sea desde 2994 á 3468, un período de 475 años.

Y la sexta, desde la libertad dada por Ciro á los judíos hasta el Nacimiento del Mesías, ó sea desde 3469 hasta 4000 ó 4004, según algunos expositores, que es el primero de la Era cristiana, comprendiendo esta última época 532 años. Esta división seguiremos al narrar los sucesos que son objeto de la *Historia Sagrada*.

La palabra *Testamento*, significa *Alianza*, es decir, contrato magnífico entre Dios y el hombre, que contiene por una parte los preceptos y las promesas de Dios, y de otra los deberes del hombre: la antigua prepara la venida del Redentor, por quien los hombres han de obtener la felicidad; la nueva demuestra de qué manera Dios y el pueblo cristiano cumplen ese contrato, sellado con la sangre de Jesucristo y cuya consumación está en el cielo. La unión del An-

tigo y del *Nuevo Testamento* forma la *Biblia* ó *libro por excelencia*, archivo inmortal de la humanidad, que se trasmirá hasta las últimas generaciones, y cuya inspiración, autenticidad é integridad nos debe de merecer más fe que cualquiera obra humana, como demostraremos brevemente; terminando así estos estudios preliminares.

Todos los libros de que consta la *Sagrada Escritura* han sido inspirados, es decir, que Dios reveló á sus autores, no sólo las profecías que contienen, sino también aquellas verdades que la luz de la razón por sí sola no podía descubrir: el mismo Dios les movió á escribir por impulso particular de su gracia y veló sobre ellos para preservarles de todo error.

Si se llama auténtica á una obra cuando pertenece al autor á quien se atribuye, é íntegra, cuando se conserva tal y como salió de las manos de quien la escribió; de la misma manera que no podemos poner en duda, sin ser tachados de locos, la autenticidad é integridad de las obras de los autores antiguos, porque todos los hombres están conformes en ello; con menos motivo podíamos dudar de los libros de la *Sagrada Escritura*, cuando no sólo existe esa conformidad, sino que también millares de judíos y de cristianos han muerto por sostener la autenticidad é integridad de los mismos. Por otra parte, y en lo tocante al *Antiguo Testamento*, los judíos no pudieron alterar sus libros; ellos conservaban el original en el Tabernáculo

y todas las familias tenían una copia; por consiguiente, cualquiera alteración no habría podido por menos de notarse, máxime cuando después del cisma de las diez tribus, y como veremos en su lugar, éstas convertidas en enemigas de las otras dos, hubieran desde luego, respectivamente, clamado contra las alteraciones que cualesquiera de ellas hubiera podido hacer.

Otro tanto podemos decir respecto al *Nuevo Testamento*; antes del cisma de los griegos, un libro que anda en manos de millares de personas, no puede alterarse sin que la alteración pase desapercibida, y si ésta se hubiera hecho después de aquel cisma, la Iglesia griega, enemiga de la latina, se hubiera apresurado á proclamar la dicha alteración; es así que no se ha verificado, que la Biblia, no obstante poseerla pueblos distintos y enemistados en el orden religioso, por ninguno se ha puesto en duda su integridad ni su autenticidad; luego ella es auténtica, se conserva íntegra y como inspirada por Dios, debe merecernos la Fe de la palabra del Omnipotente, que no puede engañarse ni engañarnos.

PARTE PRIMERA
ANTIGUO TESTAMENTO

ÉPOCA PRIMERA
DESDE LA CREACIÓN DEL MUNDO HASTA EL DILUVIO

CAPÍTULO I.

La Creación.

Dios existe de toda la eternidad: no sucede lo mismo con las criaturas. Antes del principio nada había de cuanto hoy vemos y Dios resolvió crearlo todo. ¿De dónde sacaría los elementos para formar este magnífico Universo? Cuando el hombre quiere construir una casa necesita piedras, madera, hierro y otros materiales. Todavía estaría por construir la primera cabaña, si su constructor hubiera tenido que criar primeramente las cosas necesarias para su construcción. Pero Dios es infinitamente poderoso: había concebido desde toda la eternidad la idea del mundo; en un tiempo dado habló su pensamiento, es decir, lo expresó al exterior por medio de su Verbo ó palabra, dijo y fué hecho. El modo con que el hombre, ima-

gen de Dios produce sus obras, puede darnos una idea de la creación. En efecto, cuando queremos construir un edificio, primero concebimos la idea y después, en un momento dado, lo mandamos edificar; si el efecto no sigue inmediatamente al deseo, es debido á que no somos omnipotentes como Dios, sino seres finitos, limitados, y para suplir nuestra debilidad y finitud, necesitamos tiempo y el auxilio de medios extraños; pero las obras del hombre son la expresión de su pensamiento, como el mundo es la expresión del pensamiento de Dios.

En el principio crió Dios el Cielo y la Tierra, dice el sagrado libro del *Génesis*: palabras sublimes, que dando principio á la era del tiempo, constituyen la base de la *Historia* y el fundamento de toda ciencia; frases admirables escritas por Dios mismo al frente de su obra de seis días, destinada á dar á conocer á sus hijos los hombres la existencia, la gloria, el poder, la bondad, en una palabra, las perfecciones todas del Criador.

Dejando á un lado las disputas de los geólogos, acerca de si los días de la creación deben entenderse revoluciones de veinticuatro horas ó períodos de tiempo más ó menos largos, cuyas dos opiniones son defendibles, pues acerca de ellas no ha emitido su infalible dictamen nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, diremos tan sólo que Dios no quiso crear el mundo en un instante y todo de una vez, sino suce-

sivamente, para enseñarnos que es libre de obrar como le plazca, y continuemos escuchando la narración de Moisés, que inspirado por el Señor escribió la historia admirable de los seis días de la creación.

En el principio crió Dios el Cielo y la Tierra; el sagrado historiador nos indica con estas palabras de un modo general la creación del Universo, cuyas partes principales son el Cielo y la Tierra; después desciende á pormenores, y dice: que *la tierra estaba desnuda y vacía;* es decir, sin adornos, sin hombres, sin animales: *las tinieblas estaban sobre la haz del abismo y el espíritu de Dios era llevado sobre las aguas.* Por este abismo se entienden las aguas profundas que envolvían la tierra, cubriéndola por todas partes, á la vez que reinaban en ella profundas tinieblas, no sólo por la falta de luz, sino por la niebla espesa elevada hasta cierta altura, que hubiera ocultado la superficie de las aguas, aunque la luz hubiera aparecido. De la misma manera que los ríos, los lagos y el mar se cubren en ciertas épocas durante la noche, de una niebla parecida al algodón, bajo la cual yacen como dormidas las aguas; de un modo semejante en aquellas tinieblas generales en que estaba hundido el Universo, tenía Dios tranquilo un abismo, mientras el Espíritu vivificador, semejante al ave que tiende sus alas sobre sus polluelos, enjendraba, por decirlo así, el mundo futuro, le animaba con su soplo y le inspiraba el calor y la vida.

Y dijo Dios, sea hecha la luz y fué hecha la luz y dividida de las tinieblas todo en el día primero. La luz es el primer beneficio del Criador; sea una sustancia flúida que se hace visible cuando es agitada por el sol ú otro cuerpo inflamado, sea el fuego mismo, que mediante la emanación de sus partes sutiles, hiere suavemente nuestros ojos á cierta distancia; la luz es incomprendible por su naturaleza, se propaga recorriendo 78000 leguas métricas por segundo, y se esparce sin otros límites que los del Universo mismo. Una de las admirables propiedades de la luz consiste en colorar todos los objetos, y merced á esta propiedad, que pinta y viste cuanto nos rodea, podemos reconocer á todas las criaturas, pues cada una de ellas lleva un distintivo particular.

En el segundo día, hizo Dios el firmamento y le dió el nombre de Cielo, por lo que se entiende todo el espacio que existe desde la superficie de la tierra hasta más allá de las estrellas fijas. Si juzgamos simplemente por nuestros sentidos, se creerá hay sobre nosotros una gran bóveda pintada de azul y podíamos tomar las estrellas por pequeños agujeros abiertos en ella; pero esa pequeñez aparente de las estrellas es debida á la prodigiosa distancia que las separa de nosotros, mientras el color azul del firmamento procede de que la atmósfera que nos rodea no es enteramente trasparente, y hallándose cargada de una capa de aguas ligeras, reflejan en unión con el aire los ra-

yos del sol. Dios hubiera podido ennegrecer la bóveda azul, pero el negro es un color lúgubre que hubiera entristecido á la naturaleza y los demás colores no hubieran dejado destacar los astros que en ella habían de girar. Por una atención verdaderamente paternal, el cielo no conserva siempre su tinte uniforme, sino que varía de matiz durante el día; por la mañana blanquean el horizonte suaves resplandores, los cuales también por la tarde sustituyen á la luz del sol, para que no se haga brusca la trasmisión de la claridad á las tinieblas y no sufra perjuicio el órgano de la visión. Por último, y para terminar el examen de las maravillas del segundo día de la Creación, diremos que ese espacio que se extiende desde la tierra al cielo, está lleno hasta cierta altura de una materia flúida, pesada y elástica, que recibe el nombre de aire, cuya columna pesa sobre cada superficie de un pie cuadrado 2.000 libras, de modo que una persona de regular estatura sostiene sobre su cabeza un peso de 21.000 libras, siendo bastante el poco aire que existe en nosotros y constantemente nos rodea, para sostener el equilibrio con el enorme peso que sostenemos y que además de servir de elemento esencial para la vida, contribuye á que los objetos sean visibles haciendo reflejar la luz y es el mensajero más pronto y dispuesto de que podemos disponer para transmitir los olores y los sonidos mediante los cuales podemos comunicar con nuestros semejantes.

En el día tercero, Dios separó la tierra de las aguas, juntó éstas y las llamó mar, mandó después que la tierra produjese yerbas y árboles que llevasen grano y frutos con su semilla, y obedeció puntual el hasta entonces árido globo, cubriéndose de yerbas, de plantas y de flores. El mar ocupó sólo la parte de la tierra que Dios tuvo á bien designarle; pero sin salir de su receptáculo todos los días impele durante seis horas sus aguas del centro á los extremos y otros seis desde los extremos al centro, disponiéndolo así la paternal Providencia del Señor, para impedir que las aguas se infecten, esparciéndose la sal de que están llenas y mediante la cual sirven para el sostén de los pescados, mientras que á la vez resistiéndose las partes salinas más pesadas al calor y al aire, fijan la medida de la evaporación, que de no ser así, sería mayor y las lluvias inundarían la tierra en vez de fertilizarla.

Si de la extensión de los mares pasamos á considerar la tierra, nuevas maravillas verificadas en este día tercero contemplaremos en ella. El Criador ha multiplicado tan prodigiosamente las producciones del reino vegetal para nuestro alimento, nuestra salud y la subsistencia de los animales que nos sirven, que no podemos menos de admirarnos; mas no brilla tan sólo la magnificencia del Padre celestial en el número de las plantas, sino en su prodigiosa fecundidad, pues una sola puede producir millares y hasta millones, y en la prodigiosa estructura y conformación de los di-

versos vegetales, así como en sus distintos productos. Si pudiéramos extendernos, nos detendríamos á examinar las varias partes de la planta, sus raíces, sus tallos, sus hojas, sus flores y sus frutos, y en todas y en cada una de ellas encontraríamos nuevos cantores de la gloria de Dios, nuevos motivos de gratitud hacia Él; pero no es posible hablar más de las bellezas que contiene la superficie de la tierra, ni menos aún penetrar en sus entrañas y admirar allí la riquísima serie de minerales que encierran, porque á más de hacernos interminables, debemos ya levantar de nuevo la vista á la bóveda celeste, para contemplar en ella *las dos grandes lumbreras, el Sol y la Luna, que Dios crió en el día cuarto, así como las estrellas.*

En la infinita sabiduría del Criador, parece quiso formar el Sol y la Luna en el día cuarto, como para impedir de esta suerte la ceguedad de los hombres, que algún día habían de adorar como dioses estos astros, más modernos, sin embargo, que la Tierra y el Firmamento.

No obstante, Dios los colocó en el cielo en beneficio de la Tierra, que destinada á girar constantemente en derredor del Sol, podía de esta suerte ser calentada y recibir la vida y la alegría con la sucesión de los días, de las noches y de las estaciones, mediante los rayos de aquel globo de fuego, un millón, ciento treinta mil veces mayor que la Tierra, colocado á treinta y ocho millones de leguas de la misma. La

Luna, destinada á presidir la noche, ofrece con sus cuartos ó cambiantes no menos utilidades, pues mientras el Sol rige las operaciones agrícolas con su revolución anual, la Luna, haciéndola semejante cada 29 días, sirve para arreglar el orden civil y los negocios de la sociedad; sin hablar de los beneficios que proporciona á los caminantes y del encanto de la noche bañada con las ondas de plata de aquel astro.

En cuanto á las estrellas, que Moisés menciona como de paso, basta decir que Dios las sembró en la vasta llanura del firmamento, con la profusión con que el labrador siembra el trigo en sus campos y que todas ellas son otros tantos soles esplendentes, cuya distancia de nosotros hacen nos parezcan imperceptibles puntos, que dan continuas vueltas sobre su eje, recorriendo la mayor parte círculos inmensos en torno de otros globos, sin separarse jamás de su camino, con una fuerza que las aleja de su centro, mientras otra las conserva en sus órbitas.

En el quinto día las aguas produjeron, de orden de Dios, peces de toda magnitud y aves destinadas á poblar el aire; los unos y las otras sirven, por regla general, para alimento del hombre, á más de ser útiles á muchas industrias los primeros y además alegrar con sus trinos las segundas y con la variedad de sus plumajes; siendo admirable la estructura de los peces y las aves, que les permite respectivamente vivir en las aguas ó hender con rapidez los aires; así como las

costumbres particulares de algunas aves que emigran de un punto á otro en épocas determinadas, con admirable orden y concierto.

En el día sexto hizo Dios que la tierra, convertida ya en un verdadero jardín produjese animales de todas clases: en ellos hay un nuevo motivo de admirar la sabiduría, la bondad y el poder del Criador; ya fijemos nuestra consideración en aquellos animales que comparten con el hombre sus trabajos ó le sirven de compañeros, ya miremos el adorno, las armas, la destreza y los órganos de los insectos; ya la industria de algunos de éstos, como las hormigas, las abejas y los gusanos de seda; ya, en fin, las costumbres de las bestias fieras que prestan también su utilidad, llevándose lejos de las poblaciones los cadáveres de otros animales, cuya descomposición viciaría la atmósfera, haciéndose la guerra los unos á los otros, para que su número se limite á una justa proporción y formando por último como un muro viviente que separa los desiertos de los lugares poblados, donde el hombre vive en sociedad con sus semejantes.

De este ligerísimo bosquejo del admirable cuadro de la creación que acabamos de hacer, puede deducirse que nada hay inútil en el mundo, que todo se enlaza, desde el más pequeño insecto hasta el animal más corpulento, desde el humilde tallo de yerba hasta el árbol gigante cuya copa quiere tocar las nubes; desde el insignificante grano de arena hasta el colosal pe-

ñasco que corona la cumbre de la montaña. Todas las partes del Universo obran unas sobre otras recíprocamente; los animales se apoyan en los vegetales, éstos en los minerales, los minerales en la tierra, la tierra gravita sobre el sol, éste sobre aquélla y los demás planetas, y la balanza del mundo permanece en equilibrio en manos del Eterno, para que en el mundo tenga su habitación mientras sea voluntad de Dios permanezca en él la más perfecta criatura, el lugar-teniente del Señor, cuya creación pone término á la obra de los seis días.

CAPÍTULO II.

Adán y Eva.

Después de haber mirado Dios á su obra y reconocido que estaba bien, medita, delibera, se consulta y hablando á otro igual á Él, al Hijo por quien todo fué hecho, y al Espíritu Santo Todopoderoso, igual y coeterno á Él uno y á Él otro, empezando así á declararse el misterio de la Augusta Trinidad, dice: *Hagamos al hombre á nuestra Imagen y semejanza.* Y con efecto, el hombre salió de las manos de Dios siendo un admirable conjunto de espíritu y materia, de cuerpo y de alma; el primero admirable en todas y cada una de sus partes; la segunda no menos maravillosa por su carácter y propiedades, mediante las cuales y con el auxilio de sus potencias, puede enla-

zar el pasado con el presente y en cierto modo prever el porvenir.

Dios concedió al hombre el dominio de todo lo criado: no ha existido nunca un poder más extenso, pues abraza el disfrute de cuantos seres comprenden la creación; de este modo la criatura racional era dichosa, su alma podía conocer y amar á su Criador inmediatamente ó por medio de las demás criaturas, y á no haber decaído de este estado, después de amar y adorar á Dios durante algún tiempo y contemplarle en los demás seres, hubiera ido sin pasar por la muerte á gozarle cara á cara en el Cielo.

À este ser tan privilegiado, le colocó el Señor en un jardín amenísimo llamado Paraíso donde había árboles de todas clases, habiéndole dado el nombre de Adán, que significa *tierra roja*, para que siempre tuviera presente la materia de que se había valido el Artífice divino para formar el cuerpo del hombre; y como si tantos beneficios no bastaran á la inagotable bondad de Dios, quiso duplicar la dicha de su criatura más perfecta, dándole una compañera que compartiera con ella su felicidad.

Al efecto, luego que pasaron todos los animales por delante de Adán y que éste les puso nombre á cada uno, el Criador le envió un sueño misterioso, durante el cual le extrajo, sin violencia alguna, una costilla, con la cual formó el cuerpo de la primera mujer, al cual infundió también alma racional, dotando á la que

había de ser compañera del hombre de las mismas ventajas y constituyéndola en el mismo estado sobrenatural que aquél. Cuando Adán despertó de su letargo y vió el nuevo presente que Dios le hacía, exclamó: *Este es el hueso de mis huesos y la carne de mi carne. Por lo cual el hombre dejará á su padre y á su madre y se unirá á su mujer y serán dos en una carne.* De esta suerte quedó establecido, bendito y sancionado por Dios mismo el matrimonio, base de la familia y sostén de la sociedad; institución respetable por su origen y sus fines, que más tarde Nuestro Señor Jesucristo había de elevar á la dignidad de Sacramento.

Completamente felices vivían nuestros primeros padres, sin tener nada que apetecer ni que ambicionar, pero otros seres, envidiosos de su dicha, deseaban hacérsela perder.

Dios, cuyo poder es infinito, había sacado de la nada varias especies de criaturas, unas visibles y materiales, como la Tierra, los astros, las plantas y los animales, otras á la vez visibles é invisibles, materiales y espirituales, como el hombre, y otras, en fin, invisibles y espirituales como los ángeles, formando de esta suerte la Creación, como una magnífica cadena, en el centro de cuyos anillos está el hombre, que ve debajo de sí criaturas menos perfectas, y sobre sí, antes de llegar á Dios, contempla también iluminado por la Fe otras criaturas más perfectas que él, y entre

las que existen á su vez diversos grados de perfección.

Moisés no consignó en *el Génesis* de un modo particular la creación de los ángeles, porque según Santo Tomás, de acuerdo con San Agustín y San Gregorio, no quiso exponer al pueblo judío cuyas tendencias á la idolatría le eran conocidas, á que adoraran aquellos espíritus considerándolos como dioses; pero según la opinión de los citados santos Padres aceptada por la Iglesia, fueron criados los ángeles al mismo tiempo que los Cielos. Ellos fueron formados en inocencia y justicia, pero no impecables; antes de confirmarlos en *la Gracia*, Dios los sujetó á una prueba, que según opinión fundada, consistió en hacerles conocer el misterio de la Encarnación del Verbo y su deber de adorar á un Dios Hombre; lo cual, pareciendo á algunos de los ángeles, á cuyo frente se hallaba Luzbel, el más hermoso de entre ellos, una insufrible humillación, tuvieron el atrevimiento de rebelarse contra el Señor: mas tan pronto castigados como culpables, fueron desterrados del Cielo y arrojados para siempre en los profundos abismos del Infierno. Estos ángeles rebeldes, llenos de envidia y celos contra nuestros primeros padres, pretendieron que fueran también desagradables á Dios y para ello, Luzbel, convertido ya en Satanás, trató de tentarlos inclinándolos á infringir los preceptos del Señor.

En el centro del Paraíso terrenal, donde Adán y Eva se encontraban, veíanse dos árboles notables en-

tre todos los demás; el uno era el árbol de la vida, cuyos frutos contenían una virtud vivificante y propia para restablecer las fuerzas del hombre, destinado á no morir; el otro se llamaba el árbol de la ciencia del bien y del mal. Dios, queriendo probar la fidelidad de nuestros primeros padres, hacerles entender les eran deudores de cuanto tenían, y establecer, en fin, una como demostración justísima de vasallaje de las más perfectas criaturas para con su Criador, les permitió comer indistintamente de cuantos frutos producían los árboles del Paraíso, pero les prohibió bajo pena de muerte, tocar á los del árbol de la ciencia del bien y del mal. Á conseguir infringieran esta prohibición de Dios, cayendo, por consiguiente, en el abismo de su ruina, desde el trono de dignidad donde el Criador les había colocado, se dirigieron los ardidés del demonio.

CAPÍTULO III.

El Pecado.

Antes de referir la historia del triste acontecimiento de la caída de nuestros primeros padres, conviene que para completar el relato de la creación del mundo, digamos siguiendo al sagrado libro, que Dios, después de haber terminado su obra, la obra admirable de los seis días, *descanso en el séptimo*. Este misterioso descanso del Señor, no quiere decir que Dios haya ce-

sado de crear, pues todos los días crea nuevos espíritus, las almas humanas y tampoco cesa de conservar con su poder y gobernar con su sabiduría lo que ha criado; menos aún supone el dicho *descanso* que el Criador, terminada su tarea, necesitara un alivio parecido al del trabajador, porque un poder infinito ni se agota ni se cansa; lo que significan esas palabras del *Libro santo*, es que concluída la obra de los seis días, Dios cesó de producir nuevas especies de criaturas, como hubiera podido hacerlo entonces ó ahora, si su Omnipotente voluntad lo creyera oportuno, y por consiguiente, que después de la creación su poder dejó de hacerse visible por medio de nuevas obras.

En memoria de este descanso misterioso en que Dios entró en el día séptimo, bendijo y santificó este día, destinándolo para su culto particular, queriendo para ello que en dicho día el hombre descanse de sus trabajos corporales y dedique también su tiempo á elevar su corazón al Señor y á rendirle adoraciones y gracias por sus beneficios. Satanás, en su deseo de labrar la perdición del hombre á quien envidiaba, escogió la serpiente, que entre todos los animales le pareció el más apropiado para el logro de sus planes. Los ángeles rebeldes á Dios tienen, como seres espirituales, inteligencias superiores á la del hombre y poseen mayor poder que éste; estas cualidades no las perdieron por su condenación y las emplean en ten-

tar á los hombres, como entonces lo hizo el espíritu impuro, dirigiendo la palabra á Eva por medio de la serpiente y preguntándole como con falsa compasión, por qué no les permitía Dios que comieran indistintamente de todos los frutos del Paraíso.

No debe de producirnos extrañeza que Eva no se alarmara en lo más mínimo al oír hablar á una serpiente y no procurara mediante la fuga huir de aquel extraño animal, porque la primera mujer se encontraba en aquellos días, excepción hecha del completo desarrollo de su razón, en las mismas condiciones que un niño, es decir, sin malicia y por tanto acostumbrada á encontrar á cada instante nuevas y nuevas maravillas en la naturaleza de que disfrutaba, pudo sin temor oír las frases de la serpiente, de la misma manera que los niños juegan muchas veces con armas de fuego, con sustancias nocivas ó con animales ponzoñosos, sin comprender en su falta de previsión les puede sobrevenir un grave daño, al mirar la estructura, los colores ó los movimientos del objeto que tienen en la mano. Pero sí debe de extrañarnos mucho que envolviendo las palabras del tentador una investigación de las razones que Dios había tenido para establecer su mandato, no sólo las escuche, sino que entre en discusión con Satanás, cuando debería inmediatamente haberle vuelto las espaldas, dejándole sin respuesta, demostrando así que los mandatos de un Padre á quien deba respetarse y amarse, no se discuten

ni se investigan sus fundamentos, sino que se le obedece ciegamente.

Pero por desgracia Eva no obró así, sino que replicó á Satanás, poniendo ya en duda lo que Dios había afirmado: que la prohibición de tocar aquel árbol, se fundaba en el temor de que pudieran morir. El demonio entonces, halagando la curiosidad y la soberbia, le asegura que si comen de aquel fruto serían como dioses, y la infeliz mujer cayó en el lazo, extendió la mano, cogió el fruto que se ostentaba muy grato á la vista y comiéndolo hizo también que comiera su marido.

Es indudable que la naturaleza entera se conmoviera en aquel instante, roto como quedaba el vínculo que unía á las criaturas con su Criador. El cielo, hasta entonces azulado y trasparente, se cubriría de negros nubarrones, el trueno retumbaría en las concavidades del horizonte, violento huracán sacudiría los árboles del jardín, los animales salvajes lanzarían rugidos, pretendiendo arrojarse para devorarlos sobre sus monarcas prevaricadores, si Dios no los hubiera contenido y los infelices culpables, trémulos, avergonzados de verse desnudos, llenos de terror, corrieron á refugiarse entre la espesura de un bosque, donde con hojas de árboles cubren su desnudez y desde donde oyen la voz de Dios, que los llama á Juicio.

Comparecen, pero lejos de confesar humildemente

su falta, pidiendo perdón de ella, Adán se excusa con la mujer, ésta con la serpiente, y el Señor, castigando más como Padre que como Juez, usando de una misericordia que no había ejercido con los ángeles rebeldes, imita la conducta de un padre á quien hierro homicida priva de la vida de su hijo querido y rompe en mil pedazos aquel arma, para perdonar generosamente al autor del delito: el Señor descarga su Justicia sobre la serpiente, condenándola á vivir arrastrando sobre su pecho y á comer tierra, anunciando á la vez que una mujer quebrantaría su cabeza, es decir, derrocaría todo el poder del demonio y del infierno.

En cuanto á Adán, es condenado á ganar su alimento con el sudor de su rostro, y Eva á estar sujeta al hombre y á dar á luz sus hijos en medio de los más vivos dolores. Castigo insignificante con relación al crimen cometido, y que al dictarse lleva consigo una consoladora esperanza; pues al decir el Señor que una mujer quebrantaría la cabeza de la serpiente, indica ya la reparación del mal, la promesa de un Redentor, la Encarnación del Verbo en las purísimas entrañas de una Mujer, viniendo de esta suerte un Dios-Hombre al mundo á expiar la falta cometida por nuestros primeros padres y que en atención á los méritos de esta Santísima Víctima, aunque Adán y sus descendientes sufran las penalidades de la vida, pueden esperar el perdón de Dios y la eterna dicha.

CAPÍTULO IV.

Caín y Abel. Año del mundo, 128.
Antes de Jesucristo, 3872.

Dios, al castigar la prevaricación de Adán y Eva, lo hizo como hemos visto, más como Padre que como Juez. La Encarnación del Verbo estaba prevista de toda la eternidad, y apenas se verificó la fatal desobediencia, la Segunda Persona de la Trinidad beatísima se presentó á su Padre, se le mostró muriendo en el Calvario; su mediación fué aceptada, la Justicia divina plenamente satisfecha y la misericordia pudo manifestarse con esplendor á los culpables. Por eso los tristes desterrados del Paraíso, á pesar de la aflicción que les causaba dejar para siempre aquel delicioso lugar cerrado en adelante para ellos y guardado por un querubín con una espada de fuego; no obstante el dolor que sentían al recordar su culpa, abrigan ya en su corazón esa consoladora virtud, que desde entonces viene siendo y sera la compañera de la humanidad en las torturas y aficciones de la vida, esa medicina saludable que Dios ha concedido piadosamente al hombre para cicatrizar las heridas que causen en su alma los abrojos de la existencia; la santa virtud de la esperanza. Nuestros primeros padres derramaban acerbo llanto, pero esperaban, confiados en la promesa de un Redentor, que como he-

cha por Dios, no podía dejar de cumplirse. Al salir del Paraíso, Adán dió á su esposa el nombre de Eva, que significa *Madre de los vivientes*, nombre inspirado y con el que se alentaba la dicha esperanza, pues que realzando la dignidad de la mujer, profetizaba la segunda Eva la Santísima Virgen, purísima entre todas y verdadera Madre de los vivos, porque habiendo hallado gracia á los ojos del Señor, concibió en su sacratísimo seno á Jesucristo, única fuente de vida y de salud. Dios al mismo tiempo, para que esa esperanza no llegara á extinguirse nunca en el corazón de los culpables, ni en sus descendientes, cuida de tiempo en tiempo de repetir aquella promesa, hace á la vez que determinados personajes que se sucederán en la serie de los tiempos, ofrezcan en su vida rasgos característicos del divino Libertador, siendo de esta suerte verdaderas figuras del Mesías prometido y añadiendo además las profecías, las cuales también todas se refieren á Jesucristo, ofrece á la humanidad como un verdadero retrato del Redentor, mediante el cual y al verificarse su venida, no pueda ponerse en duda el cumplimiento de lo prometido.

Adán y Eva, condenados á ganar el pan con el sudor de su rostro, vivían resignados y penitentes. El Señor también consoló á sus criaturas dándoles dos hijos, el mayor que se llamó Caín y el menor Abel. El primero se dedicó á cultivar la tierra, el segundo criaba y apacentaba ganado. Enseñados ambos por su

padre á ofrecer á Dios el producto de parte de sus bienes, Caín ofreció las primicias de su cosecha y Abel la de sus ganados; pero Caín se hallaba dominado por la avaricia y á la fuerza hizo su sacrificio, que espontáneamente y con la alegría del que cumple un deber verificó aquél. Dios que lee las profundidades del corazón, aceptó una oferta y rechazó la otra: entonces, demostrándose ya los efectos del pecado original, en esa constante lucha en que viven las pasiones, que engendran los vicios y los crímenes de una parte y de la otra la razón ayudada con los auxilios del cielo, de la que nacen las virtudes llegando hasta el heroísmo; Caín se sintió devorar por esa serpiente venenosa que lleva el nombre de envidia. No le faltaron ciertamente los socorros de lo alto que el Señor tiene siempre á disposición de los mortales, para que combatan y venzan sus inclinaciones desordenadas: Dios mismo hizo escuchar su voz á Caín, manifestándole no debía enojarse, sino dominar sus pasiones, porque si hiciera bien sería recompensado, y si mal, su pecado provocaría la cólera celeste; pero los auxilios de la *Gracia* no se imponen, es necesario pedirlos con humildad y recibirlos con gratitud. Caín se hallaba cegado por las más traidora de las pasiones y desoyendo la voz de Dios invitó á su hermano á salir al campo. Abel le acompañó gustoso, es muy probable que con sus palabras cariñosas se esforzara en calmar los pesares que veía retratados en el tosco sem-

blante de Caín, pero éste, sin contestarle, se lanzó sobre su inocente hermano y le mató.

La muerte entró en el mundo por el pecado; pero todavía no había hecho hasta entonces ninguna víctima: el primer cadáver cayó ensangrentado sobre la tierra, consecuencia funesta de la culpa original, que como ya hemos dicho, había engendrado en el hombre esa perniciosa tendencia á infringir los mandamientos divinos, tendencia que como también queda dicho, no puede vencerse sin los auxilios de Dios, siempre por otra parte á disposición de quien humilde los solicita.

Caín, al ver caer sin vida á su hermano, se horrorizó, pero no se arrepintió: la voz de Dios se dejó oír en aquel mismo instante preguntando al fratricida por Abel, pero el criminal contestó con cinismo lo ignoraba, pues que no era guardián de su hermano. Esta contestación merecía un rayo que hubiera hecho cenizas al culpable, pero el Señor quería dejarle tiempo para arrepentirse y sólo le reconvino diciendo: *¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano se alza sobre la tierra y clama venganza contra ti. Maldito serás sobre la tierra, á la que has obligado á abrir su seno para recibir la sangre de tu hermano; la cultivarás á costa de rudas fatigas y no corresponderá á tus esfuerzos ni á tus cuidados, viviendo en su superficie como vagabundo y fugitivo.*

Esta reconvención del Señor podía hacer mella en un corazón menos corrompido; pero cuando las malas pa-

siones dominan por completo en un alma, ya es imposible el arrepentimiento. Caín sólo demostró temores de que algún otro le privara de la vida, cuyos temores se apresuró á tranquilizarle Dios diciéndole: *No, quiero darte tiempo para llorar tu crimen; el que atente contra tu vida será rigurosamente castigado.* Y añade Moisés en su narración, que Dios, para cumplir su promesa al fratricida, dió á su persona un aspecto feroz y temible, que infundía espanto al mirarle. Caín vivió largos años; fué agobiado de remordimientos y temores, que le indujeron á separarse del género de vida de sus contemporáneos, que habitaban en cabañas y á construir la primera de todas las ciudades para guarecerse del odio del género humano; pero sus temores no le llevaron á llorar su culpa, sino que continuó impenitente, siendo de esta suerte el modelo de tantos otros que le han sucedido y que como él rechazan la mano caritativa que se presta á levantarlos, prefiriendo á ello vivir y morir caídos en el abismo de la degradación y de la culpa.

En Caín y Abel se inicia esa persecución que los malos han hecho y harán siempre á los justos, pero el castigo del primero de aquéllos indica á los segundos que la Providencia vela sobre ellos, para recompensarlos y para vengarlos.

CAPÍTULO V.

La descendencia de Adán.

Dios dió otro hijo á Adán, llamado Seth, para reemplazar á Abel y perpetuar en la tierra los hijos de Dios, llamados así en la Escritura, para denotar los hombres que vivían, según el espíritu de la Religión, como hijos de los hombres á los descendientes de Caín, porque seguían las depravadas inclinaciones de la carne y de la concupiscencia. La descendencia de Adán era, pues, ya en esta época muy numerosa, y el Patriarcado, primera forma de la *Sociedad civil*, ya estaba constituido sobre la tierra.

Pero antes de explicar la constitución del dicho Patriarcado y ocuparnos al hacerlo de la descendencia de Adán, conviene refutar una objeción que la impiedad moderna se ha permitido hacer al historiador sagrado, y que si bien pueril y ridícula, demuestra que como siempre, las objeciones que se hacen á las verdades religiosas descansan, no en convencimiento, sino en ignorancia y fatuidad.

Moisés, como se ha visto, habla sólo nombrándolos de los hijos de Adán, Caín, Abel y Seth, y preguntan los impíos: ¿cómo y por qué causa se pudieron multiplicar tanto los hombres con una sola familia compuesta de matrimonio y tres hijos, de los cuales uno murió?... Luego el *Libro Santo* afirma un absur-

do; luego no es verdad lo que dice. Semejante afirmación, además de ser una blasfemia, es, como queda dicho, un gravísimo error hijo de ignorancia y fatuidad.

En efecto Moisés, inspirado de Dios, empezó á escribir la *Historia Sagrada*, y como todos los historiadores, se ocupa sólo de aquellos personajes importantes que influyen en los sucesos que se escriben y en lo referente al establecimiento de la Religión en aquel tiempo, que es el objeto de la *Historia* que Moisés escribía, sólo necesitaba ocuparse de Caín, de Abel y de Seth, como cabezas ó troncos de las dos grandes familias, llamadas, como queda dicho, de los hijos de Dios y de los hijos de los hombres, entre los que habían de tener lugar los indicados sucesos; y en cuanto á los demás hijos de Adán, se limita á mencionarlos en general y como de paso, por tratarse de personajes que carecen de importancia histórica, diciendo sólo que *Adán vivió aún ochocientos años, después que engendró á Seth y engendró hijos é hijas* (1); luego á más de los que cita por su nombre el inspirado historiador, tuvo Adán mucha descendencia de varones y hembras, y como dados los muchos años que entonces se vivía, pues aquél vivió novecientos treinta, y algún Patriarca más, no hay dificultad en admitir esa numerosa sucesión, quedando de esta

(1) Génesis. Cap. V, verso 4.º

suerte probado de un modo evidente, que el indicado argumento que se ha hecho al *Libro Santo* es una horrible blasfemia y un crasísimo error.

Menos fundamento tiene aún la objeción que también se dirige á la prolongada vida de los Patriarcas, apoyándose sólo en lo que acontece hoy de vivir muy poco los hombres. En efecto, no existiendo en la organización del cuerpo humano nada que determine la mayor ó menor duración de la existencia, los hechos vienen á demostrar depende aquélla de las condiciones y circunstancias físicas que rodean al individuo ya con relación al clima, ya por lo que toca á sus costumbres. Plutarco se admiraba ya en su tiempo de que los etíopes fueran viejos á los treinta años, mientras que los bretones llegaban á ciento veinte. Siendo ésto así, nada tiene de extraño, que dada la exuberancia de la naturaleza, recién salida entonces de las manos del Criador, y sin las alteraciones físicas que en ella produjo el diluvio, unido á la vida tranquila y sencilla de los Patriarcas, diera como resultado aquella larga vida, que por otra parte Dios permitía, para que las verdades religiosas, contenidas sólo entonces en revelaciones hechas á determinadas personas, y que se trasmitían de palabra de unos hombres á otros, encontraron un testimonio de su veracidad en el hecho de poder ver y hablar, aún la quinta generación al anciano cabeza de familia, á quien el Señor se había dignado dirigirse.

El primer Patriarca fué Adán, y se cuentan treinta y cuatro, diez antes del diluvio y los restantes después hasta Jacob.

Los Patriarcas componían con su dilatada familia un pequeño Estado, y sus riquezas consistían en ganados por regla general. Acampaban bajo tiendas ó cabañas rústicas que trasladaban de un punto á otro, según las circunstancias. Puede, sin embargo, afirmarse en vista de lo que la narración sagrada nos dice de Caín, que mientras los hijos de Dios ó descendientes de Seth, siguieron este género de vida, demostrando con él sus virtudes, mediante el despego de los bienes terrenos que aquél supone; los hijos de los hombres, empezando á olvidarse de las verdades religiosas y más aficionados á los goces materiales, vivieron ya en ciudades, de las que fundó la primera Caín según queda dicho.

Adán murió y fué sepultado en el Calvario, donde siglos más tarde vendrá á buscarle el divino Reparador, para darle con su muerte la vida y con él á toda la humanidad.

Tanto Adán como Abel son las primeras figuras del Mesías, empezando ya á desarrollarse en ellos esa magnífica galería de retratos que simbolizan al expresado Mesías, y á cuya venida se refieren todos los hechos del *Antiguo Testamento*, cual los radios de una circunferencia van á parar á su centro.

Seth y sus descendientes se distinguieron mucho

en la observancia de la Ley Santa del Señor, siendo de notar entre ellos Henoch, el cual no cesó de exhortar á sus contemporáneos á la penitencia, anunciándoles el juicio de Dios contra los malos, y el cual después de pasar trescientos sesenta y cinco años sobre la tierra, Dios se lo llevó al cielo eximiéndole de la muerte; habiendo de volver al aproximarse el fin del mundo, para convertir á los judíos y hacer entrar á los pecadores en la senda del arrepentimiento.

Mientras la raza de Seth vivió separada de la de Caín, conservó la inocencia primitiva; pero andando el tiempo, ambas familias se aproximaron y unieron mediante matrimonios, de los cuales nacieron gigantes, es decir, hombres de una estatura y de una fuerza extraordinaria, pero entregados al desorden y á la impiedad, que esparcieron por todas partes. De donde se sigue, que la causa de la depravación fué lo que siempre ha sido y lo que viene siendo, la mezcla de los buenos con los malos, porque el corazón humano, consecuencia del pecado de nuestros primeros padres, se inclina más al vicio que á la virtud, y nada tan poderoso como el ejemplo, para seguir el uno ó la otra. Poco á poco se fué debilitando la idea del verdadero Dios, la idolatría se abrió camino entre los hombres, con ella se hizo general la corrupción de las costumbres, la tierra se cubrió de crímenes, y á tal extremo llegó la iniquidad, que obligó, por decirlo así, para expresar de algún modo la extensión de

aquella, á que el Señor, no obstante ser la bondad misma, se arrepintiera de haber criado á los hombres, lo cual expresa de un modo sublime *el sagrado libro*, diciendo: *Dios, tocado de íntimo dolor de corazón, dijo: Quitaré de la haz de la tierra al hombre que he criado.* (1)

SEGUNDA ÉPOCA

DESDE EL DILUVIO HASTA LA VOCACIÓN DE ABRAHAM.

CAPÍTULO I.

El Diluvio. Año del Mundo 1656.
Antes de Jesucristo 2344

En medio de la depravación general que siguió á la alianza entre los hijos de Dios y los hijos de los hombres, hubo un justo descendiente de Seth, que se conservó puro de toda iniquidad; prueba indudable de que el Señor encontró siempre en la posteridad de aquel hijo de Adán, fieles servidores, efecto anticipado de la Redención prometida y que ya se dejaba sentir. Dicho hombre justo fué Noé. Dios se dignó hablarle manifestándole estaba resuelto á castigar las iniquidades de los hombres, destruyéndoles juntamente con todos los animales manchados por los crímenes de la raza humana, pero añadió que siendo su deseo preservarle á él y á su familia, en atención á

(1) Génesis. Capítulo VI. Versos 6 y 7.

sus virtudes, procediera á construir un arca de madera, sólida y labrada, dividida en varios compartimientos y embetunada por dentro y por fuera, debiendo tener trescientos codos de longitud, cincuenta de anchura y treinta de altura, con una ventana y una puerta en uno de los costados; distribuyendo toda la capacidad de la embarcación en tres estancias ó compartimientos. Por último, le mandó el Señor que cuando estuviera terminada entrase en ella con su esposa, sus tres hijos, las esposas de éstos y un par de animales de cada especie destinados á repoblar el mundo.

Noé obedeció puntualmente las órdenes de Dios, empleando veinte años en la construcción de la nave, que había de encerrar las primicias de la nueva creación. El Señor, con su inagotable bondad y paciencia para con los pecadores, quiso que éstos, teniendo á la vista por espacio de veinte años un como anuncio del castigo que les amenazaba, entraran dentro de sí mismos y llamándose á penitencia, dejaran sus errores y sus extravíos; pero todo fué inútil, que nada es tan temible como el endurecimiento del corazón. Terminada el Arca, todavía esperó el Señor siete días; pasados éstos mandó á Noé que entrase en la embarcación con las personas y animales que de antemano le había prescrito y verificado así, cuando ya podía exterminar á los culpables, sin castigar al justo, abandonó el mundo á los efectos de su indignación.

En el año 1656 de la Creación, el mar rompió los diques que le habían tenido sujeto desde que fué creado, abriéronse todos los abismos de la tierra y todas las cataratas del Cielo, cae copiosa lluvia por espacio de cuarenta días y de cuarenta noches, y juntándose de esta suerte las aguas superiores con las inferiores, se inundó la superficie del globo, subiendo aquéllas quince codos sobre los montes más altos. Nada se salva, todo perece, únicamente el Arca flota en la superficie de aquel mar, en que la tierra se había convertido llevando en su seno á Noé, su familia y los animales destinados por Dios para repoblar el Universo.

CAPÍTULO II.

Consideraciones acerca del Diluvio.

Bastaría la fe que nos merece la narración de Moisés como inspirada de Dios, para dejar de poner en duda un acontecimiento, que por otra parte no puede negarse, sin poner también en tela de juicio la Omnipotencia del Señor. Pero aparte de esa razón fundamental de credibilidad, tiene el diluvio, en pro de su certeza, pruebas tomadas del testimonio común de los hombres y del estudio de las ciencias.

En efecto, la creencia en el Diluvio universal, encontramos era ya común en todos los pueblos antiguos; los filósofos egipcios hablaron ya de este aconte-

tecimiento á Solón. Los habitantes de Heliópolis en Siria, mostraban en el templo de Jano una abertura, que decían haber sido hecha por las aguas del Diluvio, cuya historia copiaron los griegos y alguna de cuyas circunstancias consignó Mahoma en su falso Alkorán. Los chinos, al referir su origen primitivo, hablan de un diluvio ocurrido en tiempo de *Jao*: los caldeos tienen la historia de *Nisanthro*, que es la misma de Noé, un poco alterada y finalmente, hasta entre los americanos es bien sabido, que cuando los antiguos *Jucas* conquistaron el Perú, persuadían á los pueblos que dominaron, que el mundo había vuelto á poblarse con sus antepasados despues del Diluvio universal.

Por otra parte, las investigaciones de la *Geología*, esa ciencia que aun se halla en sus albores y en la que inútilmente la incredulidad pretende encontrar armas con que combatir á la *Revelación*, viene con sus descubrimientos á corroborar el relato bíblico; demostrando de un modo evidente, con el hecho de haber encontrado restos fósiles de productos marítimos en las cumbres de elevadas montañas, que en una época dada hubo de verificarse una inundación que llevando las aguas á las indicadas alturas, dejaron en ellas al retirarse, sus productos, que la acción del tiempo petrificó convirtiendolos en fósiles.

Pudiera también parecer inverosímil, que en un Arca como la construída por Noé, pudieran caber las ocho personas y un par de toda especie de animales,

lo que unido á la circunstancia de haberse encontrado en algunas cabernas restos de animales de grandísimas dimensiones, de los cuales ninguno existe hoy, como son *el megaterio*, *el mastodonte* y otros, pudiera servir de fundamento á la suposición de que no todos los animales entraron en el Arca. Ocupándonos en primer término de este último punto, diremos, cabe quisiera el Señor en su Omnipotente Voluntad, dejar perecer aquellos animales monstruosos sin que por ello tuviera el deber de revelar al historiador sagrado este detalle, como cabe también que dichos animales se extinguieran antes del Diluvio, por alguno de esos accidentes de las leyes de la naturaleza, que la ciencia humana no ha llegado todavía á penetrar en sus detalles, y como se extinguen todos los días diversas variedades, sin que ni en el uno, ni en el otro caso, se falte á la verdad en el relato bíblico, pues que la palabra *todos* significa una universalidad y pudieran comprenderse en ella el conjunto de los animales destinados por Dios á conservar después del Diluvio, la raza de los seres que tienen vida, pero no alma racional.

En cuanto á la cabida del Arca, basta reflexionemos un poco para convencernos de la posibilidad de que contuviera las personas y animales que refiere *el Libro Sagrado*. No olvidemos que aquélla, según las órdenes de Dios, debía de tener 300 codos de larga, 50 de ancha y 30 de alta. Pues bien, aceptando como extensión de esta medida el codo egipcio, por cuanto

Moisés se había educado en Egipto y los mismos hebreos usaban de la dicha medida, tendremos, aplicándola á la usada entre nosotros, una longitud en el Arca de 544 pies, por 84 de latitud y 50 de altura, lo que prescindiendo de las pulgadas, que en la redacción resultan, nos da una embarcación de once ó doce pies menos larga que la Iglesia de San Pedro en Roma, que es el templo mayor de la cristiandad.

Partiendo ahora de esta dimensión y teniendo en cuenta las tres divisiones ó compartimientos en que el Arca se dividía, resulta, que no conociéndose más que ciento treinta especies de cuadrúpedos, de los cuales sólo seis exceden en corpulencia al caballo, que tampoco se conocen más que ciento treinta especies de volátiles, de los que pocos son mayores que el cisne, y que de los reptiles sólo se conocen treinta especies; basta una sencilla operación matemática, que han hecho distinguidos escritores, para demostrar había en el Arca espacio sobrado donde colocar los animales con la conveniente separación, aun incluyendo en ellos esas especies de grandes dimensiones que han desaparecido, para colocarse cómodamente las personas y para contener las provisiones necesarias, quedando aún lugar para constituir un como corral ó desván donde pudieran arrojarse las inmundicias: teniendo, por tanto, que concluir, demuestran evidentemente la verdad del relato bíblico, el testimonio común de los hombres y el estudio de la ciencia.

Todavía quizá se objete también la imposibilidad de Noé de reunir todos los animales, habiendo unos que habitan en América y otros en África, teniendo que ir á estas partes del mundo para recogerlos y conducirlos al Asia y á la Mesopotamia, donde estaba construída el Arca; pero aparte de que antes del Diluvio el clima era tan benigno en Asia como en América, lo que podía permitir á los animales de un punto vivir en otro; tratándose de un hecho dirigido por Dios mismo, no le cuestan más los milagros que la marcha ordinaria de la naturaleza, y cuando mediante un prodigio castigó á los culpables, bien pudo hacer otro en beneficio de los justos y poner, por tanto, en la mano de Noé los animales que pretendía salvar de la general inundación.

CAPÍTULO III.

El Arco Iris. (Año del Mundo, 1657) (Antes de Jesucristo 2343)

Dejando ya las consideraciones que hemos creído necesario hacer para demostrar que la verdad no puede jamás ser vencida por el error, continuemos escuchando al historiador sagrado, que nos dice cubrieron las aguas la tierra por espacio de ciento cuarenta días. Entonces hizo el Señor que soplara un viento impetuoso, que las secó poco á poco, descansando al fin el Arca sobre los montes de Armenia. Noé abrió la ventana que en aquélla existía y dejó salir un cuervo, el

cual no regresó, porque siendo animal carnívoro halló en abundancia cadáveres con que alimentarse. Siete días despues soltó una paloma, pero el avecilla, no encontrando terreno seco en donde posar, volvió al Arca y Noé la introdujo en ella, esperando aún otros siete días, transcurridos los cuales envió segunda vez la paloma, que volvió por la tarde trayendo en el pico un ramo de oliva. Noé comprendió que las aguas se habían retirado del todo, pero tuvo paciencia siete días más, pasados los cuales dió por tercera vez libertad á la paloma, que ya no volvió, mas el Patriarca esperó las órdenes del Señor, las cuales recibió á los trescientos noventa y tres días de haber entrado en el Arca, ordenándole salir de ella, como lo verificó.

Su primer impulso apenas se vió en libertad, fué el de la gratitud; ofreció un sacrificio de acción de gracias al Señor y el Omnipotente le prometió no haría perecer más el mundo por medio de otro diluvio. *«Esta es, le dijo, la señal de la Alianza que establezco para siempre entre Yo y vosotros; cuando cubriere el Cielo de nubes, aparecerá mi Arco en ellas y recordaré al verlo la promesa que hice de no sumergir más á la tierra con una inundación general (1).»* Dios no tiene necesidad de recordar nada, pues todo lo tiene presente, pero guiado por su amor á los hombres, adopta aquí un lenguaje figurado y en harmonía con la inte-

(1) Génesis. Capitulo IX. Verso 11, 12, 13, 14, 15, 16 y 17.

ligencia de ellos, dándoles una como prenda de su promesa, en ese brillante meteoro que se llama el *Arco Iris*. Parece, pues, verosímil, que al terminar Noé su sacrificio, una nube cubrió el Cielo por la parte donde no brillaba el Sol y desprendiéndose de ella una ligera lluvia, no tempestuosa como la del diluvio, sino apacible y refrigerante, cual la de las tormentas del Estío, hizo que hiriendo las gotas de agua los rayos del astro del día, se produjera el meteoro elegido por el Árbitro Soberano de todas las cosas, como para garantizar la promesa, que en la persona de Noé hacía á las generaciones futuras. De esta promesa divina perpetuada por la tradición, procedió sin duda el respeto con que los pueblos antiguos tuvieron al *Arco Iris*, al que llegaron á reverenciar como á una divinidad durante los errores de la idolatría.

Noé constituye en la *Historia Sagrada* la tercera figura del Mesías, como el Arca representa la Iglesia Católica, que Aquel divino Mediador había de fundar. De la misma manera que el Arca de Noé libró á todos los que en ella se encontraban de los efectos del diluvio estrellándose contra sus costados las ondas de la terrible inundación; así también la Iglesia fundada por Jesucristo salva á los fieles que contiene en su seno del diluvio moral de los errores que constantemente la combaten, pues inútilmente el infierno ha suscitado contra esta Arca divina, durante diez y nueve siglos, encrespadas ondas de persecuciones, de heregías, de

cismas y de calumnias; todo ha venido á estrellarse contra ella, sin poder quebrantarla, y así como el Arca de Noé descansó al fin en los montes de Armenia, dando reposo y consuelo á aquel Patriarca y su familia; de la propia manera el Arca Santa de la Iglesia, conducirá á todos los que permanezcan fieles en su seno al Monte Santo de la dicha eterna donde gozarán ventura sin fin.

CAPÍTULO IV.

Descendencia de Noé (Año del Mundo 1958) (Antes de Jesucristo 3242)

Un nuevo Mundo y una nueva Tierra, surgen, por decirlo así, después del Diluvio, siendo los llamados por Dios para poblar el Globo, Noé, con sus tres hijos Sem, Cam y Jafet. Pero la Tierra, maldita ya por el pecado de nuestros primeros padres, mostró bien á las claras, pasada la inundación, las consecuencias del castigo que había sufrido, á causa de las maldades de sus habitantes, hijas de aquella falta original. La exuberancia de la naturaleza que se mostraba en las producciones del reino vegetal, perdió mucho, efecto de las grandes masas de agua que cubrieron las plantas por largo espacio de tiempo, privándolas del calor y de la luz, elementos necesarios para su existencia y de un aire cargado de vapores que le hacían excesivamente húmedo y que tardó mucho en purificarse; por consiguiente, ni las flores podían ya ostentar el

brillante matiz con que salieron de las manos del Criador, ni exhalar los penetrantes aromas que antes embalsamaban el ambiente, como tampoco los frutos podían alcanzar las dimensiones, ni la sustancia nutritiva que antes contenían. Por eso ya los hombres, después del diluvio, empezaron á alimentarse con la carne de los animales que hasta entonces no se había usado, comiendo sólo producciones del reino vegetal, y á pesar de ello la vida humana empezó á decrecer en Noé y sus descendientes, no alcanzando ninguno de los Patriarcas post-diluvianos, la cifra de años de existencia á que llegaron los anteriores; pues Matusalem, el hombre que de todos los vivientes alcanzó más larga vida, llegando á contar 969 años, está comprendido entre los que vivieron antes del castigo impuesto por Dios á la Tierra.

Noé y sus tres hijos se dedicaron, como nuestros primeros padres y sus descendientes, á la agricultura y á la ganadería, continuando de esta suerte el cumplimiento de la sentencia impuesta por Dios al hombre de ganar su sustento con el trabajo. Aquel santo Patriarca transmitió á sus hijos las santas verdades de la Religión, y entre ellas la fundamental, la promesa del divino Redentor, cuyas verdades continuaban conservándose y transmitiéndose de padres á hijos por tradición.

Noé, entre sus trabajos agrícolas, cultivó la viña, que indudablemente se habría también conocido anteriormente; pero en lugar de contentarse, como sus

antecesores lo habrían hecho, con utilizar el fruto comiéndolo, sin hacer experiencia con su jugo, el Patriarca lo exprimió y mediante la virtud fermentativa del mosto, se convirtió en vino. El anciano Noé, ignorando el efecto de aquel líquido, que por primera vez aparecía en el mundo, bebió de él, se embriagó y quedó dormido en su tienda en desnudez vergonzosa. Su hijo Cam se apercibió de ello y burlándose del venerable Patriarca, fué á referirlo á sus hermanos para que le acompañasen en sus burlas; pero Sem y Jafet, cumpliendo fielmente el precepto de Dios de *honrar á nuestros padres*, y que la luz de la razón nos pone de manifiesto, lejos de seguir la conducta del hijo irreverente, tomaron un manto y acercándose recatadamente al lugar donde yacía Noé dormido, le cubrieron por completo, ocultándole de esta suerte á las miradas del hijo irrespetuoso.

Noé, figura del Mesías, representó en este hecho á Nuestro Señor Jesucristo desnudo y durmiendo en la Cruz el sueño de la muerte, como consecuencia del cáliz amargo de su Pasión, que sin vacilar apuró hasta las heces, para libertar de esa suerte al género humano del pecado, que le tenía sumergido en el abismo de los vicios. Así como Cam se burló de la desnudez y sueño de su padre, los judíos se mofaron del Redentor en el Calvario, imitándoles en la actualidad los malos cristianos, ora cuando rebeldes rehusan humillar su razón á las verdades de la Fe, ora cuando apar-

tándose de los preceptos de la Moral, se entregan á las disoluciones y á los vicios, ora, en fin, cuando descaradamente desobedecen á la Iglesia, en cuyos casos siguen la conducta del malvado hijo de Noé, al mostrarse desobedientes, irrespetuosos é ingratos para con su Padre celestial.

Cuando Noé despertó de su sueño y supo la conducta de sus hijos, no atreviéndose á maldecir á Cam, por respeto á la bendición que ya había recibido de Dios al salir del Arca, maldijo á Canaán, hijo de Cam, asegurándole sería siervo de los siervos de sus hermanos.

Aparte del respeto que la bendición de Dios dada á Cam, impidiera á Noé maldecir á su hijo, limitándose lanzar su imprecación sobre Canaán su nieto, debe de considerarse esta maldición, lo mismo que otras muchas de que se hallan ejemplos en los *Libros Sagrados*, más bien que como efectos de la ira y los deseos de venganza, como profecías ó anuncios de lo porvenir. Noé previó en aquellos momentos con espíritu profético que la posteridad de Canaán sería mucho peor que fué su padre Cam, con haberse burlado del sueño de la embriaguez del anciano Patriarca, y lo que hizo con su maldición no fué otra cosa que anunciar que dicha descendencia de Cam sería maldita de Dios y no gozaría los beneficios de la bendición dada al tronco de su familia. Para demostrar que los sucesos correspondieron á la predicción, basta recorrer la His-

toria y se hallará que los cananeos y los fenicios, que fueron también descendientes de Canaán, los unos y otros han sido destruídos ó esclavizados: los mismos egipcios, que tenían con aquéllos un común origen, han sido también sucesivamente subyugados por los descendientes de Sem y de Jafet. El África, poblada por moradores que reconocen á Cam como tronco común, es la tierra clásica de la esclavitud. Y á pesar de los esfuerzos de la Iglesia católica mediante sus Pontífices romanos, sucesores y representantes del que se hizo esclavo para dar á todos los hombres la libertad de hijos de Dios, y no obstante los trabajos de la Iglesia católica en pro de la civilización de los pueblos, el siglo en que vivimos ha visto todavía los desgraciados negros llevar sobre su cuello la cadena de la esclavitud. Luego la maldición de Noé á Canaán, lo mismo que su bendición á Sem y Jafet, deben mirarse como anuncios, como vaticinios de lo que sería de las descendencias de aquéllos en lo porvenir, y tanto más, cuanto que al lado de la raza de Canaán, oprimida como maldita, vemos á las benditas de Sem y Jafet, la primera teniendo la gloria de que en su tabernáculo morara Dios, y la segunda siendo multiplicada por el Señor de un modo prodigioso.

Por una disposición admirable de la Providencia divina, Noé vivió 350 años después del diluvio: Dios quiso de esta suerte que sus descendientes, estando durante tan largo período de tiempo á la vista de su

padre común, pudieran fácilmente no sólo aprender, sino conservar entre ellos las verdades capitales de la Religión y los hechos antiguos de que sólo Noé estaba enterado.

CAPÍTULO V.

La torre de Babel. (Año del Mundo, 1788)
(Antes de Jesucristo,
2212)

Por más que la disminución de la vida humana se nota ya en las generaciones posteriores al diluvio, como antes se ha dicho, debe de entenderse esto relativamente á los hombres que vivieron con anterioridad á aquel acontecimiento, pues todavía, por regla general, pasaban todos de los cien años, tiempo suficiente para alcanzar numerosa descendencia, y poder ver los hijos de sus hijos; de donde se sigue que en los 350 años que duró la vida de Noé, después del diluvio, nada tiene de extraño nos diga el historiador sagrado eran ya tan numerosos los hijos del Patriarca, que trataron de separarse, pero resolviendo antes ejecutar un proyecto que denotaba su locura y su vanidad. Era el de construir una ciudad y una torre cuya cúpula llegase hasta el Cielo y cuyo extravagante designio tuvo tres causas igualmente vanas: una la de eternizar su nombre mediante un soberbio edificio; otra, hacer una como señal ó punto de reunión, que pudiera servirles para volver á encontrarse, si alguna vez decidían volver á los lugares á donde res-

pectivamente pensaban dirigirse, buscando de aquella suerte su punto de partida; y la tercera, defenderse contra el mismo Dios, si quería volver á castigar la tierra con un nuevo diluvio. Por consiguiente, semejante proyecto no podía ser del agrado del Señor, pues que sus fundamentos eran, como se ve, la soberbia y la incredulidad. Lo primero porque, como vemos, la esencia del proyecto no era sino la de una manifestación del poderío del esfuerzo humano; lo segundo, porque envolvía la duda del cumplimiento de la promesa de Dios, de no castigar á los hombres mediante otro diluvio.

Las extensas llanuras del Sennaar les parecieron apropósito para la realización de sus planes, pusieron en seguida manos á la obra, pero cuando con más ardor trabajaban, Dios que se burla de las ridículas vanidades humanas y que no consiente se dude de sus palabras, esparció entre los trabajadores tal diversidad de lenguas, que ninguno entendía lo que hablaba su compañero y no pudiendo, por consiguiente, ni mandar, ni obedecer, tuvieron que desistir de sus desca- bellados propósitos, dejando sin terminar la ciudad y la torre, que por la causa expuesta se llamó *Babel*, palabra que significa confusión.

La historia de la torre de *Babel*, como la de todos los acontecimientos consignados en la *Sagrada Escritura*, tienen en pro de su veracidad, no sólo el valor que les da el haber sido inspirados por Dios, lo cual debe

de ser más que suficiente á todos aquellos que de cristianos se precien, sino que también se comprueban por el testimonio de toda la antigüedad y el de la recta razón. En efecto, *Abideno*, en su *Historia de Asiria*, habla de la *torre de Babel*, destruída por los vientos auxiliares de los dioses á quienes los hombres pretendieron desafiar. *Artapano* y *Eupolemo*, citados por *Eusebio*, hacen mención del mismo hecho, añadiendo que con las ruinas de la torre se edificó la ciudad de *Babilonia*, tomando ésta el nombre de aquélla. Los oráculos de *los sibilas*, que corrían en tiempo de *Josefo*, hacen también particular mención del acontecimiento, y los poetas griegos más antiguos refieren el hecho de los llamados *titanes*, que pretendieron escalar el Cielo, arrancando los montes más elevados y amontonando los unos sobre los otros, hasta que *Júpiter* los dispersó con sus rayos, cuya narración no es otra cosa sino el mismo relato bíblico alterado con la ficción de la fábula mitológica.

Por otra parte, y esta es la demostración de que nada se opone al suceso, considerándolo bajo el punto de vista de la razón, hallaremos, que si la vanidad y la soberbia se habían entronizado en el corazón humano, como una consecuencia del pecado original, nada tiene de extraño, que los hombres estimulados por aquellas pasiones, se llamaran á la ejecución de una empresa, á todas luces descabellada y ridícula, pero pretenciosa en sí misma y en los resultados que

con ella se proponían conseguir, y habiendo Noé y sus hijos fabricado el Arca, que los preservó del diluvio, esto demuestra tenían un suficiente conocimiento de las artes, que existían ya en tiempo de los hijos de Adán, pues que Caín y sus descendientes construyeron y vivían en ciudades; y sabiendo la familia de Noé, que Dios la conservaba para poblar de nuevo la tierra, es indudable no se descuidarían en guardar cuidadosamente las herramientas y útiles de construcción para trasmitirlas con sus conocimientos á su posteridad: si pues ya en tiempo de Caín hay hombres que viven en ciudades, indudablemente la descendencia de Noé pudo arrojarse á la temeraria empresa que se llamó *la torre de Babel*, debiendo estar aun más adelantados que aquel hijo de Adán, en el arte de la construcción.

Fracasada la empresa, que produjo, por un milagro de la Omnipotencia divina, el cambio de la sola lengua, que hasta entonces se había hablado en el mundo, por el de las varias que constituyen los idiomas llamados primitivos, haciendo Dios de esta suerte, no solo que la soberbia humana quedase confundida, sino también que cada pueblo de los que habían de formarse, como una consecuencia de la dispersión de las razas, tuviera una representación de su carácter particular en el lenguaje. Después, repetimos, del fracaso de *la torre de Babel*, los descendientes de Noé se dispersaron, los hijos de Sem permanecieron en Asia,

á una y otra parte del Éufrates, Cam se dirigió al África y Jafet llegó á los países marítimos de Europa.

Estas tres distintas razas, provinientes de un solo tronco, Noé, demuestran sin embargo la unidad de su origen, no obstante la multitud de pueblos que hoy se hallan esparcidos por la superficie del globo. Los naturalistas, llevando á su frente al ilustre Cuvier y los demás sabios sus discípulos, sólo reconocen tres razas en la especie humana: la blanca ó caucásica, llamada así porque uno de sus primeros asilos fueron las riberas occidentales del Cáucaso; la mongólica de color amarillo y la etiópica ó negra. Nada más que tres razas en toda la tierra, como tres fueron los hijos de Noé, y entre las tres, las dos primeras superiores á la segunda, demostrando la verdad de la predicción del Patriarca, maldiciendo á Canaán, el hijo de Cam y bendiciendo á Sem y á Jafet. En vano se querrá decir que la inferioridad de la raza negra es debida al clima, á la influencia del aire y al calor; si estas causas fueran las esenciales de la degradación de dicha raza, obrando como obran sobre ella desde los primeros tiempos, deberían haberla degradado más aún de lo que está. Sin embargo, la repetida raza negra es hoy lo que era ayer; luego es indispensable buscar como causa de su degradación, un hecho providencial, el castigo de un crimen cometido.

No obstante Noé al maldecir á su nieto, ya hemos

visto dijo sería *siervo de los siervos de sus hermanos*, y esta palabra *hermanos*, que indica una unidad de origen nativo, predice al mismo tiempo la conducta que deben de seguir las dos razas superiores á la tercera, en organización y poder moral, para con la infeliz degradada; que debían servirle de hermanas, de preceptoras y de madres, cuya misión ha cumplido la Iglesia católica tan fielmente, que mediante sus Misiones y sus prolongados trabajos ha conseguido desaparézca del mundo civilizado esa mancha ignominiosa que le cubría y que se llamaba la trata de negros, rompiendo las cadenas de la esclavitud, que ligaban á estos desgraciados.

ÉPOCA TERCERA
DESDE LA VOCACIÓN DE ABRAHAM HASTA LA SALIDA
DE LOS ISRAELITAS DE EGIPTO.

CAPÍTULO I.

Vocación de Abraham.

Año del Mundo.
2080
Antes de Jesu-
cristo, 1920

Cuando los hijos de Noé se separaron los unos de los otros, después de la confusión de lenguas de la torre de Babel, llevaron consigo el recuerdo de las principales verdades de la Religión, que habían aprendido de su padre, siendo esta la razón de haberse conservado en todos los pueblos el recuerdo de los grandes acontecimientos que habían tenido lugar,

como la creación del hombre en estado de inocencia, su pecado, la promesa de un Redentor y el diluvio. Sin embargo, estas verdades primitivas no tardaron en alterarse con fábulas, que concluyeron por oscurecer la razón de los hombres, dando motivo á que éstos se lanzaran á la comisión de los excesos, más horribles aún que aquellos que habían armado el brazo del Señor, produciendo el diluvio, cuyas aguas todavía no estaban enjutas sobre la tierra. A medida que el conocimiento de la verdad se borraba de la mente de las criaturas, éstas, negando á Dios el tributo de adoración á que le están obligados todos los seres, dieron culto al oro, la plata, la madera, los astros, los más viles animales y hasta las plantas, viéndose á los hombres arrodillarse ante las estatuas que representaban aquellos objetos, para ofrecerles incienso y sacrificios, como si fueran dioses.

En medio del cúmulo de iniquidades que trajo consigo el reinado de la idolatría, con dificultad se encontraba una familia que guardara fidelidad al verdadero Dios, y si el Eterno no hubiera consultado más que á las maldades de aquellos desdichados, hubiera sin duda destruído de nuevo la criminal raza humana. Pero la vista de los méritos futuros de la gran Víctima expiatoria de las culpas del género humano, que ya el Señor se había dignado prometer, desarmando su justa indignación, le movió á elegir un pueblo que conservara intacto el sagrado depósito de

la Religión, y con ella, por tanto, el de la promesa de un Redentor, sin que por eso abandonara el resto de las naciones, que siempre tuvieron medios para saber guiarse por las sendas de la justicia y que tan sólo á sí mismas debían imputarse la ceguedad en que vivían.

El Patriarca Abraham fué el elegido para padre de aquel gran pueblo, en cuyo seno y de la descendencia de aquél había de nacer Jesucristo. Era Abraham hijo de Tharé, descendiente de Sem, natural de Ur en el país de los caldeos, si bien había dejado su país natal para pasar á Harám de Mesopotamia donde murió su padre. Este país se hallaba bastante lejos de la Judea, que entonces tenía el nombre de tierra de Canaán, por hallarse habitada por los cananeos ó descendientes de Cam, en cuyo lugar tenía determinado el Omnipotente, viniera al mundo nuestro Redentor Jesucristo, para llevar á cabo la gran obra de la Redención del linaje humano.

Abraham se había conservado fiel á la verdadera Religión y no tan sólo guardaba fielmente el sagrado depósito de las verdades reveladas, confiando en la realización de la promesa del Mesías, por el que todos los hombres habían de ser salvos, sino que al mismo tiempo era modelo de todas las virtudes. A pesar de sus grandes riquezas, consistentes en ganados de todas clases, con el número de siervos indispensables para su custodia, prefería humildemente vivir en tiendas

ó cabañas con su familia, á habitar en las ciudades manchadas con las abominaciones de la época; su vida era sobria y laboriosa, distinguiéndose muy principalmente en la virtud, que ha sido siempre el signo característico de las almas escogidas, la compasión por las desdichas ajenas; pues notoria era para todos la caridad con que el Patriarca procedía para con los peregrinos ó extranjeros, concediéndoles franca hospitalidad con toda clase de auxilios.

Dios llamó á Abraham para que saliera de su tierra y marchara al país que le mostraría, declarándole había de hacerle padre de un gran pueblo y tronco de una numerosa descendencia; que derramaría sus bendiciones en él, siendo benditas en el que naciera de él todas las naciones de la tierra. Esta segunda promesa del Redentor hecha á Abraham, es más explícita que la hecha con anterioridad á Adán: en ésta, Dios sólo promete enviar un Mesías Redentor; en aquélla ofrece en términos precisos, que nacería de la familia de aquel á quien entonces promete: en la una pronostica que el gran Reparador quebrantaría la cabeza de la serpiente infernal; en la otra, explicando ya el sentido de estas palabras, expresa, que el Mesías derrocaría el imperio del demonio, atrayendo á sí á todos los hombres, mediante el conocimiento del verdadero Dios, en el cual únicamente se encuentra la verdadera bendición.

Lleno de fe en la palabra de Dios, Abraham salió

del país donde residía con su esposa Sara y su sobrino Loth, que no era menos rico que su tío y llegaron á la tierra de Canaán, donde el Patriarca, adorando al que tan soberanamente dispone de los reinos, erigió un altar donde ofreció sacrificios al Señor, invocando su santo Nombre.

Una horrible carestía que se padeció en aquel país, obligó á Abraham y á su familia á pasar á Egipto: allí corrió un grave riesgo, pues prendado el monarca de la hermosura de Sara, esposa del Patriarca, quiso á toda costa contraer matrimonio con ella, creyéndola soltera, pues Abraham se había hecho pasar por hermano suyo, y á dicho fin la hizo llevar á su palacio. El Patriarca había disimulado la verdad por el temor de perder la vida si los infieles, estimulados por la belleza de su mujer, pretendían quitársela para que aquélla quedase en libertad; no le valió su disimulo, pero Dios castigó al rey egipcio haciéndole comprendiera su error, devolviendo á Sara á su marido, á quien reconvino por haberle ocultado la verdad, exponiéndole á cometer un crimen.

Cuando terminó el hambre volvió Abraham y los suyos á la tierra de Canaán, donde en breve experimentó los sinsabores que siempre traen consigo las riquezas, pues como tanto él, como su sobrino Loth eran opulentos, con frecuencia se suscitaban riñas entre los pastores de unos y otros ganados; por cuyo motivo Abraham propuso á Loth separarse, y éste, ac-

cediendo á ello marchó á Sodoma, donde se estableció. Esta separación no entibió la caridad de Abraham y bien pronto tuvo ocasión de demostrarlo, al saber que el rey de dicha ciudad y otros cuatro monarcas aliados suyos habían sido derrotados por otros príncipes, de quien los primeros habían sido tributarios, cayendo Loth prisionero. Entonces Abraham, tomando trescientos diez y ocho de sus servidores, lleno de confianza en el Dios que le protege, se arrojó sobre las tropas vencedoras y poniéndolas en precipitada fuga, recobró el botín que habían apresado y dió libertad á Lot con todos los demás compañeros de su cautiverio.

El rey de Sodoma dió las gracias á su libertador y le suplicó aceptase en pago todas las riquezas ganadas al enemigo, pero Abraham únicamente tomó el diemzo, el cual lo dió á Melquisedech, rey de Salem, que ejercía las funciones de sacerdote del Señor, cuyo rey bendijo á Abraham después de haber ofrecido pan y vino. De esta suerte, con esta conducta misteriosa, honró el Patriarca, en la persona de Melquisedech, al futuro Mesías á quien aquel sacerdote y rey á un mismo tiempo, representaba, siendo su cuarta figura; pues escrito está que Nuestro Señor es el Sacerdote para toda una eternidad, según el orden de Melquisedech, siendo el sacrificio de pan y vino ofrecido por éste, figura admirable del que siglos posteriores había de instituir Nuestro Señor Jesucristo

en la Iglesia Católica para inmolarse por los pecados de los hombres, continuando así de un modo in-cruento el Sacrificio de la Cruz hasta la consumación de los siglos.

CAPÍTULO II.

Los hijos de Abraham.

Año del Mundo.
2107.
Antes de Jesu-
cristo. 1893.

Después de los acontecimientos narrados en el capítulo anterior, nada faltaba á la dicha de Abraham, sino el tener hijos, que realizaran la promesa de Dios de hacerle padre de numerosa posteridad y fueran al mismo tiempo herederos de sus riquezas; por lo que su misma esposa Sara le aconsejó tomara también por mujer á su esclava Agar, cuyo consejo siguió el Patriarca, sin que por este hecho pueda fundarse contra él acusación alguna, ni menos sufriera menoscabo su virtud.

En efecto, es un principio de *Derecho*, el de que hay necesidad de distinguir los tiempos para comprender bien las leyes. La poligamia, ó sea el hecho de contraer el hombre matrimonio con más de una mujer, es indudablemente contraria á la recta razón como opuesta al orden y armonía que deben de reinar entre los miembros de la familia, y por ello el primer matrimonio fué de uno con una y así lo bendijo Dios en el Paraíso como ya dijimos. Pero sin embargo, en aquellos antiguos tiempos el Legislador

supremo toleró la poligamia, como medio de hacer más fácil la multiplicación del humano linaje. Con esta tolerancia no se faltaba tampoco á ningún precepto religioso, porque la verdadera Religión, sin dejar de ser una y la misma, se hallaba entonces en sus albores, no perfeccionándose hasta la venida de Nuestro Señor Jesucristo y nunca pueden ser iguales los resplandores de la Aurora, á los refulgentes rayos del Sol y mientras las flores muestran plegados los pétalos de sus corolas al despuntar aquélla, se abren tan luego como reciben el calor del astro del día. Á la Religión, por consiguiente, en su infancia, no podían pedirse lo que después de perfeccionada, mediante la efusión de la Sangre preciosísima de un Hombre Dios.

Abraham, pues, obró lícitamente al tomar una segunda esposa, pero aunque tuvo el consuelo de tener un hijo, que se llamó Ismael, no había de ser éste el llamado para realizar las promesas del Señor.

Hallábase un día sentado Abraham á la puerta de su tienda durante las horas de calor, cuando vió cerca de sí tres Ángeles en figura de pasajeros ó peregrinos, y como su caridad no le permitía dejar pasase ninguno de aquéllos sin ofrecerles hospitalidad, les rogó descansaran de las fatigas de su viaje y aceptarán el alimento que iba á disponer. Los fingidos viajeros aceptaron y después de recibir tan generosa hospitalidad, uno de ellos dijo á Abraham: «*De hoy*

en un año volveré á veros y vuestra esposa Sara habrá dado á luz un hijo.» Imposible parecía que esta promesa llegara á convertirse en realidad, pues el Patriarca contaba cien años y su esposa Sara noventa, pero la fe de aquél no vaciló, ni acudió á su mente la menor desconfianza. Así preparaba Dios á los hombres mostrándoles su Omnipotencia al hacer fecunda una mujer nonagenaria, para que un día creyesen también que una Virgen daría á luz un Hijo, sin detrimento de su virginidad; así como también los disponía desde lejos á creer en el misterio de la Santísima Trinidad, simbolizado en los tres Ángeles, que se presentan á Abraham y quien aunque ve tres, sólo adora uno y como á uno les habla y á cuyos tres la *Sagrada Escritura* les da en número singular, el gran Nombre de Dios, el Nombre incomunicable de *Jehová*.

Los tres viajeros se despidieron de su caritativo huésped y éste, aun no satisfecho con las deferencias que les había prodigado, queriendo honrarlos todavía más, les acompañó alguna parte del camino. Este nuevo rasgo de la caridad de Abraham, le granjeó un nuevo favor, cual fué el declararle Dios, la próxima ruina que tenía decretada de las ciudades de Sodomoma y Gomorra, consecuencia de haberse entregado sus moradores á los vicios más horribles y abominables. El Patriarca intercedió por los culpados, rogando á Dios, á quien representaban los Ángeles, per-

donara á los desventurados moradores de aquellas ciudades, en consideración á los justos que pudieran encontrarse entre los culpables y por sus fervorosas y continuadas plegarias, obtuvo del Señor la promesa, de que si llegaban á hallarse diez personas virtuosas, obtendrían por ellas el perdón todas las demás.

CAPÍTULO III.

Las ciudades malditas.

Desgraciadamente para los moradores de Sodoma y Gomorra no existían entre ellos diez justos; sólo se contaban Loth, su esposa y sus dos hijas. Dos Ángeles llegaron al caer una tarde á la habitación de esta familia en forma de extranjeros ó peregrinos y Loth, demostrando tener las mismas virtudes que su tío Abraham, se apresuró á ofrecerles hospitalidad, invitándoles á pasar la noche que se aproximaba. En breve los corrompidos habitantes de la ciudad, sabedores de la llegada de aquellos forasteros, corrieron en tropel á casa de Loth, pretendiendo salieran los peregrinos para que tomaran con ellos parte en sus abominables maldades, y á tal extremo llegaron sus instancias, que los Angeles tuvieron que hacer uso del poder sobrenatural de que se hallaban revestidos, dejando ciegos á los que pretendían entrar á viva fuerza en la morada de Loth, profiriendo al mismo

tiempo contra él los más groseros insultos porque les hacía ver el respeto y la consideración de que son acreedores los extranjeros.

Entonces los enviados del Señor dijeron á Loth quiénes eran, el castigo que amenazaba aquellos lugares y que por tanto debía salir de la ciudad con su familia, pues en breve aquélla sería destruída con todos sus moradores, á causa de los infames vicios que los manchaban.

Loth se apresuró á dar aviso inmediatamente á los que tenía destinados para esposos de sus hijas, pero éstos, despreciando sus advertencias, le trataron de visionario y rehusaron seguirle. La mañana del siguiente día redoblaron los Angéles sus instancias para que Loth emprendiera la fuga, sin más demora, y el Patriarca, obedeciendo los mandatos del Señor, salió con su esposa y sus dos hijas. No bien lo había verificado, cuando derramó el Señor una lluvia de fuego, que en un momento redujo á cenizas á Sodoma, juntamente con las otras ciudades malditas, pereciendo todos sus moradores. En el lugar que ocupaban se encuentra hoy el mar Muerto: la lluvia de fuego inflamó el betún subterráneo de que abundaba aquel país; consumida la materia combustible se hundió el terreno, produciéndose una cavidad, donde precipitándose las aguas del Jordán, la llenaron formándose el indicado mar, que no tiene salida ninguna visible.

Los escritores antiguos Diódoro de Sicilia, Estrabon, Tácito, Plinio y otros, refieren que el referido mar fué formado por un incendio, que destruyó muchas ciudades y el asfalto que nada en él, el betún y el azufre que se encuentra en sus orillas, la esterilidad del suelo y su color de ceniza, con la amargura y pesadez de las aguas de aquel mar, que hacen imposible en ella la vida de ningún pez, están demostrando, con la verdad de la narración bíblica lo terrible de los castigos del Señor.

La mujer de Loth, asustada con el terrible estruendo que percibía á sus espaldas, no pudo contenerse y faltando á la obediencia debida á los mandatos de los Angeles que previnieron se abstuvieran de volver el rostro, miró hacia atrás, con el intento de ver lo que sucedía, y en castigo de esta falta quedó instantáneamente convertida en estatua de sal: advertencia admirable dirigida á la enseñanza de aquellos que, después de haberse apartado de los caminos del vicio, renunciando á su anchura, para tomar los estrechos senderos de la virtud, vuelven el rostro para contemplar, siquiera sea de lejos, aquello de que ya han hecho renuncia.

Las palabras de la *Sagrada Escritura, estatua de sal*, con las que explica la transformación que instantáneamente sufrió la mujer de Loth, deben entenderse, no en el sentido de que se convirtiese en una estatua de sal ordinaria, sino en el de que tan pronto

como falleció quedó petrificada, dura, lo mismo que el marmol. Aparte de que Dios puede hacer lo que crea conveniente, de que en algunas montañas hay una sal tan dura como los metales y por tanto cabía que la muerte trocara el cuerpo de la infortunada en esta especie de sal; en el presente caso es más lógico entender las palabras del *libro santo*, en el sentido de que, habiendo muerto la esposa de Loth, bajo la acción de un aire infecto de vapores sulfurosos y nitrosos, su cadáver quedó yerto y duro bajo la acción y por el contacto de aquellas materias.

En cuanto á Loth y sus hijas, se salvaron refugiándose en la gruta de un monte, siendo los tres los únicos sobrevivientes de aquellas ciudades malditas por Dios á causa de sus iniquidades.

CAPÍTULO IV.

Isaac é Ismael. Año del Mundo. 2108.
Antes de J. C. 1892

Cuando Dios prometió á Abraham que su esposa Sara daría á luz un hijo á pesar de su avanzada edad, contrajo al mismo tiempo con él una alianza más estrecha, prescribiéndole para él y para toda su descendencia, la ley de la *Circuncisión*, ceremonia sangrienta destinada á borrar el pecado original, reconciliando al hombre con Dios, en atención á los méritos del Redentor, que había de venir y cuya ceremonia prefiguraba al mismo tiempo el Bautismo de la

Ley de Gracia, con cuyo sacramento, por virtud de la Sangre ya derramada del Cordero sin mancilla, vuelve la criatura racional á incorporarse á su Criador y Padre, de quien la separa el pecado, santificándola la acción del Espíritu-Santo, que simboliza el agua que sobre ella se derrama.

Dios, fiel cumplidor de sus promesas, dió á su siervo Abraham el hijo prometido, que recibió el nombre de Isaac, circuncidándole su padre al octavo día del nacimiento, conforme al precepto del Señor antes indicado. Empero cuando ambos esposos se hallaban tan colmados de alegría, y muy particularmente Sara, que se veía libre del oprobio de la esterilidad, vino á turbar su mutuo contento Ismael, el hijo de la esclava Agar, quien destituído de todas sus esperanzas de suceder á su padre, á causa del nacimiento de Isaac, á quien á su pesar no podía menos de reconocer el derecho á heredar los bienes paternos, que antes creía corresponderle: no pudiendo sufrir la complacencia y regocigo que sus padres mostraban, concibió contra su hermano una oculta envidia. Esta pasión de Ismael no dejaba algunas veces de manifestarse al exterior, en el modo de tratar á Isaac; y previendo Sara las funestas consecuencias que esta ojeriza de un hermano para con otro pudiera producir en adelante, con el intento de prevenir estos males, interesándose su ternura, por el que sabía ser destinado de Dios para heredero de todas sus riquezas,

dijo á su esposo que arrojara de la casa paterna la esclava Agar con su hijo.

Dura pareció al Patriarca la proposición, pero el Señor le inspiró hiciera en esta parte lo que Sara su esposa le aconsejaba, y habiéndose levantado de mañana, tomó un pan y una odre llena de agua y dando estas provisiones á Agar, juntamente con su hijo, los despidió de la casa.

Caminaban ambos por el desierto de Bersabé, y habiéndose consumido la provisión de agua que llevaban, empezaron á padecer una ardiente sed, que llegó á poner á Ismael á punto de perder la existencia. No teniendo Agar valor para ver morir á su hijo, le sentó al pie de un árbol y se alejó alguna distancia para no presenciar su muerte, lamentándose á la vez de su amargura y desamparo. En esta situación oyó la voz de un ángel del Señor, quien la alentó mandándola, de parte de Dios, cuidara de Ismael, porque le destinaba para ser padre de una posteridad numerosa. Entonces Agar, cobrando ánimo al oír al celestial mensajero, levantó los ojos y vio cerca de sí un pozo, en el que con facilidad llenó su odre, pudiendo así aplacar la sed, tanto ella como su hijo. Ismael creció en la soledad ejercitándose en el manejo del arco y de las flechas, en el uso de cuyas armas llegó á ser muy hábil, y cumpliéndose en él también lo que el Señor había prometido, fué el tronco de una posteridad numerosa, descendiendo de él los árabes, que por

esta razón se les conoce también con el nombre de ismaelitas.

No debe parecer extraña la conducta de Abraham con su hijo Ismael, ni menos debe acusarse al santo Patriarca de ligereza y crueldad al despedirlo, juntamente con su madre, á la sola indicación de Sara; este modo de obrar fué, como queda indicado, inspirado de Dios, dueño y árbitro soberano de todas las criaturas, y envolvía además un misterio, figurando sucesos que habían de tener lugar más tarde, como acontece con todos ó la mayor parte de los hechos del *Antiguo Testamento*, que son figura de los del *Nuevo*. La conducta de Ismael y su envidia para con Isaac, representa lo que en la sucesión de los tiempos sufrirán los justos de sus propios hermanos: así como la despedida que Abraham hizo de Agar y de su hijo de la casa paterna, simboliza la reprobación de la Sinagoga de los judíos, dejando en todos sus derechos á la Iglesia católica. Una y otra eran hijas de Dios, pero los judíos procedían de la esclava, como lo demuestran las pesadas cargas que imponía la ley mosaica; mientras nosotros los cristianos somos hijos de la libre, redimidos con la Sangre purísima de Jesucristo, quien dijo, refiriéndose á su ley divina: *Mi yugo es suave, mi carga ligera*. Hoy los judíos, arrojados por Dios de la casa paterna, en la que se hicieron indignos de permanecer por su odio contra el Justo, al que no vacilaron en quitar la vida, vagan

como Ismael por el desierto, acompañados sólo de su madre la vieja Tradición, sin poder volver á constituir un pueblo, sin tener sacerdotes, ni templo, ni altar; mientras la Iglesia católica permanece en la casa de su Padre celestial, formando una sola la Iglesia de la tierra y la Iglesia del Cielo.

CAPÍTULO V.

El sacrificio de Isaac. (Año del Mundo 2128)
(Antes de Jesucristo
1872)

Llegó entretanto el momento en que Dios quiso probar la fe de su siervo Abraham, poniendo al mismo tiempo ante sus ojos una imagen del modo con que había de verificarse la Redención, cuyo Redentor le había prometido nacería de su descendencia. En medio del silencio de una noche, el Señor se digna volver á comunicar con el Patriarca. « *Toma, le dice, á tu hijo unigénito Isaac, á quien tanto amas y allí me lo ofrecerás en holocausto, sobre uno de los montes que te mostraré.* » Un mandato de este orden era suficiente para sublevar la naturaleza de un padre, y basta para demostrarlo considerar de una parte el grandísimo sacrificio que se le impone á un venerable anciano, al obligarle á privar de la vida á su hijo querido, y de otra, que este nuevo mandato de Dios parece contradecir sus anteriores promesas. Con efecto, Él ha prometido á Abraham le haría padre de un gran pueblo y que todas las naciones de la tierra serían benditas,

en el que nacería de él: la inspiración del mismo Dios, á la que Abraham obedeció puntualmente, despidiendo de la casa paterna su otro hijo Ismael, parece indicar que el heredero de aquella magnífica promesa había de ser Isaac. ¿Cómo conciliar esta tan fundadísima esperanza con la sentencia de muerte, que el Señor fulmina contra el dicho hijo de Abraham, al mandar se lo ofrezca en sacrificio? ¿Será quizá pretenda Dios traspasar á otro las promesas hechas al Patriarca...?

Sin embargo, de todas estas y otras muchas reflexiones que pueden presumirse acudirían á la mente del venerable anciano; no obstante el acerbo dolor que embargaría su corazón de padre, no replica, no vacila, ni pretende tampoco lograr á fuerza de repetidas plegarias una revocación de aquel precepto, que desgarró su alma, sino que mostrándose á las generaciones futuras como un modelo de la perfecta obediencia que Dios exige de sus fieles siervos, se ocupa sólo durante tres días en hacer los preparativos indispensables para ofrecer aquel gran sacrificio que se le exige, y una vez terminados, sin dilatarlo un momento más, parte con Isaac y algunos criados.

Después de otros tres días de marcha, llegan á las faldas de un monte, que mas tarde había de llamarse *el Calvario* y que entonces se denominaba el monte *Moriah* ó *de la Visión*, cuyo lugar Dios le designó para la prueba á que deseaba someter á su siervo.

Esperaos aquí, dijo Abraham á sus criados, Isaac

y yo vamos á subir á la cumbre para ofrecer un sacrificio al Señor. El rostro del venerable varón no demostró el dolor de su corazón afligido; conforme con la voluntad de su Criador, carga sobre los hombros de su hijo la leña destinada para consumir la víctima que había de sacrificarse, mientras él llevaba en las manos la espada y el fuego indispensables para verificar el sacrificio.

Juntos caminaban padre é hijo de aquella suerte, cuando Dios, que quería proporcionar á su siervo todos los grados del mérito, permitió un pequeño incidente de esos que pasan desapercibidos en las grandes tribulaciones, pero que aumentan la amargura en el corazón más bien dispuesto, si no está sostenido por el heroísmo que nace de la más acrisolada virtud. Padre mío, dijo con sencillez Isaac. ¿Qué quieres, hijo? respondió su padre. Veo, replicó Isaac en vuestras manos el fuego para el holocausto y yo llevo la leña, ¿pero dónde está la víctima? Hijo mío, contestó Abraham, sin que la más mínima contracción de su rostro revelara su secreto, Dios se proveerá de víctima. Isaac no volvió á hacer ninguna pregunta.

Llegaron al fin á la cumbre del monte; Abraham hizo un altar, acomodó la leña y preparó la espada. Era llegado el momento de explisarse con su hijo. Una mirada, una señal, un suspiro bastaron para informar á Isaac de que él era la víctima que Dios pedía en sacrificio y adorando la voluntad del Señor, se

sometió á ella con humildad y resignación. Sube al altar y deja que su padre le ligue las manos. Hecho esto, rebosando su corazón en fe y obediencia, las cuales se sobreponen al dolor, toma la espada, extiende el brazo sobre la cabeza de su hijo y se dispone á descargar el golpe mortal. En aquel momento se dejó ver un ángel del Señor que le dice: *¡Detente, Abraham, no mates á tu hijo; Dios está satisfecho de tu fe y obediencia! ¡Por cuanto has obedecido, serás bendito y todos los pueblos de la tierra en el que procederá de ti!*

Terminada la prueba da principio la recompensa, pues Dios rectifica, como vemos, la promesa ya antes hecha á Abraham, de que el Mesías nacería de su raza. El santo Patriarca vió entonces un carnero enredado por las astas en un zarzal cercano y tomándolo procedió á ofrecerlo en sacrificio en lugar de Isaac.

Dios se complació en hacer de Isaac la quinta figura del Redentor prometido, pero más perfecta, más acabada que lo habían sido las anteriores, de Adán, Abel, Noé y Melquisedech; pues en ella se nos ofrece una viva imagen del sacrificio que Dios hecho hombre había de llevar á cabo 1872 años más tarde. En efecto, Nuestro Señor Jesucristo es el Hijo amado de su Padre Eterno, como Isaac lo era de Abraham: Isaac inocente es condenado á morir y el Verbo hecho hombre recibió la sentencia de muerte, siendo la ino-

encia misma. El hijo de Abraham subió al monte Calvario llevando sobre sus hombros la leña para el sacrificio y se dejó atar con resignación sobre el altar. El Hijo de Dios, igual en todo á su Padre, cubierto de nuestra carne subió al mismo monte llevando la Cruz sobre sus divinos hombros y se dejó enclavar en ella sin exhalar una queja. Isaac no llegó á sufrir la muerte porque no era más que una figura; no obstante bajó del monte lleno de bendiciones. Jesucristo, como era la Víctima real y no figurada, murió verdaderamente en la Cruz, pero al tercer día de su muerte resucitó lleno de gloria y su nombre fué bendito por todas las naciones.

Restituído Isaac á sus padres, consoló la vejez de su madre, que murió á los 127 años de edad, cuando aquél contaba 37. Abraham lloró amargamente la pérdida de su querida esposa y compró, para darle sepultura, un campo que poseía Efron, natural de Heth en aquel país, en el que había una cueva doble, que destinó para tumba de familia: habiendo elegido aquel lugar, porque estaba en el valle al pie del monte, donde había erigido un altar al Señor, de quien esperaba la resurrección y la eterna felicidad.

CAPÍTULO VI.

Matrimonio de Isaac.

(Año del Mundo.
2148.)
(Antes de J. C.
1852.)

Habiendo Isaac llegado á los cuarenta años de edad, pensó su padre Abraham en darle una esposa, pero quiso obrar en asunto de tanta importancia y trascendencia, con el fondo de Fe y de Religión, que siempre le distinguió en todas sus empresas, proporcionándole hasta la muerte, el término más feliz en todas ellas. Al intento de conseguir su objeto, llamó á un antiguo y fiel criado suyo llamado Eliezer y le dió orden de partir á Mesopotamia, donde había quedado Nacor, hermano de Abraham, cuando este Patriarca vino por orden de Dios á establecerse en Canaán y que allí en el seno de su parentela, escogiera esposa para su hijo Isaac.

Eliezer, deseando cumplir con toda exactitud el encargo de su señor, eligió diez camellos de entre los muchos que componían los grandes rebaños de aquél, los cargó de magníficos presentes, y haciéndose acompañar de un número de esclavos proporcionado á la importancia del mensaje, partió sin tardanza á desempeñar su cometido, llegando felizmente en breve á Mesopotamia y á la vista de la ciudad donde se hallaba Nacor, hermano de Abraham.

Habiendo descargado sus camellos, se paró á descansar cerca de un pozo, al que todas las mujeres

de la población acudían para tomar agua, sin distinción de clases; en aquellos tiempos de costumbres sencillas. Eliezer, animado de la misma Fe, que tanto distinguía á su señor, pidió á Dios su asistencia en aquel momento y con el verdadero espíritu de humildad y sencillez, que caracteriza las oraciones de los justos y que tanto valor tienen para conseguir lo que se espera del Omnipotente, le rogó le diera como señal para conocer la que destinaba para esposa de Isaac, aquella mujer que se prestara á darle de beber juntamente con su ganado.

No había terminado Eliezer su plegaria, cuando vió llegar cerca del pozo una doncella, cuya modestia realzaba sus gracias naturales y la cual llevaba un cántaro en el hombro. Esta joven era Rebeca, sobrina de Abraham, hija de Bathuel, la que después de haber llenado su cántaro, se disponía á volverse. El anciano sirviente la miraba con atención prendado no tanto de su belleza exterior, como de la inocencia y la modestia que brillaban en toda su persona, realzando los encantos de sus gracias naturales. Por fin se atrevió á dirigirle la palabra y la dijo: ¿Queréis darme un poco de agua en vuestro cántaro para apagar mi sed?—Bebed, respondió con prontitud Rebeca y uniendo los actos á las palabras, bajó su cántaro y lo puso en situación cómoda para que bebiese Eliezer. Cuando éste hubo satisfecho su necesidad, la joven volvió á tomar la palabra y le dijo:

voy también á sacar agua para que beban todos vuestros camellos, y sin esperar respuesta, animada de la más ardiente caridad para con el extranjero, vació en los abrevaderos el agua, que aun quedaba en su cántaro, sacó más y dió de beber á todo el ganado. Eliezer entonces le ofreció en regalos brazaletes y zarcillos de oro, preguntándola de quién era hija y si habría en su casa hospedaje para él. Ella contestó que el nombre de su padre era Bathuel, hijo de Nacor y manifestándole que en su casa darían con mucho gusto albergue al extranjero. Eliezer se inclinó profundamente y adoró al Señor, que de un modo tan manifiesto hacia ostentación de su Providencia, llevando á feliz término los planes que su amo había concebido para con su hijo, invocando para poder llevarlos á cabo, el poder y la asistencia del Cielo.

Rebeca corrió para anunciar á sus padres lo que acababa de sucederle y Laban, su hermano, salió al encuentro de aquel extranjero, para reiterarle el ofrecimiento de su casa. Eliezer aceptó lleno de gratitud y alegría una invitación tan generosa y al sentarse á la mesa para cenar, protestó no tomaría alimento alguno, antes de haber declarado quién era y el objeto de su viaje. Con efecto, manifestó ser enviado de Abraham, refirió todo cuanto le había sucedido y la serie de circunstancias providenciales que le habían llevado á aquella casa, para que tuvieran

feliz suceso los deseos de su señor, para cuyo hijo Isaac, concluyó pidiendo á Rebeca en matrimonio.

No dudando Bathuel de la intervención celeste tan claramente demostrada en el curso de aquellos acontecimientos, aceptó la proposición que en nombre de su tío Abraham hacía su criado, previo el consentimiento de su hija. El fiel mensajero, después de dar de nuevo gracias á Dios, ofreció á la novia cuantiosos regalos, y al día siguiente, acompañado de ella y de las doncellas destinadas á su servicio, se puso en camino llegando con toda felicidad al lado de Abraham y de Isaac, quien se desposó con ella conforme á los deseos de su padre.

Rebeca, como buena esposa, consiguió suavizar el dolor de Isaac, que aun lloraba la pérdida de su buena madre. Algunos años después llegó también la muerte de Abraham, que bajó al sepulcro á la edad de ciento setenta y cinco años, siendo enterrado por sus dos hijos Isaac é Ismael, en la cueva doble del campo de Efron, que como antes hemos dicho, el Patriarca había comprado para sepultura de su familia y donde ya estaba sepultada Sara.

El Señor había prometido á Abraham, que de su posteridad nacería el Mesías; pero el Patriarca, que después de la muerte de Sara, había casado de nuevo con Cetura, murió dejando de ella varios hijos á más de Isaac y de Ismael. Todos ellos son descendientes de Abraham y por tanto surge la duda respecto á quién

había de heredar la gran promesa, siendo el ascendiente del divino Mesías. Dios cuidará de que las sombras se disipen en breve, revelando á Isaac le daría para sí y sus descendientes la tierra de Canaán y que todos los pueblos del mundo serían benditos en el que nacería de él. De esta suerte vemos, que mientras la promesa hecha á Abraham indica que el Mesías nacería de su familia, en la que Dios hace á Isaac, quedan ya excluidos sus otros hermanos y sólo en la descendencia del hijo de Sara, debemos ya buscar al Divino Redentor de los hombres.

CAPÍTULO VII.

Los hijos de Isaac. Año del Mundo. 2168. Antes de J. C. 1832.

La promesa que Dios hizo á Isaac de que había de nacer de su posteridad el Deseado de las naciones, excluye á todos los demás hijos de Abraham de la gloria de ser los descendientes del Mesías: en breve surgirán nuevas tinieblas, pero el Señor también se encargará de disiparlas, á fin de que con claridad se conozca la filiacion de Nuestro Señor Jesucristo, á cuya gloria, así como á la preparación de su reinado, concurren todos los hechos del *Antiguo Testamento*. Isaac vivió veinte años con su esposa Rebeca sin tener el consuelo de que Dios les concediera hijos; y como el Patriarca contaba ya sesenta años, ambos se hallaban inconsolables, no cesando de clamar al Se-

ñor en oración continuada y fervorosa, para obtener sucesión. Sus ruegos fueron al fin escuchados; Rebeca se halló en cinta, pero hubo de conturbarse en extremo, sintiendo en su seno como una lucha entre dos seres, y en la turbación que le produjo este raro accidente, acudió á consultar con Dios. El Omnipotente se dignó revelarle, llevaba en sus entrañas dos hijos, los cuales ambos serían jefes cada uno de ellos de dos grandes pueblos, pero el mayor estaría sujeto al menor, siendo la posteridad de éste superior á la del primero. Con la indicada respuesta dió el Señor bien claramente á entender á Rebeca, que la bendición dada á Abraham, á la que estaba unida la promesa del Mesías, pasaría al menor, siendo éste preferido al primogénito.

El suceso patentizó en breve la verdad de la Revelación: la esposa de Isaac dió á luz dos gemelos, que recibieron respectivamente los nombres de Esaú y de Jacob. Ambos crecieron en edad; Esaú se hizo un hábil cazador, estando siempre en el campo dedicado á su ejercicio favorito; Jacob, por el contrario, poseyendo un natural dulce y pacífico, acostumbraba á dejar muy poco su morada. Parecía que siendo Esaú el mayor, debía de estar anejo á su derecho de primogenitura; la alianza espiritual con Dios y el privilegio de transmitir á sus descendientes la bendición prometida á Abraham é Isaac, bendición que principalmente se refería á la insigne prerrogativa de ser

ascendiente del Mesías prometido; pero el Señor, como dueño absoluto de sus dones, había resuelto reservar aquella honra á Jacob, el menor de los hermanos, conforme lo había ya revelado á Rebeca.

Cierto día Esaú había salido de caza conforme tenía de costumbre, y por la tarde Jacob se entretuvo en preparar un plato de lentejas. Cuando el primero regresó de su cacería, se hallaba completamente estenuado, consecuencia del hambre y de la fatiga de su expedición; por lo que se apresuró á pedir á su hermano Jacob el plato que acababa de condimentar; pero aquél le exigió un precio, diciendo á Esaú, consentía en dárselo, pero á condición de que cediera en él su derecho de primogenitura; siendo indudable que al expresarse de esta suerte lo hizo inspirado de Dios. En efecto, de no ser así, no se concibe que un hombre de carácter afable y cariñoso, se valiera de la necesidad de comer de su hermano, para hacerle una exigencia de aquella naturaleza; pero es que informado por su madre de la revelación que ésta había tenido, y lleno de gratitud al Señor, que lo prefería, no descuidaba ocasión alguna de secundar la voluntad del Padre de todos, que es Dios, asegurándose en la posesión de un título, que ya le pertenecía en virtud á la donación del Señor: por ello no creyó abusar de la necesidad de su hermano, aprovechando la ocasión de coadyuvar por su parte á los designios del Altísimo.

Esau, estimulado por el hambre y haciendo, por otra parte, poco caso del derecho cuya venta se le proponía, no tuvo inconveniente en cerrar el trato, se prestó á ceder su primogenitura por el plato de las apetecidas legumbres, lo comió, y una vez satisfecha de aquella suerte su hambre, se alejó de su hermano, dando poca importancia á aquel negocio.

CAPÍTULO VIII.

El derecho de primogenitura.

Conviene, antes de pasar adelante y para la mejor inteligencia de los sucesos, que el historiador sagrado nos refiere, decir alguna cosa acerca del indicado derecho de primogenitura. Este derecho, que aun en determinadas naciones y en nuestros días ha tenido una grandísima importancia, era mirado en la época de los Patriarcas como un privilegio especial de los hijos mayores, y consistía en que el primogénito tomaba la jefatura de la familia tan luego como faltaba el padre, cuya costumbre tenía por fundamento la naturaleza y la necesidad á un mismo tiempo. La primera, porque nada más natural sino que el padre sienta un cariño más tierno por el hijo que primero le hizo disfrutar de las delicias del amor paternal, y la segunda, porque constituyendo entonces las familias pequeños Estados, á la muerte del padre, que era el jefe, se hacía indispensable que alguien le reem-

plazara y ninguno mejor podía sustituir al tronco y cabeza de la familia sino el hijo primogénito, que por razón de su edad, superior á la de sus hermanos, podía encargarse del gobierno de la tribu.

Siendo esto así, no hay duda que podrá parecer inverosímil vendiera Esaú tan ligeramente, sin reflexión y á tan corto precio, un derecho tan preciado y que llevaba anexas tan grandes prerrogativas; pero aparte de que la narración bíblica, como inspirada de Dios, nos ha de merecer entero crédito, si nos tomamos el trabajo de reflexionar un poco sobre el indicado pasaje de la *Historia Sagrada*, encontraremos la explicación de ello, resultando tan verosímil el hecho, como que tiene repetición todos los días y á nuestra vista.

Conviene, para demostrarlo, no olvidar el carácter violento de Esaú; era éste un hombre impetuoso en sus deseos, que se dejaba llevar del ardor de sus pasiones, sin hacer por su parte esfuerzo alguno para dominarlas, como lo prueba el hecho, que también refiere el *sagrado libro*, de haberse casado con dos mujeres extranjeras, dando así motivo al descontento de sus padres. Dadas estas condiciones, se sigue habían necesariamente de tener muy poca importancia para el primogénito de Isaac los bienes morales, que consideraría insignificantes, apeteciendo y deseando sólo, en cambio, los materiales, como únicos que podían satisfacer sus apetitos del orden sensual. Por tanto,

es indudable, en el hecho que nos ocupa, que la primogenitura comprada por Jacob á Esaú, llevaba consigo la prerrogativa de tener en la sucesión de los siglos una posteridad más numerosa, la bendición prometida á Abraham y á Isaac; en una palabra, la gloria de contarse entre los ascendientes del Mesías prometido. Esaú debía de conocer la promesa hecha por Dios á su padre y al considerar su condición de primogénito, había de esperar con fundamento ser también el llamado á heredar la indicada promesa, con tanto más motivo, cuanto que no es verosímil supiera la revelación que el Señor había hecho á su madre, referente á la superioridad que sobre él había de ostentar su hermano menor. Sin embargo, y no obstante aquella gran promesa de contar entre sus descendientes al libertador de las naciones, ésta no tiene valor ninguno para un corazón corrompido como el de Esaú; afecto sólo á lo que satisface las aspiraciones y deseos de los sentidos: sacie yo, se diría, el hambre que al presente me devora, con el manjar que mi hermano me ofrece en venta, y nada importa lo demás. Más tarde, cuando, como veremos, Jacob recaba de su padre la bendición reservada al primogénito, es cuando Esaú, comprendiendo todas las consecuencias de su ligereza, teme los males que pueden sobrevenirle, pero en lugar de humillarse y de confesar su falta, grita, se desespera y lleno de furor y odio contra su hermano, pretende vengarse en él de un daño que nadie sino él mismo se había causado.

No de otra manera vemos acontece al presente con los hombres viciosos y sensuales de nuestros días, ceden sin vacilar su derecho al Cielo, que la preciosa sangre de un Dios hombre les ha conquistado y lo ceden por cosas más despreciables aún que el plato de lentejas condimentado por Jacob, y cuando las funestas consecuencias de sus desórdenes les producen males que no tienen número, lejos de arrepentirse de sus maldades, gritan, se desesperan, blasfeman y con frecuencia también muchas veces convierten en blanco de sus iras á seres completamente inocentes de los perjuicios que sufren y de las calamidades que experimentan y de cuyos efectos ellos solos son los autores. ¡Si pues todos los días vemos muchos Esaús, cómo se ha de considerar inverosímil el suceso del hijo de Jacob!

CAPÍTULO IX.

La bendición de Isaac. (Año del Mundo ^{3245.}
(Antes de J. C. 1755))

Entretanto Isaac había llegado á la avanzada edad de ciento treinta y siete años. La ancianidad, juntamente con la pérdida casi total de la vista, le dieron á conocer que no estaba muy lejano el día de su muerte; por tanto, resolvió, según la costumbre de las familias que conocían al verdadero Dios, dar antes de morir su postrera bendición á sus hijos: cuyo acto de poder paternal, era de tanta importancia que se con-

sideraba como un verdadero é irrevocable testamento, siendo por tanto verosímil que al verificarse dicha solemnidad fuera cuando el padre trasmitía la jefatura de la familia á los primogénitos.

No ignoraba Rebeca la importancia del indicado acto, y por consiguiente no descuidó un instante aprovechar la oportunidad en favor de Jacob, sabiendo como sabía era la voluntad de Dios que recayeran en el menor los derechos del primogénito. Ya habían empezado á realizarse los designios del Señor con la cesión de Esaú á su hermano de la primogenitura, pero era de todo punto indispensable que la indicada cesión fuera solemnemente confirmada, con la bendición del padre.

Para que la ceremonia tuviera lugar conforme la costumbre tenía establecido, Isaac mandó á Esaú que saliera á cazar y trajera alguna cosa de la que comería, para bendecirle después de haber comido. Esaú salió inmediatamente al campo para cumplir el mandato de su padre, pero desgraciadamente para él, una persona había oído la conversación entre padre é hijo; dicha persona fué Rebeca, que no se descuidó en aprovecharse de la ocasión que se le presentaba. Llamó, pues, á Jacob y le dijo fuera inmediatamente al ganado y le llevara dos cabritos de los mejores, los cuales ella cuidaría de condimentar al gusto de Isaac, para que presentándoselos Jacob, recibiera la bendición reservada al primogénito.

La empresa parecía fácil á la madre, pero el hijo no pudo menos de encontrar graves dificultades, que se apresuró á exponer á Rebeca. Consistían aquéllas en que mientras Jacob era lampiño, Esaú se hallaba completamente cubierto de vello y además era muy distinto el timbre de la voz de cada uno de los hermanos. Jacob, fundado en ello, dijo á su madre era muy fácil que Isaac descubriera la suplantación, y conceptuando que su hijo menor había querido burlarse de él, le maldijera en lugar de bendecirle; pero á pesar de haber expuesto estas razones, Rebeca le tranquilizó asegurándole que sobre ella cayera la maldición, caso de suceder así, con lo cual Jacob se dispuso á obedecer.

Cuando los cabritos que trajo del rebaño estuvieron guisados, Rebeca vistió á Jacob con los mejores vestidos de Esaú y le cubrió el cuello y las manos con pedazos de las pieles de los animales; de esta suerte, y dada la casi ninguna vista de Isaac, era fácil confundiera al uno con el otro hijo; pues hecha excepción del timbre de la voz, Jacob disfrazado se parecía á su hermano.

En este estado se presentó á su padre y sólo le dijo estas palabras: «Padre mío. Oyendo estoy, le contestó Jsaac; eres uno de mis hijos, ¿pero cuál de los dos?» «Vuestro primogénito Esaú, respondió Jacob; comed de mi caza.» «Acércate para palparte y reconocer si eres con efecto mi hijo Esaú, replicó el anciano.» Jacob obedeció, y después de haberle tocado, tomó

de nuevo la palabra Isaac y dijo: «La voz es por cierto de Jacob, pero las manos son de Esaú. ¿Eres verdaderamente mi hijo Esaú?» «Sí, yo soy, respondió Jacob.» El Patriarca entonces le abrazó y le bendijo.

Apenas terminada la ceremonia, llegó Esaú con las piezas que había cazado; mas cuando se enteró del suceso, dice la *Sagrada Escritura que bramó con grande alarido*, insistiendo en que su padre le había de dar también la bendición; pero Isaac, lejos de revocar lo hecho, se contentó con desearle la abundancia de los frutos de la tierra, pero añadiendo que viviría por la espada, serviría á su hermano y llegaría tiempo en que sacudiría su yugo (1).

El gran Padre de la Iglesia, San Agustín, ocupándose de este hecho, demuestra satisfactoriamente que la conducta de Jacob es completamente misteriosa y exenta de mentira. Dice también que Isaac sabía lo que hacía, porque obraba por inspiración del Espíritu-Santo, quien le reveló la misteriosa figura de que era instrumento. Así, con efecto, puede deducirse, teniendo en cuenta no es muy verosímil, que el Patriarca, no obstante lo falto de vista que se encontraba, se engañara hasta el punto de tomar un hermano por otro, siendo completamente distintos los timbres de su voz. Además, aunque el cuello y las manos de Jacob fueran cubiertos con tiras de piel

(1) Génesis. Capit, XXVII. Versos 34 al 40.

de los cabritos, no podía ser esto bastante á disimular las diferencias que existían entre ambos hermanos, haciendo pasar el fraude por realidad, pues por muy veloso que un hombre sea, nunca podrá compararse su piel con la de un cabrito, en términos de creer Isaac tocaba á Esaú, al poner sus manos sobre el cuello de Jacob; máxime cuando, si bien el anciano estaba casi ciego, en cambio gozaba de todas las facultades mentales, discurriendo y racionando con perfecta lucidez. De aquí se infiere, que con gran fundamento afirma San Agustín, que si Isaac se hubiera engañado, indudablemente una vez reconocido su error, hubiera revocado la bendición maldiciendo al hijo irreverente, que se había permitido engañarle, burlándose de él hasta el extremo de hacerse pasar por su hermano mayor; y siendo así que cuando la suplantación se descubre, lejos de revocar confirma la bendición, claro es que obró Isaac por inspiración divina y sabiendo lo que se hacía.

Por otra parte, Jacob podía, sin faltar á la verdad, afirmar que era Esaú, es decir, el adquirente y poseedor de los derechos del primogénito, de una parte, porque estos derechos, ya Dios, Señor de todo, se los había concedido; y de otra, como una legítima consecuencia del contrato de venta que de los repetidos derechos su hermano había verificado; por consiguiente, *si la falsedad es la falta de verdad, y verdad es la conformidad del ser con el pensamiento*, al decir

Jacob «yo soy tu hijo primogénito Esaú» no mentía, por cuanto *el ser*, aquí estaba constituido por la primogenitura, que venía en él conforme con su pensamiento de pertenecerle, en virtud á las razones antes expuestas, pudiendo por tanto concluir, que no existió la falsedad de parte de Jacob, á la vez que Isaac obró sabiendo lo que hacía, reverenciando y acatando los misterios del Cielo.

Los judíos, dicen los intérpretes de *las Sagradas Letras*, estaban representados en este acto por Esaú, pues como primogénitos, es decir, elegidos antes que los gentiles, tenían derecho á las bendiciones del Cielo, prometidas á Abraham y á los Patriarcas. Pero se hicieron indignos de ellas por su dureza y por haber desechado las verdades de salud que les anunciaron Jesucristo y sus Apóstoles; vendiendo de esta suerte su derecho de primogenitura á los gentiles, al negar al Redentor delante de Pilatos, diciendo, *no queremos que ese hombre reine sobre nosotros*. Y Dios, por su misericordia, llamó á los gentiles al goce de esta bendición, á la cual no tenían ningún derecho.

Jacob recibiendo la de Isaac, representa también á los escogidos, considerados en Jesucristo, que es su cabeza, el principio y causa de su santidad y el autor de su glorificación. Jesucristo se presentó á su Eterno Padre, en traje y modelo de hombre pecador, como Jacob con los vestidos y el disfraz de Esaú, consintiendo en ser desconocido y tratado como el peca-

dor que representaba. Y por esto mereció la bendición de su Padre, descendiendo de esta suerte á la tierra, sobre los escogidos, el rocío de la santidad, la lluvia de los dones y gracias del Espíritu-Santo y todas las naciones del mundo fueron dadas en herencia á Jesucristo y sujetas á su eterno imperio, que lo será de justicia para unos y de bondad y clemencia para otros, según sus obras. Por otra parte, Isaac, al bendecir á Jacob, no hizo sino predecir lo que ya el Señor había anunciado á Rebeca, respecto á que sus dos hijos, el mayor viviría sujeto al menor y la posteridad del uno excedería á la del otro; lo que viene á corroborar que el santo Patriarca, conociendo el hecho, obró por inspiración divina y no en virtud de un engaño. El transcurso del tiempo se encargó de probar la verdad de las promesas de Dios y la exactitud de la profecía de Isaac, conforme con aquélla. Los idúmeos eran descendientes de Esaú, como los judíos lo eran de Jacob: ambos pueblos fueron enemigos entre sí; pero el primero, el que descendía de Esaú, estuvo sujeto al que procedía de Jacob, pues los judíos, como herederos de las promesas de Abraham, entraron solos en posesión de la tierra de Canaán y los idúmeos les estuvieron sujetos, principalmente en el reinado de David, y mas tarde en tiempo de Judas Macabeo, que logró particularmente notables victorias sobre aquellos descendientes de Esaú.

Pero si bien Isaac, al bendecir á Esaú, se limitó á

prometer la abundancia de frutos de la tierra y á vaticinarle viviría sujeto á su hermano, añadió también, como antes dijimos, vendría tiempo en que sacudiría su yugo; y si la primera parte de la profecía se verificó en la sujeción de los idúmeos á los judíos, la segunda se cumplió también fielmente en el reinado de Joram, durante el cual aquéllos sacudieron el yugo judáico, extinguiéndose al fin el repetido pueblo, sin que la Historia vuelva á hacer mención de él, mientras que los judíos son y han sido conocidos de todo el mundo, demostrándose de esta suerte el cumplimiento de la palabra de Dios.

Cuando Esaú conoció la resolución de su padre, de no revocar la bendición dada á su hermano, fué cuando comprendió, según antes indicamos, el mal que se había causado al enajenar su derecho de primogenitura, sólo por satisfacer su hambre, comiendo un rústico manjar; pero, como también dijimos, pareciéndose en ello á todos los malvados, en lugar de humillarse, reconociendo su falta, se llenó de odio contra su hermano, y ardiendo en sentimientos de venganza formó la resolución de privarle de la vida, tan pronto como se verificara el fallecimiento de su padre. *Vendrán, dijo, los dias de luto de mi padre y entonces yo mataré á mi hermano Jacob.*

CAPÍTULO X.

La escala de Jacob.

Los deseos de venganza manifestados por Esaú, hicieron á Rebeca temer por la vida de su otro hijo, por lo que le aconsejó ausentarse por algún tiempo del país, para conseguir de esta suerte suavizar la ira de su hermano, y al intento de conseguir de Isaac el permiso para el viaje, le manifestó la conveniencia de que Jacob partiese á Mesopotamia, casa de su tío Laban, para que escogiera esposa en la familia, evitando así pudiera contraer matrimonio con extranjera, como lo había hecho Esaú, contra la voluntad de sus padres. Consintió en ello el santo Patriarca y envió á su hijo á Mesopotamia, para que allí casara con alguna de sus primas, las hijas de Laban su tío, renovando al despedirle las bendiciones que antes le habían sido dadas.

Jacob partió, pues, sin tardanza y solo, más como fugitivo de la cólera de su hermano, que como hombre rico que va en busca de esposa. Cierta día, después de haber andado con presteza, le sorprendieron lejos del poblado las sombras de la noche; pero como el tiempo era apacible, se decidió á pasarla en el campo, lo cual, por otra parte, no le podía proporcionar gran molestia, acostumbrado como estaba el hijo de Isaac á los rudos trabajos de la agricultura. La tie-

rra le sirvió de lecho y una piedra por almohada y en breve quedó profundamente dormido.

El Señor eligió este momento para darle en cierto modo la investidura de su dignidad de Patriarca, como lo había hecho con su padre Isaac y con su abuelo Abraham. Tuvo de pronto un sueño misterioso y que envolvía la más consoladora revelación: vió una escala, cuyo pie se apoyaba en la tierra, tocando su remate en el Cielo; los Ángeles subían y bajaban por ella, y el Dios de los Ángeles y de los hombres aparecía en lo alto de la escala, diciéndole: «*Jacob, yo soy el Señor, Dios de tus padres, el Dios de Abraham y de Isaac; la tierra en que duermes la daré á ti y á tu posteridad* (1).»

Estas visiones y comunicaciones directas del Criador con sus criaturas, son muy frecuentes en el *Antiguo Testamento*, y en ellas se apoya la incredulidad moderna, que niega todo orden sobrenatural, para negar también la palabra de Dios, inspirada al escritor de la narración sagrada. Pero semejante negativa no tiene sólido fundamento en que apoyarse y demuestra sólo que los incrédulos no saben discurrir al exponer sus afirmaciones. En efecto, es muy distinto aceptar sin discurrir toda clase de apariciones, fantasmas y espectros, de que se alimentaba la credulidad de nuestros mayores, y que todavía aceptan las gentes sencillas en nuestros tiempos, á negar en absoluto la posibilidad de que aquéllas puedan tener

(1) Génesis. Cap. XXVIII. Verso 13.

lugar. Entre lo uno y lo otro existe el término medio, que la razón, guiada por la lógica, no puede menos de encontrar. Que ha habido y puede haber apariciones verdaderas, es una verdad de buen sentido; de una parte, porque sin ella no se explica haya tantas fábulas y cuentos ridículos sobre la materia, siendo universal é inmemorial la creencia en las apariciones sobrenaturales, en todos los siglos y en todos los países, lo que prueba que la realidad y la verdad han precedido á tales hechos; y de otra parte, que aceptando, como no puede menos de aceptarse, la existencia de Dios, á nadie le es dado poner límites á su poder y prescribirle la manera con que ha de conducirse respecto de los hombres que ha criado. En los tiempos antiguos existían justísimas razones, para que la intervención de lo sobrenatural tuviera lugar con más frecuencia que en la actualidad, pues que hoy los hombres tienen ya para gobernarse, á más de la *ley natural*, la escrita en el Decálogo, con todos los demás preceptos de la Iglesia, lo cual, juntamente con la *Gracia*, que por los méritos del Redentor se les concede, hacen no tengan tanta necesidad de los medios extraordinarios para poder llegar á la consecución de su fin. Pero sin embargo, Dios, cuando conviene á sus altos y sapientísimos juicios, permite aún las apariciones y hace intervenir en ocasiones dadas el orden sobrenatural. Por eso la Iglesia católica como maestra de la Verdad y su celosa defensora, sin negar

la certeza de los hechos de aquel orden, admite sólo los que descansan en pruebas solidas, prohibiendo absolutamente creer todos los demás, que carecen de certeza y no tienen otro fundamento que las exaltaciones de la imaginación.

Cuando los Patriarcas se alejaban de la tierra de Canaán, era cuando el Señor les prometía establecerlos en ella, pues que allí había de nacer el Mesías, cuya cuarta promesa hace Dios á Jacob en aquella misteriosa revelación, asegurándole, que si bien iba á un país extraño, Él le volvería á la tierra prometida á sus padres; que sus descendientes serían tan numerosos como los granos de polvo que cubre el globo, y todas las naciones del Universo serían benditas en él. Por consiguiente, ya quedan eliminadas todas las familias descendientes de Esaú del privilegio de ser antecesores del Mesías y éste ha de buscarse sólo en la descendencia de Jacob.

Cuando éste despertó de su sueño, lleno de reconocimiento y espanto á un mismo tiempo, se postró en el suelo y exclamó: *¡Cuán terrible es este lugar! ¡No hay aquí otra cosa sino casa de Dios y puerta del Cielo!*

CAPÍTULO XI.

Matrimonio de Jacob.

Jacob continuó su viaje, y habiendo al fin llegado á Mesopotamia, se dirigió á la ciudad de Haram, donde estaba su tío. En nada habían cambiado las cos-

tumbres de los habitantes en los cien años transcurridos, desde que Eliezer, el criado de Abraham, había ido á pedir á Rebeca para esposa de Isaac. Las hijas de las familias más poderosas de la ciudad no se desdenaban de cuidar de sus ganados, considerándose como inocente y hermosa la ocupación de pastora en aquella época de costumbres sencillas. Jacob, al llegar á las inmediaciones de Haram, vió un pozo, ó más bien un inmenso receptáculo de agua que se llenaba por medio de canales y que servía para abreviar ganados. Cerca de él seстеaban tres hatos de ovejas, á cuyos pastores preguntó Jacob de dónde eran y si conocían á Laban; no habiendo terminado de hablar, cuando los mismos pastores le mostraron á Raquel, hija menor de Laban, que venía á dar agua á los rebaños de su padre. Sabiendo ya Jacob que era su prima, se apresuró á levantar la piedra que cubría el pozo y después de haber abrevado el rebaño, la saludó y sus ojos vertieron lágrimas de ternura. Raquel corrió casa de su padre, y casi sin aliento por el cansancio, puso en su noticia el encuentro que acababa de tener. Al oír Laban el nombre de Jacob, hijo de su hermana, salió presuroso en busca del extranjero, y estrechándole largo tiempo con ternura entre sus brazos, le condujo á su casa, donde Jacob le declaró el motivo de su viaje, por la necesidad de huir de la venganza de su hermano.

Convino Laban en tener en su compañía á su so-

brino; pero no queriendo le prestara éste sus servicios sin recompensa, exigió le dijera la retribución que le había de dar por ellos: entonces Jacob se ofreció á servirlo por espacio de siete años á condición de que transcurrido este tiempo, consintiera en darle en matrimonio á Raquel, su hija menor. Accedio Laban á la petición, pero pasados los siete años, mediante un engaño hizo que su sobrino contrajera matrimonio con Lia, hermana mayor de Raquel, si bien á las justísimas reconvenciones y quejas de Jacob, le prometió consentir en que se casara también con su segunda hija, siempre que se comprometiera á estar otros siete años en su servicio. Condescendió gustoso en ello Jacob, por el grande afecto que profesaba á su prima Raquel, no debiendo extrañarnos este doble enlace del Patriarca, y á la vez que lo verificara con parientas tan próximas suyas, porque en aquellos tiempos el Señor toleraba, no sólo la poligamia, sino también el matrimonio entre individuos de una misma familia, para que más fácilmente se multiplicara la especie humana (1).

Con efecto, pasados los siete años, Jacob contrajo también matrimonio con Raquel, habiéndole concedido Dios doce hijos, que fueron los padres ó cabezas de tribu, en que más tarde se dividió el pueblo de Israel y cuyos nombres son los siguientes: *Ruben, Si-*

(1) Véase cuanto sobre el particular queda expuesto al tratar del matrimonio de Abraham, en el capítulo correspondiente.

meón, Levi, Judá, Issachar, Zabulon, Gad, Aser, Dan, Nephtali, José y Benjamin.

Jacob solicitó el permiso de Laban para retirarse á su patria, manifestándole haberle ya servido catorce años y la vigilancia y celo con que le había administrado su hacienda; siendo, por consiguiente, justo trabajase ya para sí pensando en el establecimiento de su casa; empero tan urgentes instancias y ruegos le hizo su tío, que le obligaron á continuar siete años más en su servicio, quedando ambos de acuerdo respecto al modo con que habían de tener recompensa sus cuidados.

CAPÍTULO XII. (Años del Mundo. 2265)
(Antes de J. C., 1735)

Regreso de Jacob á la tierra de Canaán.

Cuando finaron los siete años que Jacob prometió servir á su tío, después de su enlace con Raquel, tuvo el Patriarca revelación de Dios, en la que le mandó salir de aquella tierra y volver á la de su nacimiento, prometiéndole su amparo; en su consecuencia, sin más dilación se determinó á partir con todo secreto con sus esposas y sus hijos, evitando el despedirse de Laban, para que no pudiera impedirlo con sus reconvenciones. Aprovechando, pues, una ausencia de éste, marchó llevando consigo cuanto era suyo; pero Raquel se apoderó y llevó los ídolos de su padre.

Informado Laban de la repentina fuga de Jacob, montó en cólera y salió en su persecución. Próximo estaba de alcanzarle en el monte Calaad, cuando se le apareció el Señor por la noche, prohibiéndole atentar de palabra, ni de obra, contra Jacob, con lo que, apaciguado Laban, cuando llegó á encontrar á Jacob, se limitó á pedir explicaciones, que su sobrino le dió cumplidamente, por lo que ambos celebraron un pacto de alianza, erigiendo en confirmación de él un monumento de piedras, como era costumbre en aquellos tiempos, en los que se confirmaban los contratos con dicha clase de construcciones, que servían como de comprobación á los mismos.

En cuanto al robo de los ídolos, de que asimismo se quejó Laban, como Jacob se hallaba inocente de la indicada acción, no vaciló en autorizar á su tío para que registrara todos sus equipajes; pero inútilmente practicó Laban un minucioso registro; los ídolos no pudieron ser hallados, porque Raquel los había ocultado cuidadosamente; por manera que no pudo comprobarse la sustracción.

Fundándose en el repetido hecho del robo de los ídolos, no ha faltado quien acuse á Jacob de idolatría, fundándose en la circunstancia de haberse casado con mujeres cuyo padre la profesaba, puesto que tenía ídolos en su poder. Pero antes de suscribir á semejante opinión, debe tenerse en cuenta, que la palabra hebrea *Teraphai*, que es la empleada por el *Li-*

bro Sagrado del Génesis, para expresar los objetos hurtados por Raquel, tiene una doble significación, entendiéndose por ella, dioses falsos ó sean piedras ó columnas dedicadas á ellos y tambien piedras donde estaban grabados los nombres de los ascendientes de las familias, las cuales, entre los parientes, tenían el mismo valor que hoy nuestros retratos. Por consiguiente, y no expresándose en el *Libro* santo, á cuál de ambas clases pertenecían los *Teraphin*, hurtados por Raquel, parece verosímil fuera más bien al de los recuerdos familiares, lo cual justifica el motivo de la predilección, que por ellos tenía la hija menor de Laban, la cual, á trueque de no separarse de ellos, no vaciló en cometer la acción reprobable de hurtarlos á su padre. Confirmase esta idea, al advertir que Laban, aunque por efecto de su trato con los pueblos idólatras, en medio de los cuales vivía, tomara algunas de sus prácticas, como llamar sus dioses á sus recuerdos familiares, sin embargo no había abjurado del culto del verdadero Dios, como lo demuestra la alianza que hizo con Jacob, y de que acabamos de hablar, en la que juró por el Dios verdadero; prueba indudable de que en su casa se conservaban fielmente las verdades religiosas, aunque con ellas fueron mezcladas algunas costumbres de los pueblos idólatras y esto basta para que no pueda imputársele á Jacob el delito de apostasía de la Religión de sus padres.

Separados al fin Laban y Jacob, continuó éste su viaje á la tierra de Canaán, pensando al mismo tiempo en los medios de librarse de los furores de Esaú, á quien temía, á pesar del tiempo transcurrido, y al intento le despachó enviados para darle cuenta de su vuelta. Pero al regresar los mensajeros le manifestaron que su hermano, al recibir la noticia, se había puesto en camino con 400 hombres, ardiendo en deseos de venganza. Jacob clamó á Dios en fervorosa oración para que le libertara de aquel riesgo; mas deseando poner de su parte todos los medios conducentes á conseguirlo, dividió en dos cuerpos la gente que le acompañaba, juntamente con los rebaños, y pensando que las dádivas serían el medio mejor de granjearse la buena voluntad de su enemigo, dividió su ganado en tres grupos, disponiendo se adelantaran con separación el uno del otro, para que al irlos recibiendo su hermano, se le calmara la ira con la vista de tantos dones. El Patriarca continuó su marcha solo, hasta que llegó á un lugar donde se le hizo de noche. Allí quiso el Señor probarle la protección que le dispensaba, pues se le apareció un ángel en figura de hombre, que luchó con él hasta el amanecer, en cuya hora el espíritu tocó á Jacob el nervio del muslo y quedó seco instantáneamente. Mas no por eso desistió del combate, ni quiso separarse de su contrario, sin obtener antes la bendición que le pedía; entonces el ángel le preguntó su nombre, y como

respondiera que Jacob, le replicó aquél, que en adelante no había de llamarse así, sino *Israel*, que significa *fuerte contra Dios*; dándole á entender con esto, quien había tenido tanta fortaleza en aquella lucha misteriosa, sin duda prevalecería en sus combates contra los hombres. Jacob quedó cojo, como una prueba de la realidad de su visión.

Al salir el sol, el Patriarca vió venir á su hermano Esaú, y adelantándose sin temor, le hizo reverencia por siete veces. Dios, como dueño del corazón de los hombres, movió entonces el de Esaú á sentimientos de afección y ternura para con su hermano; sin ser dueño de sí corrió á Jacob y le abrazó, congratulándose mucho de ver sus esposas, sus hijos y sus riquezas, absteniéndose de recibir regalo alguno, diciéndole: *Tengo bienes muchisimos, hermano mio, sean para tí los tuyos*; quedando ambos reconciliados. Algún tiempo después murió Isaac, y sus dos hijos le sepultaron en el sepulcro de familia del valle de Mambré, cerca de su esposa Rebeca, que le había precedido en la tumba, de su madre Sara y de su padre Abraham.

CAPÍTULO XIII.

Los sueños de José. (Año del Mundo 2276)
(Antes de J. C., 1724)

Jacob y sus doce hijos habitaban en el país de Canaán, que Dios había señalado á sus padres, como la tierra que asignaba en posesión á su posteridad y

como el lugar dichoso en que había de nacer el Salvador del género humano. Vivían con opulencia, consistiendo sus mayores riquezas en ganados de cabras, ovejas, bueyes y asnos; pues si bien hubieran podido construir ciudades, como lo verificaban los demás pueblos, preferían la vida pastoril, como la más sencilla y propia para inspirar á los hombres despego á la tierra, haciéndoles anhelar una patria más perfecta, siendo, á pesar de sus riquezas, sumamente laboriosos.

El alimento de los dichos Patriarcas consistía en viandas frugales y sencillas: buena prueba de ello tenemos en el plato de lentejas que Jacob preparó y tentó tan fuertemente á Esaú, que cedió por él los derechos de primogenitura, y fieles imitadores de su ascendiente Abraham, practicaban entre otras virtudes la hospitalidad para con los extranjeros, á los que se esmeraban en obsequiar por todos los medios imaginables, siendo naturalmente fruto de una vida tan poco conforme con las costumbres de los tiempos corrompidos y afeminados en que vejetamos, el desprecio de las vanidades del mundo, la unión fraternal y una larga vida exenta de enfermedades, que sólo terminaba, por el desfallecimiento de la vejez, como una luz que se apaga.

De estos puros y legítimos goces disfrutaba Jacob con sus hijos, cuando vino á turbar su dicha un acontecimiento, que prueba no es durable la alegría en

este mundo y que al lado del placer más lícito, se encuentra la aguda espada del dolor, como al lado de las fragantes flores nacen los punzantes abrojos. Dicho doloroso acontecimiento le constituye la historia de José, hijo de Jacob.

La serie de sucesos que forman la vida de este Patriarca, son tan extraños y al mismo tiempo tan admirables y poéticos, se vé en ellos tan clara la acción de la divina Providencia, para llevar al hombre por los derroteros que tiene por conveniente su altísima Sabiduría, sin influir por ello en la libertad de sus criaturas, que no es de extrañar hayan servido los episodios de la vida del hijo de Jacob, de base á fábulas mitológicas y á leyendas de héroes imaginarios, cuya vida y hazañas escribieron autores paganos, dando con esto motivo á la incredulidad para poner en duda la relación bíblica y la veracidad de los hechos en que intervino José; pero como Moisés escribió cinco siglos antes que aquellos escritores, se infiere claramente, que la fábula tomó de la verdad sus fundamentos, y si por otra parte no tuviera el sagrado historiador en pro de su autenticidad la inspiración de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos, el viaje de Jacob á Egipto llamado por José, la mansión de su posteridad en aquel país, de la cual hacen mención escritores egipcios, los huesos del Patriarca conservados allí por espacio de dos siglos y su traslación después á la tierra de Canaán, para ser depositados junto á los de

sus ascendientes, forman una cadena de hechos tan comprobados, que hacen imposible se les considere como un conjunto de ficciones. Escuchemos, pues, esta tierna Historia, adorando á la vez el Poder y la Misericordia del Señor, que se complació en dar á los hombres en José una nueva figura del Mesías prometido.

Era José el más joven de los hijos de Jacob, excepción hecha de Benjamín; ambos tenían por madre á Raquel, segunda esposa del Patriarca, y la circunstancia de ser aquélla la que más había amado Jacob, unida á la ingenuidad, candor, é inocencia de José, hicieron que su padre le diera preferencia en su cariño, sobre los demas hermanos. Mas como estas predilecciones no puedan disimularse, demostrándose con ello, no deben los padres dejarse llevar nunca de estas debilidades propias del corazón humano, bien pronto los celos, con sus compañeras inseparables la envidia y la animadversión, se apoderaron de los hermanos de José, contribuyendo á ello la delación que éste hizo á su padre de una falta que habían cometido y que *la Sagrada Escritura* no expresa cuál sea; el regalo de una túnica de diferentes colores que Jacob hizo á su querido hijo, y por último la narración de dos sueños que José había tenido y que con sencilla ingenuidad refirió á sus hermanos.

Pareciame, les dijo, que estaba con vosotros atando gavillas en el campo y que mientras la mia se levantaba

teniéndose derecha, las vuestras se inclinaban ante ella; á lo que contestaron sus hermanos: ¡Cómo! ¿Pretendes acaso ser un día nuestro rey y vernos sujetos á tu dominio? José no replicó, pero algún tiempo después les dijo con la misma sencillez: *he visto en sueños al Sol, la Luna y once estrellas que me adoraban*. Jacob tuvo conocimiento de estos relatos, y aunque como prudente anciano le riñó para no exacerbar la envidia de los demás hijos, que ya se traslucía muy claramente, no dejaba de descubrir algo misterioso en aquellos sueños y consideraba en silencio lo que podían significar.

Es indudable que los sueños tienen una gran importancia en la vida de José: los que acabamos de referir fueron la causa de su ruina, y otros de que más adelante nos ocuparemos sirvieron para elevarle á la cumbre de la prosperidad, realizando lo vaticinado por los primeros. Pudiera inferirse de aquí debía de autorizarse la loca confianza que las personas y pueblos ignorantes han tenido en los sueños, dando con ello fundamento á los engaños de los impostores. Pero siendo así, surge una contradicción entre aquel hecho y las prescripciones de los mismos libros sagrados. En efecto, en varios parajes del *Antiguo Testamento*, principalmente en el *Levitico* y en el *Deuteronomio* (1) prohíbe Dios á los israelitas observar los sueños, y hoy nuestra Santa Madre la Iglesia católica, es bien

(1) Levitico, cap. XIX, verso 26. Deuteronomio, cap. XVIII, v. 10

sabido prohíbe también creer en ellos, bajo pena de cometer pecado; sin embargo, fácilmente puede demostrarse no existe contradicción entre lo uno y lo otro.

No hay para ello más que reflexionar, que la exactitud de los sucesos, correspondieron á todas las circunstancias de los sueños de José, lo mismo que á los que interpretó más adelante y cuando otro tanto acontece con otros sueños de que se hace mención en *el Antiguo Testamento*, con el del Patriarca Jacob en su viaje á Mesopotamia, de que ya hemos hablado y el del rey Nabucodonosor, cuando se hallaba en la cumbre de su grandeza y en *el Nuevo*, con los sueños del Patriarca San José, no há lugar á que se dude de la verdad, ni á que se juzguen ilusiones ó efectos naturales, y por consiguiente, cuantas veces se citan sueños tan claros y tan circunstanciados y puntualmente cumplidos, que ni tienen relación con las operaciones de la naturaleza, ni su fundamento en las impresiones de ella, podía dárseles crédito muy justamente. La razón es muy sencilla; Dios es dueño y árbitro de instruir á los hombres del modo que considere más oportuno, bien por sí mismo, bien por ministerio de sus Angeles, ó valiéndose de medios naturales cuya marcha dirige; pero estemos al mismo tiempo persuadidos, de que cuando lo hace, lo acompaña de tales circunstancias y motivos de persuasión, que no dejan lugar á duda, de ser Él, quien obra así. Negar este extremo sería lo mismo que negar á Dios y su Pro-

videncia; por consiguiente, la prohibición de *los sagrados libros* y de la Iglesia católica de creer en los sueños, no debe de entenderse de un modo absoluto, en el sentido de que Dios no quiere ó no puede comunicar así con sus criaturas, sino relativamente, en el sentido de que no debe creerse con ligereza y cuando el fundamento de la credibilidad sea sólo la exaltación de la fantasía; sino sólo en los casos en que los sueños reúnan las condiciones y carácter de los del Patriarca que nos ocupa y demás de que hacen mención *los Libros sagrados*, á juicio de personas doctas y competentes: debiendo añadir para terminar esta digresión, que las revelaciones sobrenaturales eran más frecuentes en los tiempos antiguos que lo son hoy, permitiéndolo así el Señor, para que nunca faltaran al hombre los medios necesarios de conseguir su perfeccionamiento, hoy más á su alcance, que entonces, por los méritos de la Sangre preciosa del Verbo humanado. (1)

CAPÍTULO XIV.

La Venta de José.

La envidia seguía fermentando en el pecho de los hijos de Jacob, y hé aquí que algún tiempo después fueron á llevar sus rebaños á los pastos que rodeaban

(1) Véase también lo que sobre el particular queda expuesto al hablar del sueño de Jacob.

la ciudad de Sichem, quedando José en su casa; y habiendo transcurrido algunos días, Jacob, su padre, le llamó para decirle fuera á informarse del estado de sus hermanos y volviera á darle cuenta de lo que acontecía. José, obediente, preparó al instante su partida, abrazó á su padre despidiéndose para más largo tiempo del que ambos pensaban, y sencillo, confiado y hasta contento por ir á ver á sus hermanos, como sucede á todos los corazones sin doblez, llegó con felicidad al término de su viaje. No pensaban del mismo modo aquellos á quienes iba á visitar, pues sólo al divisarle á lo lejos, sintieron exacerbarse el odio que contra él abrigaban. *Mirad*, dijeron, *aquí viene el soñador, vamos á matarle y diremos que una fiera le devoró; entonces se verá de qué le habrán servido sus sueños.*

Si el ejemplo de Caín arrojándose airado contra su inocente hermano para quitarle la vida, no nos enseñara de cuánto es capaz el corazón del hombre, cuando las malas pasiones llegan á enseñorearse de él, podría parecernos increíble tanta maldad de parte de los hermanos de José. ¡Pero qué tiene de extraño obraran de aquella suerte! ¡Algunos siglos más tarde, veremos al Santo de los Santos, á la inocencia misma, acusado de crímenes que no había cometido, pedirse con insistencia su muerte, por aquellos mismos cuyos enfermos había curado, cuyos muertos había resucitado y cuyos dolores todos había aliviado. El Señor, que en sueños había dejado entrever á José su futura gran-

deza, no quiso prevenirle acerca del mal tan próximo que le amenazaba, para que sufriendole prefigurase al Mesías, de quién José es una de las más bellas figuras que se contienen en *el Antiguo Testamento*.

Hubiera sido extraño que los hijos de Jacob sin excepción pretendieran llevar á cabo el fratricidio; hubo uno que se opuso y trató de salvar á la inocente víctima, fué Rubén, el primogénito, quien les indicó no lo mataran, manchando sus manos con sangre, sino que le arrojaran en una cisterna seca y allí le dejaran abandonado á su suerte: siendo su intención al dar este consejo, sacar de allí después á José y devolverlo á su padre. El pensamiento de Rubén pareció aceptable, y en breve el inocente joven se vió rodeado de aquellas fieras, que despojándole de su hermosa túnica, causa primera de la envidia de sus hermanos, le arrojaron al fondo de la cisterna, y dejándolo allí hasta que espirara, ellos se sentaron tranquilamente á comer con el cinismo y la indiferencia que produce una conciencia endurecida.

No habían aún terminado su comida, cuando vieron llegar una caravana de árabes ó ismaelitas, descendientes de Ismael, el hijo de Abraham, que venían de Galaad, donde habían comprado aromas y se dirigían á Egipto para venderlos. Entonces Judá dijo á sus hermanos: *¿Qué sacaremos con hacer que muera José que al fin es hermano nuestro? Mejor será venderle á estos mercaderes*. Todos aprobaron su intento, y sacando á

José del pozo, lo vendieron en veinte monedas de plata. Tiñeron después con la sangre de un cabrito la túnica de José y mandándosela á Jacob, no le quedó duda al venerable anciano, de que alguna fiera había devorado a su querido hijo, por el que vistió luto y derramó copiosas lágrimas, sin que fueran bastante á consolarle las caricias de los demás hijos, que corrieron presurosos á su lado: debiendo servir el llanto de Jacob de escarmiento á los padres, porque si tanto llora á José muerto, es porque tanto le había amado vivo, que el exceso de cariño escitó en los demás hermanos la emulación, con la que pretendieron perderle, y como dice el gran Padre de la Iglesia San Ambrosio, «bueno es amar á los hijos y justo preferir en el amor á los que tienen más virtudes, empero es peligroso manifestar su cariño y aun puede ser perjudicial al mismo á quien se ama, por la indignación de los que á él se ven propuestos.»

CAPÍTULO XV.

Engrandecimiento de José.

Año del Mundo.
2287.
Antes de J. C.
1713.

Dueños ya de José los mercaderes ismaelitas le llevaron con ellos á Egipto, donde le vendieron á un señor del país llamado Putifar, general de los ejércitos del rey Faraón, á cuyo señor agradaron la buena presencia y la modestia del joven esclavo; y como éste tenía por guía á Dios en todas sus acciones, todo salía

felizmente de entre sus manos, con lo que ganó por completo la confianza de Putifar, en términos de confiarle el gobierno de su casa.

No era esto, sin embargo, más que un ensayo de la felicidad que Dios preparaba á José, haciendo se convirtieran en realidad los sueños, mediante los cuales le había dado á conocer su futura grandeza, pero antes de que así se verificara, quiso aún el Señor preparar una nueva prueba y con ella un triunfo á la virtud de su siervo.

La esposa de Putifar, habiendo concebido una pasión violenta para con José, se cegó hasta el extremo de proponerle la comisión de una grave ofensa á Dios y á la fidelidad que debía á su señor. Rehusó con entereza el hijo de Jacob, y como la miserable mujer se atreviera á sujetarle por la orla de la túnica ó capa que le cubría, José tomó el partido de huir dejándole aquélla en las manos. Ella entouces, llena de despecho, acusó al inocente delante de su esposo, y Putifar, demasiadamente crédulo, dando oídos á la calumnia, le hizo encerrar en la cárcel. Más de una vez los justos como José han sido injustamente castigados, mas no por eso deben turbarse, que el Señor baja con los suyos á los calabozos y no los desampara entre las cadenas. Así se verificó con nuestro Patriarca, bien pronto se congració con el comandante de la prisión, quien le confió autcridad sobre los demás presos.

Hallábanse entre éstos el copero mayor y el jefe

de los panaderos del rey, los cuales tuvieron ambos la misma noche un sueño que los intranquilizó. Soñó el primero, veía una vid con tres vástagos, cuyos racimos sazonados exprimía en la copa del monarca y el segundo que llevaba en su cabeza tres canastas de harina y que de la de encima comían las aves. Dios permitió que José explicara estos sueños, diciendo al copero significaba que en breve recobraría su empleo con la gracia real, y al panadero que al cabo de tres días sería condenado á muerte. El sueño confirmó la verdad de la predicción, pero aunque José rogó á su compañero intercediera por él cerca del rey, el copero olvidó en medio de su dicha las desgracias del intérprete de sus sueños; pero para su fortuna Dios veía por él, como siempre vela sobre los inocentes.

Aconteció que el rey soñó también una noche, veía siete vacas gordas, que eran devoradas por otras siete muy delgadas y siete espigas llenas y hermosas, que asimismo fueron consumidas por otras siete secas y áridas. Venida la mañana, inútilmente hizo llamar á palacio los más célebres adivinos del Egipto; ninguno supo explicar el sueño de Faraón, y acordándose entonces su copero del preso, que había interpretado los suyos, lo hizo presente al rey, quien al momento hizo comparecer en su presencia á José.

—Señor, le dijo el encarcelado, *ambos sueños significan una misma cosa; siete años de gran abundancia de frutos de la tierra y otros siete de gran escasez, que*

vendrán luego sobre la tierra de Egipto. Importa que elijáis un varón sabio y prudente, que teniendo á sus órdenes otros empleados, constituya graneros en las poblaciones, donde acopie granos durante la abundancia y pueda de ese modo atenderse luego á la esterilidad; de no hacerse así los egipcios morirían de hambre.

De esta suerte la Providencia preparaba el engrandecimiento de José.

Con efecto; el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, después de haber sujetado á duras pruebas la virtud de su siervo, iba á complacerse en recompensarlo con largueza, sirviendo para ello de instrumento el rey de Egipto; pues Faraón, en vista de que José había interpretado sus sueños, comprendió que nadie más hábil, ni más sabio que el mismo intérprete, para encargarse de la difícil empresa de acopiar grano durante los años de abundancia, para hacer frente á las necesidades de los pueblos en el transcurso de los estériles, y al intento nombró á José Gobernador de todos sus estados y segunda persona del reino.

En su consecuencia, el hijo de Jacob fué vestido de una ropa de hilo fino, ciñóse á su dedo el anillo real entregado para ello por el mismo Faraón y con un collar de oro alrededor de su cuello, insignias de su dignidad, fué paseado triunfalmente en una carroza por las calles de Egipto, yendo delante un heraldo que decía en alta voz, que todos doblaran la rodilla delante de José, pues el monarca le nom-

braba después de él, soberano de todos sus estados.

Sólo tenía José treinta años cuando se verificó su exaltación á esta primera dignidad del reino. No bien hubo tomado posesión de ella, cuando se apresuró á recorrer todas las provincias, estableciendo graneros en las ciudades, en los que dispuso se acopiara el grano sobrante, después de satisfechas las necesidades de los ciudadanos, durante los años de abundancia, y de esta suerte, llegados que fueron los de la carestía, hubo medios para atender á la subsistencia, no sólo de los egipcios, sino también de los extranjeros. Cuando los propietarios de las tierras en la imposibilidad de obtener nada de ellas durante los años estériles, abrumados por el hambre acudían á Faraón en demanda de socorro, les contestaba: *Id á José*; y el hábil Gobernador, atendiendo al remedio de la desdicha, á la vez que á los intereses del Estado, que tenía á su cargo, hacía que los indicados propietarios al recibir los auxilios que necesitaban, se consideraran como colonos ó arrendatarios del rey, pagando por el producto que de éste recibían y que sus tierras les negaban la quinta parte de sus rentas; así como los ganaderos percibían también lo necesario para mantenerse á cambio de sus ganados; con cuyo sistema de administración, los particulares lograron no sucumbir de hambre, sin ser gravosos al Estado, surgiendo de esta suerte el bien particular, del público ó colectivo y al contrario, que es en lo que consiste un

buen régimen de *Administración*, y por consiguiente en todo el Egipto no se oían más que alabanzas del nuevo Gobernador.

CAPÍTULO XVI.

Cumplimiento de los sueños de José.

Siendo general la carestía, que se dejaba sentir en Egipto, sus efectos llegaron hasta la tierra de Canaán, donde permanecía Jacob con sus once hijos. Mas como también llegaron hasta allí las noticias de que los egipcios vendían trigo á los extranjeros, el anciano Patriarca llamó á sus hijos y les encargó fueran allá para proveerse de dicho alimento tan necesario á la vida, como en efecto lo verificaron diez de ellos, quedando solo Benjamín al lado do Jacob.

Cuando llegaron á la capital de Egipto, tuvieron que presentarse al Gobernador, que deseando enterarse de todo lo concerniente á la administración del reino, que tenía encomendada, recibía en audiencia á los extranjeros, que iban en busca de provisiones. Entraron en efecto los hijos de Jacob á la presencia de su hermano y humildemente se prosternaron ante él.

Digna de admirarse es en esto como en todo la Providencia del Señor, para cuyas disposiciones es inútil la resistencia de los hombres. Los sueños de José se habían realizado. En vano sus hermanos le venden

para que no llegue á la grandeza que dichos sueños presagiaron; la misma venta fué el medio que Dios puso en práctica para elevarle á tanta altura, que sus mismos hermanos tuvieran que rendirle homenaje. De la humillación surgió su exaltación, no sirviendo de nada los ardides de los más sagaces, contra los planes del Señor, pues como dijo el más sabio de los reyes, no hay sabiduría, prudencia, ni consejo, que pueda resistírsele, sirviéndose de los hechos humanos para el cumplimiento de sus designios y ejecutando por este medio y aun á pesar de aquellos todo cuanto place á su Omnipotente Voluntad.

Hacía veintidos años que José se hallaba separado de su familia, por lo que sus hermanos no le reconocieron, pero él sí los conoció inmediatamente. Afectó sin embargo un exterior severo, y como si se dirigiera á hombres desconocidos, les preguntó de dónde venían y qué deseaban. Venimos, respondieron ellos con la mayor humildad, de la tierra de Canaán y nuestro objeto es comprar trigo. José, adorando en su interior los designios de Dios, al ver humillados ante él á sus hermanos, continuó en disimular y replicó no era cierto lo que afirmaban, pues eran espías, de cuya afirmación se disculpaban llenos de temor, los hijos de Israel. José deseaba con gran interés saber si Benjamín, á quien no veía entre ellos, y á quien él amaba más, por ser ambos hijos de una misma madre, vivía ó era muerto, é insistiendo en que eran unos

espías, consiguió que uno de ellos dijera eran doce hermanos, hijos de un hombre establecido en la tierra de Canaán, de los cuales uno había ya muerto, el otro había quedado junto á su padre, y los diez restantes se hallaban á los pies del Gobernador de Egipto. José estaba contento, pero resuelto á no darse aún á conocer, les dijo necesitaba comprobar la verdad de lo que alegaban, y por tanto no saldrían de Egipto mientras no viniera aquel hermano menor á quien se referían; debiendo elegir de entre ellos uno, que fuera á traerlo, mientras los demás quedaban en rehenes; más no obstante, después decidió, que partiran todos para volver con Benjamín, menos Simeón, el cual quedó prisionero.

Por primera vez quizá después de veintidos años pensaron seriamente en la causa de su desgracia los hermanos de José. *Con razón, dijeron, el Cielo nos castiga, por la crueldad que tuvimos con nuestro hermano. Por eso yo os dije,* replicó Rubén, *que no pecarais contra él.* Todo esto lo decían en presencia de José, pero como éste les había hablado mediante intérprete, no creían que los entendiera. Partieron al fin y llegaron al lado de Jacob, á quien refirieron lo sucedido, dando motivo á que el anciano Patriarca se lamentara de su desgracia, temiendo tener que añadir á la muerte de José, la pérdida de Simeón, preso en Egipto, y la de Benjamín, á quien reclamaba el Gobernador de aquel país.

Entre tanto el hambre seguía, y para no perecer hubo de resignarse Jacob á que de nuevo partiesen sus hijos llevándose á Benjamín, pero Judá respondió de su vida con la suya propia. Llegaron á Egipto, y presentándose á José, mandó éste sacar de la cárcel á Simeón y saludó á todos preguntándoles con interés por su padre. Después, dirigiéndose á Benjamín le saludó cordialmente, pero se sintió entonces tan conmovido que hubo de retirarse, para que sus hermanos no se apercibieran de su emoción. Una vez repuesto de ella y con el semblante tranquilo, volvió á la estancia donde se hallaban sus hermanos y dispuso les sirvieran de comer y á la vez que les fuera facilitado el grano que desearan comprar. Pero todavía no eran terminadas las pruebas á que José quería sujetarlos antes de darse á conocer, pues mandó á su mayordomo colocara con disimulo en el saco que cada uno de ellos había llevado, para conducir el trigo, la cantidad entregada por su importe y además en el del más joven, la copa de que José acostumbraba á servirse, lo cual todo fué puntualmente ejecutado.

Pusiéronse al día siguiente los viajeros en camino llenos de alegría, pero no se hallaban muy lejos de la ciudad, cuando fueron alcanzados por el mayordomo del Gobernador, quien cumpliendo las órdenes de su amo, les reconvino de que volvían mal por bien, pues habían hurtado la copa de su señor. Protestaron ellos de su inocencia, pero habiéndoles registrado los

sacos, se halló en efecto la alhaja en el que correspondía á Benjamín.

Presa de la mayor consternación, con el dolor retratado en sus semblantes y prorrumpiendo en exclamaciones que demostraban la pena que sentían, volvieron á cargar el trigo en las caballerías y regresaron á Egipto para presentarse al Gobernador, ante cuya presencia, una vez más, se postraron esperando sus órdenes.

José se les mostró con aire de autoridad, les dirigió severas reprensiones, y concluyó por retener preso á Benjamín; pero Judá, recordando la palabra empeñada á su padre, de defender la vida de aquél aun á costa de la suya propia, le suplicó dejase partir á su hermano menor para que su anciano padre no muriera de sentimiento. Entonces ya no pudo resistir el corazón de José; mandó á los egipcios que se hallaban presentes que se retiraran, y al verse solo con sus hermanos prorrumpió en un llanto de alegría, diciéndoles: *Yo soy José. ¡Vive mi padre todavía!*

Imposible es describir la escena que se siguió á estas palabras; hay hechos que el corazón siente, pero la lengua no puede referirlos. Los hermanos de José, embargados por el temor y la sorpresa no daban crédito á lo que oían; pero aquél les abrazó á todos, les tranquilizó manifestándoles que el Señor para su bien les había conducido á Egipto, y dándoles carros y víveres para que hicieran su viaje con más comodidad

y además ricos presentes para Jacob, les despidió deseándoles toda clase de prosperidades.

Esta conducta de José nos da un modelo admirable sobre el perdon de las injurias, pues lejos de tomar venganza de sus hermanos, por la crueldad con que le habían tratado, los alentó y los llenó de beneficios. El dicho Patriarca es una de las más bellas figuras del Mesías. En efecto José es el hijo más amado de su padre, como el Verbo Eterno es el Hijo muy amado de Dios, su Padre: José viste una túnica de diferentes colores y tiene sueños que presagian su grandeza futura; siendo por ambas cosas blanco de las envidias de sus hermanos: Nuestro Señor, vestido de toda clase de virtudes, anuncia á los judíos su gloria y su grandeza, siendo por este motivo objeto de odio y de persecución: José es envidiado de sus hermanos, los cuales le maltratan, resuelven su muerte y le venden á mercaderes extranjeros; Jesucristo se hace hermano de los hombres al vestir su carne, pero éstos le maltratan; Judas le vende, se resuelve su muerte por los judíos, quienes le entregan á un juez extranjero para que la padezca; José, condenado por un crimen que no cometió es encarcelado; Jesucristo es preso y condenado á muerte por delitos que no había cometido; José en la prisión anuncia á sus dos compañeros á uno la libertad, á otro su condenación y Nuestro Señor en la Cruz, promete á un criminal arrepentido el Cielo y deja al impenitente en su condenación; Je-

sucristo subió después de su Pasión á lo más alto de los Cielos, como José, tras de sus padecimientos ejerció la soberanía de Egipto; á José se le llamó salvador del mundo por los extranjeros antes que por sus hermanos; á Jesucristo le proclamaron Salvador de las Naciones los gentiles antes que los judíos. Finalmente, los hermanos de José padecieron hambre hasta que le reconocieron, los judíos sufren y sufrirán hambre de verdad, mientras no reconozcan á Jesucristo; y así como José perdonó á sus hermanos, así Nuestro Señor perdona á los judíos que se convierten á la verdadera Religión, abriéndoles las puertas del Cielo.

CAPÍTULO XVII.

Viaje de Jacob á Egipto.

Cuando Jacob tuvo conocimiento de la fausta nueva de hallarse vivo su hijo José y elevado á las más altas dignidades del Egipto, resolvió ir á verle antes de su muerte. Reunió para ello á toda su descendencia y partiendo del valle de Mambré, fueron primero á Bersabée ó pozo del Juramento, situado cerca del rio, que separa el Egipto de la tierra de Canaán. Allí quiso Jacob detenerse para consultar al Señor, el cual le aseguró no temiera el ir á Egipto, donde multiplicada su posteridad, sería llamado para establecerse con gloria en la tierra de Canaán. Asegurado de esta suerte el Patriarca de la voluntad de Dios, se

encaminó á la capital de Egipto, mandando delante á Judá, para que diera noticia á José de su llegada. Este unció su carro, salió al encuentro de su padre, se arrojó á su cuello vertiendo copioso llanto y le condujo con todos sus hermanos á la presencia de Faraón.

Aunque Jacob por su cualidad de Patriarca y jefe de una familia santa, estaba en categoría superior á la del rey de los Egipcios, con todo lo honró como á representante de la autoridad del Señor, deseándole toda clase de bendiciones en nombre del Dios verdadero. El príncipe le preguntó su edad, á lo que respondió Jacob, que los días de su peregrinación en la tierra eran ciento treinta años: *días breves y malos, añadió, en comparación de la larga vida de sus padres.* Después de esta corta audiencia, Jacob y su familia se despidieron de Faraón, quien les señaló para que se establecieran la provincia de Gessen, una de las más fértiles de Egipto, de la que se posesionaron los hijos de Israel, en número de setenta, incluyendo en ellos los de José.

Un denso velo parece encubrir en este instante los vaticinios referentes á la venida del Mesías. Jacob, á cuya descendencia fué prometido, tiene doce hijos; ¿cuál de ellos será el tronco de la familia en la que vendrá al mundo el Redentor prometido? Dios, que disponía los sucesos encaminándolos á la gloria de Jesucristo, disipará en breve las sombras. Jacob, conociendo que se acercaba su fin, reúne en torno de su

lecho de muerte á todos sus hijos, les anuncia lo que había de suceder á la descendencia de cada uno de ellos y sus diferentes estados después que vuelvan á la tierra prometida; pero al llegar á Judá, el santo Patriarca parece transformado, y rebosando júbilo exclama, poseído de la inspiración de Dios: *Judá, tus hermanos te alabarán, tu mano estará sobre la cerviz de tus enemigos y te adorarán los hijos de tu padre. El cetro no saldrá de Judá hasta que venga el que ha de ser enviado y será la espectación de las naciones.*

En virtud de esta profecía, ya sabemos que no hay que buscar la ascendencia de Jesucristo en otro hijo de Jacob que en Judá, á la vez que se nos precisa la época de aquel memorable acontecimiento, cuando el cetro, ó sea el poder, haya salido de las manos de Judá. Que esta tribu conservó dicho poder hasta que los hebreos fueron dominados por los romanos, lo prueba evidentemente la historia del pueblo de Dios; luego si entonces vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo, la profecía se cumplió en todas sus partes y Aquel descendiente de Judá es el verdadero Mesías prometido.

Después de tan consoladoras palabras, Jacob murió rodeado de sus hijos, absorto su pensamiento en el deseo del Redentor, que Dios de nuevo acababa de prometerle, por lo que exclamó al morir: *Españaré, Señor, al Mesías que debió enviar.*

José mandó embalsamar el cadaver y le trasladó con

gran pompa al país de Canaán, donde se le dió sepultura al lado de Abraham y de Isaac. José tampoco tardó en seguir á su padre al sepulcro, habiendo vivido ciento diez años; pero antes de morir profetizó á sus hermanos, que el Señor los visitaría, haciéndoles salir de aquella tierra para conducirlos á la que había sido prometida á Abraham, Isaac y Jacob y encargándoles que cuando esto se verificara, llevaran con ellos sus huesos, para que reposaran al lado de los de sus padres.

CAPÍTULO XVIII. Año del Mundo. 2433.
Antes de J. C. 1567.

Nacimiento é infancia de Moisés.

Los hijos de Jacob, después de la muerte de su padre, vieron aumentarse de un modo considerable su descendencia, en términos de que los israelitas, que sólo eran en número de setenta, cuando tomaron posesión de la fértil provincia de Gessen, muchos años después de la muerte de José y sus hermanos, eran tantos en número, que no sólo ocupaban el territorio de aquélla, sino que llenaban todo el país, siendo con su actividad, industria y disposición para toda clase de oficios y comercio, unos artistas hábiles y unos ricos negociantes.

Entre tanto varios reyes habían ocupado el trono de Egipto, y el transcurso del tiempo que todo lo borra, de una parte, y de otra la ingratitud é inconstan-

cia del corazón humano, hicieron se olvidaran los grandes servicios que José había prestado en aquel reino, en tales términos, que un nuevo príncipe que ocupó el trono llamado también Faraón, nombre común á todos los monarcas egipcios, ó al menos á los de una dinastía, de amigos de los israelitas que habían sido sus antecesores, se convirtió en mortal enemigo, desconfiando y recelando de aquellos extranjeros, á quienes veía mutiplicarse tanto.

Resolvió destruirlos, pero con industria y maña, y al intento les ocupó en fabricar ladrillos y en otras no menos duras faenas. Este medio no dió el resultado que deseaba, y entonces tomó una resolución digna de un tirano; mandó que todos los hijos de los hebreos que nacieran fuesen arrojados al Nilo, reservando sólo las hijas, cuya disposición se llevó á cabo con la mayor crueldad.

Hoy que por fortuna vivimos en época y países civilizados, no puede menos de producirnos admiración y pasmo, hubiera tiempos y personas en que se mandaran y cumplieran medidas tan inhumanas, sin que la Historia diga se levantara una voz siquiera de protesta contra la medida tiránica. Pero nuestra admiración cesará para convertirse en sentimiento de gratitud á Dios, cuando reflexionemos que en aquellos tiempos los hombres sumidos en las tinieblas de la idolatría, se regian y se gobernaban, no por la razón que dirige, sino por la fuerza bruta que manda.

Veíase en el rey un semidios, se le consideraba señor absoluto de vidas y haciendas de sus vasallos, y á las medidas despóticas del monarca en el orden público, respondían otras no menos bárbaras en el privado, como los omnímodos derechos del marido sobre la mujer, del padre sobre los hijos y del señor sobre sus esclavos. Sólo cuando Nuestro Señor Jesucristo vino al mundo para redimirnos, fué cuando nació en el horizonte de la humanidad el Sol resplandeciente de la civilización y establecido el imperio de la Justicia, todas las personas revestidas de autoridad comprendieron, que á sus mayores derechos correspondían mayores deberes y los reyes reconocieron á su vez que si Dios les ha puesto el cetro en las manos, no es para mandar según su capricho, sino para regir y gobernar en justicia á sus vasallos.

La medida de Faraón no podía menos de producir sus desastrosos efectos trayendo consigo la destrucción del pueblo hebreo, en un corto período, si el Señor, que había escogido aquel pueblo para sí, que se burla de las medidas humanas cuando son contrarias á sus eternos designios y que humilla, postra y abate á los que se atreven á oponerse á su poder, no hubiera acudido presuroso en socorro de sus hijos haciendo nacer en medio de ellos un hombre á quien escogió para libertador de los israelitas, una de las más grandes figuras de la *Historia Sagrada*; este hombre fué Moisés.

Era hijo de *Amrad* y *Jocabed*, de la tribu de Leví; nació cuando la persecución contra los recién nacidos de Israel era mayor; pero su madre viéndole tan hermoso consiguió ocultarlo tres meses; transcurrido este tiempo, como los mandatos reales seguían cutándose con el mayor rigor y los registros eran cada vez más escrupulosos, se resolvió á formar una cuna de juncos entretejidos, que hizo cubrir de un betún impermeable, colocó en ella el tierno infante y lo puso entre las espadañas de la ribera del río, quedando cerca una hermana suya, para estar á la mira de lo que sucediera.

La Providencia Divina que guiaba todos estos sucesos, hizo que la princesa *Thermutis*, hija de Faraón, bajara á las riberas del Nilo para lavarse acompañada de sus doncellas, y habiendo reparado en la cunita, mandó á una de aquéllas se la llevara. La abrió la princesa, y encontrando aquel niño tan bello que gemía y lloraba amargamente, movida á compasión, resolvió conservarle la vida. Acercóse entonces la hermana del niño, como movida por la curiosidad y manifestó á *Thermutis*, conocía una mujer hebrea que podría encargarse de la lactancia del tierno infante; aceptó la princesa el ofrecimiento y en breve *Jocabed*, conducida por su hija, recibió el encargo de cuidar del niño, mediante una recompensa, volviendo, por consiguiente, el pequeño ser á manos de su madre, quien le puso por nombre Moisés, que significa salvado de las aguas.

Podrá tal vez parecer extraño en esta historia que una princesa baje á lavarse á un río, sin temor á los cocodrilos, que tan comunes son en las riberas del Nilo, y sobre todo que Faraón consintiera en que su misma hija quebrantara sus órdenes acerca de los hijos de Israel; pero la razón y la historia, de común acuerdo, demostrando la verdad del relato bíblico, nos enseñan, que dadas las costumbres de aquellos pueblos, de la misma manera que no fué deshonor en Rebeca, Raquel y las hijas de Jehetro, ejercer la profesión de pastoras, tampoco tiene nada de extraño, que la hija de un rey se paseara con sus doncellas cerca de las riberas de un río, y aunque se lavara en él, que es lo que el *sagrado Libro* dice se disponía á verificar, conforme al uso de entonces, de hacer distintas abluciones en el día, cuya práctica menciona Homero entre otros escritores. En cuanto al temor de los cocodrilos, debe de tenerse en cuenta que la palabra hebrea que usa la *Sagrada Escritura*, para designar el sitio en que Thermutis iba á lavarse, es *ior* y no *nahar*, significando la primera un arroyo y no un río que es el significado de la segunda; de donde se infiere que la repetida princesa no estaba cerca del río Nilo, sino de algunos de los canales, que derivaban de él y que atravesaban por varias partes el Egipto, cuyos canales fueron aumentando con el tiempo y ya se contaban muchos en tiempo de Sesostris, y como los cocodrilos, por más que se encuentran en el río, es muy raro bajen á los dichos

canales, claro es que la princesa no tenía que temer nada de ellos. Por último, y en cuanto á la infracción de las órdenes de Faraón, cabe que la hija ocultara al padre la circunstancia de ser aquel niño hebreo, pudo también conseguir del monarca, por satisfacer el capricho de su hija, que ésta adoptara por hijo aquel niño de tan rara belleza, disponiéndolo así el Señor, en cuyas manos está el corazón de los hombres, para que salvándose Moisés, pudiera librar á sus hermanos del cautiverio en que gemían, y cabe también, finalmente, que la hija de Faraón le hiciera pasar por hijo suyo, como parece indicar San Pablo en su epístola á los hebreos (1), si bien añade el Apostol, que Moisés siendo ya hombre, negó ser hijo de la princesa.

Sea de ello lo que quiera, y destruídas de esta suerte las razones que la impiedad pudiera alegar, para desmentir un relato, cuya principal prueba de verdad, se halla en constarnos se escribió por inspiración de Dios, que no puede engañarse ni engañarnos: es lo cierto que Moisés fué criado por su misma madre, que terminada su lactancia pasó al Palacio Real, donde se crió con el lujo y la abundancia propios de la Corte y que al llegar á la edad de cuarenta años, considerando las aficciones que sufrían los hebreos sus hermanos, mientras él gozaba toda suerte

(1) Capítulo XI, vers, 24, 25 y 26.

de prosperidades, resolvió padecer como ellos, renunciando á su felicidad, y para realizar su intento abandonó para siempre la regia estancia donde había permanecido hasta entonces.

CAPÍTULO XIX.

Vocación de Moisés. Año del mundo 2473. Antes de J. C. 1527.

Viviendo ya Moisés entre sus hermanos los israelitas, vió cierto día que uno de ellos era maltratado por un egipcio; inspirado de Dios, tomó á su cargo la defensa del primero, y dió muerte al segundo, enterrando su cuerpo en la arena. Al día siguiente, queriendo reconciliar á dos israelitas que reñían, le increpó uno de ellos diciendo si quería matarlos como al egipcio; y comprendiendo con esto que su acción no había quedado oculta, temeroso del castigo, huyó al país de Madián, donde sentado junto á un pozo, vió llegar por agua para dar de beber al ganado, á siete hijas de *Raguel*, por otro nombre *Jetrho*, sacerdote de aquel pueblo y como al intento de aquéllas pretendieran oponerse unos pastores, usando para ello de la violencia, Moisés defendió con denuedo á las doncellas, hizo retroceder á los pastores y abrevó el ganado que conducían las hijas del sacerdote. Informado *Jetrho* del suceso quiso conocer al valiente extranjero que había protegido á sus hijas; Moisés

aceptó la invitación de pasar á su casa y no tan sólo surgió entre ellos una franca y leal amistad, sino que también entró á formar parte de la familia del sacerdote, tomando á su hija *Séfora* por esposa y dedicándose á guardar los rebaños de su suegro.

Hacía ya muchos años que se hallaba en esta ocupación, cuando internándose un día hasta el monte *Horeb* allí se le apareció el Señor repentinamente en medio de una zarza ardiendo, bajo la figura de una hermosa y viva llama, que lanzando destellos de un resplandor muy suave, no consumía las hojas ni las ramas del arbusto: símbolo misterioso de aquella Mujer purísima y bendita, que mil quinientos veintisiete años después de este suceso, había de concebir y dar á luz al Verbo de Dios hecho Hombre, sin detrimento de su virginal pureza.

Moisés quiso acercarse para examinar el prodigio, pero el Señor, á fin de enseñarle el respeto que exige la Majestad de Dios, le dijo: *No te acerques, descálzate, porque el lugar en que estás es bendito. ¡Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob! He visto la aflicción de mi pueblo; ha llegado la época de sacarlo de su esclavitud y de llevarlo á la tierra de bendición que prometí á sus padres. Prepárate, porque tú eres el elegido para libertar á mi pueblo de la esclavitud de Egipto (1).*

(1) Exodo. Cap. III. versos 5 y siguientes.

Moisés, postrado en tierra y cubierto el rostro, escuchaba al Señor lleno de espanto. Y como la modestia y la humildad son las virtudes características de los más grandes hombres, se excusó alegando no le creerían sus hermanos y le tacharían de embustero. *Pues bien, le dijo el Señor, voy á darte un medio para convencer á los incrédulos. ¿Qué es lo que tienes actualmente en la mano? Una vara, respondió Moisés. Arrójala en tierra, dijo el Señor. Moisés obedeció y la vara se convirtió en una horrible serpiente, de la que tuvo tal miedo, que empezó á huir. No temas, dijo Dios á su siervo; toma esa serpiente por la cola. Hízolo así y encontró en la mano la vara como anteriormente. Lo que ha sucedido en tu presencia, añadió el Señor, hazlo delante de los hebreos y conocerán por esta señal, que el Dios que te se ha aparecido es el Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob.*

Y díjole de nuevo el Señor: *mete tu mano en tu seno; y habiéndolo hecho la sacó cubierta de lepra. Vuelve á meter, dijo Dios, tu mano en tu seno; y obedeciendo la sacó completamente sana de la enfermedad. Si no te creyeren, continuó el Señor, por la señal primera, creerán por la segunda, y si ni aún así dieran crédito á estas señales ni oyeren tu voz, toma agua del río y derrámala en tierra, y cuanta sacares del río se convertirá en sangre.* Al mismo tiempo el Señor hizo oír su voz á Aarón, hermano de Moisés, que estaba en Egipto, para que fuese á reunirse con su hermano.

La unión de estos dos grandes hombres fué la salvación de Israel. Moisés hizo en presencia del pueblo los milagros que autorizaban la verdad de su misión, y los israelitas reconociéndolo así bendijeron al Señor.

CAPÍTULO XX. (Años del Mundo, 2513)
(Antes de J. C., 1487)

Las Plagas de Egipto.

Moisés y Aarón fueron juntos á encontrar al rey de los Egipcios y con intrepidez le intimaron de parte de Dios, diera libertad á su pueblo de Israel, para que fuera á ofrecerle un sacrificio al desierto. Extrañó Faraón un lenguaje al que no estaba acostumbrado y rehusó con altivez obedecer. Entonces el Señor, por el ministerio de sus siervos Moisés y Aarón, castigó al Egipto con diez plagas consecutivas. El monarca, cada vez que veía su pueblo afligido por alguna de ellas, prometía dejar en libertad é los israelitas, con tal de que cesara el mal que sufrían; pero dicha promesa, hija del temor y arrancada por la violencia, dejaba de cumplirse, en cuanto la plaga desaparecía, pues predominando la soberbia en el corazón del príncipe, no consentía dejar en libertad á los israelitas. Dichas diez plagas, que sólo hacían sufrir á los egipcios, quedando completamente libre de ellas el pueblo de Dios, azotaron á aquellos de la manera siguiente.

Lo primero, Aarón hirió con su vara al río á vista del rey y de sus cortesanos, é inmediatamente el agua

se convirtió en sangre; murieron todos los peces, los egipcios no podían beber aquella agua corrompida y hubo sangre en toda la tierra de Egipto, pues aun cuando pretendieron hacer pozos alrededor del río, para ver de encontrar agua, sólo hallaban sangre al profundizar la tierra.

Después extendió Aarón su mano sobre las aguas de Egipto y salieron ranas en grandísima cantidad, pues no sólo lo verificaron las que había en el río, en los arroyos y en las lagunas, sino un crecidísimo número de otras nuevas que Dios hizo nacer en aquellos mismos lugares, todas corpulentas y horribles, que lo mismo subían al palacio de Faraón, que entraban en todas las habitaciones de los egipcios, llenándolas é inundándolo todo de horror y de infección.

Cuando Moisés y su hermano por orden del Señor y ante los clamores del rey, hicieron cesar esta plaga, las ranas mayores murieron y las ordinarias volvieron á sus respectivos lugares; pero en vista de que el soberbio príncipe volvió á obstinarse en su negativa, hicieron salir los siervos de Dios del polvo de la tierra, multitud de cínifes ó mosquitos, que cebándose lo mismo en los hombres que en las bestias, causaban una incomodidad intolerable, impidiendo el trabajo y quitando el descanso.

Más tarde sobrevinieron moscas tan pesadas é importunas, que no sólo producían las molestias de los mosquitos, sino que toda la tierra parecía co-

rrompida, causando además las dichas moscas con sus picaduras, grandes daños lo mismo en los hombres que en los animales.

A continuación y como el monarca egipcio insistía en su terquedad, sobrevino una enfermedad contagiosa en todos los ganados, de cuyas resultas murieron muchos animales. Moisés y Aarón por orden de Dios, tomaron entonces ceniza de un horno y esparciéndola el primero delante del rey, el contagio pasó de los animales á los hombres, los cuales se vieron cubiertos de una erupción que les cubría todo el cuerpo, causándoles unas úlceras productoras de agudos dolores y de un horrible desasosiego.

Luego sobrevino un granizo que desoló por completo los sembrados y que acompañado de relámpagos, truenos y rayos, mató cuanto halló expuesto á su violencia; é inmediatamente después se presentó un viento abrasador al extender Moisés su vara sobre la tierra de Egipto, cuyo viento trajo consigo nubes de langosta, que taló cuanto había respetado la tempestad, no quedando nada verde sobre el suelo, ni en árboles ni en yerbas.

Finalmente, horribles tinieblas invadieron á los egipcios por espacio de tres días, llenándose el aire de tan espesos vapores, que como dice *el Libro santo* se podían palpar, mientras los hebreos, á quienes, como queda dicho, no afectaban ninguna de estas plagas, gozaban del aire, de la luz y del Sol.



Mucho contribuyó al endurecimiento de Faraón, el que los magos ó hechiceros, que abundaban mucho en Egipto, como entre todas las naciones idólatras, usando de la potestad que tienen los espíritus malignos y que pueden ejercitar cuando Dios se lo permite, si bien no pudieron imitar todos los milagros de Moisés, copiaron algunos, como el de la conversión de las aguas en sangre y la aparición de las ranas. Dios lo quiso así para que el rey persistiera en su obstinación: pero como siempre deja luz bastante á los pecadores, para que vuelvan al buen sendero, imprimió á los prodigios que obraron Moises y Aarón, por orden suya, un carácter tal, que no podía desconocerse donde estaba la mano del Omnipotente. En efecto, no tan sólo los hechizos de los magos, no pudieron hacer todos los milagros que habían obrado los siervos de Dios, sino que también fueron impotentes para librarse y librar á los egipcios de las plagas que les castigaban, ni aun de las que ellos habían imitado, por manera que el mismo Faraón se vió obligado á reconocer, que la mano del Señor se encontraba en los prodigios obrados por Moisés y su hermano.

La Providencia, proporcionando siempre el remedio al mal, permitía estas y otras maravillas, que registra *el Antiguo Testamento*, para que las naciones sumidas en las tinieblas de la idolatría, pudieran reconocer al verdadero Dios, mediante estos milagros asombrosos. Pero en esta ocasión el rey de Egipto se

obstinó en su voluntaria ceguedad, dando así motivo para que el Señor le castigara, con la décima, última y más terrible de todas las plagas, cual fué la muerte de todos los primogénitos de los egipcios, con la que consiguieron al fin su libertad los hijos de Israel.

CAPÍTULO XXI.

El Cordero Pascual.

La tenacidad y endurecimiento de Faraón, en no querer obedecer las órdenes de Dios dejando ir en libertad á su pueblo, á pesar de las nueve plagas, que afligiendo al país demostraban ser cierto que Moisés y Aarón habían hablado al príncipe en nombre del Señor, fueron, como queda dicho al finar el capítulo anterior, los motivos por que el Omnipotente descargó todo el furor de su Justicia sobre Egipto. Para ello previno Dios á Moisés, dijera á todo el pueblo, que cada uno de sus individuos pidiese á sus amigos y cada mujer á su vecina, de los que respectivamente tuvieran entre los egipcios, alhajas de plata y oro, asegurándole, que como dueño que es de los corazones, haría que todos accedieran á la petición. También le mandó que el décimo día de aquel mes en que se encontraban y que en lo sucesivo sería para ellos el primero de todos los meses del año, cuyo mes llamado en hebreo *Nisán* ó *Abib* correspondía á nuestro *Marzo* y empezaba en su luna, pues en aquel tiem-

po los meses eran lunares: en el indicado día, cada familia, separaría un cordero sin mancha, es decir, sin deformidad alguna, ó bien un cabrito con las mismas condiciones y lo guardaría hasta el día décimo cuarto, debiendo en el caso de no ser la familia bastante numerosa para comer el animal, reunirse con alguno de sus convecinos. En la tarde del día catorce, esto es, después del medio día, cuando el Sol fuera declinando para el ocaso, pues los hebreos no dividían el día por horas, como sucede hoy, sino en tres fracciones, mañana, medio día y tarde, todos los hijos de Israel sacrificarían el cordero, señalando con su sangre los postes y el dintel de sus puertas y asando el animal todo entero sin romperle hueso alguno, procederían á comerlo, con panes ácimos ó sin levadura y lechugas silvestres y amargas, ceñidas los lomos, calzados los pies y báculos en las manos, haciendo la comida apresuradamente, como viajeros, porque aquella era la Pascua, es decir, el paso del Señor, debiendo por último quemarse lo que pudiera restar del Cordero, en el caso de no ser posible consumirlo todo (1).

Los israelitas cumplieron estrictamente los mandatos de Dios, y en aquella noche memorable, el Señor envió un Angel exterminador, que durante la calma y el silencio de las sombras, mató á todos los primogénitos de los egipcios, desde el hijo mayor de

(1) Exodo. Cap. XII. Versos 1 y siguientes.

Faraón, hasta el del último esclavo condenado á trabajos forzados durante toda su vida. Igualmente perecieron los primogénitos de los animales, librándose sólo de esta matanza las casas de los hebreos señaladas con la sangre del cordero sacrificado, por delante de las cuales pasaba sin detenerse el espíritu celeste, ministro de la Justicia de Dios. Por lo mañana un grito de dolor resonó en todo el Egipto, pues no había casa donde no se llorara un muerto.

Como no es verosímil que en todas las casas de los egipcios hubiera primogénitos, ó hijos mayores, algunos intérpretes, entre ellos el erudito P. Calmet, pretende que la palabra primogénito, no debe de entenderse aquí en el sentido riguroso y gramatical, sino en el de la persona más distinguida de cada casa: no obstante y como en memoria de este suceso, tan favorable para los hebreos, como perjudicial á los egipcios, mandó el Señor á los primeros le consagraran sus primogénitos, parece que el *sagrado Texto* debe de entenderse en su sentido gramatical, y sus palabras, *no había casa donde no hubiera un muerto*, (1) en el de apenas había, con dificultad morada donde no se llorara un difunto.

El Cordero pascual, al que como hemos visto Dios previno no se le rompiera ningún hueso, constituye también una bellísima figura del Mesías pro-

(1) Exodo. Cap. XII. Verso 30.

metido. En efecto, dicho Cordero debía ser sin mancha y Nuestro Señor es la pureza misma. No podía comerse sino dentro de la casa, y Jesucristo, al darse á nosotros por manjar en la Sagrada Eucaristía, no permite ser recibido sino en el seno de la Iglesia católica. No debía romperse ninguno de sus huesos al Cordero, y al Redentor tampoco le rompieron hueso alguno, lo que no aconteció con los dos ladrones que espiraron con él en el mismo suplicio. El Cordero pascual debía comerse con panes ácidos y lechugas amargas, y para recibir al Señor Sacramentado, deben estar ceñidos los cristianos con la virtud santa de la Castidad y gustar la amargura de la penitencia. Los hebreos tenían báculos en las manos y calzado en los pies comiendo el Cordero al salir de Egipto; nosotros, para recibir la sagrada Eucaristía, debemos estar armados del báculo de la fuerza para resistir las tentaciones, considerarnos como viajeros que se encaminan al Cielo y estar dispuestos á salir del Egipto del pecado, enderezando nuestros pasos por la senda de la virtud. Finalmente, las casas señaladas con la sangre del Cordero, fueron respetadas por el Angel exterminador, y las almas señaladas con la Sangre preciosa del Hombre-Dios, por haberle recibido dignamente, obtendrán el perdon del Señor en el día terrible de su Justicia.

CAPÍTULO XXII.

Salida de los israelitas de Egipto.

Faraón, en vista de la horrible mortandad que había tenido lugar en su pueblo y de la desolación y espanto que reinaba por doquiera, mandó llamar en el mismo instante á Moises y Aarón y les autorizó para que se retiraran de sus estados, con todos los hijos de Israel, como en efecto lo verificaron; y los hebreos, con aquellos dos caudillos á su frente y ellos en número de cerca de seiscientos mil hombres, mayores de veinte años, sin contar la tribu de Leví, las mujeres, los niños, ni los muy ancianos; pudiendo asegurarse calculando cinco individuos por familia, un total de más de tres millones de almas, salieron de *Ramesés*, capital de la tierra de *Gesén*, ó lugar de los confines de Egipto, donde recibieron orden de reunirse, haciendo la primera jornada á *Soccooth*, llevando consigo sus ganados y las alhajas pedidas á los egipcios, conforme á lo mandado por el Señor.

La incredulidad, pretendiendo encontrar lunares y sombras en la *Sagrada Biblia*, no vacila en acusar á los israelitas de robo, al llevarse las joyas de los egipcios, así como también se muestra admirada, de que Dios decreta y haga llevar á cabo tan sin piedad la muerte de los primogénitos de dicho pueblo.

Debemos contestar en cuanto á lo primero, que si

hurtar es tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño, no es hurto el despojo que se hace á un enemigo en guerra justa y con la autoridad del príncipe. Aun cuando así no fuera, los hebreos no quitaron, sino pidieron, dice *el Libro santo*, y aquel oro y plata que les fué entregado, era una justísima compensación de los largos y penosos trabajos á que Faraón había sujetado al pueblo de Dios, de manera injusta y sin darles salario alguno. Los israelitas, pues, tenían derecho por aquellos gravámenes con que se les había pretendido destruir contra toda ley, á tratar á los egipcios como enemigos, y tomando sus alhajas como legítima indemnización y de la misma manera, que el vencedor en guerra justa, puede apoderarse del botín del vencido sin cometer hurto y siendo así que ellos, no tomaron, sino pidieron por orden de Dios, Señor de todo, es evidente que no puede su acción considerarse como hurto, como pretenden los incrédulos, negando para sostener su afirmación los más elementales principios de Justicia.

En cuanto á la muerte de los primogénitos, fué el castigo impuesto por el Señor al inicuo crimen cometido por Faraón, mandando ahogar en el Nilo los hijos de los hebreos. Dios es sumamente misericordioso, pero también es justísimo; aborrece la iniquidad, y si por más ó menos tiempo sufre en silencio los crímenes de los hombres, y á veces, las más, espera á castigar la hora de la muerte, á veces también para

sostener la fe de sus siervos y conseguir teman los pecadores, anticipa en esta vida los castigos que su Justicia demanda. ¡Qué son las epidemias, las guerras, las inundaciones, los terremotos y otras calamidades que asolan comarcas enteras, sino pasos del Angel exterminador, mensajero de la Justicia celeste! ¿Podrá en estos casos decirse que Dios es injusto? Los impíos profieren tan horrible blasfemia, que deben rechazar con indignación las inteligencias iluminadas por la Fé. Es verdad, que en esas catástrofes, perecen muchos inocentes y se libran muchos malvados; pero nosotros contestaremos que los crímenes de los individuos, lo mismo que sus virtudes, son distintos de los de las naciones. Dios en la otra vida hará estricta Justicia á los primeros, premiando ó castigando según sus obras; pero como para las segundas no hay eternidad, porque su vida puramente moral se reduce á la presente, la Justicia exige sean castigados los ciudadanos que las componen, si llegan á mancharse con delitos tan graves como los cometidos por los egipcios, y este castigo, temporal, único que cabe para las personas jurídicas, es el que se realiza mediante las calamidades que afligen á los pueblos; luego en Dios no cabe injusticia, siendo como es la fuente de la Justicia misma.

No quiso el Señor, que los hebreos se encaminasen á la tierra prometida, por el país de los filisteos ó palestinos, sino atravesando el desierto: así lo hicie-

ron aquéllos llevando consigo los restos de José, conforme á lo dispuesto por él, en su última voluntad, y en memoria del modo milagroso con que se había verificado su salida de Egipto, les mandó Dios que en lo sucesivo, se le consagrasen todos los primogénitos, renovando todos los años la memoria de aquel notable acontecimiento, con la celebración de la Pascua, en la que había de sacrificarse el Cordero, con los mismos ritos y ceremonias con que se había verificado en Egipto.

Pero con los referidos favores que el Señor dispuso á su pueblo, no terminaron las pruebas de su bondad para con el pueblo escogido; su viaje al país de Canaán, fué, como veremos, una serie interminable de prodigios, en los que resaltan de una parte la bondad del Criador para con sus criaturas, y de otra la ingratitud de éstas para con su Padre y Señor.

CAPÍTULO XXIII.

Historia de Job.

Mientras en Egipto se desarrollaban los admirables sucesos de la vida de Moisés, y los prodigios que Dios, sirviéndose de aquel siervo suyo, obraba para que los israelitas pudieran salir de la esclavitud de Egipto, tenían lugar en el seno de las naciones gentiles otros hechos no menos admirables destinados á demostrar, que desde la culpa de nuestros primeros padres, todos

los hombres para salvarse han necesitado de la Fe en el Redentor y que todos ellos han tenido siempre la *Gracia* necesaria para creer en el misterio de la Redención, porque Dios quiere que todos los hombres se salven y Nuestro Señor murió por todos ellos sin excepción. Los indicados hechos son los que constituyen la Historia de Job, que no era judío sino gentil, pero que sin embargo llegó á la cumbre de la mayor santidad, mediante su exacto cumplimiento de las *leyes naturales* y su Fe ciega en las *Revelaciones* con que Dios ha facilitado siempre á toda la raza humana los medios necesarios para llegar á su último fin (1).

Los gentiles descendían, como los israelitas, de Adán y de Noé, y al separarse en Babel de su hogar común llevaron consigo las tradiciones, que constituían entonces las verdades religiosas *reveladas* y transmitidas de padres á hijos; de aquí el que, como dice Santo Tomás, la *revelación* del Mesías fué hecha á un gran número de paganos, y los que sin ella se salvaron, la tuvieron, si no mediante una fe explícita, á lo menos implícita en la divina Providencia, creyendo que Dios salvaría á los hombres por los medios que le convendrían y según lo había revelado su Espíritu á los que sabían la verdad (2).

(1) Sobre los medios con que los hombres contaron para salvarse en los tiempos antiguos; véase nuestro Tratado elemental de Religión y Moral, cap. VI.

(2) D. *Thom.* 2, q. 2, art. 7.

Job (1) fué elegido de Dios entre las naciones gentiles, para presentar á todos los siglos en su persona el espectáculo de un hombre virtuoso que lucha contra la adversidad, pero que si ésta le arranca el gemido del dolor, no es es el ¡ay! de la desesperación, sino el lamento del que sufre con esperanza, mostrándose de esta suerte superior á las miserias transitorias de la vida presente. Se cree que Job es el mismo de que habla el *Génesis* (2) con el nombre de *Jobab*, que tuvo por madre á *Bossa* y por padre á *Zara*, hijo de *Rahuel* y nieto de *Esaú*, debiendo ser por tanto contemporáneo de *Moisés*; de aquí el que éste creen algunos que escribió el libro de la historia del Patriarca gentil, con vista de las Memorias del mismo Job, pero es lo más probable fuese escrito por éste, por particular inspiración de Dios, como todos los que componen la *Sagrada Escritura*, siquiera *Moisés* habiendo tenido conocimiento del suceso, como acontecido en su época, lo refiriera al pueblo que conducía por el desierto, proponiéndoselo como un modelo de paciencia y confianza en el Señor.

Habitaba Job en el país de Hus, entre la Idúmea y la Arabia; era sencillo y recto; temía á Dios y huía del mal. Componíase su familia de siete hijos y tre

(1) Véase la advertencia sobre el libro de Job en la Sagrada Biblia, traducida al español de la Vulgata latina por P. Scio, si se desean mayores datos.

(2) Génesis. Cap. XXXVI, verso 33.

hijas y sus considerables riquezas hacían del uno de los Patriarcas más opulentos del Oriente. Mientras educaba las hijas á su lado, había dado á sus siete hijos casas y tierras para que vivieran con separación, pero cuidando siempre de conservar el amor fraternal entre ellos, consentía convidasen á su familia una vez al año en el día de su natalicio, mandando entonces sus tres hijas á casa de sus hermanos, para que disfrutasen de la fiesta. Terminada ésta, Job daba santas lecciones á su descendencia y ofrecía por ellos un sacrificio al Señor, pues que en aquella época los príncipes y jefes de familia desempeñaban á la vez las funciones sacerdotales.

Un día los Ángeles se presentaban delante del Señor para recibir sus órdenes y apareció también Satanás ardiendo en ira contra los hombres. *¿Has visto*, le dijo Dios, deseando honrarse ante su enemigo, con la fidelidad de un hombre virtuoso, *has visto á mi siervo Job? Es un varón sencillo y recto, que teme á Dios y aborrece el mal. No es maravilla, replicó Satanás; le habéis hecho rico y poderoso, protejéis su familia, sus empresas y aumentáis su fortuna. Cambiad de conducta, dejadme en libertad y veréis si se sostiene su virtud.* Entonces el Señor permitió al demonio apoderarse de los bienes de Job, pero no dañar su persona.

Bien se aprovechó el demonio de esta licencia del Omnipotente: un día en que el primogénito de Job había reunido en su casa todos sus hermanos y her-

manas, fueron á encontrar al Patriarca cuatro mensajeros y uno en pos de otro le notificaron que sus numerosos rebaños habían perecido, arrebatados los unos por ladrones, consumidos los otros por el fuego del Cielo; y que un viento impetuoso venido del desierto había derrumbado la casa do estaban sus hijos y hecho perecer á éstos entre sus ruinas. Job cayó en el suelo, hundi6 su frente en el polvo, y con el auxilio de esa *Gracia* que el Señor tiene siempre á disposici6n de sus siervos, exclam6 diciendo: *Desnudo sali del seno de mi madre y desnudo volveré á entrar en el seno de la tierra. El Señor me lo habia dado todo, el Señor me lo ha quitado: no ha sucedido más que lo que ha parecido bien al Señor. ¡Bendito sea su nombre!*

El enemigo del linaje humano estaba vencido; pero no queriendo confesar su derrota, pidi6 permiso á Dios para tocar á la salud de Job, y cuando le fué concedido, una llaga espantosa cubri6 al Patriarca desde los pies á la cabeza, en términos de que pobre, enfermo, y asqueroso, se vi6 reducido á reclinarse en un estercolero, quitándose la podre que salía de sus úlceras, con los cascos de una vasija rota: pero el alma del justo no se perturb6 permaneciendo llena de paciencia en sus sufrimientos.

La esposa de Job, lejos de consolarle, le reconvení considerándole autor de sus males, á causa de sus faltas, y tres príncipes amigos suyos llamados *Elifás de Theman, Baldad de Sucha, y Sofar de Naamath*, que

sabedores de sus desgracias vinieron á visitarle, también quisieron persuadirle de que sólo sus crímenes podían ser causa de los males que le aquejaban. Entonces Job, rompiendo el silencio, pronunció un elocuente discurso, en que demostrando que Dios permite las expansiones externas del dolor, mientras las quejas, aunque vivas y amargas, sean humildes y respetuosas; se defendió de los cargos que injustamente se le hacían y manifestó su esperanza de ser feliz en la vida futura mediante el Redentor que había de venir. Las palabras de Job, modelo del dolor á quien alienta la esperanza, la Iglesia católica las pone como saludable enseñanza á sus hijos, sirviéndose de ellas para formar las lecciones del Oficio de los difuntos.

Como á pesar de las afirmaciones del Patriarca sus amigos insistían en sus juicios, el Señor quiso ya justificar á su siervo. Para ello le dejó oír su voz, así como á los príncipes, desde una nube, y después de demostrarles no puede la pequeñez del hombre penetrar los juicios del Altísimo, siendo como es aquél impotente para explicar hasta los más pequeños fenómenos de la naturaleza que tiene ante su vista, exigió le ofreciesen un sacrificio de expiación. Así se hizo, el Señor perdonó á los amigos de Job la temeridad de sus juicios, y dió á éste la salud, el mismo número de hijos y dobles riquezas de las que había perdido. El Patriarca vivió aún ciento cuarenta años, y rodeado del respeto de todo el Oriente, vió á los hijos de sus

ijos hasta la cuarta generación y murió dejando un ejemplo de edificación á todos los justos puestos á prueba y de consuelo á todos los afligidos.

CUARTA ÉPOCA

DESDE LA SALIDA DE LOS ISRAELITAS DE EGIPTO

HASTA LA EDIFICACIÓN DEL TEMPLO DE SALOMÓN

CAPÍTULO I.

Paso del mar Rojo. Año del Mundo. 2513
Antes de J. C. 1487.

No bien los descendientes de Jacob se pusieron en camino, Dios, con objeto de indicarles la ruta que debían seguir, las horas de marchar, y de detenerse, formó una gran columna como de niebla, cuya base que más adelante sirvió de modelo á la construcción del Tabernáculo, que había de dedicarse al culto del Señor, descansaba en la tierra, y cuya punta tenía una inmensa elevación. Durante el día ostentaba el color de una nube hermosísima y por la noche aparecía como un fuego, que brillaba como el Sol. Un Angel dirigía los movimientos de esta columna: llegado el instante de ponerse en camino, se elevaba é iba á colocarse sobre los pabellones de la tribu que debía de partir la primera y caminaban mientras estaba en movimiento; llegado el momento de hacer alto la columna se detenía. Su punta se elevaba inclinán-

dose del lado del Sol y se extendía como un velo sobre el pueblo, para libertarle de los rigores de aquel astro; ventaja inapreciable, teniendo en cuenta que, siendo arenoso el terreno de aquel desierto, se calienta mucho con los rayos del Sol, y hubiera sido molestísimo el viaje sin aquella verdadera atención paternal de Dios para con sus hijos queridos, con la cual caminaban cómodamente sin faltarles la luz, que aparecía como en los días nublados, los cuales son los mejores para emprender viajes en los países cálidos.

Entre tanto el rey de Egipto, pasados los primeros momentos de turbación y pasmo después de la muerte de los primogénitos del reino, ardió de nuevo en ira al considerar habían logrado los hebreos salir de su poder; y como todos los malvados endurecidos en el crimen, que de un abismo ruedan á otro y sin embargo blasfeman y pretenden osados oponerse al poder de Dios, mandó preparar su carroza, tomó consigo todo el ejército hasta el número de seiscientos carros montados por guerreros decididos y salió en persecución de los hijos de Israel, dándoles vista cuando se encontraban á orillas del mar Rojo.

Los hebreos podían humanamente considerarse perdidos; á su frente se extendía la llanura del mar, por derecha é izquierda miraban montañas inaccesibles, y por sus espaldas veían aproximarse á Faraón con su formidable ejército. En el primer impulso se volvieron á Dios, después flaqueó la Fe, y surgiendo con su

falta el temor, empezaron á murmurar y á quejarse. En cuanto á Moisés y Aarón, aunque su boca estaba muda, levantaban su corazón al Omnipotente y Él los oyó. No temáis, dijo Moisés á los hebreos; esperad en el milagro que en provecho vuestro va á hacer el Señor. Y la columna de nube que estaba á la cabeza de los israelitas, cambió de sitio colocándose en el espacio que mediaba entre aquéllos y las primeras avanzadas del ejército egipcio, siendo luminosa por el lado que miraba á los primeros y oscura por el que tenían delante los segundos, impidiendo de esta suerte el que pudieran avanzar. Moisés entonces extendió su mano sobre el mar, y éste, obediente á las órdenes que le intimaba, El que lo sacó de la nada, por medio de su siervo, se elevó inmediatamente en dos mitades, que alzándose por uno y otro lado, formaban como dos murallas de límpido cristal, dejando un camino suficiente al pueblo de Dios. Un fuerte y cálido viento enjugó el camino de la milagrosa ruta, por donde entraron los hijos de Israel, que aprovechando las tinieblas de la noche llegaron á pie enjuto al lado opuesto. Al amanecer, los egipcios notaron que se escapaba su presa y se arrojaron precipitadamente á perseguirlos, entrando en aquella vía no abierta para ellos. De pronto reina gran confusión en todo el ejército, los carros se hacen pedazos y no se oyen más que gritos de alarma que dicen: *huyamos de Israel: porque el Señor pelea por ellos contra nos-*

otros, (1) pero ya era tarde; Moisés, por orden de Dios extendió su mano desde la otra orilla, y volviendo las aguas á reunirse, desapareció todo el ejército de Faraón, no quedando un solo hombre que llevara la noticia del desastre á Egipto. Moisés y todo el pueblo, ante un prodigio tan estupendo, entonaron un cántico de acción de gracias, no habiendo en verdad milagro mejor comprobado que este, pues le presenciaron los millares de individuos que componían el pueblo de Israel: haciendo mención del hecho varios historiadores profanos y entre ellos el escritor Flavio Josefo.

CAPÍTULO II.

El Señor alimenta á los israelitas en el desierto.

El paso del mar Rojo animó la confianza de los israelitas; pero tan pronto como se internaron en las soledades del desierto y empezaron á faltar los víveres, volvieron á desconfiar, y con ingratitud notoria para con Dios, murmuraban de sus caudillos, acusándoles de haberles sacado de Egipto, donde tenían seguro el alimento, para morir de hambre en aquellas soledades. Moisés y Aarón reprendieron á aquellos ingratos, alentándolos á esperar en Dios que muy en breve acudiría al remedio de la necesidad de su pueblo. Y con efecto, no tardó en dejarse sentir la bondad del Señor.

(1) Exodo. Capitulo XV. Versos 25 y siguientes.

Aquella misma tarde, una gran bandada de codornices se posó en el campo hebreo, y á la mañana siguiente toda la tierra se halló cubierta de unos granos menudos y blancos, parecidos á la semilla del cilantro, de sabor como de harina amasada con miel. Los hebreos, admirados de aquella maravilla, se preguntaban unos á otros: *¿Manhu?* Lo cual significa en hebreo: *¿Qué es esto?* Y la corrupción de dicha palabra hebrea, al pasar á otros idiomas, ha hecho se designe con el nombre de *Maná* el prodigioso alimento con que Dios satisfizo en el desierto el hambre de los israelitas. Durante los cuarenta años que anduvieron errantes por aquellas vastas soledades, no faltó diariamente la prodigiosa comida, excepción hecha del sábado, que, como destinado por el Señor para santificarlo, no caía el *Maná*. Cada mañana recogían los israelitas lo que podían, y midiéndolo después por un gomor (1), el que había recogido más lo daba al que había recogido menos, estableciéndose de esta suerte una rigurosa igualdad. Si alguno desconfiado guardaba porción para el siguiente día, lo encontraba corrompido, cubierto de gusanos. Sólo era lícito guardar doble porción en el día anterior al sábado, y entonces se conservaba el alimento milagroso, pudiendo de esta suerte en dicho día dedicarse el pueblo á la santificación de la fiesta, conforme á lo preceptuado por Dios.

(1) Medida hebrea: no se sabe á ciencia cierta su capacidad.

El *Maná* era un alimento celestial, milagroso, que no puede confundirse ni con la gelatina del coco, ni con otras sustancias que se encuentran en la Arabia, como han pretendido algunos impostores. Los cocoteros no se crían en las regiones que atravesaban los israelitas; y aun cuando así no fuera, ni su producto ni el de los árboles que se desarrollan en aquella región tienen fuerza nutritiva para mantener á un hombre, como la tuvo el *Maná*, y además no son permanentes todo el año los dichos frutos, de la manera que aquél lo fué todo el largo tiempo que los israelitas permanecieron en el desierto, sin faltarles un día.

El repetido alimento prodigioso figuró la adorable Eucaristía de la ley de gracia. Cesó de caer cuando los hebreos entraron en la tierra prometida, demostrándose así que la recepción del Sacramento del Cuerpo y la Sangre de Jesucristo es un don del Cielo á los hombres que cruzan el desierto de la vida, los cuales deben comerlo diariamente, con las necesarias disposiciones, para robustecerse en el orden espiritual, como los hebreos comían diariamente el *Maná* para nutrirse corporalmente, cesando ya para los cristianos el divino alimento, cuando lleguen á su Tierra de promisión, la Bienaventuranza, donde verán á Dios sin los velos del Augusto Sacramento.

Alimentados, pues, los hebreos con aquel celeste manjar, guiados por la misteriosa columna que les

preservaba de los ardientes rayos del sol durante el día y los alumbraba por la noche; en una palabra, protegidos por Dios, caminaban los israelitas por el desierto con dirección á la tierra prometida. No obstante la multitud de beneficios de que disfrutaban, pronto volvieron á surgir las murmuraciones del pueblo contra sus caudillos, á consecuencia de haberse agotado la provisión de agua y no encontrarse manantial ninguno por los arenosos desiertos que entonces recorrían los viajeros. El Señor, en su inagotable bondad, acudió al remedio de aquella no menos grave necesidad. Moisés, por orden de Dios, tocó con su vara la roca de *Horeb* y de ella surgió un manantial tan copioso, que todo el valle que se extendía por delante de aquélla, quedó regado con las aguas del nuevo río. Todavía los caminantes que recorren el valle de *Rafidin*, á cien pasos de la montaña de *Horeb*, pueden ver una roca oculta entre otras más pequeñas, con veinte y cuatro agujeros, por donde, si bien es verdad que ya no corre agua, el pulimento de dichos agujeros y de las canalizas que de ellos arrancan, así como el musgo seco que se nota en los bordes de los unos y de las otras, están demostrando que el agua ha corrido por allí en abundancia, siendo dichas señales unas como medallas conmemorativas, más duraderas que las de hierro y de bronce, de aquel portentoso hecho llevado á cabo por el que todo lo puede.

Pronto un nuevo peligro amenazó á los viajeros. Los amalecitas, pueblo valiente y numeroso, salieron á combatir á los hebreos: á la vez que éstos sostenían en la llanura la batalla, Moisés subió á un monte cercano y levantó las manos al Cielo; mientras se mantenía en esta actitud, el pueblo de Dios conseguía ventajas sobre sus enemigos; pero cuando desfallecido dejaba caer sus brazos, los amalecitas vencían. En vista de estas alternativas, Aarón y otro israelita, que acompañaban al caudillo, le sostuvieron los brazos, teniéndolos en alto hasta la puesta del sol, y los hebreos ganaron la batalla: manifestación simbólica del poder de la oración del justo cerca del Altísimo, que, como dicen escritores sagrados, hace fuerza al Señor.

Cuarenta y seis días después del paso del mar Rojo y tras de los prodigios descritos, el pueblo llegó á las faldas del monte Sinaí, en donde acampó. Esta detención fué sin disputa la más célebre de cuantas hicieron los hebreos en el desierto, porque en ella se verificó la solemne promulgación de la Ley de Dios.

CAPÍTULO III.

En las faldas del Sinaí.

Era ya indispensable la promulgación solemne de la Ley de Dios. Las verdades reveladas á los Patriarcas de las épocas anteriores, comenzaban á alterarse, pues que sólo se trasmitían por generación de padres

á hijos, siendo de temer se borraran en breve de la memoria de los hombres. Por ello el Señor, atento siempre á satisfacer las necesidades de la más perfecta de sus criaturas, y procurando no le faltasen nunca los medios necesarios para llegar á la consecución de su altísimo fin, resolvió dar sus preceptos por escrito. Para ello mandó á Moisés subir á la cumbre del monte Sinaí, y allí le ordenó dijera de su parte á los israelitas: *Ya veis* cómo os he sacado de Egipto y cuánto he hecho por vosotros: *pues* si oyeis mi voz y guardareis mi pacto, seréis para mí una porción escogida entre todos los pueblos: porque mía es toda la tierra. Y vosotros seréis para mí un reino sacerdotal y una nación santa (1).

Moisés bajó de la montaña y repitió puntualmente á los israelitas las palabras del Señor, y como ellos se comprometieron á obedecer con fidelidad, Dios mandó entonces á su siervo purificar al pueblo y que estuviera apercebido para el tercer día, en que iba á dignarse bajar á la cumbre del Sinaí. También le ordenó poner límites alrededor de la montaña, prohibiendo tocar á ellos bajo pena de muerte. Todos estos preparativos eran necesarios para la publicación de la Ley y para que los hijos de Israel, carnales y groseros, la recibieran con sentimientos de religiosa veneración.

(1) Exodo. Capitulo XIX, versos 5 y 6.

Llegó la mañana del día tercero, y desde la aurora comenzaron á oirse truenos y á brillar relámpagos, mientras la cumbre del monte se cubría de una densa nube, en cuyo seno se escuchaba el penetrante sonido de una trompeta, que convocaba al pueblo, el cual aterrizado no se atrevía á salir de sus pabellones; pero Moisés le tranquilizó, le hizo salir y colocó á los hijos de Israel en el espacio que había dejado libre entre los límites fijados en la falda del monte y el campamento. Entonces Dios hizo oír su voz en medio de la nube inflamada, y promulgó *los diez Mandamientos de su Ley*, llamados también *Decálogo*. ¡Admirable código que revela la grande é infinita sabiduría de su Autor! ¡Ley divina en la que, con sólo diez preceptos, se fijan cuantos deberes hemos de cumplir para con Dios, nosotros mismos y nuestros semejantes, siendo al mismo tiempo la más perfecta garantía de los bienes que poseemos sobre la tierra, la vida, el honor y la propiedad! ¡Preceptos admirables que si por todos se guardaran fielmente, harían de la tierra un paraíso anticipado, preparación del que más tarde gozarán eternamente los que hayan sido fieles en cumplirlos!

Cuando el Señor cesó de hablar, volvieron á oirse con el mismo estruendo que antes, el tableteo de los truenos y el sonido estridente de las trompetas, mientras el monte, todo humeante, cubierto con la nube y las llamas, se estremecía cual sacudido por

fuerte terremoto, llenando de pavor á los israelitas, quienes suplicaron á Moisés que en adelante les hablara él solo, pues temían oír la voz del Señor.

El caudillo del pueblo salió del campo, y penetrando las espesas tinieblas que rodeaban el monte, hizo presente á Dios aquella petición. El Señor se mostró satisfecho de ella y eligió aquel solemne momento para renovar la promesa del Mesías, encargando á Moisés dijera al pueblo, que un día le daría un Profeta de su misma nación, semejante á Él, á quien tendrían que obedecer, pues de no hacerlo así sería terrible el castigo; cuya promesa nos describe un nuevo caracter del Redentor, mostrándonos á Jesucristo enseñando á los hombres la voluntad de Dios, no con temor, como entonces les era enseñada, sino con dulzura y familiaridad.

Al día siguiente mandó Moisés erigir un altar en la falda del monte en el que el Señor se había dignado levantar su trono; alrededor del altar se levantaron doce columnas, en representación de las doce tribus de Israel. Todo el pueblo acudió, se sacrificaron víctimas, Moisés leyó el libro donde había escrito la Ley del Señor y exigió nuevamente al pueblo promesa de ser siempre fiel á Dios, y habiéndolo así ofrecido todos, el caudillo, con sangre de las víctimas mezclada con agua, roció el libro y á las doce tribus, en señal de la alianza que el Señor se dignaba hacer con ellas y que aceptaban. ¡Alianza solemne, figura

de la que quince siglos más tarde debía de confirmar el Dios-Hombre, extendiéndola á todos los humanos y ratificándola en el altar de la Cruz, con la efusión de su propia divina Sangre. Terminada aquella solemne ceremonia, Moisés volvió á subir al monte, perdiéndose de vista entre las nubes que envolvían su cumbre.

La incredulidad moderna, que pretende no ver en Moisés sino uno de tantos legisladores como existieron en los tiempos antiguos y que niega, por tanto, su misión divina, no pudiendo negar también el hecho de los prodigios verificados en el Sinaí, confirmados por más de tres millones de almas, que entonces componían el pueblo de Israel, lo atribuye á impostura, sosteniendo que todo fué obra de Moisés, para asegurar su poder, y el cual para ello, con un artificio semejante al que se usa en los teatros, preparó la nube, el fuego, los relámpagos, los truenos y el sonido de las trompetas. Pero semejante blasfema suposición es tan absurda que degenera en ridícula y risible.

En efecto, si Moisés fué un impostor que mediante un artificio hábilmente dispuesto, sedujo al pueblo de Israel, no tienen explicación los prodigios realizados en Egipto y que constituyeron las diez plagas que desolaron el país; prodigios que terminaron con el paso del mar Rojo y la pérdida de Faraón con todo su ejército. Por otra parte, la impostura tiene sus

límites, deja en pos de sí siempre algo que la da á conocer, y por tanto, si cabe engañar á un número más ó menos grande de personas, es imposible hacerlo á una multitud tan numerosa como la que entonces componía el pueblo de Israel, máxime cuando para preparar el artificio Moisés hubo de necesitar cómplices, que no todos era fácil guardarán el secreto. Por otra parte, no hay comparación entre un trueno fingido, como el de los espectáculos escénicos, cuyo sonido apenas se extiende más allá de las paredes del edificio, y los que retumbaron en el Sinaí con tal estrépito que su sonido se percibió en una gran extensión de terreno, tal como la necesitaba la multitud de personas allí reunidas. No era posible tampoco, aun contando con cómplices discretos, para su engaño, hacinara en la cumbre del monte tal cantidad de leña y de materia combustible, capaz de producir el fuego, que brilló por espacio de siete días, sin que nadie absolutamente se apercibiera; y como el Sinaí no es tampoco un volcán natural, cuyos fenómenos hubiesen podido aprovecharse para la impostura, ni hay vestigio de que nunca lo haya sido, se sigue es indispensable aceptar el hecho milagroso y sobrenatural, porque de otra suerte no puede tener explicación.

Por último, una voz aunque se trasmita por medio de una bocina de las que se emplean en las embarcaciones, que son las de más alcance, sin embargo

su sonido no llega más que á la distancia de mil pasos, y mayor tendrá que haber necesariamente desde la cumbre del monte á los últimos límites de un espacio ocupado por más de tres millones de personas y cuyas filas más lejanas oían tan distintamente como las primeras la voz que resonaba majestuosa en las alturas del Sinaí. Luego la razón convence á la incredulidad de calumniadora y mentirosa cuando niega la veracidad del *Libro sagrado* y de esta suerte la obliga á humillarse ante la verdad que en él se consigna y que aparte de ser comunicada por Dios, tiene en su favor el testimonio de todas las generaciones que pasaron.

CAPÍTULO IV.

El Becerro de oro.

Cuando el pueblo vió á Moisés subir de nuevo al monte, que seguía cubierto de espesa nube, creyó tardaría pocos días en descender. Pero el Señor le detuvo consigo cuarentas días y cuarenta noches, dándole no tan sólo *el Decálogo* grabado en dos tablas de piedra, sino también diferentes preceptos encaminados á regir los actos de los individuos, á establecer reglas para el buen orden y gobierno del pueblo y á prescribir las ceremonias referentes al culto de Dios; cuyos preceptos respectivamente y atendiendo su fin, se clasifican en *morales, judiciales y ceremoniales*. En-

tre tanto los hebreos, siempre duros é incrédulos, viendo la prolongada ausencia de su caudillo, creyeron que éste había perecido entre los fuegos del monte, y promoviendo una sedición pidieron tumultuariamente á Aarón les diera dioses á quien adorar á semejanza de los egipcios.

Pudiera parecer inverosímil que un pueblo testigo de tantas maravillas, fuera capaz de semejante pecado; pero si la malicia y la ingratitude del corazón humano no justificarán fácilmente la posibilidad del hecho, encontraríamos su prueba en lo que nos acontece á nosotros mismos. ¡Cuántas veces no hemos delinquido contra Dios, en los momentos mismos en que acabamos de recibir un beneficio de su bondadosa mano! ¡Y cuántas veces también al cometer la falta, parece como que allá en nuestro interior acusamos á Dios mismo de no acudir en socorro de nuestras débiles fuerzas! Esto basta para convencernos de la posibilidad de la reprobable acción de los israelitas, propensos por otra parte á la idolatría, consecuencia de su largo contacto con los idólatras egipcios.

En vano Aarón, para disuadirle de su loca empresa les pidió las alhajas de sus mujeres, creyendo que por no deshacerse de ellas desistirían de tan enorme delito, logrando el interés lo que no podía alcanzar la fe; pero fué inútil su buen deseo; en breve un montón de oro brillaba á los piés del hermano de Moisés, y los hebreos, concedores como eran de las artes, en

breve fundieron aquel metal y fabricaron un becerro á semejanza del buey Apis que se adoraba en Egipto, y en torno á cuyo ídolo empezaron á clamar y cantar como habían visto hacer á los idólatras, diciendo á grandes gritos que aquel era su dios á quien todo lo debían.

Ante semejante espectáculo el Señor mandó á Moisés que bajara del monte, prometiendo exterminar aquel pueblo infiel; pero el caudillo, confiado en la misericordia de Dios, rogó y suplicó con tantas instancias por los culpables, que logró aplacar la justa indignación del Altísimo, impidiendo con el poder de su oración el exterminio de los israelitas. No obstante, el delito era tan grave, que exigía un ejemplar castigo. Moisés bajó del monte y al presenciar las abominaciones del pueblo, poseído de santa indignación, arrojó las dos Tablas de la Ley que llevaba en la mano, estrellándolas en las faldas del monte Sinaí; acto, por otra parte, misterioso y simbólico que demostraba no había de ser duradera aquella alianza de Dios con su pueblo, la cual un día quedaría rota, para ser reemplazada por otra eterna, como sellada con la sangre del Verbo humanado. Después reprendió el caudillo á su hermano Aarón por haber consentido tan abominable delito, excusándose aquél con haber cedido á la fuerza y sin que por su parte hubiera intervenido en su comisión. Entonces Moisés llamó para que se juntasen con él aquellos israelitas

que como su hermano hubieran permanecido fieles á Dios; y sin haber idolatrado y habiendo acudido los Levitas al llamamiento, hizo que pasasen á cuchillo los más culpables, pereciendo veintitres mil hombres. El mismo Moisés hizo pedazos el becerro, lo redujo á polvo y mezclándolo con agua lo dió á beber á los idolatras, para hacerles ver á lo que quedaba reducida su mentirosa divinidad.

Después de tan justa expiación, Moisés subió de nuevo á la montaña, consiguiendo que el Señor le entregara otras dos Tablas de piedra, donde como en las anteriores estaban escritos los diez Mandamientos de la Ley. Cuando el caudillo descendió para reunirse con el pueblo, su rostro despedía rayos de luz, como quien ha visto cara á cara la gloria de Dios, en términos de que en adelante para hablar á los hebreos necesitaba cubrirse el rostro con un velo, para no infundirles pavor.

CAPÍTULO V.

El culto de Dios en el pueblo de Israel.

Refutando á los impíos modernos, que sostienen no deben de existir templos destinados al culto de Dios, porque el mejor para Él es el universo, se levanta la voz de la Historia, haciendo ver que en todos los tiempos y en todos los pueblos han existido lugares destinados á honrar la Divinidad. No podía ser

de otra manera: el universo no basta para dar culto á Dios, porque los hombres, acostumbrados á su espectáculo, lo miran sin emoción alguna, mientras por el contrario quedan sobrecogidos de respeto, á la vista de un templo ricamente adornado: además, como las impresiones se trasmiten por los sentidos, sería imposible formarse idea de la Majestad divina, sin el auxilio de imágenes externas que puedan llevarla al espíritu. Si los templos y el culto externo se suprimieran, quedando reducido á los homenajes particulares de los hombres en el universo, bien pronto la Religión sería una letra muerta y las sociedades se verían reducidas á peor condición de la que tienen las hordas salvajes. Después de haber cumplido el precepto de Dios adorándole en el templo, nadie impide se le adore también en el universo elevándose hasta Él por la contemplación de las maravillas de la naturaleza: pero los impíos, enemigos de la Religión, al sostener la indicada teoría, no rinden adoraciones en parte alguna, porque ellos sólo desean hacer desaparecer las prácticas religiosas públicas, seguros como están de que la desaparición del culto externo es el triunfo de la impiedad.

En la antigüedad los lugares destinados para dar culto á Dios se hallaban por regla general en la cima de los montes ó en en las profundidades de los bosques, sin duda porque las primeras parece aproximan al Cielo y las segundas convidan al recogimiento. La

idolatría profanó con mil supersticiones estos lugares, y por eso, sin duda, el Señor al revelar á Moisés la manera con que se le había de dar culto y el modo con que había de construirse *el Tabernáculo*, quiso que éste se colocara en medio del campamento hebreo, para dar á entender á su pueblo, no era necesario subir á las montañas, ni sepultarse en los bosques para acercarse á Dios, sino que Él mismo se dignaba descender á los hombres, para recibir sus adoraciones en aquel templo portátil, único que por entonces podían erigir los israelitas, durante su marcha por el desierto: de esta suerte *el Tabernáculo* constituía también un preservativo contra la idolatría.

Moisés, para llevar é efecto las órdenes de Dios referentes á la construcción del indicado templo portátil y demás objetos destinados á darle culto, excitó á los hebreos para que concurrieran con sus ofrendas, y ellos, curados por entonces de su inclinación á la adoración de los ídolos, se apresuraron á entregar cuanto mejor y más precioso poseían en alhajas, telas, aromas y otros efectos, dándose principio á construir el *Tabernáculo*. Era éste un pequeño edificio de 30 codos de largo, formado de madera de setim y colocadas las tablas sobre bases de plata, unidas las unas á las otras por anillos de oro, por donde pasaban palancones, también cubiertos de oro, destinados á facilitar la traslación del Templo durante las marchas. Por dentro se hallaba cubierto de cortinas bordadas y uni-

das por cordones que pasaban por anillos de oro y por fuera su revestimiento era de pieles, con cuatro cubiertas para resistir los vientos y las lluvias.

El Tabernáculo estaba destinado á guardar *el Arca de la Alianza*, compendio de toda la Religión. Era dicha *Arca* de madera de setim de dos codos y medio de largo, por uno y medio de ancho y alto: estaba cubierta por dentro y fuera de oro puro y sobre su cubierta, dos querubines del mismo metal extendían sus alas como para servir de trono á la Majestad del Señor. Dentro del *Arca* se guardaban las Tablas de la Ley, la vara que sirviera á Aarón para hacer los prodigios en Egipto y una medida del Maná milagroso.

Concluida *el Arca*, hizo Moisés construir una mesa revestida de láminas de oro, de dos codos de larga, uno de ancha y uno y medio de alta, destinada á contener *los panes de la proposición*, compuestos de harina pura mezclada con aceite y en número de doce, debiendo renovarse todas las semanas, y los que se retiraban sólo podían consumirse por los sacerdotes. Dichos panes representaban la gratitud del pueblo hacia Dios, al que se confesaban deudores de cuantos bienes poseían, mediante el ofrecimiento simbólico de aquéllos, siendo por ello doce en representación de las doce tribus. Por último, completaban los objetos destinados al culto, *el candelero de oro y el altar de los perfumes*. El primero se componía de un tron-

co que sostenía seis ramas, formando aquél la séptima con su remate; todo era de oro tallado imitando flores y frutas, y al extremo de cada rama había una lámpara del mismo metal, donde ardía una luz en cada una de ellas, alimentada por aceite puro de oliva, que debía de ofrecerse por el pueblo. *El altar de los perfumes* era hueco, de dos codos de alto, uno de ancho y otro de largo; con una corona de oro, que sostenía un brasero, donde dos veces al día había de ofrecerse incienso al Señor. Había además otro altar llamado de *los holocaustos*, de cinco codos en cuadro, por tres de alto, cubierto con planchas de bronce y un receptáculo de este mismo metal, con basa de espejos, destinados á llenarse de agua para las abluciones.

La tribu de Leví fué la elegida por el Señor para el desempeño de las funciones sacerdotales, siendo conferido á Aarón el Pontificado supremo. Los sacerdotes usaban una túnica talar de lienzo, parecida á nuestras albas, ceñida con un cingulo de varios colores y cubrían la cabeza con una mitra también de lienzo de muchos pliegues. Además el Sumo Sacerdote colocaba sobre aquella túnica otra de color de jacinto muy ancha, que casi llegaba hasta los pies, y en sus remates colgaban interpuestas setenta y dos granadas y campanillas de oro. Sobre la dicha túnica echaba sobre sus hombros una especie de manto, que le llegaba hasta la cintura, llamado *ephod*, el cual, en la parte

del pecho ostentaba un escudo adornado de piedras con el nombre de las doce tribus de Israel, cuyo escudo se denominaba el *racional*, y tenía en su centro escritas las palabras *Doctrina y Verdad*. De la mitra del Sumo Sacerdote pendía una lámina de oro que caía sobre su frente, con esta inscripción: *La Santidad al Señor*. Dios dictó asimismo á Moisés las reglas que habían de seguirse para los sacrificios, que eran de dos clases, cruentos y no cruentos. Los cruentos eran tres: el *holocausto*, la *hostia pacífica* y el *sacrificio por el pecado*; en el primero el animal, después de inmolado, era consumido por el fuego; en los dos restantes sólo se quemaba una parte, pero no podía ofrecerse *sacrificio por el pecado* sin que le acompañase *holocausto*. En los sacrificios no cruentos no se vertía sangre; en ellos no tan sólo podía ofrecerse flor de harina, perfumes y vino, sino que aun ofreciendo animal, éste recobraba su libertad después de varias ceremonias simbólicas.

En los preceptos ceremoniales se preceptuaba, finalmente, el modo de guardar el sábado y las fiestas establecidas por el Señor. De éstas las principales eran tres: una en memoria de la salida de Egipto; la otra en la de la promulgación de la Ley en el Sinaí, y la tercera para recordar la marcha del pueblo por el desierto, por lo cual se la denominaba fiesta de los tabernáculos ó tiendas. Todas ellas duraban ocho días, siendo igualmente solemnes el primero que el último.

CAPÍTULO VI. (Año del Mundo, 2553)
(Antes de J. C., 1447)

Exploración de la tierra de Canaán.

Después que fueron dados los preceptos que habían de servir para el régimen y gobierno del pueblo de Israel, no sólo en lo tocante al orden religioso, sino también en lo referente al individual y al político ó social; cuando, pues, terminó la promulgación de los repetidos preceptos, la columna de nube se puso en movimiento, apartándose del por tantos títulos célebre Monte-Sinaí. Cerca de dos meses después de haberse separado de aquel sitio, llegaron los hebreos á la vista de la tierra de Canaán, acampando en un lugar llamado *Cadesvarne*. Moisés reunió al pueblo á fin de tomar las convenientes resoluciones para atacar á los enemigos que ocupaban el territorio que Dios les tenía destinado; pero antes de pasar la frontera, se resolvió enviar doce exploradores, uno por cada tribu, para que lo reconocieran, siendo dos de ellos Caleb y Josué. Al cabo de cuarenta días volvieron los exploradores á *Cadesverne*: venían cargados de higos, granadas y otros frutos, entre éstos un racimo de uvas tan monstruoso, que dos hombres le traían sobre una larga viga, todo lo cual demostraba la fertilidad del país. Moisés se sintió lleno de alborozo al contemplar aquellos hermosos frutos; pero cuál no sería su sorpresa y su dolor cuando diez de los exploradores ma-

nifestaron que aquella tierra estaba llena de ciudades fortificadas y habitada por hombres de una fuerza extraordinaria. Hemos visto allí, añadieron, gigantes al lado de los cuales pareceríamos langostas. Inútilmente Caleb y Josué, los dos exploradores restantes que no habían hablado, hicieron presente eran falaces aquellas palabras y que bastaría presentarse á los enemigos para exterminarlos; sus afirmaciones no encontraron eco en la multitud; por todas partes se iniciaron murmullos contra Moisés y Aarón, que bien pronto se convirtieron en rebelión imponente, acusando los israelitas á sus caudillos de haberles sacado de Egipto para hacerles perecer al filo de la espada de los habitantes de la tierra de Canaán.

El Señor les había prometido ponerles en posesión de ella, desconfiando de esta promesa y alzándose contra sus legítimas autoridades, cometían crímenes que no podían menos de excitar el enojo de Dios, obligándole á castigar á los culpables. En el momento en que los sublevados pasando de las amenazas á los hechos, se disponían á arrojar piedras á sus caudillos, la columna de nube que descansaba sobre el tabernáculo se convirtió en fuego amenazador dispuesto á exterminar á los delincuentes. El mismo Moisés tembló por el pueblo á quien amaba, y postrado humildemente imploró el perdón del Señor. Una vez más lo consiguió su ferviente plegaria; pero, *por cuanto han murmurado de mí*, le dijo el Señor, *serán tratados como*

desean; todos los que de veinte años para arriba lo han verificado, no entrarán en la tierra prometida, exceptuando Caleb y Josué; los hijos de aquéllos andarán errantes por la soledad durante cuarenta años, hasta que sean consumidos los cadáveres de sus padres (1).

Luego que el Señor dictó esta sentencia, los diez exploradores infieles cayeron muertos, heridos por la mano de Dios, y el pueblo hubo de reinternarse de nuevo en el desierto, para cumplir la sentencia dictada por el Supremo Juez.

No pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que un nuevo motín viniera á ofender á Dios y á conturbar el ánimo de Moisés y Aarón, motín que si bien no tuvo como el anterior, carácter general, en cambio era producido por la ambición, esa horrible fiera, que con sus hermanas la curiosidad y la sensualidad se albergan en el interior del corazón humano. Coré, de la tribu de Leví, Datán y Abirón de la de Rubén, unidas á doscientas cincuenta parciales, conspiraron contra Moisés y Aarón, pretendiendo usurpar el Poder supremo y muy particularmente la dignidad de Sumo Sacerdote, de que Aarón se hallaba investido por orden de Dios. Pero Moisés, después de reprender su atrevimiento, hizo que comparecieran ante él en el siguiente día, juntamente con Aarón, llevando todos sus incensarios. Aarón se colocó á un lado, Coré, Da-

(1) Libro de los Números. Cap. XIV, vers. 20 y siguientes.

tán, Abirón y sus secuaces á otro; mandó el caudillo, por orden del Señor, que la multitud se separara de los malvados, y poniendo por testigo á todo el pueblo de que cuanto había ejecutado lo había hecho por precepto del Altísimo, inmediatamente se abrió la tierra, hundiéndose en el abismo Coré, Datán y Abirón, mientras que un fuego voraz consumía á sus doscientos cincuenta parciales, en medio de la consternación general del pueblo que huía despavorido por todas partes, temiendo ser alcanzado por el terrible castigo. De esta suerte, daba ya Dios á entender la potestad de su Iglesia y á significar no admite la entrada en el sacerdocio sino de aquellos que Él mismo ha llamado.

Por espacio de cuarenta años estuvieron los israelitas errantes por el desierto, cumpliendo así el justo castigo que Dios le impusiera por su ingratitude y su desconfianza, manifestadas constantemente en quejas y rebeliones contra sus legítimos caudillos. Pero ni la indicada pena, ni los demás castigos con que el Señor procuraba separar á su pueblo escogido de la senda de los crimenes, bastaban á impedirlo; algunos años después de haber empezado su peregrinación por el desierto, los hebreos volvieron á rebelarse, tomando en esta ocasión por pretexto, la falta de alimentos que sustituyesen á *el Maná*, por el que ya sentían repugnancia. Dios les castigó mandando unas *serpientes de fuego*, es decir unos reptiles venenosos, cuyas mordeduras

producían fenómenos iguales á los de la quemadura y la muerte tras de grandísimos sufrimientos. En los lugares donde de un modo tan terrible se dejó sentir la Justicia del Altísimo, aun viven serpientes, cuyas picaduras venenosas producen dolores agudos, con gran inflamación y la muerte del desgraciado viajero en que clavan su aguijón envenenado: dichas serpientes son conocidas con el nombre de *Chersidra* (1). Los hebreos en tan apremiante peligro acudieron á Moisés, confesando haber pecado contra Dios y contra él, pidieron perdón, y el Señor, como siempre clemente y misericordioso, mandó al caudillo hacer una serpiente de bronce y colocarla en un lugar elevado, lo que una vez hecho, cuantos al sentirse mordidos dirigían sus ojos moribundos á la serpiente de metal, quedaban inmediatamente sanos. Por este medio, á la vez que el Altísimo acudía en socorro de su pueblo, le ofreció una nueva figura del Mesías prometido, pues de la misma manera que los mordidos por las serpientes venenosas, quedaban curados al mirar la serpiente de metal, todos los cristianos que sintiéndose inficionados por las asechanzas del dragón del infierno, miran con fe y amor á Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz, tienen la seguridad de curar de todas las dolencias de su alma.

(1) Véase la nota al vers. 6 del capítulo XXI de Los Números de la Traducción de la Sagrada Biblia del P. Scio de San Miguel: edición de 1878.

CAPÍTULO VII.

La tierra de Canaán.

Cuando el pueblo de Israel hubo cumplido su condena de errar por el desierto los cuarenta años que Dios había dispuesto, cuando conforme á lo prescripto también por el Omnipotente, habían ya muerto todos los mayores de veinte años rebelados contra Moisés y Aarón, al aproximarse por primera vez á la tierra prometida, el Señor, compadecido al fin, dirigió á su pueblo á las fronteras de dicho país.

Hállase éste en el Asia, llamada menor, al sud de la Siria, constituyendo sus límites el desierto de Arabia y el mar Mediterráneo. Ha sido conocida con diversos nombres, llamándose *tierra de Canaán*, *tierra de Promisión*, *Judea* y *Palestina*, recibiendo en la actualidad las denominaciones de *Tierra Santa* y *Santos lugares*. Tiene unas sesenta leguas de Norte á Mediodía y ochenta de Oriente á Occidente, siendo *el Jordán* el único río que la baña. Una cadena de montañas separa y constituye por uno y otro lado la cuenca del indicado río, entre las que se hallan los montes de *Hebrón*, *Tabor*, *Gelboe*, *Olivet*, *Galaad* y una ramificación del *Carmelo*, que termina en la costa por un promontorio del mismo nombre. El expresado río, corre de Norte á Sud, atraviesa los lagos *Samocnito*, y *Genezareth* ó *Tibereiades* para desaguar en el mar

Muerto. Hay algunos otros ríos secundarios, que se secan en el verano, por lo que los historiadores los designan con los nombres de torrentes, entre los que se hallan *el Cedron, el Arnon, el Jabok* y otros.

Cuando los israelitas se aproximaron á la tierra de Promisión, se hallaba ésta ocupada por los descendientes de *Canaán*, hasta en número de once pueblos, los cuales eran conocidos por la denominación común de *Cananeos*; pero además había otras tribus descendientes de Esaú, como los *Idumeos, Madianitas, Moabitas, Amonitas* y otras. El Señor, dueño absoluto de cuanto existe, había prometido aquel país á Abraham y á sus descendientes, y éstos, por tanto, venían á tomar posesión de él, en uso de un perfectísimo derecho, por cuanto aquellos pueblos no tenían otra cosa sino la posesión material del territorio, pero no el título de propiedad, que correspondía á los hebreos, en virtud de lo dispuesto por Dios.

Mas cuando se acercaba el solemne momento de que aquéllos penetraran las fronteras de aquel fertilísimo país, un contratiempo semejante al que experimentaron poco después de su salida de Egipto, quiso el Señor viniera de nuevo á poner á prueba la fe y la paciencia de su pueblo escogido: faltó el agua y morían de sed. Pero para oprobio del corazón humano, en lugar de pedir el auxilio del Cielo, con humildad y confianza, en la seguridad de que les sería dado, como tantas veces, una vez más los israelitas,

siguieron su inveterada costumbre, de sublevarse contra Moisés y Aarón, lamentándose de que no les hubieran dejado en Egipto, en vez de traerlos allí para perecer. Los caudillos acudieron como siempre á su recurso ordinario, la oración, y como siempre también hallaron misericordia delante del Señor. Mandó éste á sus siervos convocaran al pueblo y á su presencia intimaran á una roca, que diese agua: así lo hicieron, pero un ligero movimiento de desconfianza, se apoderó de su corazón. No es que dudaran del poder de Dios, sino que recelaron no quisiese hacer el milagro, en vista de las repetidas ingratitudes del pueblo de Israel. En esta duda, Moisés fué más allá de lo que Dios le había mandado; no se limitó á hablar, sino que tocó á la roca, la cual no dió agua; entonces el caudillo reconoció su falta y con la fe viva y el profundo arrepentimiento que llegan hasta Dios, tocó segunda vez la roca y entonces brotó ya de ella un manantial de agua cristalina, donde todo el pueblo pudo apagar su sed: pero en castigo de aquella desconfianza, Moisés y Aarón, que no estaban condenados á morir en el desierto, fueron comprendidos por el Señor en aquella proscripción general, castigo terrible, que oculta un misterio, pues demuestra que Moisés y su ley no debían conducir á la perfección, y no pudiendo dar á los hombres el cumplimiento de las promesas, se limita á mostrarlas desde lejos, conduciéndolos sólo á las puertas de su herencia.

Cumplióse en un todo la voluntad del Altísimo; murió Aarón dejando por sucesor en el Sumo Sacerdocio, que desempeñaba, á su hijo primogénito Eleazar y aquella muerte se anticipó muy poco á la de Moisés. Como este gran siervo de Dios no lo ignoraba, rogó al Señor se dignara designar un jefe que fuera su sucesor; y el Omnipotente designó á Josué, hijo de Num, discípulo ya hacía cuarenta años del santo legislador, y que teniendo noventa y tres de edad, había tenido tiempo de aprender de su maestro las condiciones de rectitud, valor y demás cualidades que se necesitan para gobernar un pueblo.

Moisés, cumpliendo los preceptos del Altísimo, hizo reunir á todos los hijos de Israel, y en presencia de aquella multitud, presentó á Josué al ya Sumo Pontífice Eleazar, el cual le impuso las manos en señal de la autoridad de que Dios le investía. Luego que se terminó la ceremonia, Moisés, á semejanza de un padre moribundo que se despide de su familia querida y á la que da sus últimos consejos, les hizo renovar las promesas de fidelidad al Señor, exhortándoles á permanecer fieles á ellas, pues de lo contrario sufrirían terribles castigos y después se separó de todo el pueblo subiendo al monte Nebo, acompañado únicamente de Eleazar y Josué, que deseó fueran testigos de su muerte. Desde la cumbre de la montaña, Dios le mandó mirar en toda su extensión la tierra de Canaán, é inmediatamente después, sin padecimiento,

sin agonía, sin convulsión alguna, dejó su cuerpo en manos de sus amigos, mientras su alma pasó al seno de Abraham, para esperar, con los demás justos del Antiguo Testamento, le abriera las puertas del Cielo, el Mesías prometido, y del que Moisés fué también una perfecta figura.

En efecto, un rey cruel hizo morir á todos los niños hebreos cuando Moisés nació, y otro monarca no menos tirano, mandó matar también á todos los niños de las cercanías de Belén, cuando nació Nuestro Señor Jesucristo. Dios mandó á Moisés librar á los israelitas de la esclavitud de Egipto y Dios Padre, también envió á su Verbo á la tierra, para liberar á todos los hombres de la esclavitud del demonio. Moisés hizo grandes milagros para demostrar la verdad de su misión; Nuestro Señor también los hizo para probar que era Dios. Moisés mandó sacrificar el Cordero Pascual, y Jesucristo, verdadero Cordero, se sacrificó á sí mismo, mandando á los Apóstoles y á sus sucesores continuaran ofreciéndole en sacrificio. Moisés condujo al pueblo á través del mar, separándolo así de los infieles; el Redentor, mediante las aguas del Bautismo, separa también á los cristianos de los que no lo son. Moisés dió en nombre de Dios una Ley, Jesucristo la perfeccionó. Moisés condujo á los hebreos á la fértil tierra de *Canaán*; Nuestro Señor conduce al pueblo cristiano, á la verdadera tierra prometida que es el Cielo. Moisés consiguió desarmar

muchas veces á la Justicia de Dios, y el Salvador la desarma siempre, convirtiéndola en misericordia. Moisés, finalmente, no llegó á introducir al pueblo de Israel en la tierra de *Canaán*, pero Jesucristo, más grande que Moisés, abrió el Cielo á todos los hombres que han sido, son y serán.

Los hebreos no llegaron á ver el cuerpo de Moisés; Dios le ocultó milagrosamente, para evitar en su paternal bondad, que dada la inclinación de aquéllos á la idolatría, pudieran incurrir de nuevo, en tan enorme crimen, rindiendo honores divinos al cadáver de su caudillo.

CAPÍTULO VIII. (Años del Mundo. 2570). (Antes de J. C. 1430.)

Victorias de Josué.

El pueblo de Israel llevó luto por Moisés y le lloró por espacio de treinta días; pasado este plazo, Josué se dispuso á emprender la conquista del país de los Cananeos. Los israelitas, en número de cerca de seiscientos mil combatientes, se hallaban acampados á orillas del Jordán, desde donde divisaban las murallas de la primera ciudad enemiga, llamada Jericó. Josué escogió dos hombres de cabeza y corazón y les mandó pasaran en secreto el Jordán, y entrando sigilosamente en Jericó se informaran y le dieran cuenta del estado de los ánimos y de los medios de defensa de la plaza. Cumplieron fielmente dichas órdenes

los dos enviados, que según algunos escritores se llamaban Horám é Isachar, por más que el texto sagrado no dice sus nombres. Pasando el Jordán por un vado que encontraron, consiguieron introducirse en Jericó, logrando también les diera albergue para pasar la noche, una mujer llamada Rahab. Sostienen algunos ser dicha mujer de vida licenciosa, pero otros afirman era mesonera ó vendedora de comestibles: fácilmente se explica esta contradicción, teniendo en cuenta que la palabra hebrea *zonach*, tiene ambas significaciones; y si á la vez se atiende, á que el apóstol Santiago citando este pasaje bíblico en su epístola católica (1) emplea la voz griega *Porné*, para designar á Rahab, cuya palabra tiene también las dos dichas significaciones, parece lógico creer, fuera mejor, que una mujer de vida disoluta, una mesonera ó vendedora de comestibles, á la que acudieron los dos israelitas, para que les proporcionara alimento y albergue donde pasar la noche.

Los enviados de Josué hallaron en su huésped tal fondo de honradez y de buen corazón, que se aventuraron á manifestarle su secreto, prestándose Rahab á contestar á sus preguntas y á instruirles en cuanto deseaban saber sobre el estado de la ciudad. Y todavía fué más lejos el buen deseo de aquella mujer en bien de los extranjeros; éstos no se habían introducido tan

(1) Capitulo II. Vers. 25.

secretamente en la ciudad, que dejaran de ser notados; algunos se fijaron en ellos, y refiriendo á otros la llegada de los extranjeros, se comentó el suceso y llegó á oídos del príncipe, quien desconfiando de aquellos desconocidos, dió orden de prenderlos, acudiendo fuerza pública á casa de Rahab, donde les habían visto entrar, para proceder á la prisión. Mas la caritativa mujer escondió cuidadosamente á sus huéspedes, y dijo á los soldados, que con efecto dos extranjeros habían entrado un momento en su casa, pero marchándose inmediatamente; mentira que *la Sagrada Escritura* refiere sin aprobarla. Los perseguidores de Harom y de Isachar dieron crédito á las palabras de Rahab y se marcharon, sin practicar registro alguno: ella entonces ató unas cuerdas á una de las ventanas de su casa, que daba al campo, é hizo que por allí se descolgaran los dos israelitas, pidiendo tan sólo en recompensa de su servicio, salvaran la vida á ella y su familia, cuando conquistaran á Jericó. Dos días después los fieles mensajeros estaban de vuelta en el campamento de Israel y referían á Josué todo cuanto habían podido averiguar. El caudillo dió orden al pueblo de estar dispuestos á levantar los reales en el día siguiente, prometiéndole que el Señor haría en su beneficio cosas maravillosas (1).

Al amanecer del siguiente día, los sacerdotes em-

(1) Josué. Cap. III, vers. 5.

prendieron la marcha, llevando el Arca de la Alianza y siguiéndoles en buen orden el ejército formado en dos columnas. Cuando los primeros llegaron á orillas del Jordán, el río, obediente á los mandatos de Dios, como en otro tiempo el mar Rojo, elevó sus aguas superiores, que formaron cual una altísima montaña, mientras continuaban fluyendo las aguas inferiores; cuando quedó vacío un grande espacio, avanzó el Arca parándose en medio y todo el ejército pasó á la orilla opuesta. El Señor mandó entonces á Josué tomara doce hombres, uno por cada tribu, y sacando de en medio del Jordán doce piedras, para colocarlas en el primer lugar donde acampara el pueblo, hiciera con ellas un monumento, que dijera á las generaciones futuras el milagro llevado á cabo por el potente brazo de Dios, para poner á Israel en posesión de la tierra prometida.

Ejecutóse el mandato del Señor, salió el Arca del río y no tardaron los hebreos en llegar á la vista de Jericó. Entonces Josué, obediente á las órdenes que recibía de Dios, colocó sus soldados en orden de batalla, hizo marchar delante el Arca de la Alianza, conducida por los sacerdotes, mientras otros la precedían llevando trompetas y detrás caminaba el ejército. En esta disposición dieron durante siete días seguidos, vueltas en derredor de las murallas de la ciudad enemiga, guardando silencio la multitud y sin dejarse oír más que el ruido de las trompetas;

pero al llegar el día séptimo, aquéllas lanzaron su más estridente sonido y los hijos de Israel rompieron en grandes gritos; entonces las murallas se desplomaron hasta los cimientos, los hebreos entraron libremente en Jericó por la brecha que cada uno encontró milagrosamente abierta delante de sí, la ciudad fué arrasada completamente, perdiendo la vida sus moradores y salvándose sólo la caritativa Rahab y su familia, porque si bien ella manchó sus labios con una mentira, en cambio su protección á los enviados de Josué la hizo acreedora á que el Todopoderoso, que nada deja sin recompensa, la librara del riesgo de perder la vida.

El pueblo de Israel, al exterminar de esta suerte y por orden de Dios á los habitantes de Jericó, no cometió injusticia ni crueldad alguna: procediendo como conquistadores que mediante guerra justa, toman posesión de lo que se les ha usurpado, y siendo además en esta ocasión el instrumento de que se valió el Señor para castigar á los cananeos, cuya idolatría y maldades habían llenado la medida de su Justicia. Él, como dueño absoluto de todo, puede, cuando lo cree oportuno, exterminar un pueblo, valiéndose de la guerra como de cualquiera otra calamidad; y aun en los casos en que la guerra sea injusta, sin perjuicio de la responsabilidad que ante Dios, juez de las mismas justicias, contraen los que la hallan promovido, la misma maldad redundará en

gloria suya, sirviendo los malvados de instrumento á su poder, sin influir por ello en la libertad humana.

CAPÍTULO IX.

Conquista del país de Canaán.

La guerra declarada por los hijos de Israel á los cananeos, era como queda dicho justa; Dios les había mandado exterminar cuanto á ellos pertenecía, y tanto fué así, cuanto que, pocos días después de la conquista de Jericó, queriendo Josué apoderarse de otra pequeña ciudad llamada Haí, sus soldados sufrieron una vergonzosa derrota. Sorprendido el general, consultó con el Señor, mediante la oración, y le fué revelado no haberse cumplido el mandato del Cielo, de no reservar despojo alguno de Jericó. La suerte denunció al culpable, que fué Acan, de la tribu de Judá, quien confesó, que tentado por la codicia, había reservado una magnífica capa de púrpura, doscientos siclos de plata y una barra de oro de cincuenta siclos de peso, cuyo crimen y la derrota de Israel, que fué su consecuencia, nos enseña somos los unos solidarios de los otros, y que si las buenas obras atraen las bendiciones del Cielo, las maldades atraen sus castigos. Acan fué castigado y reparada la Gloria del Señor, y entonces ya Josué no temió marchar contra los enemigos. La pequeña ciudad de Haí, fué

tomada y tratada como Jericó; entonces el santo general hizo que el pueblo renovara su alianza con Dios, repitiendo sus juramentos de fidelidad. Para ello se separó la Nación en dos partes iguales; colocóse en medio el Arca de la Alianza, las tribus pronunciaron doce fórmulas de bendición y otras tantas de maldición, para los guardadores y los infractores de la Ley respectivamente, y el Señor, representado por el Arca santa, estaba allí para oír y confirmar aquellos juramentos.

Entre tanto los reyes y el pueblo de Canaán se ligaron para combatir con todas sus fuerzas á los israelitas, pero los habitantes de Gabaon tomaron un acuerdo distinto. Enviaron embajadores á Josué suponiendo venían de un país lejano, para lo que se presentaron á él con los vestidos muy deteriorados y restos de alimentos ya endurecidos. Le manifestaron que en vista de los peligros á que se exponían, resistiendo á un Dios que obraba tales prodigios por su pueblo, querían tener alianza con él, no vacilando Josué en concederla. Pero los reyes de Canaán, disgustados por la conducta de aquellos súbditos suyos, decidieron vengarse de ellos y pusieron sitio á la ciudad de Gabaon; aunque Josué ya tenía conocimiento del fraude y sabía que los gabaonitas eran cananeos y no gentes de un país lejano, como lo aseguraron al contraer la alianza; con todo no vaciló en acudir en socorro de los que, si bien con astucia, habían conse-

guido ser sus aliados. Dios combatió con él, haciendo caer una lluvia de piedras sobre sus enemigos, y como la noche se aproximara y aun todavía fuera indeciso el éxito de la batalla, el santo caudillo, poseído de esa Fe que obra los milagros, exclamó dirigiéndose al astro del día: *Sol, detente sobre Gabaon*, (1) y el Sol, decimos mal, Dios obedeció la voz del hombre, se prolongó el día, y el ejército hebreo alcanzó una brillante victoria sobre los siete reyes cananeos que cercaban la plaza de Gabaon.

Podrá parecer que la *Santa Escritura*, al hablar de la detención del Sol, se pone en contra de lo que enseña la ciencia geográfica: pero debe tenerse en cuenta, que el libro santo es una narración histórica, que no emplea el lenguaje científico sino el vulgar y que para los efectos del milagro, que consistió en la prolongación del día, es lo mismo se parara el Sol que la Tierra; el uno y la otra, como toda la gran máquina del Universo, son como juguetes en las manos de Dios.

Tras de seis años de combates, Josué se vió dueño del país de Canaán, que repartió entre las tribus de Israel, excluyendo á la de Leví y haciendo en su lugar dos de la de José, las de Efraín y Manasés, sus hijos. En cuanto á la dicha tribu de Leví, Dios quiso se esparciera entre las demás, dando las ciudades de

(1) Josué, capítulo X. verso 12.

todas ellas habitación á los Levitas, para que de esta suerte y como encargados que eran del ministerio sacerdotal, por medio de sus palabras y ejemplos, inclinaran á sus hermanos á la obediencia del Altísimo, conservándose de esta suerte la verdadera Religión.

Cumplida la misión de Josué y conociendo se acercaba su fin, hizo que el pueblo renovara su alianza con el Señor, le dió los más saludables consejos y murió en paz á la edad de ciento diez años, siendo también una figura del Mesías; porque si él sucedió á Moisés, introduciendo á los israelitas en la tierra prometida, Nuestro Señor Jesucristo, sucesor también de Moisés, introdujo á los hombres en el Cielo, y si el caudillo hebreo detuvo el curso del Sol, el Redentor impidió se extinguiera la refulgente antorcha de la Verdad, próxima á ser apagada por los errores que inundaban el mundo, haciendo brillar en él la luz esplendorosa del Evangelio.

CAPÍTULO X. (Años del Mundo 2710)
(Antes de J. C. (1290.))

Los jueces de Israel. Débora.

Josué no había destruído á todos los cananeos, quedaron muchos habitando en diferentes regiones de la tierra prometida, permitiéndolo así el Señor, para que Israel mereciera en medio de los idólatras, los beneficios de que había resuelto colmarlos; así como tam-

bién para servirse de aquéllos como de instrumento, á fin de castigar su pueblo si prevaricaba. En efecto; y como tendremos ocasión de observar en el desarrollo de los sucesos históricos de que vamos á ocuparnos, tan pronto como Israel caía en la idolatría y como consecuencia de ella en los mayores desórdenes, los cananeos declaraban la guerra al pueblo escogido, y las victorias que conseguían sobre él, demostraban de un modo bien claro se habían hecho indignos de la protección de Dios; pero bastaba que arrepentidos llorasen su falta, clamando misericordia, para que el Señor compadecido hiciera surgir entre ellos un varón esforzado, que contenía el victorioso empuje de los enemigos de los hebreos.

Desde la muerte de Josué el pueblo de Israel continuó gobernándose por unos funcionarios que recibían el nombre de jueces, los cuales, lo mismo que aquel caudillo, no tan sólo ejercían el poder supremo, sino que también acaudillaban el ejército siempre que era necesario combatir á las naciones idólatras. Merecen entre dichos jueces una especial mención por las victorias que lograron sobre los cananeos, Othoniel, Aod y Sangar; pero á la muerte del último, siguió un general desorden en Israel; la idolatría alcanzó una gran extensión, y como una consecuencia, el desfreno de las costumbres y la vida licenciosa cundieron de un modo tan extraordinario por todo el pueblo, que mereció le entregara el Señor en manos de

Jabín, cananeo, rey de Asor (1) quien por espacio de veinte años hizo sufrir á los israelitas el ominoso yugo de la esclavitud. Llamaron al fin al Señor los afligidos hebreos, y Él, usando como siempre de misericordia, quiso librarlos valiéndose de un débil instrumento, haciendo ver de esta suerte una vez más, que cualquier medio es oportuno para los designios de su Omnipotencia.

Hasta ahora no habia aparecido en *la Historia Sagrada* ninguna mujer ejerciendo autoridad sobre el pueblo de Dios, ni aun interviniendo de un modo directo en los sucesos de su vida pública. No quiere esto decir que las mujeres entre los hebreos se consideraran esclavas é inferiores al hombre, como acontecía en las naciones paganas, donde hasta sus padres ó maridos tenían derecho de vida y muerte sobre ellas. Israel, depositario de la verdadera Religión daba á la mujer el lugar que le correspondía, de compañera del hombre, para ayudarle en los trabajos y penalidades de la vida. La mujer hebrea se sentaba al lado de su esposo en el hogar doméstico, ó bajo la tienda patriarcal; pero al llegar el momento histórico que nos ocupa, quiso el Omnipotente que aquélla brillara por sí propia, elevándose como astro de primera magnitud sobre el horizonte de los grandes hechos y preparando de esta suerte el camino á aquella otra Mujer ben-

(1) Los jueces. Capitulo IV. Verso 2.

dita, elegida por el Altísimo desde toda la eternidad, para 1290 años después de los sucesos que vamos á referir, dar á luz al divino Redentor del linaje humano, á Nuestro Señor Jesucristo Dios y Hombre verdadero. Una mujer quiso el Señor en esta ocasión fuera la libertadora de Israel, sacándole de la servidumbre en que le tenían los cananeos; esta mujer fué Débora. En tiempo que Jabín oprimía á los hebreos, Débora, esposa de Lapidolet, desempeñaba el cargo de juzgar al pueblo. Esta mujer era profetisa, dice el libro sagrado, (1) esto es, se hallaba llena del Espíritu de Dios, quien la había colmado de sus dones, á consecuencia de sus virtudes y de la pureza de su corazón. Aunque su magistratura no fuese tan extensa, como la de los demás jueces, que habían gobernado á Israel, ella conciliaba los ánimos divididos, daba consejos y recordaba la práctica de las leyes religiosas y civiles, granjeándose por su discreción el aprecio y la confianza de todos.

Habitaba Débora entre Rama y Bethel, en los confines de las tribus de Efraín y Benjamín, y allí daba sus fallos, sentada á la sombra de una palmera. Cierta día hizo venir á Barac, de la tribu de Nephtalí, é inspirada de Dios, le mandó que tomando diez mil combatientes de su tribu y de la de Zabulón, condujera este ejército á la cumbre del monte Tabor. Yo, añadió la heroína, atraeré á Sisara, general de las

(1) Los jueces. Cap. IV. Vers. 4.

tropas de Jabín, hasta el torrente Cisón, y le pondré en tus manos, juntamente con los carros y tropas que conduce. Barac, bien por un movimiento de desconfianza, bien por creerlo mejor para infundir aliento á sus soldados, exigió como condición para cumplir lo que se le mandaba, que Débora fuese en su compañía. *Iré, le contestó ella, pero entonces no se atribuirá á ti la victoria. porque Sisara será entregado á manos de una mujer* (1).

Noticioso Jabín del movimiento del ejército hebreo, envió contra él á Sisara, quien desde Harossit hizo guardar los pasos del torrente Cisón por uno y otro lado, desplegando todo su ejército, compuesto de numerosos cuerpos de caballería é infantería, con novecientos carros; pero Débora, en nombre de Dios, animó la confianza del general israelita, quien descendió del Tabor con sus tropas. No fué vana la confianza de Debora; el Señor hizo surgir el terror entre los soldados de Sisara; los carros, otras veces tan formidables, fueron impotentes; las huestes cananeas retrocedieron, una multitud de soldados pereció en la refriega, y mientras Barac perseguía á los fugitivos hasta Harossith, Sisara se vió obligado á saltar de su carro y buscar también la salvación en la huída. Después de andar algún tiempo sin dirección fija esquivando el encuentro de los soldados de Israel, el gene-

(1) Los Jueces. Cap. IV, vers. 8 y 9.

ral cananeo fué á parar á la tienda de Haber, jefe de una antigua familia de indígenas que vivían bajo pabellones en el campo, manteniéndose neutrales en aquella contienda, dedicándose á la ganadería. Sisara creyó podía fiarse de Haber y entró sin recelo en su tienda, fatigadísimo y falto de aliento. Sólo encontró en ella á Jahel, esposa de Haber, y la pidió agua porque la sed le devoraba. Jahel le ofreció un vaso de leche que el guerrero bebió, y no pudiendo tenerse en pié, se tendió en el suelo para descansar, cubriéndole aquélla con un manto. Bien pronto el sueño se apoderó de Sisara, y entonces Jahel, tomando un largo clavo de los que se empleaban para fijar en el suelo las pieles de que estaban hechas las tiendas, puso la punta en una de las sienes del general cananeo y dando sin vacilar un fuerte golpe, el clavo traspasó la cabeza del desgraciado, que pasó en un momento de los brazos del sueño á los de la muerte. A poco llegó Barac persiguiendo á Sisara y Jahel le mostró su cadáver.

De esta suerte fué aniquilado el ejército de Jabín, y los hebreos libertaron de su yugo las ricas comarcas ocupadas por las tribus de Nephtalí, Isachar y Zabulón, tan fértiles, que hoy á pesar de la indolencia de los árabes que las ocupan, esta parte de la Palestina, parece, dicen los viajeros, que sonríe bajo el verdor de las plantas y el matiz de las flores que la cubren como rico tapiz. Débora compuso un cántico para dar

gracias al Dios de Israel por tan señalada victoria, y conservó hasta su muerte la jefatura que había ejercido. Barac vivió veinte años después de su triunfo, siendo su nombre respetado aún de sus mismos enemigos.

CAPÍTULO XI. (Año del Mundo, 2730)
(Antes de J. C., 1270)

Gedeón, juez de Israel.

No bien bajaron al sepulcro Débora y Barac, cuando Israel volvió á reincidir en sus faltas, y en castigo de ellas sufrieron por espacio de siete años la opresión de los madianitas y amalecitas. Estos pueblos saqueaban y asolaban el país arrasando las mieses, de modo que la miseria llegó á ser extrema. Los israelitas se volvieron entonces al Señor, quien no tardó en mandar á uno de sus Angeles, para designarles el que elegía para libertador de su pueblo. El Angel tomó la figura de un viajero, yendo á sentarse bajo una encina, cerca de la cual un hombre de edad madura, se ocupaba en limpiar trigo: este hombre era Gedeón. El celeste mensajero le saludó dirigiéndole una mirada llena de dulzura y le manifestó que Dios le elegía para salvador de su pueblo. Admirado el fiel israelita, le pidió una señal para conocer si con efecto era aquella la voluntad del Cielo, y á la vez cumpliendo las leyes de la hospitalidad, ofreció al desconocido viajero algunos alimentos, consistentes en panes ázimos y

cabrito, cuyos alimentos colocó sobre una piedra. El Angel tocó dichas provisiones con la punta de un báculo que llevaba en la mano, y un fuego que salió de la piedra, los devoró en un momento, á la vez que desaparecía el enviado de Dios.

Gedeón no dudó ya de la verdad de su misión, y como una multitud de madianitas y amalecitas invadieran las tierras de Israel, el valiente hebreo llamó á su lado los hombres decididos de su Nación, los que acudieron en breve, formando un ejército de treinta y dos mil hombres. Entonces Gedeón, para inspirar confianza á su hueste, pidió al Señor en presencia de todos, se dignara hacer un milagro, que demostrara su divina asistencia, en la empresa que trataban de intentar. *Voy, dijo, á extender un vellocino de lana en la era; si el rocío de la noche cayese sólo en él, y la tierra quedara seca, será señal de mi elección.* Por la mañana halló la piel mojada por la humedad y el terreno completamente seco. Entonces humildemente suplicó la repetición del prodigio en sentido inverso y con efecto al siguiente día, el vellocino estaba seco y la tierra cubierta de rocío (1). Dios concedió á los ruegos de Gedeón los milagros pedidos, pero inmediatamente después le exigió una confianza absoluta.

En efecto el Señor mandó al caudillo partir durante la noche y acampar con sus treinta y dos mil hom-

(1) Los jueces. Cap. VI. Vers. 37 y siguientes.

bres sobre el valle de Jezrael, ocupado por los madianitas en número de treinta y cinco mil. La lucha era, como se ve, desigual; pero sin embargo, Dios que quería para sí toda la gloria del vencimiento, mandó á Gedeón hiciera saber á sus tropas, autorizaba para que se retirasen á sus casas todos los soldados que tuviesen miedo, y más de dos terceras partes de hombres abandonaron las armas. Todavía quedan demasiados, le dijo el Señor; lleva los diez mil hombres que te restan á orillas de un arroyo, haciéndoles caminar durante una parte de la noche; los que fatigados por su sed se arrojen al suelo para beber, los separarás del ejército, conservando sólo aquellos que beban de pie, tomando el agua en el hueco de la mano. Gedeón obedeció, y sólo le quedaron trescientos hombres, con los que acampó en un terreno elevado, por encima del valle que ocupaban los enemigos.

Durante la noche, el caudillo hebreo bajó por orden de Dios, y acompañado sólo de uno de sus criados hasta el campamento contrario, allí pudo sin ser visto oír que uno de los centinelas decía á su compañero: *he soñado que un pan rodaba desde lo alto de la colina hasta nuestro campo y que derribaba la tienda del general. Sin duda el Dios que adora el israelita Gedeón le ha entregado á Madiam y somos perdidos* (1). Entonces el jefe hebreo dió gracias al Señor, y regresando á

(1) Los jueces. Cap. VII. Vers. 13 y siguientes.

su campamento, mandó á sus soldados tomaran una trompeta en una mano y en la otra un cántaro vacío, encerrando dentro una tea encendida, y partió con ellos al campo contrario, en el que entraron por tres puntos diferentes; el caudillo hizo una señal convenida, y los soldados conforme á las instrucciones que ya tenían, tocaron las trompetas, chocaron entre sí unos cántaros con otros rompiéndolos con estruendo y levantando en alto las antorchas, gritaron: *la espada del Señor y de Gedeón*. Un temor súbito se apoderó de los madianitas, aunque los hebreos no se movían, limitándose á seguir lanzando sus gritos y hacer sonar sus bélicos instrumentos; los enemigos, llenos de confusión, combatían los unos con los otros y se degollaban mutuamente en tales términos, que en algunas horas el valle de Jezrael, quedó teñido con la sangre de los enemigos de Dios, sin que los soldados de Israel derramaran una sola gota. Los madianitas que escaparon de la carnicería repasaron el Jordán en precipitada fuga, sin que el ardid de guerra en nada atenúe la grandeza del milagro, porque en rigor, y dado en lo que consistió, naturalmente debió perjudicar, más bien que beneficiar á los hebreos, pues las antorchas encendidas daban á conocer cuán corto era el número de israelitas, en atención á que como es sabido, quien tiene una luz en la mano más bien es visto que vé, siendo éste por tanto un motivo para admirar aquí un prodigio de la omnipotente diestra del Altísimo, he-

cho como tantos otros en favor de los ingratos descendientes de Jacob.

Gedeón, después de libertar á su pueblo de sus enemigos, procuró destruir el culto de los ídolos que tantas calamidades producía á los israelitas, y si no llegó á lograrlo por completo, al menos le puso límites y consiguió hacer más tímido el crimen. Gobernó cuarenta años á su pueblo y murió lleno de merecimientos, glorioso por sus hazañas y más aún por su semejanza con el Mesías, de quien fué también figura dicho Juez de Israel, pudiendo señalarse entre otros rasgos, que como tal le caracterizan, los de que así como Gedeón, á pesar de su condición humilde, fué elegido para libertador de su pueblo, así también Nuestro Señor Jesucristo, viviendo humilde y y con medios humildes, libertó al mundo de la tiranía del demonio.

CAPÍTULO XII. (Años del Mundo 2217)
(Antes de J. C. 1183.)

El Voto de Jephté.

A la muerte de Gedeón le sucedió Abimelech, el cual excitó turbulencias en la nación, muriendo al fin en una batalla. Le siguió en el Gobierno Thola, á éste Jaín y por último Jephté, hijo de Galaad, (1), pero no legítimo, por cuya causa no queriéndolo reconocer

(1) Los jueces. Cap. XI. Vers. 4º.

sus hermanos, se vió reducido á dejar su patria y buscar en la guerra medios con que subsistir; no faltaron hombres pobres que se le asociaran y eligiéndole por jefe á causa de su valor é intrepidez, hacían frecuentes correrías en las tierras de los enemigos de Israel.

Los ammonitas inquietaban entonces el pueblo de Dios y precisamente las hostilidades se dirigían contra el país de Galaad, que tocaba con sus fronteras. Avanzaban aquéllos como en triunfo, y no atreviéndose el ejército hebreo á cortarles el paso, convinieron los magnates de Galaad en implorar el socorro de Jephté, cuyo valor era ya reconocido y acudieron á él ofreciéndole la jefatura suprema si se prestaba á ser su caudillo contra los ammonitas. Resistióse en un principio Jephté, recordando sin duda el mal trato que había recibido de sus hermanos; pero escuchando al fin la voz del patriotismo, accedió á la petición, encargándose del mando supremo del ejército. Envió lo primero embajadores al rey de los ammonitas, para hacerle desistir de su designio, de combatir á Israel; pero como aquél se negase á ello, Jephté decidió ir al encuentro del enemigo, prometiendo á Dios si le concedía la victoria, ofrecerle en holocausto el primer individuo de su familia que le saliera á su encuentro al volver del combate.

Presentada la batalla consiguió Jephté una completa victoria contra los ammonitas, pero en breve se trocó en llanto el halagüeño placer de su triunfo, porque

informada la hija única del vencedor del regreso de su padre, salió á su encuentro acompañada de instrumentos músicos y coros que cantaban la victoria que acababa de conseguir Jephthé. Éste, al ver á su hija, no pudo contenerse, y prorrumpiendo en exclamaciones de dolor, se lamentó de la promesa que había hecho. Ella, al tener noticia del voto de su padre, se mostró resignada y magnánima, prestándose gustosa á cumplir la voluntad del autor de sus días, pidiendo sólo dos meses de término, para llorar su virginidad con sus compañeras en el monte. Transcurrido aquel plazo Jephthé cumplió lo que había prometido.

Muchos intérpretes de *las Santas Escrituras* creen que Jephthé ofreció sacrificar al Señor lo primero que saliera de su casa, no vacilando en llevar á cabo su promesa, privando de la vida á su inocente hija. Otros, por el contrario, sostienen, que el holocausto ofrecido por aquel caudillo, fue el de consagrar á Dios lo primero que viera, y por consiguiente lo que hizo fué dedicar á su hija al servicio del Altísimo, en el Tabernáculo, ligándola á Dios con el voto de perpetua castidad, lo cual si hoy en la santa Religión de Jesucristo, como perfectísima, constituye una virtud heroica, cuya práctica llena de alegría á las almas á quienes el Señor llama á un estado tan perfecto, á la vez que satisface á todas sus familias: en la Religión mosaica, como más imperfecta, constituía un verdadero sacrificio, más aún, se consideraba como un castigo infa-

mante, por cuanto la mujer que consagraba de aquella suerte su virginidad á Dios, lo mismo que la estéril, quedaba privada de tener sucesión y por tanto de la gloria de poder emparentar con el Mesías prometido, que se sabía mediante las revelaciones hechas por el Señor, que había de nacer de una Mujer y en el seno del pueblo hebreo. Esta última opinión parece lo más verosímil, tanto más, cuanto que la ley de Moisés, como consta del *sagrado libro del Deuteronomio* (1), prohibía terminantemente el sacrificio de víctimas humanas; y aunque pudiera sostenerse que Jephthé por ser un guerrero ignorante, hizo el voto sin saber que era ilícito, claro es que los Sacerdotes y las personas intruídas le hubieran hecho desistir de aquella promesa imprudente, haciéndole ver que lejos de agradar desagradaba al Señor llevándola á cabo.

En la persona del repetido caudillo hebreo se vé por otra parte una representación de Jesucristo, á quien los Fariseos y Doctores de la Ley arrojaron de sí, como un extraño, cual obraron con Jephthé sus hermanos, teniendo al fin que acudir á él para triunfar de sus enemigos; de la propia suerte que todos los hombres necesitan del Redentor, para conseguir victoria del mundo, el demonio y la carne. Y el voto de Jephthé y su cumplimiento, representa la oferta que

(1) Cap. XII. Vers. 31.

Jesucristo hizo de su Iglesia, la cual llena de alegría por la victoria de su divino fundador, acepta cuantos sufrimientos sean necesarios ofrecer á Dios Padre, estando siempre dispuesta á los mayores sacrificios por la gloria de su Santísimo Esposo.

CAPÍTULO XIII. (Año del Mundo. 2828)
(Antes de J. C. 1172.)

Historia de Sansón.

A la muerte de Jephthé fué Juez de Israel Abesán, á quien sucedió Ahialón y á éste Abdón, careciendo los tres de importancia histórica, pues la *Sagrada Escritura* se limita á mencionarlos (1): pero los hebreos, olvidando una vez más las misericordias que el Señor había obrado con ellos en tiempo de Gedeón y de Jephthé, consiguiendo señaladas victorias de sus enemigos con el auxilio del brazo Omnipotente de Dios, réincidieron en la idolatría, que como siempre vino acompañada de los más aborrecibles vicios y de las costumbres más abominables. En castigo de sus maldades el Altísimo llamó en esta ocasión á los filisteos ó palestinos, nación idólatra que habitaba un pequeño territorio del país de Canaán, los cuales redujeron á esclavitud al pueblo de Israel, desarmándole y quitándole hasta los instrumentos de hierro y de acero, de modo que de todas las partes del territorio ocupa-

(1) Los Jueces. Cap. XII. Vers. 8 y siguientes:

do por los hebreos, tenían que ir á región de los filisteos, para afilar las rejas de los arados. Duró este estado de servidumbre veinte años, clamaron entonces los afligidos israelitas al Señor, y aunque por su inconstancia el castigo se prolongó otro tanto tiempo, Dios les suavizó la prueba, enviándoles un hombre, que al terminar sus días aterró de tal suerte á los enemigos de los hebreos, que el yugo de Israel pareció enteramente roto.

Este hombre célebre fué Sansón, cuyas estupendas hazañas contadas aún por los escritores profanos, han dado margen á muchas fábulas mitológicas, como la de los trabajos de Hércules, en cuyos cuentos á través de la ficción, no puede menos de percibirse la verdad histórica, narrada por *las Santas Escrituras*.

Sansón era hijo de Manné, de la tribu de Dán, habiéndolo Dios concedido á las oraciones de sus padres, que carecían de sucesión. El Señor le bendijo dándole una fuerza corporal prodigiosa é inspirándole las grandes acciones, que bajo de su protección había de llevar á cabo contra los enemigos de Israel. Sansón, lleno de estas grandes ideas, no bien llegó á los veinte años cuando las puso en acción. Para ello hizo un viaje al país de los filisteos, donde resolvió tomar por esposa una mujer de aquel país. Pusieron sus padres alguna resistencia, pues á los hebreos les estaba vedado enlazarse con mujeres extranjeras y ellos ignoraban que su hijo obraba en esta ocasión inspi-

rado de Dios, quien le dispensaba aquella prohibición pero consintieron al fin, acompañándole á la ciudad donde moraba su futura, para arreglar las condiciones del enlace. En el camino Sansón se separó de aquéllos y entró en una viña donde un león cachorro se le avanzó rugiendo; el héroe no tenía ningún arma, pero lleno de la fortaleza del Señor, avanzó contra el animal y le hizo pedazos.

Arreglado el casamiento y al volver Sansón á su país, tuvo curiosidad de ver al león que había muerto y con sorpresa encontró en la boca del cadáver un enjambre de abejas, que habían fabricado un panal de miel. Cuando llegó el día de la boda, asistieron á ella treinta jóvenes filisteos, y Sansón siguiendo la costumbre de aquella época de proponer enigmas en los festines, á cuya solución iba unido un premio, que se anunciaba al proponerlo, presentó el siguiente con la promesa de regalar treinta túnicas á quien lo descifrara: *Del voraz salió comida y del fuerte salió dulzura.* (1). Ignorantes los filisteos del combate con el león, que había sostenido el héroe de Israel, no podían resolverlo, por lo que, y estando para espirar los siete días que aquél les había marcado de plazo para la explicación, importunaron á la desposada, á fin de que ésta en confianza, lograra de su esposo la aclaración del enigma. Rindióse él á las excitaciones de su consorte, y ella se apresuró á ponerlo en conoci-

(1) Los jueces. Cap. XV. Vers 11 y siguientes.

miento de los filisteos, los cuales al dar la explicación reclamaron el premio. Voy á pagaros les dijo Sansón, y descendiendo sobre él en aquel momento el Espíritu de Dios, salió fuera de la ciudad, mató treinta filisteos y trajo los despojos de sus vestiduras, que entregó en pago de su apuesta. Luego se separó bruscamente de su esposa y se marchó á la casa de sus padres.

La mujer de Sansón creyéndose repudiada, se casó con uno de los filisteos concurrentes á las bodas, y como esta afrenta fuera demasiado sensible para el héroe, resolvió no dejarla impune, é ideó una venganza, que á nadie hubiera podido ocurrírsele. Hallábase próximo el tiempo de la siega, y como en la tierra de Israel abundan mucho las zorras ó raposas, lo cual sucede aún en la actualidad, afirmando los viajeros que han visitado aquel país, se ven sus habitantes obligados frecuentemente á reunirse para destruir-las: Sansón dió caza hasta trescientos de dichos animales, los ató dos con dos por las colas, aprovechando lo largo de este apéndice en la raposa y colocando en ellas tizones encendidos, las soltó por entre las amarillas mieses de los filisteos. Las zorras huían y en su fuga propagaban el incendio por doquiera, de modo que en breve, los espesos campos de trigo, los olivares y las viñas, todo quedó reducido á cenizas.

Después de este suceso, Sansón se retiró á una cueva del territorio de la tribu de Judá. Los filisteos,

deseosos de vengarse del autor de sus daños, pero temerosos ya de su poder, reunieron un ejército y fueron al lugar donde moraba, uniéndose á ellos para prenderlo los habitantes de la tribu de Judá, por miedo á los dominadores del país. Sansón que descansaba tranquilamente en la cueva, no tuvo inconveniente en entregarse á los hebreos, pero á condición de que le pusieran vivo en las manos de los filisteos. Así se verificó y los idólatras al verlo en su poder atado, lanzaron exclamaciones de gozo; pero no contaban con que el preso era libre, á pesar de sus ligaduras porque le daba su fortaleza el Señor. En un momento rompió los cordeles que le sujetaban, cual si fueran delgados hilos, y encontrando á mano la quijada de un asno, enarboló este instrumento contundente y dando una veloz carrera, repartiendo golpes á derecha é izquierda, mató hasta mil filisteos poniendo en fuga á los restantes, que sólo pensaron ya en buscar la salvación en la huída. Tras de tan glorioso combate, sintiéndose el héroe fatigado y atormentado por la sed, clamó á Dios, y el Señor hizo brotar una fuente milagrosa de una de las muelas de la quijada, que había servido á su siervo para vencer á sus enemigos: (1) esta fuente se conservaba aún en los tiempos de San Jerónimo y se conocía con el nombre de *Fuente del que clama*; como todo aquel lugar recibe la denominación de *Ramatlechi* que significa *elevación de la quijada*.

(1) Los jueces. Cap. XV. Versos 12 y siguientes.

Un día entró Sansón en una de las ciudades de los filisteos llamada Gaza; hízole traición la persona en cuya casa se hospedó, delatándole á las autoridades; mas como éstas no se atrevieron á intentar nada contra su persona, se contentaron con cerrar bien las puertas de la ciudad, poniendo centinelas, para que no se escapara, pretendiendo quitarle la vida por la mañana cuando intentara salir. Pero el caudillo hebreo se dirigió durante la noche á las murallas, arrancó las puertas y con ellas se trasladó á un monte cercano.

Extraordinarios podrán parecer estos prodigios; pero aparte de que nada hay imposible para la Omnipotencia de Dios, eran precisos para hacer impresión en el ánimo de un pueblo grosero y carnal. El Señor que había confundido el orgullo de los madianitas, destrozando ciento treinta y cinco mil hombres del ejército de aquéllos, con sólo trescientos hebreos, que mandaba Gedeón, creyó oportuno no poner más que un hombre solo á todo el pueblo filisteo; así como más adelante será mayor el prodigio, cuando haga la conquista del mundo, con doce pobres pescadores.

Se observa además en estos milagros la paternal providencia de un Dios, que desde el diluvio hasta el Mesías, pone todo su cuidado en preservar de la idolatría á su pueblo escogido, inclinado á dicho crimen por las tendencias de su corazón y por vivir en medio de naciones idólatras, á la vez que procura llevar el

conocimiento de la verdad á los paganos. Y para alcanzar este doble objeto no había medio mejor que el de los milagros, á propósito para impresionar pueblos ignorantes y groseros, que viviendo sólo de los sentidos, podían únicamente comprender por medio de ellos, que los ídolos adorados como dioses, eran vanos simulacros sin poder alguno, que todas las criaturas son como juguetes en las manos del Dios verdadero, que hace de ellas lo que les place y que el Dios verdadero era el que adoraba Israel.

Los filisteos, deseosos de acabar con Sansón, cuyo solo nombre les hacía temblar, aprovecharon el que aquél frecuentaba la casa de una mujer llamada Dalila, también filisteo y la estimularon para que averiguara la causa de la fuerza prodigiosa que aquél poseía. Suponen algunos que Dalila fué mujer de Sansón, con la que se casó, como con la primera, con el mismo fin y designio de hacer mal á los filisteos; y aunque *la Sagrada Escritura* no hace mención de este detalle, como tampoco hay en ella nada que indique lo contrario, no hay dificultad en creer la certeza del indicado enlace. Es lo cierto que la filisteo no dejó de importunar á Sansón á fin de que éste le revelara el secreto de su fuerza; para librarse de sus repetidas preguntas, el héroe le dijo que una vez atado con siete cuerdas de nervios recientes, quedaría imposibilitado para toda defensa y aun consintió en dejarse atar fuertemente por ella; pero Sansón rompió las li-

gaduras con extraordinaria facilidad. Redobló ella entonces sus instancias acompañadas de lágrimas y al fin rindióse el israelita, manifestándola, que consagrado á Dios desde su infancia, jamás el hierro había tocado su cabeza, pero que si sus cabellos llegaban á cortarse las fuerzas le abandonarían. Entonces la traidora mujer aprovechando unos instantes en que Sansón se había entregado al sueño, le cortó los cabellos y perdidas las fuerzas del héroe, los filisteos se arrojaron fácilmente sobre él, le sujetaron con fuertes cadenas, y arrancándole los ojos le llevaron á Gaza, donde fué condenado á dar vueltas á la rueda de un molino.

Llegaron en esto las fiestas del ídolo Dagón y habiendo acudido al templo el rey de los filisteos con los príncipes y grandes del país, para dar gracias á la falsa divinidad por haber puesto en sus manos el azote de la nación, dispusieron conducir al prisionero al templo, para que allí le insultara la muchedumbre. Un niño condujo por sus cadenas al pobre ciego y le colocó entre las dos columnas que sostenían el edificio. El israelita á quien ya habían crecido los cabellos, sintió que le volvían las fuerzas; cerca de tres mil personas llenaban el edificio atraídas por el espectáculo. Sansón entonces invocó al Señor y alentado con su poder, dijo: muera Sansón con los filisteos (1) y sacudiendo las columnas el templo bam-

(1) Los Jueces. Cap. XVI. Vers. 30.

boleó y cayó con estrépito, aplastando en sus ruinas al rey, á los príncipes y á toda la multitud.

La muerte de Sansón no fué un suicidio, porque su intención directa no se encaminaba sino á la destrucción de los enemigos de su pueblo. No son suicidas los guerreros que se entregan á una muerte cierta, con tal de destruir mayor número de los enemigos de su patria. En cuanto á la ruina del templo del ídolo Dagón, producida por las fuerzas de un solo hombre, no debe tampoco causarnos extrañeza, pues á las extraordinarias y milagrosas que Sansón poseía, se unió para lograr la destrucción del edificio, el que según se infiere de la descripción del mismo, los filisteos estaban colocados en una galería sostenida por dos columnas, que sacudidas hicieron bambolear y caer aquélla. Entonces eran frecuentes estas construcciones. Plinio nos habla del Teatro de Curión, sostenido por una sola columna y de un anfiteatro en el que todos los concurrentes cargaban sobre dos ejes. Eusebio y Pausanias citan hechos semejantes y algunos viajeros han visto templos construídos de aquella suerte en África, cuya costa fué poblada por colonias que salieron de la Palestina, de donde sin duda importaron dicho género de construcciones.

Los admirables sucesos que constituyen la historia de Sansón, á más de probar una vez más la Omnipotencia del Señor y sus bondades para con su ingrato pueblo, prefiguran también al Mesías prometido,

añadiendo nuevos rasgos al cuadro que Dios comienza á bosquejar en el día que promete un Redentor á Adán y á Eva; pues nos enseñan que el Mesías nacería de un modo milagroso, como Sansón nació de una madre estéril; que así como el héroe de Israel eligió esposa entre los filisteos, Nuestro Señor Jesucristo elegiría su esposa la Iglesia entre los gentiles, y por último, que así como aquél con su muerte venció á sus enemigos, del propio modo el Salvador, muriendo en una Cruz, lograría una victoria completa del demonio.

CAPÍTULO XIV. (Año del Mundo 2906
(Antes de J. C. 1094.

El Sacerdocio de Heli.

Algún tiempo después de los sucesos que acabamos de referir, el Señor empleó nuevamente á los filisteos como instrumentos de su Justicia, provocada esta vez por el delito de un solo hombre y cuyo castigo, recayendo sobre todo el pueblo, demuestra una vez más cómo las buenas ó las malas acciones individuales, pueden respectivamente acarrear bendiciones ó calamidades sobre la colectividad.

Ejercía en Israel las funciones de Sumo Sacerdote Heli, el cual tenía dos hijos Ophini y Phines: ambos escandalizaban al pueblo con sus malas costumbres, pues no tan sólo aprovechándose del elevado cargo de su padre, utilizaban en provecho propio las víctimas que los hebreos sacrificaban en el Tabernáculo, profanando así las cosas destinadas al servicio de Dios,

sino que también con su vida licenciosa ponían á muchos en peligro de pecar, haciéndose acreedores á la animadversión de todos (1). El padre, lejos de corregir estos desórdenes, cumpliendo como debiera las obligaciones propias de su autoridad, se limitaba sólo á reprender blandamente á sus hijos, dándoles motivo con esta debilidad para que caminaran sin obstáculo por los senderos del vicio.

Esta conducta tan impropia de un padre y de un padre revestido de la autoridad que Heli tenía, excitó la indignación del Señor. Hallábase al servicio de Heli, el joven Samuel, cuya historia referiremos más adelante, y éste, modelo de todas las virtudes, mereció una noche ser objeto de una revelación del Cielo. Tres veces despertó oyéndose llamar por su nombre y otras tantas fué á preguntar á Heli si necesitaba alguna cosa, contestándole negativamente el Sumo Sacerdote. A la cuarta vez, le habló ya el Señor, dándole á conocer las calamidades que enviaría sobre el desgraciado Heli y su familia, por ser ya intolerable la necia conducta de aquel padre negligente, que informado de los desórdenes de sus hijos y sabiendo de cuantas maneras profanaban su santuario y sus altares, no les castigaba lleno de un santo celo, contentándose con reprenderles ligeramente. Preguntado á otro día con urgentes instancias por Heli, que com-

(1) Los Reyes. Libro I, Cap. II. Vers. 12 y siguientes.

prendió debía de haber algún misterio, en las diferentes veces que Samuel le había preguntado si lo llamaba, el joven tuvo que declararle la verdad, aunque por respeto al cargo sacerdotal de que Heli se hallaba revestido, hubiera deseado mantener el secreto. El padre culpable reconoció su falta y se dispuso á cumplir el castigo que le imponía la divina Justicia, comprendiendo, aunque tarde, no basta que un padre sea bueno si no procura que sus hijos también lo sean.

No tardaron los filisteos en declarar de nuevo la guerra á Israel; éste les opuso sus tropas, pero en el primer encuentro perecieron cuatro mil hebreos, poniéndose el resto del ejército en precipitada fuga. Sorprendido y aterrorizado el pueblo con este suceso y persuadiéndose que obligarían á Dios á no desampararles ni dejarles sufrir otra derrota si llevaban consigo el arca de la Alianza, la condujeron adonde las tropas estaban acampadas, las que la recibieron con aclamaciones, ignorando que el sagrado Monumento, que juzgaban feliz auspicio de la victoria, había de ser entonces causa de su confusión y afrenta, porque las maldades de los dos criminales Ophini y Phines, atraerían más desdichas que prosperidad el Arca del Señor, á quien se invocaba sin disposiciones de penitencia.

Llenos de asombro y consternación quedaron los filisteos, cuando desde su campamento escucharon los

alegres clamores de los hebreos: empero sobreponiéndose luego al temor y recobrando bríos con el recuerdo de su pasado triunfo, se arrojaron con furor sobre sus enemigos, los deshicieron en su impetuoso choque y quedando fuera de combate treinta mil israelitas; fueron parte de este número los dos infortunados hijos del Sumo Sacerdote. El resto del ejército hebreo, buscando tan sólo su salvación en la fuga, no pudo defender el Arca Santa y fué apresada por los idólatras.

Con inquietud é impaciencia esperaba Heli las nuevas del combate; cuando llegó un hebreo de la tribu de Benjamín, rotos los vestidos y cubierta la cabeza de ceniza en señal de luto, el cual anunció al desventurado anciano, que contaba la edad de noventa y ocho años, la derrota fatal, la dispersión del ejército de Israel, la muerte de sus hijos, y en fin, que el Arca del Señor quedaba en poder de sus enemigos. Cuando Heli oyó tan infaustas nuevas se sintió desfallecer y cayendo al suelo no se levantó más, pues quedó muerto. También la esposa de Phines falleció repentinamente al tener noticia de tantas desgracias; castigando el Señor de esta suerte la injuria que se hacía á las cosas que le estaban consagradas y haciendo ver á la vez cuánto le irritan los pecados de aquellos que deben de ser modelo de virtudes y aplacar con ellas su Justicia, cuando amenaza castigar las iniquidades de un pueblo y lejos de hacerlo así desatien-

den sus más importantes deberes, como son los de un padre para sus hijos y dan funestísimo ejemplo á los demás.

CAPÍTULO XV.

Judicatura de Samuel.

Á la desastrosa muerte del Sumo Sacerdote Heli, fué elegido Samuel para gobernar á los hebreos. Era el nuevo Juez hijo de Elcana y de Ana de la tribu de Leví, habitantes en *Ramathaim-Sophin* de *Efrain*, pues los levitas se hallaban esparcidos en todas las tribus (1). No habiendo tenido el consuelo de conseguir hijos, Ana los pedía con grandes instancias al Señor, debiendo á sus oraciones la alegría de que cesara su esterilidad con el nacimiento de Samuel. Correspondiendo sus padres á tan gran beneficio, consagraron el niño al Señor, entregándolo al gran Sacerdote Heli y en el servicio de éste se ocupaba Samuel, cuando Dios se dignó revelarle el castigo que reservaba á aquél por su culpable condescendencia con sus hijos, como queda anteriormente referido.

Después de la vergonzosa derrota de los israelitas por los filisteos y de haber apresado éstos el Arca Santa, los triunfantes idólatras condujeron al templo de su falso dios Dagón, aquel sagrado monumento; pero

(1) Los Reyes. Libro I. Cap. I. Vers. 1 y siguientes.

no tardó en conocerse la diferencia entre el verdadero Señor de Cielos y de Tierra y los vanos ídolos á quienes rinde culto el error de los hombres. La estatua del dios cayó en tierra á la presencia del Arca, sus manos y su cabeza fueron á parar á la puerta del templo, y pasando el azote de Dios, del ídolo á sus adoradores, bien pronto éstos fueron atacados de una horrible dolencia, consistente en úlceras malignas, que producían la muerte y además una multitud de ratones que inundaban los campos y los edificios. Los filisteos trasladaron entonces el Arca primero á la ciudad de Geth y después á la de Accaron, pero como en todas partes adonde llegaba se extendían las dichas plagas, por consejo de sus sacerdotes y adivinos decidieron colocarla en un carro tirado por vacas, cuyos terneros quedaran encerrados, y dejarlas en libertad de ir adonde quisieran, para ver de esta suerte si era el Dios de Israel, quien les castigaba, ó si todo era hijo de la casualidad.

Dios se dignó, digamoslo así, obrar el milagro acomodándose á la rudeza de aquella gente, pues hizo que los animales, olvidando á sus hijos, partieran sin detenerse hasta Bethsamés, primera ciudad de los hebreos, donde se pararon. Pero aun dentro ya del país habitado por el pueblo escogido, quiso el Señor dar á entender el respeto con que quiere se traten las cosas santas; pues como los bethsamitas y aun los moradores de otros pueblos vecinos, que acudieron atraí-

dos por la novedad del suceso, no sólo se atrevieron á mirar al Arca descubierta y sin sus velos, lo que estaba prohibido á los mismos levitas, bajo pena de muerte, sino que la abrieron por curiosidad, ó para ver si los filisteos habían tocado á las tablas de la Ley, Dios hizo perecer á muchos de ellos, obligándoles á enviar diputados á Carathiarim, suplicando á sus moradores vinieran á recojer el sagrado depósito, como lo verificaron, colocando el Arca santa en casa de Abinadab, donde tratada con el respeto debido, no sólo no se sintió azote alguno, sino que las bendiciones celestes cayeron sobre aquel lugar.

No debe de causarnos extrañeza, que Dios se muestre tan celoso de su culto y de las cosas que le están consagradas en aquellos tiempos, castigando las profanaciones de un modo tan sensible, que causa espanto leer sólo su relato, mientras hoy permite los mayores sacrilegios en sus templos, donde no un símbolo como era el Arca, sino que reside de un modo real el Supremo Señor de Cielos y tierra. Debemos de tener en cuenta para explicar esa diferencia, que la Religión de la antigua Alianza descansaba en el temor y la de la nueva en el amor; que la Sangre preciosa del Dios-Hombre derramada hasta la última gota, clama constantemente misericordia, ante la Justicia eterna, consiguiendo tiempo para que los culpables se arrepientan, y finalmente no debemos tampoco olvidar que los castigos prodigiosos que se nos re-

fieren en *el Antiquo Testamento*, eran indispensables para hacer impresión en las inteligencias de pueblos groseros, que hoy ya iluminados por la Fe, saben perfectamente que si Dios no castiga en el instante los grandes crímenes, atendiendo á los méritos infinitos de Jesucristo, aguardan penas horrorosas y eternas á los criminales, que dejan pasar los días de la misericordia y mueren impenitentes en su pecado.

Mientras el Arca del Señor volvía milagrosamente á su pueblo, Samuel, ejerciendo ya las funciones de Juez, lleno de espíritu de Dios, recorrió las ciudades, reprendió los pecados del pueblo y prometió toda clase de prosperidades, si renunciando á la idolatría y á los vicios, se cumplían fielmente los preceptos del Señor. Los israelitas, obedeciendo los consejos de su piadoso Juez, abjuraron sus errores, haciendo penitencia de sus pecados; y todavía se hallaban entregados á estos santos ejercicios, ofreciendo Samuel el sacrificio en holocausto por sus súbditos, cuando los filisteos, animados con sus recientes victorias, juntaron un poderoso ejército, decididos á concluir para siempre con Israel. Pero ignoraban que Dios se había reconciliado con su pueblo, y cuando las tropas de los idólatras iban á arrojarse sobre los hebreos, el Señor descargó sobre ellos una espantosa lluvia acompañada de truenos, relámpagos y rayos, inundáronse los campos, y los infieles tuvieron que ponerse en precipitada fuga, siendo perseguidos por los israelitas

hasta *Bethar*, haciéndoles considerable número de muertos. En dicho lugar y para perpetua memoria de la protección del Cielo, mandó el piadoso Samuel erigir un monumento de piedras dándole el nombre de *Piedra del Socorro* (1).

Samuel gobernó á su pueblo con desvelo, vigilancia y amor paternales, hasta los días de su vejez, en los que por circunstancias, de que después nos ocuparemos, cambió la constitución política de Israel, sustituyendo á los antiguos Jueces, de los que Samuel fué el último, el gobierno Monárquico, como en las demás Naciones.

CAPÍTULO XVI.

Historia de Ruth.

Entre los libros históricos de la *Sagrada Escritura*, hay uno muy pequeño, pues sólo consta de cuatro capítulos, el cual se halla colocado á continuación del de *los Jueces* y antes de *los de los Reyes*; dicho libro es *el de Ruth*. Destinados los otros á dar á conocer en general la historia del pueblo de Dios, se hacía indispensable narrar también los sucesos de la vida de algunos personajes importantes, y esta necesidad vino á satisfacerla el indicado *libro de Ruth*, como lo verifica también *el libro de Job*, de quien ya nos he-

(1) Los Reyes. Libro I. Cap. VII. Vers. 12.

mos ocupado y *los de Tobias, Judith y Esther*, de los que hablaremos más adelante. No quiere esto decir que los hechos constitutivos de la vida de *Ruth* acontecieron en la época de Samuel, antes de la elección de Saúl, cuyos acontecimientos cierran, según hemos visto, *el libro de los Jueces*; la repetida heroína, se cree vivió en tiempos de Débora; pero al hacer la clasificación de las partes de la Biblia, se juzgó conveniente colocar la indicada historia, antes de la de los acontecimientos ocurridos á los hebreos, una vez constituídos en Monarquía, dejando su antigua forma de Gobierno.

La importancia *del libro de Ruth* no es debida á que en él se relaten grandes hechos de armas, ni otros sucesos famosos; todo en él es muy sencillo, pero de una sencillez tal, que no se puede leer sin sentirse conmovidos. Se ven en él los efectos de una adhesión inviolable á la verdadera Religión, los grandes recursos que la piedad ofrece en las desgracias y las ventajas de la modestia y de la buena reputación. El Espíritu Santo, que de tan diversas maneras nos enseña, ha querido ponernos á la vista en ese libro un perfecto modelo de todas las virtudes que pueden santificar los diversos estados de la vida y fortalecer la confianza en la Providencia, que todo lo encamina, aun los sucesos más insignificantes al cumplimiento de sus altísimos designios y al bien del hombre. *La historia de Ruth* podrá ser á los ojos de la carne, la

historia de una familia pobre, errante y conocida sólo en la pequeña aldea de Belén, pero mirada bajo un aspecto más elevado, encontraremos nos da á conocer nada menos que la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo, pues Ruth fué ascendiente de David, de quien desciende el Verbo Divino al tomar nuestra carne. San Mateo al consignar en su Evangelio el árbol de familia del Redentor, no menciona aquellas heroínas ilustres y señaladas *del Antiguo Testamento*, como Sara, Rebeca y otras muchas, pero en cambio nombra á Ruth, á Tamar y aun á la mujer de Urias; dándonos á conocer con esto, que el Hijo de Dios se hizo hombre por amor á todos los hombres, sin distinción de justos y de pecadores, de judíos y de gentiles. Hecha esta aclaración, que hemos creído necesaria para justificar por qué se interrumpe la historia de Israel, pasemos á dar una noticia de Booz y de Ruth.

Un hombre llamado Elimelech, natural de Belén, de la tribu de Judá, casado y con dos hijos llamados el uno Mahalón y el otro Chelión, tuvo necesidad de emigrar con su familia, á consecuencia de un hambre asoladora que se experimentó en su país natal. Partió, pues, al país de los moabitas y allí se casaron sus hijos con mujeres de aquel pueblo, las cuales tenían los nombres de Orpha la una y de Ruth la otra. Al cabo de mucho tiempo murió Elimelech y su viuda Noemi tuvo también el sentimiento de perder á sus

dos hijos, los cuales bajaron también á la tumba sin dejar sucesión, quedando por tanto la madre sin otra compañía que la de sus dos nueras. Resolvió entonces Noemi volverse á su patria, sabiendo que Dios ya se había compadecido de su pueblo, haciendo cesar el hambre que les obligó á dejarlo, y pues que nada le retenía entre los moabitas, después de perder lo que más amaba.

Pusiéronse las tres en camino, pero Noemi aconsejó á Orpha y á Ruth no la siguieran al país de sus padres, sino que permanecieran en su tierra, donde podrían fácilmente volverse á casar. Negáronse ellas, pero Noemi insistió haciéndolas ver que en su compañía sólo las esperaban las privaciones y los sufrimientos; con cuyas razones Orpha consintió al fin en quedarse entre los suyos, haciendo más brillante con su despedida la gran fe de Ruth y su entrañable cariño á la madre del que había sido su esposo, pues á las repetidas instancias de aquélla para que imitase á Orpha respondió con amor: *No pienses apartarme de tu lado; yo iré á cualquier lugar adonde tu fueres; tendré mi morada donde tu la tuvieres; tu pueblo será mi pueblo y tu Dios será el mio; moriré donde tú muerieses y sólo la muerte podrá separarnos* (1). Constancia admirable, dicen los sagrados expositores, que prefiguraba la constancia de la Iglesia, en seguir á su

(1) Ruth. Cap. 1. Vers. 16 y 17.

divino esposo Jesucristo en todas las tribulaciones.

Unidas, pues, con los vínculos de este filial afecto, llegaron á Belén Noemi y Ruth, en tiempo de la siega de las cebadas, y como se encontraron muy pobres, la segunda pidió permiso á la primera para ir á espigar al campo. La Providencia la condujo á una heredad, propia de Booz, hombre virtuoso y caritativo, el cual era pariente de Elimelech, suegro de Ruth. Cuando Booz supo quién era aquella joven, mandó á sus segadores dejaran caer de intento muchas espigas para que ella las recogiese y además la invitó á que comiera con sus domésticos.

Informada Noemi del parentesco del aquel israelita con el que había sido su esposo, instó á Ruth para que le propusiera contraer matrimonio con ella conforme á lo dispuesto en la ley de Moisés, que mandaba casara el pariente más próximo del marido difunto con su viuda (1). Así lo hizo Ruth; Booz admiró y apreció la demanda, tanto más, cuanto que siendo ya un hombre entrado en años, llamó su atención que Ruth le diera preferencia sobre otros más jóvenes, pero hubo de manifestarla había un pariente más próximo de su marido que él. El día siguiente habiendo Booz visto pasar al dicho deudo, le citó para comparecer ante el Tribunal de los ancianos, que administraban justicia en las puertas de la ciudad y le

(1) Deuteronomio. Cap. XXV. Vers. 5.

hizo presente que Noemi trataba de vender una porción de tierra que correspondía á su esposo Elimelech, difunto, para poder subsistir ella y su nuera, cuyo derecho de compra correspondía al citado como pariente más próximo del ya fallecido, si bien con la obligación de casarse con Ruth. El pariente se manifestó conforme con la primera parte de la proposición, pero no así con la segunda; mas como la ley no permitía lo uno sin lo otro, cedió sus derechos en favor de Booz. Aquel hombre atendía sólo al fomento de sus bienes con adquisiciones nuevas, pero rehusaba todo lo que podía constituir obligación, y así por no cumplir ésta renunció el derecho correlativo á ella. Por eso Dios no quiso que ni aun se supiera el nombre de este israelita interesado, que no menciona *la Sagrada Escritura*, sepultándolo en un eterno olvido, mientras que Booz por haberse prestado á contraer matrimonio con la pobre Ruth, sin otras miras que la caridad y el cumplimiento de la Ley, mereció ser bisabuelo de David y de los reyes que de él descendieron y sobre todo ascendiente del Mesías prometido.

Booz en vista de la renuncia de sus derechos que hacía aquel pariente más cercano del esposo de Ruth, hizo presente al Tribunal estaba pronto á cumplir la ley, casándose con la extranjera viuda; los ancianos de aquél aprobaron su determinación y el matrimonio se celebró con júbilo y satisfacción de todos. Ad-

mirable lección, con la que dice San Ambrosio nos enseña Dios, que no considera en los hombres su linaje, ni la dignidad de sus progenitores, para concederles sus gracias, sino que atiende sólo á la disposición de su espíritu y á sus virtudes propias. Ruth, extranjera, hija de padres idólatras, mereció por sus santas costumbres, el honor más excelente que puede conseguirse en la tierra, contar entre sus descendientes á Jesucristo, Dios y Hombre verdadero.

Una vez terminada la sencilla narración de los sucesos de Ruth, continuemos refiriendo los que constituyen la Historia del pueblo de Dios.

CAPÍTULO XVII. (Año del Mundo 2930
(Antes de J. C. 1070).

Da principio el reinado de Saúl.

Habiendo envejecido Samuel, nombró á sus hijos Joel y Abía, como Vicarios ó Tenientes suyos, para que le ayudaran en las tareas de la gobernación del Reino; mas éstos, lejos de imitar la conducta de su padre, se apartaron por completo de las sendas que él les había enseñado, entregándose á la avaricia y convirtiéndose con ella en hombres injustos, que se compraban con dádivas. Juntáronse los ancianos del pueblo y representaron á Samuel, que en la imposibilidad en que se hallaba de volver á tomar por sí

mismo las riendas del gobierno, en atención á su edad avanzada, preferían á ser gobernados por sus hijos, aceptar un Rey que ejerciera el poder supremo, como en las demás naciones. Afligido Samuel por aquella petición, oró fervorosamente delante del Señor, quien le dijo accediera á las peticiones del pueblo, aunque al desecharlo á él, desechaban al mismo Dios; pero que antes de elegir monarca, intimara á los hebreos cuáles eran los derechos de un Rey y la dureza con que serían tratados en esta forma de gobierno. Así lo verificó el anciano Juez, pero como los israelitas insistieran en sus pretensiones, procedió también de orden de Dios, á elegir por Rey á Saúl.

Era éste de la tribu de Benjamín, y habiendo perdido su padre Cis unas pollinas (1), salió Saúl con un criado al campo á buscarlas, y no habiendo logrado su intento, como se hallara cerca del lugar dónde residía Samuel, le aconsejó el criado consultara con dicho varón justo, que como profeta podría decirle donde se hallaba el ganado perdido. Fueron, en efecto, al encuentro del anciano, y el Señor, que se vale de los medios más sencillos para los fines más grandes, reveló á Samuel, cuando Saúl estaba en su presencia, que aquel era el designado para reinar sobre su pueblo.

Samuel entonces le hizo permanecer en su casa,

(1) Los Reyes. Libro I, Cap. IX, Vers. 3 y siguientes.

aquella noche tratándole con el mayor respeto y al día siguiente se brindó á acompañarle hasta la casa de su padre. Una vez en el campo se apartaron ambos del criado, y Samuel derramó sobre la cabeza de Saúl una redomilla de aceite, ungiéndole por Rey y reconociéndole como soberano de Israel. En prueba de que obraba por inspiración de Dios, le dijo, que en breve encontraría unos hombres que le anunciarían haber ya parecido las pollinas perdidas, que también hallaría en su camino muchos profetas y que él mismo profetizaría. Dicho esto se separaron y todo aconteció á Saúl como Samuel le predijo, pero él no manifestó á su padre nada de estos sucesos.

Entre tanto Samuel convocó al pueblo para la elección de monarca, se echaron suertes y éstas recayeron en Saúl, confirmando así el Señor en público, los designios que en particular había revelado á Samuel. Buscaron al electo, que humildemente rehusaba presentarse á la Asamblea; pero llevado á ella por fuerza, Samuel le presentó al pueblo como á su Rey. Humilde, como se ve Saúl, demostró también en un principio nobleza de corazón, disimulando la repugnancia con que algunos le reconocían por Rey, pero más adelante hubo de testificar con su conducta, que sin el auxilio del Cielo, no es posible ser humildes en dignidades elevadas.

CAPÍTULO XVIII.

Continúa el reinado de Saúl.

Tan pronto como Saúl fué escogido y proclamado rey de Israel, hizo armas contra los filisteos, al intento de concluir con estos enemigos declarados del pueblo de Dios; mientras aquéllos por su parte juntaban también un formidable ejercito, que vino en busca del hebreo, acampando el uno cerca del otro. Después de algunas escaramuzas sin resultados positivos ni para una ni para otra parte, Jonatás, hijo de Saúl, confiado en la protección del Todopoderoso, tomó una resolución que demostró el más heroico valor. Separándose de los suyos subió solo con su escudero por peñas que parecían impracticables, hasta llegar al campamento filisteo, donde empezó á dar muerte á todos los que encontraba á su paso. El Señor tuvo á bien coronar con el mejor éxito una empresa intentada bajo el amparo de su nombre, pues los filisteos llenos de sobresalto tomaron las armas, pero turbados á causa del mismo temor, dieron principio á combatir entre sí, matándose los unos á los otros. Sospechando Saúl lo que pudiera ser aquel desorden que reinaba en el campo enemigo, salió prontamente con su hueste para terminar un combate que tan ventajosamente se presentaba á los hebreos, jurando no to-

mar alimento y prohibiendo bajo pena de la vida á sus soldados lo hicieran antes de la noche, logrando una completísima victoria.

Ningún soldado se atrevió á infringir la orden del Rey; sólo Jonatás que la ignoraba, sintiéndose desfallecido, comió un poco de miel silvestre que encontró en la concavidad de una roca, lo cual es muy frecuente en Palestina. Llegada la noche quiso Saúl continuar la persecución de sus contrarios, picándoles la retaguardia, pero como antes consultase con Dios y no obtuviera respuesta, comprendió que su voto había sido quebrantado por alguno; y como la suerte designase á Jonatás, no negó éste su falta y el Rey determinó matarle, con una firmeza que unos aplauden y otros censuran. La sentencia se hubiera ejecutado si el ejército en agradecimiento á las hazañas del príncipe, á quien debían la victoria, no se hubiera opuesto á los designios de Saúl, obligándole á desistir de su intento; con cuyo hecho nos enseña *el Libro sagrado*, dicen los expositores, cuánto nos importa, después que con la ayuda de Dios conseguimos alguna victoria contra nuestros enemigos espirituales, no volver á gustar la miel de los placeres del mundo, pues corremos el riesgo de perder para siempre la vida del alma, como Jonatás estuvo próximo á perder la material, si el Señor no le hubiera librado atendiendo á sus méritos anteriores.

Algún tiempo después, Saúl cuyos primeros pasos

en el cumplimiento de sus deberes de Rey parecían demostrar grandes virtudes, incurrió en una notoria desobediencia á los preceptos del Señor, mereciendo por ello que la corona pasase á otras sienes. Uno de los pueblos idólatras, que aun se conservaba dentro de la tierra de Canaán, era el de los amalecitas, los cuales cuatrocientos años antes, no tan sólo habían pretendido cerrar el paso de los israelitas en el desierto, sino que también habían muerto á muchos de aquéllos, que debilitados por el hambre y el cansancio se quedaron atrás. Después en más de una ocasión renovaron sus hostilidades contra los hebreos y eran sus enemigos irreconciliables. Dios quiso ya castigar á estos idólatras y eligió á Saúl para instrumento de su Justicia, haciéndoselo saber por medio de Samuel. El monarca hebreo recibió, pues, orden de éste de parte de Dios, de que invadiera el país de los amalecitas, llevándolo todo á sangre y fuego y no perdonando hombres, mujeres, niños, ni ganados de la Nación proscripta.

Saúl, obediente al principio, pasó con un ejército de doscientos mil combatientes hasta las fronteras de Amalec y consiguiendo una completa victoria, causó grandes destrozos en el país; pero interpretando á su autojo el mandato recibido y deseoso de satisfacer su codicia, consintió, de acuerdo con sus soldados, en reservar al Rey Agag lo mejor de los ganados y cuanto les pareció más precioso del botín cogido.

Al día siguiente marchó Samuel al encuentro de Saúl, para participarle el enojo de Dios por su desobediencia. Halló al monarca, que después de haber erigido un arco triunfal en el Carmelo para celebrar la victoria, se ocupaba en preparar un sacrificio con las primicias de los despojos amalecitas, manifestando al profeta que el pueblo había querido reservar lo mejor de los ganados para ofrecerlos al Señor. Samuel reprendió su falso celo, le dijo era mejor obedecer que sacrificar víctimas, y que en castigo de su desobediencia Dios lo desechara, deponiéndole del trono. Saúl pretendió excusarse y suplicó al anciano juez disimulara delante del pueblo acompañándolo á adorar al Señor, en lo que aquél condescendió; pero terminada la santa ceremonia, hizo comparecer al rey amalecita Agag y le privó de la vida, sin que por este acto pueda tacharse de crueldad á Samuel, que no hizo sino cumplir las órdenes del Señor, que por medio de su pueblo había querido castigar las maldades de aquel rey idólatra, que garantido con su autoridad cometiera durante su reinado muchos homicidios y graves crímenes; de suerte que el celoso juez que había sido de Israel, no fué cruel, sino obediente, reparando la codicia que Saúl había disimulado bajo el velo de una falsa compasión.

CAPÍTULO XIX. (Años del mundo 2932.
(Antes de J. C. 1068)

Elección de David para rey.

Desechado por Dios el monarca hebreo, no tardó en escoger otro que se encargara de gobernar su pueblo, á cuyo fin mandó á Samuel llenar de aceite un vaso, y que pasando á Belén, allí le mostraría un hijo de Isaí, de la tribu de Judá, el cual destinaba para el trono. Obedeció el profeta, y luego que llegó á Belén, purificó á Isaí y á sus hijos, haciéndoles asistir á un sacrificio que ofreció á Dios, y concluído manifestó el deseo de conocer á todos aquéllos. Con efecto le fueron presentados siete, pero en ninguno le inspiró el Señor cuál fuera el que destinaba para gobernar á Israel, hasta que habiendo comparecido el octavo, que ejercía el oficio de pastor en los rebaños de su padre, Dios le reveló ser aquél el elegido, por lo que inmediatamente le ungió con el aceite que llevaba dispuesto (1).

No declaró Samuel lo que significaba esta unción, ni tampoco Isaí y sus otros hijos demostraron deseo de saber lo que significara, teniéndola tal vez por una unción profética. No dice tampoco la *Sagrada Escritura* si Dios reveló en particular á David su elección para ocupar el trono; pero sea de ello lo que quiera, es lo cierto que el profeta Samuel, después de

(1) Los Reyes. Lib. I. Cap. XVI, vers. 11 y siguientes.

cumplidas las órdenes de Dios, se retiró en silencio, mientras David volvía á guardar los rebaños de su padre, si bien ostentando ya el derecho al reino de Israel, del cual no tuvo la posesión sino después de la muerte de Saúl y de muchos sufrimientos, combates y trabajos á que fué voluntad de Dios someter á su escogido siervo.

Tan pronto como Saúl fué desechado por el Señor, un mal espíritu se apoderó de él, á quien fué entregado por la justicia divina en castigo de su desobediencia, ejemplo que palpablemente nos enseña que no habiendo sino dos espíritus, el del bien y el del mal, forzosamente el último viene á ocupar el lugar del primero cuando damos motivo para que nos abandone. Algunos interpretan este mal espíritu que se apoderó del monarca hebreo por un humor melancólico que excitando tristes imágenes en el ánimo de Saúl, le hacía presa de la desesperación al verse desechado de Dios y en su santo nombre despojado del reino por Samuel. Pero los santos Padres é intérpretes, entre ellos San Gregorio y Theodoreto, creen que realmente entró el demonio en el desgraciado rey, atormentándole más ó menos, según se lo permitía el Señor, cuya opinión es bastante fundada, teniendo en cuenta que antes de la venida de Nuestro Señor Jesucristo se daban muchos casos de energúmenos ó endemoniados, habiendo el mismo divino Redentor curado algunos; cuyas horrendas posesio-

nes del demonio sobre el hombre han sido muy raras ya, después de la efusión de la preciosa Sangre del Verbo humanado, con la que se derrocó el imperio del príncipe de las tinieblas.

Con el intento de distraer á Saúl de sus accesos melancólicos, le propusieron sus servidores buscar un buen tañedor de arpa, sabiendo cuán grande es la influencia de la música para calmar las aflicciones del espíritu. Pareció bien el consejo al rey, y como le recomendaran al betlemita David, que manejaba aquel instrumento con rara habilidad, Saúl le hizo venir y le cobró tal cariño que no consintió en separarse más de él, nombrándole su escudero. Cuando el espíritu maligno atormentaba al monarca, David tomaba su arpa y arrancando á sus cuerdas las más dulces melodías, lograba que el Señor permitiera el alivio del desgraciado Saúl, el cual sin este socorro no hubiera podido soportar sus terribles sufrimientos.

CAPÍTULO XX. (Año del Mundo 2933).
(Antes de J. C. 1067).

Victoria de David sobre Goliath.

Mientras tenían lugar los sucesos que hemos referido en el capítulo anterior, los filisteos declararon nuevamente la guerra á Israel. Saúl salió con su ejército á contenerlos y acampó en un monte junto al

famoso valle del Terebinto (1), frente á otro monte ocupado por los enemigos. Distinguíase entre éstos un gigante de maravillosa estatura, que vestido de hierro y armado de una enorme lanza, se presentaba diariamente mañana y tarde delante del campamento de Israel, retando á los hebreos á que salieran á combatir con él, para terminar la lucha de ambos pueblos mediante un duelo y sin necesidad de que lucharan los ejércitos. Cuarenta días consecutivos el gigante, que se llamaba Goliath, armado de todas armas, lanzó sus soberbios desafíos, sin que ningún israelita se atreviera á salir al campo; hasta que habiendo llegado David, que había ido á llevar provisiones á tres hermanos suyos que se encontraban en el ejército de Saúl, estimulado del celo por la honra de Dios, preguntó cuál era el premio señalado al que venciera al formidable enemigo, cuya estatura sólo, de seis codos y un palmo, equivalentes á trece palmos de los nuestros, infundía espanto al mirarle. Respondieron á David, que la recompensa señalada por el Rey al vencedor de Goliath, consistía en darle su hija en matrimonio, abundantes riquezas y exención de tributos para su casa. El valeroso joven se ofreció entonces á responder á los retos del gigante y aunque Saúl por el amor que le profesaba, pretendió disuadirle de su intento, vista su insistencia, le dió sus armas y le vistió su propia cota de malla.

(1) Los Reyes. Libro I, Capitulo XVII. Vers. 1.º y siguientes.

David, que obraba por inspiración del Altísimo, encontrándose molesto con la armadura, á que no estaba acostumbrado, se despojó de ella, tomó su báculo, eligió unas piedras muy limpias de un arroyo, las puso en el zurrón de pastor y con la honda en la mano fué al encuentro del feroz filisteo. Al verlo Goliath le increpó diciendo: «¿soy algún perro para que vengas con báculo?» y afirmando por sus dioses daría las carnes de su contrario por alimento á las aves del Cielo y á las fieras de la Tierra, embistió contra él furiosamente. Pero David, intrépido y sin acobardarse, colocó una piedra en la honda y la disparó con ímpetu tan certero, que dando al gigante en medio de la frente, le hizo caer en el suelo casi privado de conocimiento. El joven betlemita se arrojó inmediatamente sobre él y con la propia espada del monstruo le cortó la cabeza, que mostró á los filisteos, los cuales se pusieron en precipitada fuga, persegidos por los israelitas que los batieron hasta las puertas de Acharon, haciéndoles innumerables bajas.

Jonatás, el hijo de Saúl, que tanto se había distinguido en los combates anteriores contra los filisteos, lejos de concebir envidia alguna contra David, le regaló sus propios vestidos y sus armas, dando así principio la amistad, que unió entrañablemente á los dos héroes. No sucedió así con Saúl; este infortunado príncipe, dejado ya de la mano de Dios, é incapaz por tanto de resistir á sus pasiones, al ver las

demostraciones de júbilo con que el pueblo saludaba la presencia de David, por donde quiera que fuera, trocó el amor que le tenía en tan profundo aborrecimiento, que le hizo concebir la resolución de quitarle la vida.

Para ello, y como supiera el cariño que su hija menor Michol había concebido por David, no habiendo cumplido la palabra empeñada de dar una de sus hijas en matrimonio, al vencedor de Goliath, fingió acceder gustoso al enlace de ambos jóvenes, para tener de esta suerte más facilidad de deshacerse de un rival á quien aborrecía; plan que hubiera realizado á no estorbarlo su misma expresada hija, la cual consiguió engañar á los emisarios mandados por Saúl, para matar á su esposo, logrando que éste consiguiera su salvación con la fuga.

Jonatás, entre tanto, no dejaba de procurar la reconciliación de su padre y de su querido amigo, pero no consiguiendo ablandar el empedernido corazón del primero, dió secreto aviso á David á quien consiguió ver á solas en el campo, enterándole del peligro que corría. El vencedor de Goliath, fugitivo, se retiró á Nobe, donde se hallaba el Arca de la Alianza, socorriéndole el gran Sacerdote Abimelech con los panes de la proposición por no tener otros que darle, (1) conducta caritativa que le costó la vida, pues

(1) Los Reyes. Libr. I. Cap. XXI. Vers. 1 y siguientes y Cap. XXII, Vers. 11 y siguientes.

le mandó matar el enojado Saúl, juntamente con otros setenta y cinco Sacerdotes, causando esta crueldad grandísima aflicción á David, que se consideró causa de ella.

Prófugo como un vagabundo discurría el Rey elegido por el Señor los desiertos y las montañas, huyendo de la injustificada persecución de su enemigo y teniendo que retirarse á veces á territorios extranjeros, como lo hizo á los dominios del rey Achís en Get, sin encontrar por eso allí la protección que necesitaba, antes al contrario, se vió en la necesidad de fingirse loco para escapar con vida de la corte de aquel rey. En tan triste situación tuvieron lugar dos acontecimientos que importa conocer, porque ellos demuestran la generosidad de David y que Dios mismo había formado su corazón.

Buscando un día socorro contra el hambre, que á él y á cuatrocientos leales que le acompañaban, combatía con rudeza, envió diez mensajeros á Nabal, hombre opulento que moraba en las cercanías del Carmelo, solicitando les diera algún socorro, en atención á que jamás ni él ni los suyos habían cometido ningún exceso ni en sus tierras ni en sus ganados. Nabal rechazó con desprecio la petición, insultando á David y los suyos, por lo que el joven monarca determinó tomar venganza de aquel hombre, quitándole la vida á él y á toda su familia. Próximo estaba ya de realizar su intento, cuando Abigail, esposa de

Nabal, dando un prudente ejemplo de discreción, salió al encuentro del enojado David, y con regalos y palabras le hizo comprender la gravedad de la acción que trataba de cometer, dejándose llevar del pecaminoso placer de la venganza. Nabal murió pocos días después, á consecuencia de un exceso de gula, y David ofreció entonces á la indicada Abigail, viuda de aquél, hacerla su esposa, como justa recompensa á las prendas de su carácter.

El otro hecho, pone aún más de relieve la bondad de David. Hallábase en una ocasión escondido en el collado de Achila, al lado opuesto de Ziph, cuando teniendo Saúl noticia de ello, pasó á prenderle con tres mil soldados. Súpolo el perseguido, é inspirado del Cielo, se encaminó, aprovechando el silencio de la noche, al campamento de los hebreos, logrando entrar en la tienda de Saúl mientras éste y su general Abneer dormían un sueño profundísimo. Bien pudo David quitarle la vida, librándose de esta suerte de un perseguidor y exterminando á un tirano, pero se contentó con llevarse la copa y la lanza del Rey, dando después voces al ejército para increparle su descuido en velar por su señor. Cuando Saúl tuvo conocimiento del suceso se mostró arrepentido de su injusta persecución, pero ya sus maldades habían llenado la medida de la Justicia de Dios y su muerte estaba decretada en los consejos del Altísimo.

CAPÍTULO XXI.

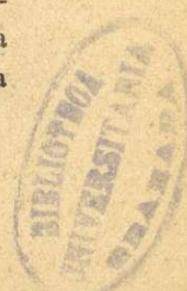
Concluye el reinado de Saúl.

De nuevo habían invadido los filisteos las tierras de Israel, llevando consigo los horrores de la guerra. Inútilmente Saúl había consultado sobre su éxito á Dios; el Señor no se había dignado revelarle nada. Lleno entonces el monarca de despecho y añadiendo maldad á maldad, resolvió conocer el porvenir por conducto del espíritu maligno, y acudió para ello á consultar una famosa maga, llamada *la Pitonisa de Endor*, porque habitaba en el pueblo de este nombre.

Siendo común á todos los pueblos la creencia en la inmortalidad del alma y de la vida futura, era muy frecuente en las naciones paganas la existencia de magos, hechiceros, adivinos y encantadores que explotaban la credulidad pública, ora poniéndose en comunicación con las almas de los muertos, mediante ciertas evocaciones, ora revelando los secretos del porvenir, ora, en fin, haciendo intervenir de algún modo el orden sobrenatural. Se puede fácilmente explicar este hecho, porque cuando los hombres no están en posesión de la verdad, desconociendo los misterios de ultratumba, como la inteligencia humana necesita creer en un orden sobrenatural, si no la ilumina la refulgente luz de la Fe, se envuelve en las

sombras de la mentira para satisfacer de algún modo aquella necesidad; por lo cual vulgarmente se dice que *quien no cree en Dios, cree en las brujas*. Corroborando esta nuestra afirmación, hoy mismo vemos en pleno siglo XIX, cómo los ateos y los incrédulos, despreciando las enseñanzas de la Fe católica, defienden al mismo tiempo los delirios del *sonambulismo*, el *hipnotismo* y el *espiritismo*, y cuando rehusan doblar las rodillas ante el altar de Dios, se postran reverentes ante la *tripode* movable ó ante la *vidente dormida*.

Es indudable, que lo mismo entre las *sibilas*, *pitonisas* y *magos* de la antigüedad, que entre los *hipnotizadores*, *espiritistas* y *sonámbulos* de nuestros días, habría y hay mucho de simulación y farsa, no faltando escritores que aseguran no ser otra cosa las *pitonisas* y *sibilas*, que mujeres epilépticas ó ventrílocuas, que explotaban en su provecho la dolencia que padecían ó la habilidad de que estaban dotadas; pero sin embargo, no cabe racionalmente negar tampoco, haya en algunos casos, en las artes adivinatorias, intervención del espíritu infernal, á quien Dios permite el uso de su poder para castigo de los malvados y tentación de los buenos. Por eso lo mismo en la ley de Moisés entonces, que ahora en la de Jesucristo, se prohíben toda clase de supersticiones, mandato que no vaciló en infringir Saúl, ordenando á la *Pitonisa de Endor*, evocara el alma de Samuel ya



muerto hacía algunos años. Dios, en esta ocasión, permitió para mayor castigo del monarca, que respondiendo á los conjuros de la maga, se presentara la sombra del anciano Juez ante la espantada vista de Saúl, para decirle que el Señor se había apartado de él, llegaba el momento de la ejecución de la sentencia que en vida le notificara, y que con la destrucción de su ejército todo, perdería el reino, que pasaría á David, siendo al día siguiente su morada la mansión de los muertos (1).

El suceso acreditó la verdad de la predicción; al día siguiente se dió la batalla, consiguiendo los filisteos un completo triunfo; los montes de Gelboe quedaron regados con sangre hebrea y sembrados de cadáveres, hallándose entre los muertos los tres infantes Jonatás, Abinadab y Melchisua, y quedando muy gravemente herido su padre Saúl. Este, lleno de desesperación, mandó á su escudero lo acabase de matar; y como le viera vacilar en la ejecución de tan impía orden, él mismo se arrojó sobre su espada, muriendo de un modo tan desgraciado el primer monarca de Israel, en castigo de sus desobediencias al Señor y de sus impías crueldades contra los ministros del Altísimo.

(1) Los Reyes. Libro I. Capitulo XXVIII. Vers. 7 y siguientes.

CAPÍTULO XXII. (Año del mundo. 2955)
(Antes de J. C., 1045).

Da principio el reinado de David.

Muerto el rey Saúl en la desastrosa batalla en que los israelitas fueron derrotados por los filisteos, éstos se apoderaron del cuerpo del infortunado monarca hebreo, le profanaron cortándole la cabeza y paseándola en triunfo por las principales ciudades, la pusieron finalmente en el templo de su ídolo Dagón.

David, á pesar de que aquella desgracia le libraba de un cruel enemigo, abriéndole las puertas de su reino, para el que estaba llamado por Dios, tuvo sentimientos muy diferentes, pues cerrando los ojos á los bienes que adquiriera y á los males de que se libraba, lloró amargamente á Saúl y á su amigo Jonatás, compuso en su honor un himno fúnebre y maldijo á los montes de Gelboe, donde ambos habían perecido (1).

Después, inspirado de Dios pasó á Hebrón, acompañado de su familia y de algunos soldados, y allí fué reconocido rey por la tribu de Judá, cuando sólo contaba la edad de treinta años. Las otras tribus, excitadas por Abner, general de los ejércitos de Saúl, proclamaron por rey al hijo de éste, Isobeth, pero dos pérfidos benjamitas llamados Baana y Rechab,

(1) Los Reyes. Libro II. Cap. I. Vers. 17 y siguientes.

le quitaron la vida, con lo que David fué reconocido rey por todas las tribus, entrando en la quieta y pacífica posesión de su gobierno, dando una prueba más de su justicia, pues mandó matar á los asesinos de Isobeth, lo mismo que antes había hecho con un amalecita, que sobre el campo de batalla despojó de su diadema al cadáver de Saúl, llevándosela al nuevo rey, para congraciarse con él.

Una vez ya que David ocupó el trono, quiso dar principio á su reinado con una expedición contra los enemigos de su pueblo, y al intento volvió las armas contra los jebuseos. La ciudad de Jerusalem está dividida por dos montañas: la de Sión y la de Salem ó Moria. Esta ya se encontraba ocupada por la tribu de Judá, pero los jebuseos se mantenían todavía en la de Sión. Había en este monte una roca cortada en derredor y sobre ella habían fabricado una fortaleza en donde venían manteniéndose inaccesibles desde los tiempos de Josué. David creyó conveniente inaugurar el ejercicio de su autoridad con la conquista de aquel lugar ocupado por los jebuseos. Para conseguirlo puso desde luego sitio al inexpugnable castillo, á lo que los sitiados respondieron con burlas, manifestando tenían tan en poco los esfuerzos de David, que únicamente le opondrían para defenderse los ciegos y los cojos. El monarca de Israel, que tenía toda su confianza en el Dios de los ejércitos, dispuso que el primero que subiese á las murallas de la for-

taleza recibiera como recompensa el título de general de sus ejércitos. Joab, sobrino del rey, fué el héroe que mereció este honor; la fortaleza fué tomada por asalto y David la convirtió en su palacio. De este modo llegó Jerusalem á ser la capital del reino, la morada de los reyes y en breve la sede de la Religión, pues se trasladó á ella el Arca de la Alianza.

En efecto, David, que tenía más celo por la gloria de Dios que valor había desplegado en los combates, concibió el designio de colocar el Arca del Señor en la ciudadela de que acababa de apoderarse, para lo que mandó construir en ella un magnífico pabellón: las tribus de Israel delegaron para asistir á la ceremonia treinta mil hombres escogidos; el monarca, acompañado de casi toda la tribu de Judá, subió á la colina donde estaba situada la casa de Abimelec, encargado de la custodia del Arca, y ésta fué colocada en un carro nuevo tirado por bueyes que tampoco habían servido, para ser conducida á la montaña de Sión.

Un desgraciado acontecimiento vino á turbar la alegría de aquella solemne procesión: los bueyes que conducían al carro donde iba el Arca, comenzaron á agitarse con violencia y aquélla se inclinó como para caer. Entonces un levita llamado Oza, puso en ella la mano para sostenerla: era este levita quien, siguiendo el ejemplo de los filisteos, dispuso conducir el Arca en carro, interpretando á su modo la Ley,

que mandaba fuera llevada á hombros de los levitas de una determinada familia. Para evitar el mal que se hubiera ocasionado con la caída del Arca, puso Oza la mano, infringiendo de nuevo la Ley, que prohibía tocar aquélla, bajo pena de muerte, y en castigo de esta doble infracción, hizo el Señor cayera instantáneamente muerto, como herido de un rayo, enseñándonos con este terrible ejemplo, no sólo el respeto con que deben mirarse las cosas consagradas á su culto, sino también á no querer evitar las consecuencias de nuestras faltas, cometiendo otras mayores que encubran ó disimulen las primeras.

Lleno David de temor en vista de este castigo, mandó depositar el Arca santa en casa de un virtuoso israelita llamado Obededón, y se suspendió por entonces la ceremonia. Tres meses estuvo el Arca del Señor en casa del dicho Obededón, y como durante este tiempo llovieron las bendiciones del Cielo sobre el virtuoso hebreo y su familia, se persuadió David de que el Dios de Israel sólo castigaba á los infractores de su Ley, complaciéndose al mismo tiempo en favorecer y bendecir á las almas sencillas y virtuosas. En su consecuencia se resolvió á llevar á cabo su plan, trasladando la repetida Arca á su palacio, conforme tenía dispuesto. Para ello el día marcado se trasladó con los ancianos y los jefes del ejército á casa de Obededón; los sacerdotes conducían en sus hombros el Arca, cada seis pasos se sacrificaban

víctimas al Señor, y el rey, despojado de sus reales vestiduras, llevando sólo un sencillo traje y en sus manos el arpa, animaba el cortejo tañendo el instrumento, bailando y cantando acompañado de siete coros de música. Su esposa Michol, al verle de aquella suerte, manifestó disgusto, considerando que las dichas demostraciones de regocijo no eran propias de un rey, antes al contrario, en su sentir, degradaban la autoridad; pero David, demostrando una vez más sus virtudes y la necesidad de vencer los respetos humanos, cuando se trata de los intereses de Dios, respondió á su esposa con estas sencillas palabras: *Si he bailado y bailaré delante del Señor, que me eligió por jefe de su pueblo y aun me rebajaré más y seré despreciable á mis propios ojos, para honrar al que es dueño y soberano de reyes y de súbditos.* En castigo de la soberbia de Michol, Dios la condenó al oprobio de la esterilidad, no dando hijos á su marido (1).

Concluyó la fiesta de la traslación del Arca Santa entre los mayores regocijos y grandes mercedes que el piadoso monarca hizo al pueblo; pero todo esto no bastaba á satisfacer el amor de Dios que ardía en su corazón, y en su consecuencia concibió la idea de fabricar un templo magnífico al Señor. Dios hizo saber á David, que no tendría esta gloria, que estaba reservada para su hijo Salomón, pero á la vez y por

(1) Los Reyes. Libro II. Vers. 20 y siguientes. Cap. VI.

boca del profeta Natan, le prometió una vez más el Mesías tantas veces anunciado, fijándose de esta suerte la genealogía de Nuestro Señor Jesucristo. *Yo sentaré en tu trono, le dijo Dios mediante el profeta, un hijo que saldrá de ti, estableceré su trono para siempre; yo seré su Padre y él será mi Hijo; tu casa subsistirá siempre y tu trono será eterno.* (1) Como este Hijo no puede ser Salomón, porque éste no es Hijo de Dios y de David á un mismo tiempo y la eternidad no puede corresponder á un simple mortal y á un reinado temporal, se sigue claramente, que el Hijo prometido por Dios, es el Mesías, Nuestro Señor Jesucristo, Hijo de Dios y de la descendencia de David, según la carne; porque Él solo es eterno y reina y reinará para siempre en el Cielo y en la tierra, en calidad de Hombre Dios, Hijo de Dios, é Hijo de David. Esta promesa nos ayuda en gran manera á descubrir el Mesías, pues si la profecía hecha por Jacob moribundo indica que nacería de la tribu de Judá, la que Dios hace ahora á David, excluye las distintas familias de aquella tribu y da la preferencia exclusivamente á la del repetido monarca de Israel.

(2) Los Reyes. Libro II. Vers. 12 al 17. Cap. VII.

CAPÍTULO XXIII. (Año del Mundo 2960.)
(Antes de J. C. 1040.)

Concluye el reinado de David.

Cupo á David la gloria de vencer á los filisteos, á los moabitas, y á Adercer, rey de Sobá en la Siria; restituyó generosamente á Mifboseth, hijo de Jonatás, las posesiones que pertenecían á su padre y se hallaba en guerra contra los ammonitas, cuando tuvo la desgracia de olvidar á Dios durante algún tiempo, cometiendo dos crímenes enormes y demostrando con su ejemplo, cuánto debemos de temer nuestra flaqueza y la necesidad en que nos encontramos de implorar siempre humildemente los auxilios del Señor, para vencer los enemigos de nuestra alma, poniendo á la vez los medios de no caer en los lazos que constantemente nos arman.

David concibió una violenta pasión por Bethsabé, esposa de Urias Hetheo, oficial del ejército de Israel, y á cuya mujer vió desde una de las ventanas de su palacio. Cegado por el espíritu del mal y aprovechando que el esposo de Bethsabé se hallaba en campaña contra los ammonitas, hizo traerla á su palacio para vivir en su compañía; y queriendo ocultar tan reprobada acción con otra no menos infame, dió orden á Joab, general del ejército, de que pusiera á Urias en el lugar de más peligro en el combate, para que

muriera víctima de los enemigos, como así se verificó. Dios permitió á David esta terrible caída, para humillarle, para mostrar su Justicia cuando castiga y su Misericordia cuando perdona, para que escarmentemos y huyamos las ocasiones de pecado, y finalmente para que por graves que sean nuestros delitos, no perdamos la esperanza, sino que si por desgracia imitamos á David pecando, le imitemos también en la profunda contrición que sintió y amarga penitencia que hizo durante todos los días de su vida.

Un año permaneció David en la enemistad de Dios; tan profundas son las tinieblas que el pecado produce aun en las almas más santas: el Señor, al cabo de este tiempo se compadeció de él enviándole al profeta Natan, para que abriera los ojos, volviendo en sí. *En castigo de vuestro doble crimen*, le dijo el profeta, *no saldrá la espada de vuestra casa; el Señor sacará los ministros de su venganza de vuestra propia familia, que va á ser un teatro de desgracias.* (1) El monarca reconoció su falta y en medio de un dolor amargo y profundo, aceptó con humilde sumisión todos los males que el profeta le vaticinara de parte de Dios. El Señor, en vista de su arrepentimiento, le restituyó su amistad, pero quiso que expiara los crímenes cometidos.

Y con efecto, cumpliéndose al pie de la letra todo

(1) Los Reyes. Libro II. Cap. XII. Vers. 7 y siguientes.

lo pronosticado por Natan, Absalón, hijo de David, se rebeló contra su padre. Este príncipe, cegado por la ambición, había procurado hacerse popular, halagando á la multitud, á la que se presentaba como un decidido defensor de los derechos de todos. Cuando hubo conseguido hacerse de un número regular de partidarios, se alejó de Jerusalem con el pretexto de ir á cumplir un voto y se hizo proclamar rey. David huyó de la capital en evitación de mayores males y Absalón entró en ella como triunfador, mientras su padre, deshecho en llanto, atravesó el torrente Cedrón y seguido de unos pocos soldados que le habían permanecido fieles, buscó un refugio en el monte de los Olivos, bebiendo hasta las heces el cáliz de la amargura y de la humillación, pues hasta un descendiente de Saúl llamado Semeí, viéndole en tan lastimoso estado, se desató en un torrente de injurias y aun tuvo la insolencia de arrojar piedras contra el rey y los leales que le acompañaban. Los soldados quisieron castigar la osadía de aquel hombre, pero el Rey no lo consintió manifestando aceptaba aquel sufrimiento en justa expiación de sus crímenes y viendo en Semeí un instrumento de la Justicia divina.

Entre tanto, hubo de acrecentarse el ejército de David y éste se resolvió á atacar á las tropas rebeldes; no quisieron los generales que el rey mandara en persona la batalla, pero éste mandó con repetición á aquéllos respetaran la vida del ingrato Absalón. Poco

antes de trabarse el combate se supo en el ejército de David, que Aquitofel, arma principal de la sublevación, se había suicidado ahorcándose, lo cual aumentó la confianza de los soldados: trabóse la pelea y Absalón y sus secuaces fueron completamente derrotados, teniendo el primero que buscar la salvación en la fuga; pero como al verificarlo se vió en la necesidad de atravesar un espeso bosque, tuvo la desgracia de que su larga cabellera se enredara en las ramas de un árbol, en términos de que pasando la caballería que montaba, el infeliz príncipe se vió colgado, sin que sus pies llegaran al suelo. Le vió en tan triste situación un soldado del ejército de David, dando de ello aviso al general Joab, quien desobedeciendo las órdenes de su monarca, corrió presuroso al sitio y traspasó con tres dardos el cuerpo del infeliz Absalón, concluyendo de matarle con sus espadas los ayudantes de aquél: justo castigo permitido por Dios, para demostrar no quedan impunes ni aun en la tierra los delitos de los hijos para con los padres.

Cuando David tuvo noticia del suceso, olvidó la gloria del vencimiento para ocuparse sólo en llorar la desgracia del infortunado hijo, y aunque en aquellos momentos no lo hizo, decretó en su última voluntad la muerte del atrevido general, desobediente á sus mandatos y cruel hasta el extremo de cebarse en el hijo de su rey, culpable, sí, pero indefenso en los momentos en que recibió la muerte.

David restableció el orden que había perturbado la rebelión; cuando disfrutaba las caricias de la paz, cometió una nueva falta, más leve que las anteriores, pues consistió en querer, para contentar su vanidad, se hiciera una enumeración de su pueblo; pero Dios que no consiente en las almas ni el menor pecado y hace expiarlo para purificarlas, le dió á escoger entre estos tres azotes, hambre, guerra ó epidemia. Contrito y sumiso el piadoso monarca, eligió el último para sufrirlo lo mismo que su pueblo, y en tres días murieron setenta mil personas. Las lágrimas y ruegos del penitente rey aplacaron por fin al Señor y cesó el castigo, que una vez más demuestra que si los justos atraen las bendiciones del Cielo sobre sus hermanos, también los malos acarrear maldiciones y castigos.

Por último, conociendo David que se acercaba su muerte, hallándose cerca de los setenta años, dió á su hijo Salomón los más admirables consejos é instrucciones referentes al gobierno del pueblo, y descansó en paz teniendo la gloria de haber sido ascendiente, profeta y figura del Mesías que había de venir. En efecto, David nació en Belén, como Nuestro Señor Jesucristo: armado solamente de un palo y de una honda salió á luchar y venció á Goliath, y el Redentor, armado sólo de una cruz, combatió y venció á Satanás, que hacía cuarenta siglos esclavizaba al género humano; David es perseguido por Saúl, ope-

niendo á esta persecución sólo dulzura y paciencia, y Nuestro Señor Jesucristo, perseguido por el mundo, triunfó de él con mansedumbre y humildad; David, expiando sus propios pecados y acompañado de un corto número de servidores, pasó el torrente Cedrón, y traspasado de dolor subió al monte de los Olivos: Jesucristo, acompañado sólo de sus Apóstoles y cargado con las culpas de todos los hombres, hizo el mismo doloroso camino, y sudó sangre en el huerto de las Olivas, expiando pecados que no había cometido: David fué insultado por Simeí y no consintió se le castigara: Nuestro Señor, ultrajado por los judíos, pidió á su Eterno Padre el perdón de sus enemigos; Aquitofel hizo traición á David ayudando á Absalón contra su padre, y después despechado se ahorcó: Judas vendió á Jesús á los judíos y luego en su desesperación se colgó de un árbol; David volvió á su reino victorioso y recibió los homenajes de sus súbditos: el Salvador salió triunfante del sepulcro y recibió, recibe y recibirá los homenajes del Cielo y de la tierra.

CAPÍTULO XIV. (Año del Mundo 2989)
(Antes de J. C., 1011)

Reinado de Salomón.

El primer cuidado de Salomón, hijo y sucesor de David, después de la muerte de su padre, fué hacer á éste los últimos honores como correspondía á un monarca que le dejaba en sucesión uno de los más

hermosos reinos del mundo, dándole sepultura en la ciudad de Sión, que desde entonces se llamó ciudad de David. Instruído con las lecciones y ejemplos de su virtuoso padre, Salomón inauguró su reinado haciendo resplandecieran en él la piedad hacia Dios, la justicia y la clemencia para con sus súbditos y la desconfianza para consigo mismo. Un día se dirigió al monte Gabaón, donde se conservaba aún la misma tienda fabricada por Moisés para albergar el Arca de la Alianza, y después que ofreció al Señor un sacrificio en presencia de toda su corte, se retiró para tomar algún descanso. Dios quiso premiar la devoción del joven rey, y apareciéndosele en sueños, le dijo pidiera lo que deseara, pues sería oído. Salomón, humillado en la presencia del Señor, se limitó á pedir la sabiduría necesaria para gobernar bien al pueblo que le había sido encomendado; cuya súplica tanto agradó al Omnipotente, que no sólo se la concedió, sino que también añadió á ella los dones de una larga vida, riquezas y gloria.

De entre todos los hechos que esmaltan el brillante reinado de este rey de Israel, como piedras preciosas de una corona de oro, y que demuestran la sabiduría y prudencia de que Dios llenó á Salomón, nos limitaremos á citar uno solo, del que con frecuencia se ocupan los historiadores, por cuanto basta para demostrar las refulgentes luces que ilustran á la razón humana cuando se apoya en el temor de Dios, único

fundamento de la verdadera sabiduría: este hecho admirable es el conocido con el nombre de *Juicio de Salomón*.

Habitaban en una misma casa dos mujeres, cada una de las cuales era madre de un niño. Aconteció una noche que, por descuido, uno de estos niños murió asfixiado, y su madre, aprovechando la obscuridad de la noche, se aproximó al lecho donde dormía su vecina con su hijo, y quitándole á éste puso en su lugar el suyo difunto. A la mañana siguiente la robada descubrió el fraude, negó el crimen su compañera y ambas comparecieron ante el rey para pedir justicia. El negocio por lo difícil necesitaba para resolverse de un juez tan ilustrado como Salomón. En efecto, de las diferentes pruebas que en Derecho se admiten, la testifical no podía utilizarse, por cuanto nadie había presenciado el suceso; el dictamen de peritos médicos tampoco era posible demostrarse nada, pues que á lo más hubiera podido recaer sobre la semejanza ó parecido de los niños con sus madres, lo cual era falible, porque no en todos existe esa semejanza, y aun existiendo, no es muy marcada en los niños de corta edad; quedaba sólo la prueba de confesión de parte, muy expuesta á duda cuando hay interés en ocultar la verdad, como acontecía en el presente caso: era necesario un medio que, estimulando la voluntad de las interesadas, les arrancara, por decirlo así, la verdadera exposición del hecho, y este

medio fué el utilizado por el rey, alumbrado por la luz de la celestial sabiduría. *Traed, dijo Salomón, una espada, dividase el niño vivo en dos partes y cada una de las reclamantes lleve la mitad.* Un verdugo se dispuso á cumplir la sentencia; entonces la madre fingida, mientras se congratulaba del fallo, la verdadera se arrojó á los pies del monarca deshecha en llanto, pidiendo se respetara la vida de su hijo querido, aunque lo perdiese ella llevándolo su compañera (1). El amor maternal, el mayor y más intenso de todos los amores fué en esta ocasión el medio de que se valió Salomón para estimular el ánimo de las que litigaban á descubrir la verdad. El niño vivo fué entregado á su madre y el pueblo entero aclamó al monarca, dando gracias á Dios por haberle concedido un rey tan justo como sabio.

La abundancia y la paz reinaban en la monarquía; mientras los pueblos vecinos procuraban la amistad de Salomón con tributos, regalos y embajadas, libres los israelitas del azote de la guerra, gozaban en paz de los productos de sus tierras, congregándose para recolectarlos á la sombra de los árboles, donde celebraban inocentes festines. Estos fueron los frutos de bendición que encontró el nuevo rey en su trono, no teniendo que hacer sino cultivarlos en paz, aumentar la magnificencia de un Estado tan opulento y sobre

(1) Los Reyes. Libro III. Cap. III Vers. 16 y siguientes.

todo llevar á cabo la grandiosa obra de la construcción del templo del Señor, que el Cielo había reservado para él.

No queriendo descuidar un tan importante proyecto, se dirigió desde luego á Hiram, rey de Tiro, antiguo amigo y aliado de David, manifestándole que deseoso de llevar á cabo la obra concebida por su padre de edificar un templo al Señor, lo que no pudo llevar á efecto por las continuadas guerras que sostuvo durante su reinado, necesitaba de su auxilio para el logro de tan grande empresa, y cuyo auxilio consistía en proporcionarle buenos operarios y la cantidad de madera de cedro del Líbano que fuera necesaria para la obra. El mensaje terminaba manifestando á Hiram se sirviera decir el precio de cuanto le fuera encargado, para serle inmediatamente remitido. Dicho rey contestó en los términos más corteses, poniéndose por completo á disposición de Salomón; en su consecuencia se dió principio á la construcción del templo.

CAPÍTULO XXV. (Año del Mundo 2993).
(Antes de J. C. 1007).

El templo de Salomón.

Para llevar á cabo la obra de la construcción del templo, se invirtieron treinta mil hombres en cortar madera y prepararla, enviándose sucesivamente diez mil cada mes al monte Libano; ochenta mil en labrar la piedra; sesenta mil en llevar las cargas y tres mil

seiscientos en dirigir los trabajos. Todas las piedras se cortaban y labraban fuera del recinto de las obras, de modo que cuando eran llevadas á él, no había que hacer otra cosa sino colocarlas; de suerte que mientras se construyó el templo no se oyó en el lugar donde se edificaba ni el ruido del hacha ni el del martillo.

Empezaron á echarse los cimientos de este magnífico edificio durante el cuarto año del reinado de Salomón, cuatrocientos años después de la salida de los israelitas de Egipto, invirtiéndose en su construcción siete años. Sirvió de modelo el mismo tabernáculo que Moisés había elevado en el desierto y cuyo plan fué dado por el mismo Dios; pero con arreglo á la mayor extensión de la obra, las partes de que se componía eran más espaciosas y ricas; dichas partes eran cuatro: *el Atrio de Israel, el Atrio interior, el Santo y el Santo de los Santos.*

El Atrio de Israel era un vasto patio rodeado de galerías, en las que había edificios destinados á la habitación de los sacerdotes y para custodiar los tesoros del templo y los vasos sagrados que servían para el culto de Dios. Se llamaba *Atrio de Israel* porque todos los israelitas podían entrar en este primer recinto del edificio.

El Atrio interior, era otro patio un poco más pequeño que el anterior, pero igualmente rodeado de galerías y edificios; sólo tenían entrada en él los sacerdotes; en medio se hallaba *el Altar de los holocaustos.*

tos y un gran receptáculo de bronce que contenía el agua necesaria para las purificaciones: en este mismo recinto se quemaba la carne y la grasa de las víctimas que se sacrificaban.

El Santo se hallaba más allá del *Atrio interior* y era un recinto en cuyo centro había un *altar de oro*, llamado de *los perfumes*, porque en el día y noche se quemaban sustancias aromáticas y sobre la mesa del mismo se hallaban colocados diez candelabros de oro, divididos en distintos brazos, los que sostenían lámparas también de oro, que el gran sacerdote debía de conservar constantemente encendidas. También había diez mesas del repetido metal donde se colocaban *los panes de proposición* en número de doce y sin levadura, los cuales se renovaban todas las semanas y después de retirados sólo podían consumirlos los sacerdotes.

Por último, *el Santo de los Santos* era la parte del templo más sagrada y más terrible; un velo la cubría separándola de las demás y poniéndola á cubierto de miradas profanas é indiscretas. Todo *el Santo de los Santos* estaba cubierto de oro finísimo, en el que se custodiaba *el Arca del Señor*, y el gran Sacerdote no penetraba allí más que una vez al año. Todas estas grandísimas construcciones formaban como una gran ciudadela, cuyo conjunto era lo que recibía el nombre de Templo de Jerusalem.

Si no puede menos de admirarnos tanta magnificencia y riqueza desplegada en las diversas partes

del edificio que sólo rapidísimamente hemos descrito, nuestra admiración subirá de punto al conocer el lugar donde se construyó aquella hermosa fábrica, verdadera maravilla del mundo. Según el historiador Josefo, que llegó á ver los terraplenes sobre los que se había construído el edificio, éste se levantó sobre el monte Moriach, y para poder dar extensión á las obras, dispuso Salomón rodear con un muro la altura de la montaña, cuyo declive peligroso se inclinaba á la parte oriental de la ciudad. El pie de este muro se sostenía con otro, tanto por aquella parte, como por la meridional, donde el valle es muy profundo y cuyo segundo muro, unido al superior, estaba formado de piedras grandísimas sujetas unas á otras con hierro y plomo, subía hasta las cumbres del monte y terraplenando los huecos se formó una explanada cuadrada de un estadio (1) de longitud por cada lado; teniendo en la parte oriental un doble pórtico en frente de la portada del templo. Y si esta noticia de Josefo pudiera ponerse en duda, teniendo en cuenta la antigüedad del historiador, Manudrell, viajero que hace poco más de un siglo visitó aquellas ruinas, nos dirá corroborando el testimonio del primero, vió en medio del monte Moriach grandes bóvedas que se extienden cincuenta varas bajo de tierra, formando dos alas y sostenidas por columnas de una sola piedra y de dos

(1) Medida equivalente á ciento veinticinco pasos, ó sea la octava parte de una milla, que son mil pasos.

varas de diámetro, cuya obra asegura era creencia general se había hecho para ensanchar el sitio donde se fabricó el templo (1).

En vista de esta grandiosidad y de las incalculables sumas que se invirtieron en aquellas magníficas construcciones, la incredulidad moderna no vacilaría en censurar á Salomón, por este que llamarían despilfarro, como censura hoy todo lo que se gasta en el culto de Dios, con el pretexto de que sería mejor invertir esas cantidades en provecho de los desgraciados: reflexión que sin embargo no ocurre á los incrédulos cuando se trata de edificar lugares de disipación y vicio, ó de derrochar sumas considerables en satisfacer los placeres de los sentidos. Pero á todas sus declamaciones podemos contestar con Santo Tomás, que para dar á los hombres una idea elevada de Dios es indispensable el auxilio de la pompa exterior, porque lo mismo tratándose de sabios que de ignorantes, de civilizados que de salvajes, no hay sino hacérsela concebir mediante los sentidos, y jamás podrían tenerla de la Divinidad si no se la ofrecen homenajes pomposos. En una palabra, la magnificencia del culto exterior demuestra nuestro respeto á Dios, sirve para que podamos conocerle en cuanto es posible á nuestra débil y limitada inteligencia y para

(1) Para obtener mayores detalles sobre el particular, véase la obra *Vindicias de la Santa Biblia*. Libro III de los Reyes. Nota III, párrafo 11.

reconocer que todos los bienes provienen del Señor. Los más sabios de entre los protestantes conocen las deplorables consecuencias de su culto sin pompa, incapaz de engendrar otras ideas que las de ateísmo é irreligión. Además, bien sabido es que todos aquellos que más vociferan contra la grandiosidad de los templos y la magnificencia del culto, con el pretexto de los pobres, no son de los que se distinguen en socorrerlos: es que los creyentes quieren la Religión con grandeza porque la aman; los incrédulos la desean empequeñecida porque la odian.

CAPÍTULO XXVI (Año del mundo 3001)
(Antes de J. C., 999)

**Dedicación del templo
y fin del reinado de Salomón.**

Salomón, obrando rectamente como sabio y piadoso rey, no tan sólo quería edificar un grandioso templo al Señor, sino que también deseó celebrar su dedicación con gran magnificencia. Duraron las fiestas catorce días, pues se juntaron á ellas las de *los Tabernáculos*. Para celebrarlas se reunieron en Jerusalén todos los ancianos y jefes de tribu con un numerosísimo concurso de pueblo. Los sacerdotes llevaban el Arca de la Alianza, marchando delante el gran Pontífice Sadoc con otros ciento cincuenta sacerdotes que llenaban el espacio con el sonido de las trompetas sagradas. Detrás seguía el rey con toda su corte, y por

último, con el mayor orden, innumerable multitud de pueblo. De tiempo en tiempo la procesión se detenía; entonces, acompañados de instrumentos musicales, varios coros cantaban las alabanzas del Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob y se sacrificaban víctimas al Señor.

Cuando llegaron al templo y el Arca fué colocada en el *Santo de los Santos*, el Omnipotente quiso hacer uno de aquellos prodigios con que se complacía en demostrar su amor á su pueblo: una nube milagrosa, saliendo del *Santo de los Santos*, se esparció por todo el lugar sagrado, en términos que los sacerdotes no podían ejercer las funciones de su ministerio. Entonces el rey se postró humildemente en la tierra, y confesando las grandezas del Altísimo, rogó con fervor al Dios de las misericordias por aquel pueblo que le había confiado. Su oración fué oída y en prueba de ser gratos al Señor aquellos homenajes, la nube se hizo luminosa; un fuego voraz que descendió del Cielo consumió en un instante las víctimas extendidas sobre el altar, y todo el pueblo, humillado con la frente en el suelo, prorrumpió en alabanzas al Omnipotente, que de un modo tan sensible se complacía en comunicar con sus criaturas (1).

La reputación de Salomón se extendió bien pronto por todo el Oriente. La reina de Saba vino á visitar

(1) Los Reyes. Libro III. Cap. VIII.

al monarca hebreo y quedó deslumbrada del fausto y magnificencia de que le vió rodeado, á la vez que llena de admiración de la sabiduría con que el rey le resolvió las más difíciles cuestiones que le propuso. Esta gloria á que se vió elevado Salomón fué el escollo que puso en peligro su inocencia. En los últimos años de su reinado tuvo la desgracia de prevaricar, arrastrado por los halagos de la sensualidad. Llegó á tener más de setecientas esposas, lo que no sólo constituía una infracción de la ley, que si bien toleraba la poligamia, no con aquel exceso, sino que también, siendo muchas de sus mujeres de países infieles, arrastraron al rey al abominable pecado de la idolatría, no vacilando en ofrecer incienso á los dioses falsos el que tanto había procurado el esplendor del culto del verdadero Dios. Ejemplo terrible que nos enseña cuán en guardia debemos estar para con nuestras pasiones y cuán necesitados de los auxilios del Cielo para perseverar, aunque hayamos practicado los mayores actos de virtud en el curso de nuestra vida.

El Señor, justamente irritado por los desórdenes de Salomón, le envió un profeta para anunciarle que su reino sería dividido, dándose una parte á uno de sus servidores; si bien atendiendo á los méritos de David esta desgracia no tendría lugar en su reinado, sino en el de su hijo. Sin embargo, Dios, uniendo como siempre la misericordia á la justicia, quiso que

á esta amenaza acompañara una esperanza consoladora, pues el profeta, en nombre del Altísimo, prometió además al rey siempre quedaría una tribu, en la que se conservaría como una lámpara que brillara delante de David, es decir, un destello de su raza, en cuya tribu se adoraría siempre el santo nombre de Dios (1): cuyas palabras envuelven una nueva promesa del Mesías, descendiente de David, de la tribu de Judá.

Salomón murió tras de cuarenta años de reinado. Se ignora si se arrepintió de sus culpas antes de comparecer ante el tribunal de Dios. Su prevaricación es por desgracia cierta, pero su penitencia es dudosa: algunos opinan que el libro del *Eclesiastés* es la manifestación de su arrepentimiento; si lo fué, el dolor de sus pecados no tuvo los caracteres del de David, su padre. Respetando los sabios y profundos juicios del Altísimo respecto á la suerte eterna de este príncipe, concluiremos diciendo que su caída nos enseña la fragilidad de la humana naturaleza y reconociendo que Salomón tuvo también la gloria, lo mismo que su padre, de prefigurar al Mesías prometido, pero con la diferencia de que en David se nos muestra la imagen de Jesucristo perseguido, padeciendo y muriendo y en Salomón el Redentor aparece triunfante y glorioso, ejerciendo su imperio sobre las naciones todas, á las cuales arrancó del poder del demonio.

(1) Los Reyes. Libro III, Cap. XI. Vers. 41 y siguientes.

QUINTA ÉPOCA
DESDE LA DEDICACIÓN DEL TEMPLO DE JERUSALÉN, HASTA
LA VUELTA DE LA CAUTIVIDAD DE BABILONIA

CAPÍTULO I.

Los Profetas. El cisma de Israel.

Para poder formar una justa idea de los acontecimientos que se desarrollan en esta quinta época de la *Historia Sagrada*, es indispensable lo primero, que nos ocupemos de los profetas, explicando sus vaticinios y el objeto principal de ellos, dando después una ligera noticia de los sucesos que tuvieron lugar en las demás naciones, que no formando parte del pueblo de Dios, influyeron sin embargo en la historia de este último y en los hechos providenciales encaminados á preparar el reinado de Nuestro Señor Jesucristo, objeto y fin del *Antiguo Testamento*.

Desde el pecado de nuestros primeros padres, Dios, como hemos visto, no cesa de prometer al hombre un Redentor y como las imágenes y las figuras son los medios más adecuados para la instrucción de la infancia, el Padre celestial habla con el lenguaje de aquéllos á los hombres, no instruídos todavía suficientemente para atender otras explicaciones; de esta suerte, multiplicando las figuras, les enseña la más

sublime verdad de la Fe, la venida del Redentor prometido. Pero los diferentes rasgos del Mesías, esparcidos en los distintos personajes que lo simbolizan en *el Antiguo Testamento*, pueden compararse á rayos de luz velados por sombras más ó menos densas, rayos de luz que difundiendo sólo una tenue claridad, únicamente iluminan de un modo confuso los objetos; por manera que las figuras del Mesías, sólo dan una idea vaga del Libertador futuro; y como el Eterno Padre quiere que la filiación de su Hijo Unigénito sea tan clara y tan característica, como circunstanciada, para que sea imposible confundirle con otro á menos de ceguedad voluntaria, las sombras se desvanecen y la luz irradia vivísimos fulgores mediante los vaticinios de los profetas.

Eran éstos unos hombres á quienes Dios se servía revelar los secretos del porvenir y poniendo ante sus ojos al Redentor, les mandaba darlo á conocer con tal precisión que fuera muy fácil distinguirlo entre todos. Cuando el Espíritu Santo descendía sobre ellos no se arrebataban como los sacerdotes de los falsos dioses, poseídos del espíritu de las tinieblas, sino que pacíficos y tranquilos hablaban anunciando el porvenir, obedeciendo los mandatos que el Señor les dictaba. Por lo regular vaticinaban dos sucesos, uno remoto, el cual era el que se refería á alguna circunstancia de la vida del Mesías y otro próximo, cuyo acontecimiento pudiera ver la misma generación que escu-

chaba la profecía: la realización del acontecimiento cercano respondía de la verdad del que había de verificarse mil, setecientos ó cuatrocientos años después. De esta suerte y como todas las circunstancias del Nacimiento, Vida, Muerte, Resurrección y triunfo de Nuestro Señor, han sido manifestados por vaticinios más claros que el Sol, como todos ellos precedieron á su venida y se hallan en manos de los judíos, enemigos irreconciliables de los cristianos, que sin embargo del interés que aquéllos debían de tener en hacerlo, no niegan dichos vaticinios, sino que por el contrario sostienen su autenticidad, se sigue claramente, que ellos prueban sin replica la verdad de la Religión del Crucificado y convencen á los judíos de ceguedad voluntaria y obstinación al no reconocerle por el Mesías prometido.

Según ya hemos dicho, los profetas se dividen en dos clases, unos que escribieron sus profecías y otros que no las escribieron, subdividiéndose además los primeros en mayores y menores, según el más ó menos número de escritos que se conservan de ellos; (1) á lo expuesto añadiremos ahora que los profetas que no escribieron son únicamente cuatro. *Natam, Gad, Elías y Eliseo*. En la imposibilidad de exponer los vaticinios de todos los profetas, pues para ello tendríamos que salir de los límites de un *Compendio de His-*

(1) Véase la parte preliminar. Cap. II.

toria Sagrada, que es lo que nos proponemos escribir, hablaremos sólo de aquellos cuya vida y profecías tienen una relación más íntima que la de los demás con los sucesos que constituyen la *Historia del pueblo de Dios*. Pero antes veamos los acontecimientos que se verifican á la muerte de Salomón, así como también los que tuvieron lugar en otras naciones y que influyeron en Israel.

Salomón en los últimos años de su reinado abrumó á sus súbditos con grandes impuestos, por lo que el pueblo pidió á su hijo y sucesor Roboam, los disminuyera; pero como lejos de acceder á ello, amenazó con aumentarlos, estalló una sublevación general, que dió por resultado separarse diez tribus de la obediencia de Roboam, constituyéndose en reino independiente, con el nombre de Israel, eligiendo por monarca á Jeroboam, hijo de Nabath, siervo que había sido de Salomón, quien constituyó la capital de su reino en la ciudad de Sichein, permaneciendo sólo fieles á Roboam las diez tribus de Judá y Benjamín, con el nombre de reino de Judá. De esta suerte se cumplió el vaticinio hecho á Salomón en nombre de Dios, de que en castigo de sus crímenes su reino sería dividido.

Fijándonos ahora en los acontecimientos que tuvieron lugar en otras naciones y su relación con los que se desarrollaron en el pueblo de Dios, comprendemos que así como las figuras y las profecías anunciaban al Mesías prometido, así también los sucesos

políticos del mundo, cooperaron á que los pueblos todos de la tierra, sin excepción, pudieran ir un día á los pies de Jesucristo.

En efecto, desde la fecha en que tuvieron lugar los acontecimientos de la *Historia Sagrada*, de que acabamos de ocuparnos, hasta la venida del Redentor, se constituyen, con independencia del pueblo escogido, cuatro grandes monarquías, también anunciadas por los profetas como sucesos próximos que corroboraban sus vaticinios lejanos y muy especialmente profetizadas por Daniel, como veremos en breve. Estas monarquías ó imperios fueron el de los asirios, después el de los persas, luego el de los griegos y finalmente el de los romanos. El imperio de los asirios ó de Babilonia, sirve en el plan de la Providencia para obligar á los judíos á conservar intacto el depósito de la promesa del Libertador, su memoria y el culto del verdadero Dios; el de los persas prepara el nacimiento del Mesías en la Judea y realiza el cumplimiento de las profecías, según las cuales el Salvador debía de entrar en el segundo templo; el de los griegos facilita el establecimiento del reinado de Jesucristo, ya extendiendo de Oriente á Occidente la lengua en que debía de anunciarse el Evangelio, ya diseminando á los judíos por el mundo, ya dando universalmente á conocer los libros santos mediante su traducción, á la vez que con ella se precaba puedan ser alterados por los judíos, y por último el de los ro-

manos sirve para allanar los obstáculos que pudieran oponerse á la predicación del Evangelio, destruyendo las barreras que separaban unos pueblos de otros y abriendo amplias sendas de comunicación en toda la superficie de la tierra. ¡Admirable filosofía de la Historia! ¡Admirable demostración del plan de la Providencia en los destinos de los pueblos, y que, como dice un docto escritor, hace que toda aquella pueda reasumirse en estas tres palabras: *todo para Jesucristo, Jesucristo para el hombre y el hombre para Dios!*

Hechas estas sucintas indicaciones, prosigamos la narración de la *Historia del pueblo hebreo*, en la que ya encontramos á los profetas Elías y Elíseo, primeros de estos hombres inspirados de que debemos ocuparnos.

CAPÍTULO XVII. (Año del Mundo 3089)
(Antes de J. C. 911)

Los Profetas Elías y Elíseo.

Temeroso Jeroboam de que las diez tribus separadas se unieran á sus hermanos de Judá, prohibió á sus súbditos sacrificaran en Jerusalén y erigió dos becerros de oro, á los cuales hizo adorar como dioses de Israel; conservó, sin embargo, la ley de Moisés, aunque interpretándola á su antojo, y de esta suerte añadió el desgraciado rey el cisma á la impiedad.

Como era consiguiente siguió á la idolatría la más espantosa abominación, que llegó á su colmo en el

reinado de Achab y de su esposa Jezabel, hija del rey de los sidonios, idólatra y tan altiva y cruel como su esposo: ambos, no contentos con añadir pecados á pecados, perseguían á los siervos del verdadero Dios, privándoles de la vida. El Señor entonces ilustró con su espíritu á Elías, quien notificó al rey la orden del Altísimo de que no llovería en tres años y medio. Tan espantosa sequía produjo un hambre desoladora, durante la cual Elías fué alimentado primeramente de un modo milagroso en el desierto, mediante unos cuervos que todos los días le llevaban pan, y después por una virtuosa mujer de Sarepta, á la que en recompensa de su hospitalidad, el profeta multiplicó una corta provisión de harina y aceite, única cosa que poseía y después resucitó también al hijo de su huésped, que falleció mientras el profeta permanecía aún en su morada.

Cuando transcurrió el plazo marcado por Dios para levantar el castigo que pesaba sobre Israel, Elías se presentó intrépidamente á Achab y le mandó congregase á todo el pueblo en la montaña del Carmelo. Luego que así se hubo verificado, el profeta increpando duramente á todos su idolatría y sus crímenes, mandó traer dos bueyes é intimó á todos los sacerdotes del ídolo Baal, que en número de cuatrocientos cincuenta también estaban presentes, eligieran uno de los dos animales, lo sacrificaran y lo colocaran sobre leña, haciendo él lo mismo con el otro y según consiguieran que el fuego del Cielo consumiera la víctima, así se

conocería cuál fuese el verdadero Dios, si Aquel de quien él era profeta, ó Baal. Aceptaron la proposición los sacerdotes de la falsa divinidad, y extendiendo uno de los bueyes sobre el altar, inútilmente clamaron á Baal, desde la mañana hasta la noche, apostrofándolos Elías diciéndoles, levantarán más el grito, pues sin duda el dios estaba comiendo ó durmiendo y por eso no los oía. En vano también los mismos sacerdotes se hicieron incisiones, según sus ritos impíos: el fuego del Cielo no consumía la víctima.

Entonces el profeta hizo construir un altar con doce piedras en memoria de las doce tribus de Israel, extendió la víctima sobre el dicho altar, hizo para más patentizar el milagro derramar una gran cantidad de agua sobre el altar y el buey, en términos de correr en torno de ambos, é invocando al Dios de Abraham, Isac y Jacob, inmediatamente cayó una lluvia de fuego, que consumió el holocausto, la leña y el altar, evaporando también el agua derramada sobre ellos.

Asombrado el pueblo confesó no había otro Dios verdadero que el Dios de Israel, y Elías se aprovechó de tan buenas disposiciones para mandar prender á los sacerdotes de Baal y que llevándolos cerca del torrente Cisón, sufrieran la muerte, como justo castigo de su sacrilegio y profanaciones; anunciando después al rey que en breve descendería benéfica lluvia sobre la tierra, como en efecto se verificó (1).

(1) Los Reyes. Libro III. Cap. XVIII. Vers. 17 y siguientes.

Elías, después de haber obrado otros varios milagros, mereció la honra de que el Señor le arrebatara al Cielo en un carro de fuego, pero dejando antes su doble espíritu de profecía á su discípulo Elíseo.

El impío Achab murió en un combate atravesado de una saeta, y poco después su esposa Jerabel cayó precipitada desde una ventana, siendo su cadáver comido por los perros. La idolatría continuó á pesar de la muerte de aquellos execrables monarcas, lo mismo en el reinado de Ochozías, primer hijo de Achab, que en el de Jorám, hermano de aquél, si bien este último no fué tan impío como sus padres. Durante todo este tiempo el indicado profeta Elíseo no cesaba de combatir la idolatría y de amenazar con terribles castigos á los israelitas idólatras, acreditando la verdad de la misión que Dios le había confiado, con repetidos milagros, entre los que podemos citar el obrado en favor de Jorám, que aliado con Josafat, rey de Judá, salió á campaña contra los moabitas y faltando agua á las tropas, Elíseo hizo vinieran por el camino de Idumea, caudalosos raudales de agua, con lo que pudo apagar su sed el ejército sediento, haber resucitado como Elías, un hijo de una pobre mujer de Suná y curar milagrosamente de su lepra á Naamán, general de las tropas del rey de Siria.

Empero á pesar de los esfuerzos del profeta y de los milagros que acreditaban su misión, el pueblo, aferrado al culto de los ídolos, rodaba más y más por la pen-

diente de los crímenes, apresurando así el momento de su castigo; pero el Señor, cuya misericordia es infinita, hizo aun apareciera en el reino idólatra y cismático de Israel, otro profeta, que á la vez de ostentar el don de conocer el porvenir, tuvo la gloria de ser la última y una de las más bellas figuras del Mesías, constituyendo como una transición entre las figuras y las profecías: dicho profeta fué Jonás.

CAPÍTULO III. (Años del mundo 3197)
(Antes de J. C. 803)

El profeta Jonás.

Este profeta, iluminado por el Espíritu-Santo, después de exhortar por largo tiempo á los israelitas á que renunciaran á los falsos dioses, amenazándoles con terribles castigos de parte de Dios, si persistían en su mal obrar, no teniendo resultado alguno sus predicaciones, recibió el mandato del Señor, de pasar á Nínive y anunciar entre los gentiles que poblaban aquella magnífica ciudad de Asiria, sufrirían el azote de la Justicia Divina, si no se apartaban de sus iniquidades, convirtiéndose á verdadera penitencia. La comisión pareció peligrosa á Jonás; temió que Dios en su misericordia no realizara los terribles castigos que le mandaba vaticinar y que la falta del cumplimiento de esta amenaza redundara en desprestigio de a persona del profeta, poniendo en peligro su vida; y

pudiendo en él mas la pasión del temor que la virtud de la obediencia, en lugar de cumplir las órdenes del Omnipotente, lejos de partir para Nínive, se embarcó en un navío que salía de Jope, puerto de mar en la costa de los filisteos, para dirigirse á Tarsis, como si de esta suerte, pudiera huir de la presencia de Dios. Pero en vano quería alejarse del Señor, el Señor estaba con él y no bien se hizo á la vela la embarcación, se suscitó una tan desecha borrasca, que temiendo perecer lo mismo los marineros que los pasajeros, determinaron echar suertes, para conocer si entre ellos había alguno que por sus delitos provocara el enojo de Dios. La suerte recayó sobre Jonás, que confesando su desobediencia al Señor, propuso le arrojaran al mar como único medio de calmar la tormenta y salvarse la nave y las personas que conducía. Los compañeros de Jonás se negaron al pronto á ejecutar un acto de crueldad semejante; pero creciendo el peligro, aunque con repugnancia se decidieron á verificarlo y lanzaron al profeta en medio de las irritadas ondas, que inmediatamente calmaron su furor, reemplazando la serenidad á la borrasca.

El Omnipotente dirigió entonces al paraje donde Jonás había caído un pez de extraordinaria magnitud, el cual se tragó al profeta, quien permaneció vivo tres días, sin sufrir daño alguno en el vientre del monstruo, el cual, obediente á las órdenes de su Criador, cuando pasó aquel plazo le vomitó completamen-

te ileso sobre la playa (1). Ordinariamente se dice fué una *ballena* el instrumento de este milagro, pero algunos fundados en que dichos cetáceos tienen la garganta muy estrecha, haciendo imposible que pase por ella un hombre, se inclinan á creer fuera un *can marino* ó una *lamia*, cuya garganta es mayor y pudo permitir el paso de Jonás. La cuestión en nuestro sentir es completamente accidental: *la Sagrada Escritura* no da nombre al pez y sólo le califica de *grande*, pudiendo ser lo mismo una *ballena*, que cualquiera otro, pues para el que pudo sacar el monstruo de la nada y conservar en su vientre la vida de Jonás, lo mismo había de serle uno que otro cetáceo.

Jonás, después de dar humildes gracias al Altísimo, á quien no había dejado de invocar desde el fondo de su animado sepulcro, con fervorosa plegaria, partió con diligencia á Nínive, donde conforme á los mandatos recibidos, predicó por las calles y las plazas, que dentro de tres días la ciudad sería destruída en castigo de sus maldades; y tan feliz éxito logró con sus amenazadoras palabras, que todos los moradores de la ciudad, desde el rey Sardanápalo, hasta el más humilde de los ciudadanos, pidieron al Señor perdón de sus pecados, entregándose al ayuno y á las mortificaciones de la más austera penitencia, con lo que lograron aplacar el enojo de Dios.

(1) Profecía de Jonás. Cap. II.

Era Jonás uno de esos hombres severos, que tienen poca compasión de los culpables y al considerar que Nínive no era castigada, como había pronosticado, lo juzgó una afrenta para él y clamó al Señor pidiendo le quitase la vida. El Padre de la misericordia quiso corregir el celo indiscreto de su siervo, pero con bondad. Albergábase el profeta bajo de un ramaje, que por estar seco no le preservaba de los rayos del sol y Dios hizo nacer en una noche una frondosa hiedra, que proporcionándole grata frescura, motivó prorrumpiera en aclamaciones de alegría y de reconocimiento. Pero á la noche siguiente un gusano corroyó la raíz de la planta, la hiedra se secó y los rayos del astro del día volvieron á caer á plomo sobre la cabeza de Jonás y unidos á un calor insoprible producido por un viento abrasador, le hicieron padecer de tal manera, que volvió á clamar pidiendo la muerte. El Señor entonces no tan sólo corrigió su impaciencia, sino que reprendió su severidad diciéndole: *según tu deseo yo debia haber conservado esa planta para preservarte del calor que te abrasa y no quieres que perdone á Ninive, cuya ruina tú has vaticinado, á pesar de que en ella hay ciento veinte mil niños que no saben distinguir la mano derecha de la izquierda.* (1)

Jonás entonces volvió en sí, reconoció su falta y

(1) Profecía de Jonás. Cap. 1V. Vers. 9 y siguientes

Dios que sólo deseaba enseñarlo lo perdonó bondadosamente, volviendo á emprender el profeta el camino de Israel, siendo, como queda dicho, además de nuncio por sus vaticinios, la última y la más bella de las figuras del Mesías, á quien prefiguró saliendo triunfante de su sepulcro después de tres días de enterrado, cuando el pez le arrojó vivo en la playa, después de conservarle otros tres días en su vientre. El mismo Salvador en su vida pública se valió del ejemplo de Jonás para reprender en una ocasión la incredulidad de los judíos.

CAPÍTULO IV. (Año del Mundo 3286)
(Antes de J. C., 714)

Historia de Tobías.

Como á pesar de los profetas que predicaron la necesidad de la penitencia en Israel, este reino se mantuvo en sus abominaciones é iniquidades; después de doscientos cincuenta y cuatro años, el Señor llamó por fin como instrumento de su Justicia á Salmana-sar, rey de Asiria, quien después de un sitio de tres años tomó á Samaria y se llevó las diez tribus cautivas á Nínive. Los asirios fueron, pues, los que castigando á Israel, como también á Judá, por olvidar la gran promesa del Redentor y entregarse á la idolatría, sirvieron á la vez de medio para realizar una providencial misión. Ellos creyeron llevar á Nínive

un pueblo de cautivos y llevaron una legión de misioneros, que al esparcirse entre las naciones del Oriente, despertaban el recuerdo y el conocimiento del Libertador en ellos, contribuyendo así á preparar el gran reinado de Jesucristo.

Uno de los israelitas cautivos en Nínive excitaba á sus hermanos á publicar las glorias y las grandezas de Dios entre los infieles, para que todos supieran que no había otro Dios más que Él. Dicho santo varón fué Tobías, cuya historia, que constituye uno de los más bellos episodios de los *Libros sagrados*, vamos á referir brevemente.

Tobías, de la tribu de *Nefalí* y de la ciudad del mismo nombre, situada en la parte superior de la alta Galilea, se hallaba casado con Ana, de la cual tuvo un hijo á quien puso su mismo nombre. Siempre se distinguió por su piedad, no dejándose arrastrar del torrente de la idolatría que asolaba todo Israel; antes al contrario, se ejercitaba en toda suerte de virtudes. Conducido como cautivo á Nínive con su esposa y su hijo, consiguió por sus bellas cualidades el favor del monarca asirio Salmanasar, el cual le regaló diez talentos de plata (1), autorizándole además para que fuera con libertad por todas partes.

El santo hombre, utilizando estos beneficios en pro-

(1) Tobías. Cap. I. Vers. 16 y siguientes. Aunque á ciencia cierta se desconoce el valor del talento, puede calcularse que diez equivalen á cinco mil pesetas de nuestra moneda,

vecho de sus semejantes, prestó dicha suma á Gabelo, residente en Rajés, ciudad de los medos, donde había sido trasportada una parte de los cautivos de la misma tribu que él, y el cual necesitaba un pronto socorro, y aprovechando el permiso que se le había concedido de transitar libremente, empleaba su tiempo en visitar, consolar y alentar á sus compañeros de cautiverio, repartiendo con ellos los escasos medios de que podía disponer.

Muerto Salmanasar, Senaquerib, su sucesor, persiguió furiosamente á los israelitas, mandando matar una multitud de ellos y dejando sus cadáveres insepultos. Tobías, despreciando la prohibición y sabiendo debe de obedecerse á Dios antes que á los hombres, enterraba los muertos de su nación, siendo por ello sentenciado á muerte por el rey y confiscados todos sus bienes, teniendo que mantenerse oculto hasta la muerte de Senaquerib.

Un día, volviendo á su casa muy fatigado de cumplir sus penosas tareas, se acostó al pie de un muro y se quedó dormido, en ocasión de que, cayendo desde lo alto de aquél y sobre sus ojos, un poco de estiércol de golondrinas, le hizo perder la vista, quedando reducido á vivir de la pequeña ganancia que le proporcionaba el trabajo de su esposa Ana. Esta y sus parientes, semejantes á los de Job, se burlaban de la resignación y de las esperanzas de Tobías, pero á pesar de ello él continuaba sufriendo y esperando.

A tal punto llevaba su honradez el piadoso israelita, que sintiendo balar dentro de su morada á un cabrito que Ana había adquirido como precio de su trabajo; ignorante Tobías de la procedencia del animal, creyó que por un acaso se había introducido en su casa y mandó que inmediatamente se informaran de quien era su dueño para devolvérselo: conducta delicada y escrupulosa que sin embargo exacerbó á la esposa de aquel hombre honrado, haciéndola prorumpir en acres censuras contra él y hasta en quejas contra la Providencia.

Desprovisto el virtuoso Tobías de todo consuelo humano y creyendo estar próxima su última hora, llamó á su hijo y dándole los más saludables consejos, en orden á los deberes que tenía de permanecer fiel á Dios y ejercitarse en la caridad para con sus semejantes, le habló también de la deuda de los diez talentos que Gabelo el de Rajés tenía contraída con él y de la necesidad de que cuanto antes se pusiera en camino para dicha ciudad, á fin de devolverle el recibo y recoger la expuesta suma al deudor, para atender con aquel modesto capital á las necesidades de la familia, que cada día más y más se dejaban sentir.

El joven Tobías, ignorando el camino de Rajés, salió para buscar algún israelita que se prestara á guiarlo, deseoso de obedecer á su padre y en breve encontró un joven de aspecto simpático, que se brin-

dó á acompañarle. Era un ángel del Señor, mediante el cual, Dios se disponía á recompensar la constancia y la fidelidad de su siervo.

Partieron ambos viajeros, no sin que Ana, como madre, protestara de la separación de su hijo, y en la pimera jornada llegaron á orillas del *Tigris*, donde queriendo Tobías lavarse los pies, de pronto un pez monstruoso, saliendo de las aguas, se le avanzó pretendiendo devorarle, por lo que dió voces impetrando el auxilio de su compañero (1). El Ángel le mandó cogiera sin temor el pez de las aletas y sacarle á la orilla; obedeció Tobías y en breve vió al animal palpitante á sus pies. Por consejo también del Ángel separó el corazón, la hiel y el hígado del pescado y asando su carne hicieron provisión para todo lo restante del camino.

En breve llegaron á una importante ciudad de la Media, donde habitaba Raguel, próximo pariente de Tobías, en cuya casa se hospedaron y á cuya hija, por nombre Sara, pidió aquél á su padre en matrimonio también por consejo del Ángel. Siete veces había pretendido casarse aquella joven y otras tantas sus maridos habían sido muertos por el demonio, porque no eran santas sus miras al contraer el enlace, por lo que Raguel se aterró de la proposición de su

(1) Según las relaciones de los viajeros existen en el *Tigris*, peces monstruosos tan grandes como un hombre y la boca redonda como la de un cañón.

pariente; pero habiéndolos tranquilizado á todos el Ángel, exhortándolos á permanecer en la inocencia y en la oración durante los tres días siguientes á las bodas, el matrimonio se celebró. Por consejo del mismo Espíritu celeste colocaron también la noche del desposorio un pedazo del hígado del pez sobre carbones encendidos, poniéndose á orar ambos esposos y entonces el celestial enviado, *encadenó al espíritu maligno en el desierto del Egipto superior*. (1)

Naturalmente considerados estos hechos, claro es que ningún poder sobrenatural pueden tener los hígados quemados de un pez sobre las potestades infernales; pero este pasaje de la *Escritura santa*, debe entenderse en el sentido de que Dios quiso valerse de estas cosas naturales, como signos de la demostración de su poder; de la misma manera que en los Sacramentos de la ley de Gracia, las señales sensibles que los constituyen son medios transmisores de aquella que el Señor derrama en el alma de quien los recibe con las disposiciones necesarias, cuya gracia, por consiguiente, no está en los signos, sino en Dios, que se vale de esos medios para derramarla sobre los hombres, como pudo valerse de otros. De la misma manera, las palabras *encadenar al espíritu maligno en el desierto del Egipto superior*, deben entenderse en el sentido de que el Omnipotente impidió al

(1) Tobías Cap. VI. Vers. 16 y siguientes y Cap. VIII. vers. 1 y siguientes.

demonio hacer uso de su poder, limitándolo al desierto, es decir, adonde no podía dañar á nadie y prohibiéndole aproximarse á Sara y á Tobías. Durante los regocijos de la boda el Ángel partió á Rajes con la diligencia de un mensajero celestial y trajo á Gabelo, quien se alegró sobremanera de ver al hijo de su bienhechor y le entregó los diez talentos que era en deber, tomando parte con aquella dichosa familia en el festín que se celebraba.

Aunque con sentimiento Tobías se separó de sus suegros. Raguel dió á su hija la mitad de sus bienes consistentes en esclavos, vacas, camellos y gran cantidad de dinero y al separarse los unos de los otros, el Ángel recordó á Tobías no olvidara llevar consigo lo que restaba de la hiel del pez, partiendo juntos sin más dilación: pero como el viaje había de ser largo por el numeroso tren de criados y rebaños que conducían, el mismo Ángel propuso á Tobías adelantarse para calmar más pronto la inquietud en que habían de estar sus ancianos padres. Hiciéronlo así y con fundamento, pues Tobías y Ana calculando que el joven debiera ya haber regresado, se hallaban en el mayor desconsuelo. La madre vió desde lejos venir á su hijo y corrió hácia él, mientras el venerable padre hacía lo mismo, aunque luchando con los entorpecimientos de su ceguera. En breve los unos estuvieron en los bazos de los otros y siete días después llegó Sara con todas sus riquezas.

El primer cuidado de aquella piadosa familia, fué el de adorar y dar gracias á Dios. Tobías, por consejo del Ángel, frotó los ojos del anciano con la hiel del pez y á poco se desprendió de ellos una película blanca recobrando el anciano la vista. Habiendo dado de nuevo infinitas gracias al Señor por sus mercedes, se trató de la recompensa que merecía el fiel acompañante del joven, por cuya mediación habían recibido tantos y tan señalados favores del Cielo, y llamándole aparte, le ofrecieron la mitad de las riquezas adquiridas. Entonces el Espíritu celeste se dió á conocer y dijo al anciano: *cuando orábais con lágrimas, dábais sepultura á los muertos, privándoos para hacerlo hasta de vuestra comida y ocultábais los cadáveres durante el día, para enterrarlos por la noche, yo ofrecia vuestra oración al Señor, porque soy Rafael, uno de los siete Ángeles que están siempre en la presencia de Dios.* El padre y el hijo se postraron en tierra y el Angel continuó: *la paz sea con vosotros; no temáis; ya es hora de que vuelva al que me ha enviado; bendecid al Señor y publicad sus maravillas; y dicho esto desapareció.* (1)

Tobías vivió algunos años más y vió marchar á su hijo y á sus nietos por los senderos de la Justicia, enseñándonos su interesante historia, que Dios recompensa la virtud aun en la tierra.

(1) Tobías. Cap. XII. Vers. 12 y siguientes.

CAPÍTULO V. (Año del mundo. 3374)
(Antes de J. C., 626)

Historia de Judith. El cautiverio.

El reino de Judá, formado, como queda dicho, por solas la indicada tribu y la de Benjamín, siguió á la muerte de Salomón las vicisitudes y tuvo la misma suerte, que el reino de Israel, compuesto por las otras diez tribus, esto es, se apartó de los caminos del Señor, atrayendo sobre sí el castigo de verse dominado por los asirios. Durante el reinado de Roboán, hijo y sucesor de Salomón, Judá incurrió en el crimen de idolatría. Dios entonces suscitó contra Jerusalem á Sesac, rey de Egipto, que se apoderó de los tesoros del templo: por algún tiempo renunciaron los judíos el culto de las divinidades de piedra y de madera, pero después de algunos años, volvieron á incurrir en la idolatría, excitando el enojo del Omnipotente.

No le faltaron sin embargo advertencias; lo mismo que en Israel se oyó en Judá la voz de los profetas *Isaias, Jeremías, Oseas, Miqueas, Joel y Ezequiel*, con otros varios; clamaron incesantemente contra la corrupción de las costumbres y la necesidad de volverse á Dios; todos ellos amenazaron con los terribles castigos de la ruina de la ciudad y del templo, si el pueblo persistía en sus iniquidades y todos ellos también, como prenda de consoladora esperanza, vaticinaron la venida del Mesías, detallando las circunstancias de

su vida, pasión y muerte con tanta exactitud, que más bien parecían historiadores que profetas; Judá no les escuchaba y hasta llegó á privar de la vida á algunos de ellos, como sucedió con *Isaias* y *Jeremias*, por resistirse á oír sus fatídicos vaticinios. En vista de la obstinación del pueblo, el Señor llamó á Asur, como á instrumento de su Justicia, cumpliéndose de esta suerte los vaticinios de los sucesos próximos anunciados por *Isaias*, como prueba del cumplimiento de los más remotos. Los asirios, con Nabucodonosor á su cabeza, llegaron para cumplir su misión providencial, no siendo con toda su grandeza y poderío, más que instrumentos de la Justicia de Dios y de su sabia Providencia. Aquel pueblo estaba encargado por el Señor de impedir que los judíos olvidasen la gran promesa del Libertador, y antes al contrario la transmitieran entre las naciones gentiles y él cumplió su misión fielmente llevando los judíos cautivos á Babilonia, demostrando una vez más de esta suerte, la razón con que se define la Historia, *realización en el tiempo y en el espacio del plan eterno de Dios, mediante la libertad de su criatura inteligente.*

Durante la guerra que los asirios hicieron á los judíos, tuvo lugar el bellissimo episodio de Judith, que con el de Tobías ya referido y el de Esther, de que más adelante nos ocuparemos, constituyen tres de los más hermosos acontecimientos de *la Historia Sagrada*, demostrando el repetido de Judith, que ahora va-

mos á referir, no solamente que Dios no desecha jamás el corazón contrito y humillado, sino también que para confundir á los soberbios se vale de los medios más humildes. Con la victoria de Judith sobre Holofernes, se inició además la campaña de los asirios contra los judíos, que concluyó con la conducción en cautiverio del pueblo de Dios á Babilonia.

Holofernes, general del ejército asirio, compuesto de ciento veinte mil hombres á pie y doce mil arqueros á caballo, después de llevarlo todo á sangre y fuego, puso sitio á la ciudad de Betulia, desde donde amenazaba á Jerusalém y á Samaria á un mismo tiempo. Los judíos, llenos de consternación, imploraron los auxilios del Señor y por consejo del gran sacerdote Eliaquín, la penitencia y la oración fueron generales. Dios se compadeció de su pueblo y quiso que esta vez triunfaran como otras de sus enemigos, pero para demostrar que solo Él era el vencedor, determinó en sus altos designios, servirse como instrumento de victoria, de un ser más debil aún que David frente á Goliath, de una mujer, la cual fué Judith.

Era ésta de la tribu de Simeón, y habiendo quedado viuda muy joven y sin hijos, no quiso volver á contraer matrimonio, sino permanecer en el retiro entregada á la oración y á la penitencia, no obstante su juventud y su extraordinaria belleza. En aquellos santos ejercicios, Dios la inspiró el designio de salvar á Betulia y redoblando sus ayunos y sus plegarias,

después de encargar á sus convecinos, rogaran también por ella ante el Señor, se despojó de las vestiduras de duelo y se vistió sus mejores galas, que hacían resaltar su hermosura. Vestida y adornada salió de Betulia en compañía de una sirvienta, y penetró resueltamente en el campamento de Holofernes, solicitando le diese audiencia, con el pretexto de comunicarle en secreto los medios de rendir prontamente la ciudad.

Sorprendido el general asirio de la peregrina belleza de la joven, quedó completamente prendado de ella y determinó dar un banquete en su obsequio, el que aceptó Judith, á condición de no tocar por su parte á otros manjares, que á los llevados por ella misma, para no exponerse á infringir la Ley santa del Señor, comiendo viandas de los idólatras, que podían haber sido ofrecidas á los falsos dioses y solicitando á la vez el permiso de entrar y salir libremente en el campamento. Holofernes condescendió gustoso á estas peticiones. La noche del festín se entregó el dicho general á los excesos de una brutal alegría y completamente ébrio sus oficiales tuvieron que retirarle de la mesa y echarle en su lecho, donde quedó como una masa inerte.

Cuando los demás convidados y los sirvientes se retiraron, Judith imploró con toda su alma los auxilios del Dios de Israel y cerciorándose haber quedado sola en la tienda del general asirio, se aproximó con

su doncella al lecho donde aquél dormía el pesado sueño de la embriaguez. De una de las columnas que sostenían la cama, estaba pendiente la espada del guerrero asirio: la heroína la tomó en sus manos, una vez más invocó al Señor, y de un solo golpe cortó la cabeza del monstruo, la colocó en un saco que la sirvienta llevaba prevenido, salieron del pabellón y atravesando el campamento sin que nadie les pusiera obstáculo, conforme á las órdenes del jefe, tomaron el camino de Betulia. Despuntaba el día cuando llegaron á las puertas de la ciudad, y no bien sus moradores conocieron el suceso, cuando atacaron de improviso el campo asirio; sorprendidos los enemigos con lo brusco de la agresión corrieron á la tienda de su jefe, y al encontrar en ella un cadáver sin cabeza, el pánico se apoderó de todos, emprendiendo una vergonzosa fuga, y consiguiendo los judíos completísima victoria. Judith fué aclamada como *gloria de Jerusalém, alegría de Israel y consuelo de todo el pueblo* (1).

Esta heroína figuró en *el Antiguo Testamento* á la Santísima Virgen, que mediante el misterio de la Encarnación del Verbo en sus purísimas entrañas, por obra del Espíritu-Santo, cortó la cabeza del Holofernes infernal; por cuya razón la Iglesia católica con justicia aplica á la divina Señora el cántico con que los moradores de Betulia ensalzaron á Judith.

(1) Judith. Cap. XV. Vers. 10.

No obstante una prueba tan visible de la protección de Dios, Judá incurrió nuevamente en el pecado de idolatría; entonces el Señor, cansado de las maldades de su pueblo, lo entregó, en fin, en las manos de Nabucodonosor. Jerusalem fué tomada y destruída, el augusto templo, maravilla del mundo, reducido á un montón de escombros, y los judíos sujetos á la mísera condición de cautivos llevados á Babilonia, donde á su vez habían de llevar á cabo la misión providencial, que les estaba encomendada, esparcir entre los gentiles las verdades reveladas y las promesas del futuro libertador de los hombres.

CAPÍTULO VI. (Año del Mundo 3398)
(Antes de J. C. 620)

El profeta Daniel. Historia de Susana.

No se olvidó el Señor de su pueblo durante el cautiverio que sufrió bajo el poder de los asirios; una vez más suscitó entre los judíos cautivos profetas que como *Ezequiel* y *Daniel* les anunciaron para consolarles la consecución de su libertad, vaticinando también el advenimiento del futuro Mesías. Ocupémonos del último de aquéllos, que es también el postrero de los llamados profetas mayores, por la intervención que tuvo en los acontecimientos que constituyen la Historia Sagrada en la época del cautiverio del pueblo escogido en Babilonia.

Nabucodonosor quiso tener en su palacio algunos niños de la nación vencida, para enseñarles la lengua y las ciencias de los asirios. El empleado á quien se confió la elección de aquéllos, lo hizo inspirado por Dios en Daniel y tres compañeros suyos llamados *Ananias*, *Azarias* y *Misael* (1). Exactos cumplidores los cuatro de la Ley santa del Señor, rehusaron los alimentos que se les servían de la mesa del rey, por temor de que entre ellos hubiera algunos prohibidos, ú ofrecidos á los ídolos, solicitando del encargado de servirles, les suministrara sólo legumbres y agua pura, en lo que aquél condescendió, aunque temeroso de que esta clase de alimento, perjudicara la salud de los jóvenes y tuviera que sufrir el enojo del rey, pero los jóvenes israelitas le tranquilizaron; y como pasados que fueron algunos días, se hallaran más fuertes y robustos que los demás que se alimentaban de la mesa del monarca, Daniel y sus compañeros no tuvieron que temer verse en peligro de faltar á los preceptos de Dios, quedando en libertad de comer lo que tuvieran por conveniente. Cuando los cuatro hebreos estuvieron suficientemente instruídos, Nabucodonosor, prendado de sus bellas cualidades y de sus conocimientos, les dió empleos en la Corte, queriendo servirian siempre en su presencia.

Una de las veces que Daniel ostentó el don de pro-

(1) Profecía de Daniel. Cap. I. Vers. 3 al 6.

fecía con que Dios le había enriquecido, fué en el célebre proceso de Susana, injustamente calumniada de un delito y cuya inocencia hizo resplandecer el profeta, confundiendo á la vez á los infames acusadores; cuyo acontecimiento tuvo lugar en uno de los tres primeros años del cautiverio de los judíos, cuando Daniel era aún muy joven. (1)

Susana, hija de Helcías y hermosa en extremo, estaba casada con Joaquín, uno de los judíos más respetables, por cuyo motivo, los principales de la nación concurrían á su casa, donde se constituía el Tribunal encargado de resolver las controversias que se suscitaban entre el pueblo, pues el monarca asirio les había dejado en libertad de seguir su ley, tener jueces propios y ventilar ante ellos las cuestiones que se suscitaran sobre sus derechos particulares.

Eran jueces en aquel año dos viejos, que por razón de su cargo, iban con gran frecuencia casa de Susana, teniendo con esto motivo para verla repetidamente, lo cual ocasionó quedaran prendados de su extraordinaria belleza. En lugar de combatir y vencer con la gracia del Señor su inicua pasión, cual cumple á corazones honrados y temerosos de Dios, sólo pensaron en satisfacerla á toda costa, utilizando para ello la facilidad que les daba su cargo para entrar casa de la bella israelita. Olvidando, pues, los

(1) Profecía de Daniel Cap. XIII.

preceptos del Altísimo y lo que debían á su edad y dignidad, aprovechando un día la ocasión de haberse retirado sola Susana al jardín de su casa, con objeto de bañarse, la sorprendieron proponiéndola condescendiera con su brutal apetito y amenazándola caso contrario con difamarla calumniándola. La virtuosa mujer manifestó quería mejor caer en sus manos limpia de culpa, que pecar delante del Señor y dió voces pidiendo socorro; pero aquellos infames, precipitados ya por la pendiente del pecado, gritando más alto que ella, hicieron que acudieran los criados y la familia y á presencia de todos acusaron á Susana de haberla sorprendido en compañía de un joven, á quien no pudieron detener, porque más ágil que ellos consiguió escapar.

El proceso se sustanció brevemente y aunque el esposo y los padres de la acusada, testigos de sus virtudes rehusaban creer en la acusación y lloraban amargamente, la autoridad de los acusadores, á un mismo tiempo jueces y testigos, hizo que se dictara inmediatamente la sentencia, condenando á la infeliz Susana á ser apedreada conforme á la ley de Moisés.

Ya conducían al suplicio á la triste víctima de su virtud cuando Daniel, lleno del espíritu de Dios, hizo suspender la ejecución y constituir de nuevo el Tribunal. Mandó entonces separar á los infames viejos, é interrogando al uno despues del otro, para que dijeran bajo qué árbol habían encontrado á Susana en

compañía del joven, respondió el uno que bajo un lentisco y el otro que bajo una encina, con cuya contradicción quedaron convictos de falso testimonio; todo el pueblo bendijo á Dios que salva á los que confían en él, y los viles calumniadores fueron condenados á sufrir el mismo suplicio decretado para Susana, extinguiendo su abominable vida bajo de una nube de piedras.

CAPÍTULO VII.

El sueño de Nabucodonosor.

Cerca de la persona del monarca asirio y disfrutando de su confianza se hallaban, como queda dicho, Daniel y sus tres compañeros, cuando el rey tuvo una noche un sueño que le causó viva inquietud, la cual se aumentó cuando después de despertar quiso traer á la memoria lo que había soñado, sin que pudiera conseguirlo. Hizo entonces venir á su presencia todos los adivinos, encantadores y magos que había en Babilonia y les exhortó á que valiéndose de sus encantamientos, hicieran se acordara de su sueño y se lo explicaran, prometiéndoles una gran recompensa, pero amenazándoles con la muerte si no lograban satisfacer sus deseos. Los magos respondieron era imposible complacer al soberano y todos se dispusieron á morir.

Esta conducta de un monarca podrá parecer extraña hoy que la luz del cristianismo ha civilizado las costumbres y encauzado en la senda de la Justicia el ejercicio de la soberanía en los que Dios tiene puestos para mandar los pueblos; pero si se tiene en cuenta, que entonces la mayor parte de los reyes eran déspotas, que se conceptuaban con derecho de vida y muerte sobre sus súbditos, comprenderemos nada tiene de extraño que Nabucodonosor, acostumbrado á que nadie se le opusiera, ni le contradijera, con la inquietud producida por el sueño, que no podía recordar, diese aquella bárbara orden: tanto más cuanto que la Historia nos presenta otros ejemplos de tiranía en Cambyses en Egipto, Alejandro en Persépolis, Herodes en Judea, y Nerón en Roma; ejemplos que hoy mismo reproducen los sultanes de Turquía y Marruecos y los jefes de las tribus salvajes adonde no ha llegado todavía la antorcha refulgente de la verdad, para disipar las tinieblas del error.

Daniel, que tuvo conocimiento del suceso, se presentó al rey, pidiéndole tiempo para explicar su sueño; Nabucodonosor le concedió todo el que necesitara y el profeta, habiendo pasado toda la noche en oración, se presentó de nuevo al día siguiente en la cámara real y dijo al monarca, era su sueño superior á los conocimientos de todos los magos, pero que el soberano y único Dios, Señor de Cielos y Tierra, á quien él adoraba, se había servido mostrarle en la

obscuridad de la noche, los acontecimientos que habían de verificarse en el transcurso de los siglos. Soñasteis, continuó el profeta, ver una estatua grandísima, con la cabeza de oro, el pecho y los brazos de plata, el vientre y los muslos de bronce, las piernas de hierro y los pies de arcilla y que descendiendo una piedra del monte, hirió los pies de la estatua que derrumbándose se hizo pedazos, mientras la piedrecita se convirtió en una montaña, que cubrió toda la tierra. Esa estatua representa cuatro grandes imperios: el vuestro, prefigurado por el oro; seguirá otro menor, que la plata simboliza; el tercero, significado por el bronce, se extenderá por toda la tierra y el cuarto, semejante al hierro, que rompe todos los metales, derrocará á quien trate de oponerse á su establecimiento. Pero este cuarto imperio se debilitará con sus divisiones, que simbolizan la mezcla del hierro con la arcilla y Dios entonces suscitará un reino, que jamás será destruído, el cual derrocará los demás imperios y cuyo emblema será la piedrecita desprendida del monte, que redujo á polvo toda la estatua.

Hoy que con la historia en la mano, podemos ver el cumplimiento de aquellos vaticinios, comprendemos perfectamente que la cabeza de oro simboliza el imperio de los asirios ó babilonios; el pecho de plata, el de los persas ó medos; los muslos de bronce, el de los griegos, que bajo el cetro de Alejandro extendió sus conquistas por las tres partes del mundo; y las

piernas de hierro, el de los romanos, los cuales, como hace aquel metal con los demás, redujo á polvo todos los imperios que subsistieron antes que él; mientras que la piedra que rompe la estatua y se convierte en montaña que cubre toda la tierra, no es sino el reinado espiritual de Nuestro Señor Jesucristo, formado sin auxilio humano, vencedor de los demás, que no pasará á otro pueblo, tan extenso como el mundo y tan duradero como la eternidad.

Nabucodonosor, al escuchar al profeta, quiso adorarle como á Dios; Daniel se opuso á este culto impío y dedicó sus homenajes al Señor, que le había inspirado y al que reconoció el rey asirio como único verdadero, elevando al profeta á las primeras dignidades del reino.

Mas el favor de que gozaba Daniel y sus tres compañeros cerca de Nabucodonosor, no tardó en convertirse en odio, pues para engendrar éste no es necesario que quien se odia sea malvado, basta con que sea dichoso. Los otros cortesanos se llenaron de envidia contra los hebreos y resolvieron perderlos, y para conseguirlo alcanzaron del monarca la prohibición de adorar en Babilonia otros dioses que los de los asirios. El príncipe mandó construir una estatua de oro de sesenta codos de altura y que se colocara en un llano inmediato á la ciudad, donde en un día dado habían de concurrir todos los moradores de Babilonia para rendir adoraciones al ídolo. Los tres jó-

venes compañeros de Daniel (1) rehusaron practicar semejante acto de culto impío. Sus enemigos, que esto era lo que deseaban, corrieron á acusarles ante el rey, el cual inmediatamente les sentenció á ser arrojados á un horno encendido. Pero el Dios de Israel descendió con ellos á las llamas; el fuego consumió las ligaduras que les ataban y tranquilos comenzaron á pasearse por entre aquéllas, cantando las alabanzas del Altísimo. Nabucodonosor entonces, admirado del prodigio, les hizo salir del horno, proclamó que el Dios de los hebreos era el único verdadero Dios y publicó un edicto prohibiendo blasfemar de Él bajo pena de muerte. De esta manera la misericordiosa providencia del Padre celestial, hacía que la confusión de su pueblo con las naciones infieles, sirviera para hacer brillar su gloria, fortalecer á Israel en la fe de sus padres y preparar paulatinamente á los gentiles á abrazar el culto del Dios verdadero.

Todavía el Señor quiso obrar otro prodigio en la persona del mismo Nabucodonosor, que acabándole de convencer de la grandeza del único verdadero Dios, castigara al mismo tiempo la soberbia del orgulloso monarca gentil. El mismo profeta Daniel, interpretando un nuevo sueño del rey, le había anunciado de parte de Dios, quedaría convertido en bestia,

(1) Profecía de Daniel. Cap. III. *La Sagrada Escritura* no habla en esta ocasión de Daniel, sin duda no se encontraba en Babilonia cuando tuvo lugar el suceso.

si no redimia sus pecados con limosnas; (1) mas como el monarca desoyera estas amonestaciones, cumplido el plazo marcado por el Señor, un día Nabucodonosor fué acometido de un violento acceso de locura; en su terrible frenesí creyó ser una bestia, rompió sus vestidos, marchóse al campo, donde comenzó á hacer la vida de los irracionales, permaneciendo en tan triste situación por espacio de siete años, durante los cuales gobernaron el reino Evilmerodach, su hijo, ó Baltasar, su nieto. Transcurrido aquel tiempo, Dios se compadeció del monarca asirio, volvióle la razón y recobró el trono, confesando, alabando y glorificando al Señor, Rey del Cielo, *porque sus obras son verdaderas y sus caminos son justos.* Muchos Padres é intérpretes creen por tanto que la conversión de Nabucodonosor fué ya sincera en esta ocasión y que permaneció fiel hasta la muerte, conversión que sin duda fué hija de las oraciones y lágrimas del profeta Daniel, que amaba al rey, y que ofrecería á Dios continuos ruegos por su salvación.

(1) Profecía de Daniel. Cap. IV. Vers. 24 al 34.

CAPÍTULO VIII.

El festín de Baltasar.

A la muerte de Nabucodonosor, Daniel fué olvidado del monarca quo se sentó en el trono. El profeta, ya avanzado en edad, sólo se ocupaba de orar á Dios en el silencio por sus queridos cautivos y deseaba permanecer alejado de la Corte; pero el Señor tenía sobre él otros designios bien diferentes, pues quería servirse de él aunque anciano y olvidado, para consumir la grande obra de la libertad de su pueblo.

En efecto; acababa de subir al trono de Nabucodonosor su nieto Baltasar, cuando desentendiéndose por completo del cuidado de su reino, se entregó á los placeres que le condujeron á la más desenfrenada disolución. Un día quiso dar un magnífico festín, al que convidó los principales señores de su Corte; todos se entregaron á los excesos de la gula y cuando la embriaguez llegó al más alto grado, produciendo en los convidados la más desenfrenada alegría, el rey mandó que llevaran á la sala del banquete los vasos de oro y plata que Nabucodonosor había arrebatado al templo de Jerusalem, para que en ellos bebieran cuantos estaban reunidos en el festín. Baltasar dió el ejemplo, todos le imitaron, y se estableció una especie de competencia sobre quién profanaría más los vasos sagrados. Bebían,pués, cantando himnos en honor de

sus falsas divinidades, y el infortunado rey ponía de esta suerte el colmo á sus crímenes llenando la medida fatal que Dios esperaba para destruir la monarquía de los asirios. De pronto aparecen los dedos de una mano aplicados á la pared, frente al candelero que iluminaba el salón, de modo que el rey vió distintamente los movimientos de aquella mano que escribía y que era sin duda de algún ángel. Entonces Baltasar cambió de color, se turbó su espíritu, le abandonaron las fuerzas y cayendo sobre sus rodillas, sólo le quedó aliento para mandar viniesen todos los adivinos, augures y magos de los que como acontecía en todas las naciones idólatras había muchos en Babilonia.

Su mandato se ejecutó sin tardanza y cuando aquéllos estuvieron en su presencia, les prometió Baltasar si descifraban lo escrito por la mano misteriosa, hacerlos vestir de púrpura, regalarles un collar de oro y proclamarles terceros personajes de su reino. Los impostores trabajaron inútilmente; aquellos caracteres permanecían indescifrables para ellos y la desesperación del monarca le hizo caer de nuevo en el desfallecimiento, no sabiendo á quién acudir para que le descifrara aquel enigma que le espantaba.

A los gritos que lleno de pavor daba el rey, entró en el salón la reina su madre, que según el testimonio de Herodoto se llamaba Nictoris y era muy sabia, é informada de lo que sucedía procuró tranqui-

lizar á su hijo, diciéndole había en el reino un hombre á quien los dioses santos comunicaban su espíritu, el cual, por consiguiente, podía sacarlo de aquella inquietud; de cuyas palabras se infiere que, como antes se ha dicho, Daniel estaba ya retirado de la Corte, por cuanto era desconocido de Baltasar.

Inmediatamente dió éste las órdenes oportunas para que le fuese presentado aquel hebreo, y una vez que le tuvo en su presencia, le estimuló á explicar el sentido de las enigmáticas palabras, ofreciéndole las mismas recompensas que ántes prometiera á los encantadores babilónicos. Las repetidas misteriosas palabras, bien porque sólo estuvieran escritas con iniciales, bien porque las letras se hallaran colocadas sin distinción ni espacio entre las palabras, bien porque las formasen caracteres hebreos de los usados por los judíos antes de su cautiverio, eran indescifrables para los asirios, pero no para Daniel á quien inspiraba el Señor. Bien comprendió el profeta lo peligroso de su situación, pero hacía mucho tiempo que acostumbraba no temblar ante los poderosos de la tierra, por consiguiente se apresuró á leer y descifrar aquellas extrañas palabras que eran las siguientes: *Mane*, que significa *cortar*; *Thecel*, que equivale á *pesar*; y *Phares*, que es lo mismo que *cortar ó despedazar*. (1) Daniel dijo, pues, á Baltasar explicando el sentido

(1) Profecía de Daniel. Cap. V. Vers. 25 y siguientes.

de estas palabras, que el Señor después de sufrirle largo tiempo, venía á cuentas con él, acerca de la administración de su reino, pesándole le había encontrado indigno del cargo, y haciendo con él lo que con la moneda falsa, que se desecha, le privaba del reino dándoselo á otro. El rey obligó á Daniel á aceptar las recompensas que le había prometido, las cuales no rehusó el profeta inspirado de Dios, porque de esa suerte podía ser útil al reino y de provecho para su nación.

Pero la sentencia dictada por el Juez Supremo, se hallaba más cerca de ejecutarse que esperaba el monarca de los asirios. Hacía ya mucho tiempo que amenazaba á Babilonia un formidable ejército de persas y medos, y cuando Baltasar no se cuidaba de otra cosa más que de divertirse, entonces fué cuando Dios le entregó en manos de sus enemigos, que aquella misma noche entraron en Babilonia, penetrando hasta el palacio real, pereciendo el rey en medio de los estragos de aquella noche para siempre famosa, por un festín sacrílego, por un milagro del Omnipotente y por el cumplimiento de las profecías de tres profetas; Daniel, que algunos años antes había vaticinado la destrucción del imperio de los asirios, Isaías y Jeremías que doscientos años antes el uno y setenta el otro habían anunciado circunstanciadamente la conquista de Babilonia por los persas y los medos.

CAPÍTULO IX.

Persecuciones de Daniel.

Daniel gozó bajo de la dinastía persa el mismo favor que con los reyes babilónicos; pero no le faltaron tampoco persecuciones, como siempre acontece á todos los siervos de Dios. Por su fidelidad en guardar la Ley santa del Señor, dos veces fué mandado arrojar al lago ó fosa de los leones, salvándose en ambas ocasiones por un milagro de la omnipotente diestra del Altísimo (1). La primera vez ocurrió el suceso en los tiempos del rey Darío y la segunda en los del gran Ciro, según la opinión más común y cuando el profeta había llegado á una muy grande ancianidad; debiendo advertir para la mayor inteligencia de la *Sagrada Escritura*, que los dos capítulos de la profecía de Daniel en que se cuentan las indicadas pesecuciones que sufrió él mismo, no tienen con los demás del libro una conexión perfecta en cuanto al desarrollo de los sucesos de la vida de aquel siervo de Dios, sino que deben considerarse como fragmentos de su historia.

Habiendo persuadido á Darío los grandes de su Corte, que prohibiese por espacio de treinta días

(1) Profecía de Daniel. Cap. VI y XIV.

hacer oraciones á ninguna divinidad, buscando con este mandato un medio de perder fácilmente á Daniel, cuyo favor cerca del monarca les inspiraba envidia, Darío, oyéndose lisonjear y poner sobre los mismos dioses que adoraba, cayó incauto en la red que le tendían para perder un hombre justo y decretó la dicha prohibición tan inicua como extraña. Un cortesano menos religioso que el profeta y más amante de las dignidades de que disfrutaba en la Corte, hubiera procurado disimular para no incurrir en el enojo del tirano, pero Daniel tenía las buenas cualidades de los cortesanos, pero no las malas; sabía obedecer al príncipe, pero no ignoraba que antes y sobre todo ha de obedecerse á Dios. Por consiguiénte, una vez que se dictó el mandato del rey, no quiso limitarse á invocar al Señor en el retiro de su aposento, sino que por la mañana, al medio día y á la tarde, ó sea á las tres horas de tercia, sexta y nona, en que los judíos acostumbraban á hacer diariamente oración, el profeta, dando testimonio de su Fe, abría las ventanas de su aposento, y volviéndose hacia la parte de Jerusalem, doblaba las rodillas, oraba y alababa al verdadero Dios. Bien sabía que era espiado, pero no le importaba. Sus enemigos acudieron á delatarlo al rey, el cual no pudo menos de sentir una verdadera aflicción, porque amaba á aquel grande hombre, respetaba su virtud, honraba su vejez y conocía todo el valor de sus servicios. No dió por lo

pronto respuesta á los acusadores y les mandó le desajasen solo hasta declarar su intención.

Pensaba salvar á Daniel; sus enemigos lo comprendieron, y volviendo á entrar en el aposento del Monarca, le hicieron ver, que según costumbre entre los persas, el rey no podía revocar sus edictos; con lo que intimidado Darío, mandó llamar al profeta y enternecido con su presencia le dijo: «*Marcha, Daniel, á donde te arrastran tus enemigos; Dios á quien no has cesado de adorar te libertará.*» (1) Tan convencido de ello estaba el Rey, que siguió á los perseguidores del venerable anciano, los cuales le arrastraron hasta el lago, fosa ó cueva de los leones, donde le arrojaron por ser esta la pena que Darío, por gestión de aquéllos había impuesto, para los que infringieran su prohibición. Dicha cueva debía ser un lugar subterráneo, donde se guardaban las fieras destinadas para luchar en los circos, ya entre sí, ya con hombres, ora esclavos, ora condenados á ello, ora, en fin, personas que se dedicaban al indicado ejercicio, que constituía un espectáculo público muy común entre los pueblos paganos de la antigüedad.

El rey mandó sellar con el sello que usaba y el de los magnates que le acompañaban, las puertas de aquella caverna, para que la malicia de los hombres no añadiera nada á la crueldad de los animales fero-

(1) Profecía de Daniel. Cap. VI. Vers. 14 al 16,

ces y después se retiró á palacio, presa de mortal inquietud, no pudiendo tomar alimento ni descanso.

Á la mañana siguiente se dirigió Darío á la cueva de los leones; llegó temblando á ella, y con lágrimas en los ojos llamó á Daniel preguntándole si su Dios le había librado del furor de aquellas fieras, y cuál sería su asombro y su regocijo, cuando descubrió al profeta que se paseaba tranquilo en medio de los leones y le respondió que Dios había enviado un Angel, que cerrando los fauces de aquellos animales había impedido le hicieran daño alguno. El rey, en el colmo de su alegría mandó que inmediatamente le sacasen de la cueva, y no hallando ninguna herida en su cuerpo, comprendió el poder del verdadero Dios, que salva á los que en él ponen su confianza; y adorándole con toda la sinceridad de su corazón, mandó arrojar en la misma fosa á los perseguidores del profeta, los cuales fueron instantáneamente devorados.

La segunda vez que Daniel fué condenado á la misma pena de ser arrojado al lago de los leones, tuvo lugar, como queda dicho, en tiempo de Ciro. Al entrar éste en Babilonia, encontró un ídolo llamado Bel, de gran estima entre los moradores de aquella ciudad; y el rey se declaró su adorador, deseando también que Daniel doblara sus rodillas ante el falso dios. Pero aquél, que procuraba emplear todos

los recursos de su soberanía en combatir la religión idolátrica, no sólo se negó á ello, sino que hizo presente al monarca, sólo debía adorarse al Dios vivo, que crió el Cielo y la tierra y cuanto existe, siendo Señor absoluto de todas las criaturas. Manifestó el rey, que ningún dios tan vivo como Bel, pues todas las noches quedaban sobre su altar doce grandes medidas de harina de trigo, cuarenta carneros y seis vasijas de vino generoso y todo había desaparecido al siguiente día, demostrándose de esta suerte que el dios lo consumía todo; á lo que Daniel replicó sonriéndose, que una falsa divinidad constituída por una estatua, no tenía vida ni era posible pudiera comer ni beber.

Sospechando el rey algún engaño marchó al templo con Daniel, hizo poner á su presencia sobre el altar las viandas destinadas al dios y se retiró mandando cerrar las puertas del templo delante de él y sellándolas con el sello real, prometiendo á la vez si al día siguiente los manjares habían desaparecido, hacer morir á Daniel como blasfemo, y que si sucedía lo contrario, morirían todos los sacerdotes del ídolo. El profeta que acompañaba á Ciro, se había hecho llevar una cantidad de ceniza cernida, que antes de retirarse del templo hizo esparcir por todo el pavimento, sin explicar el motivo de aquella extraña operación.

A la mañana siguiente volvieron al templo, los

sellos de la puerta estaban intactos; abierta que fué aquélla se vió que las viandas habían desaparecido. El rey prorrumpió en una exclamación reconociendo la grandeza de Bel, pero el profeta sonriendo invitó al monarca á mirar el pavimento antes de entrar en el recinto del templo. Allí se veían marcadas perfectamente en la ceniza, huellas de hombres, de mujeres y de niños. Fácil fué entonces descubrir los conductos subterráneos por donde entraban los sacerdotes del falso dios y sus familias, y llevándose los alimentos y el vino, se regalaban con holgura á costa de la credulidad de los adoradores de Bel. Ciro mandó indignado matar á todos los sacerdotes y dejó el templo y el dios á disposición de Daniel, que mandó demoler el uno y el otro.

Pero no era sólo aquel ídolo el existente en Babilonia; había además otra ridícula divinidad, la cual estaba animada. Era un dragón monstruoso (1) á quien se rendían adoraciones y á quien el príncipe quiso adorara también Daniel, fundándose en que si bien era verdad que Bel era un dios muerto, el dragón estaba vivo; pero el profeta, para demostrar que aquel no era sino un vil animal, prometió al rey, si le daba permiso matar el dios sin auxiliarse de arma ninguna, Ciro consintió en ello y entonces Daniel

(1) *La Sagrada Escritura* sólo da á este animal el nombre de dragón: es verosímil fuese una serpiente de las llamadas *boas*, las cuales son grandísimas y muy voraces.

confeccionó una preparación, con pez, sebo y pelos, la dió á comer al animal y pegándosele á la garganta lo ahogó.

Este hecho, unido al anterior de Bel, amotinó al pueblo, quien pidió al rey le fuera entregado Daniel, ó de lo contrario darían fuego al palacio real, haciendo perecer al monarca con toda su familia. Ciro, obligado por estas violencias tan frecuentes en los amotinados, les entregó al profeta, aunque contra su voluntad, y Daniel fué segunda vez arrojado al lago ó cueva de los leones. Había entonces encerrados allí siete de aquellos feroces animales, á los cuales se daba de comer todos los días, dos cuerpos humanos y dos carneros y en aquel no se les quiso dar nada, para que si en un principio lo respetaban, al fin, estimulados por el hambre, devorasen al siervo de Dios. Pero éste se halló más tranquilo en medio de las fieras, que entre las turbas de aquel populacho sediento de sangre. Seis días permaneció allí el profeta y en ellos tampoco quisieron los babilonios dar comida á los leones, esperando que éstos devorarían al fin al hombre á quien odiaban; pero los planes de la malicia humana no pueden estorbar á la Omnipotencia de Dios; las fieras continuaron con su ferocidad perdida y Daniel vivía entre ellas como entre corderos.

Entre tanto el profeta Habacuc, que se encontraba en Judea, habiendo preparado el alimento de sus se-

gadores, le colocó en un cesto y se disponía á llevarlo, cuando un Angel le mandó de orden de Dios llevar aquella comida á Daniel. Alegó Habacuc ignorar hasta el camino de Babilonia, y entonces el celeste mensajero, tomándole por los cabellos, con más rapidez que se verifican las transmisiones de la luz y del sonido, lo llevó á la boca del mismo foso donde se encontraba Daniel, á quien llamó para ofrecerle la comida que le mandaba el Señor. El profeta desde el fondo de la cueva, bendijo y alabó á Dios, que con tan paternal solicitud atendía al socorro de las necesidades de su siervo y después el Angel, con igual diligencia condujo á Habacuc al lugar de donde había salido.

Cuando hacía siete días que Daniel se hallaba entre los leones, fué Ciro á llorar á su amigo, allí donde creía estar su sepulcro, conforme al uso de aquellos pueblos, y cuál no sería su asombro, cuando al mirar al interior del foso, vió al profeta sentado tranquilamente en medio de las fieras. Entonces el rey exclamó dando un gran grito: *¡Oh qué grande sois, Señor, Dios de Daniel! ¡Cómo este hecho maravilloso manifiesta visiblemente vuestro poder!* (1) Luego, habiendo hecho sacar al profeta, mandó prender á los más sediciosos de los que habían pedido su muerte y les hizo echar en la cueva donde instantá-

(1) Profecía de Daniel. Cap. XIV. Vers. 40.

neamente fueron devorados. Este milagroso suceso hizo tanta impresión en el ánimo del rey, que mandó reverenciar en todo su imperio al Dios de Daniel, diciendo que Él solo era el Dios Salvador, que hacía prodigios en toda la tierra y que acababa de librar á su siervo del lago de los leones, donde le había arrojado la malicia humana.

CAPÍTULO X. (Año del mundo 3595)
(Antes de J. C., 405)

Historia de Esther.

Los profetas inspirados de Dios habían vaticinado que el Mesías nacería de la tribu de Judá, de la familia de David y en Belén. ¿Cómo podrá tener lugar este acontecimiento tan ansiosamente esperado por la humanidad, cuando el pueblo hebreo gime lejos de su patria, bajo la esclavitud de reyes extranjeros? Respuesta á la indicada pregunta da el presente capítulo, pues en él se ve la acción misteriosa de la Providencia encaminando los acontecimientos de la *Historia de los judíos*, lo mismo que la de los demás pueblos al cumplimiento de aquel vaticinio.

Dirigiendo una mirada retrospectiva á los sucesos pasados y que ya conocemos, no podremos menos de recordar al patriarca Abraham, partiendo por orden de Dios del centro de Mesopotamia, dos mil años antes del Nacimiento del Mesías, para establecerse en

Judea, llamada entonces el país de Canaán, y recordaremos también, cuatrocientos años más adelante, cómo el poder del Omnipotente hace con multitud de prodigios que los descendientes del santo Patriarca, vuelvan á aquel país, exterminando á las poderosas naciones, que lo poseían, y conservándolos en él durante mil quinientos años, á pesar de los esfuerzos de los pueblos idólatras que los combaten. Y si los hebreos en castigo de sus maldades son llevados cautivos á Babilonia, Dios hace quede un pequeño número en Judea, para guardar esta tierra sagrada y entre tantas ciudades incendiadas y aniquiladas durante aquellas continuas guerras, el poder del Altísimo conserva la pequeña de Belén, que corresponde á la tribu de Judá y es patrimonio de la familia de David, de la que había de nacer el Mesías.

En vano los asirios se proponen exterminar al pueblo de Israel, que les era odioso. Setenta años le retienen cautivo en Babilonia; un poco de tiempo más, y los judíos que no hubieran perecido, hubieran acabado por confundirse con el pueblo entre el cual vivía, pero la Providencia sabe acudir con el remedio del mal en el momento oportuno. Dios suscitó un libertador para conservar á su pueblo, é impidiendo se mezclara con una nación extranjera, llevarlo á Judea, para que allí se verificara el Nacimiento del Mesías, y así como los asirios sirvieron de ejecutores del cas-

tigo decretado por el Señor, así los reyes de Persia fueron los ministros de su bondad para con la nación santa, cumpliéndose fielmente el vaticinio que el profeta Isaias había manifestado doscientos años antes de verificarse el suceso (1) nombrando ya, inspirado de Dios, al monarca persa que había de ser el instrumento del Señor para la libertad de Israel.

La misión providencial de los persas cerca de los judíos, fué, como vemos, de benevolencia y protección. Sus reyes cumplieron, por regla general su cometido, pues merced á ellos, principalmente á Ciro, fueron reedificados el templo y la ciudad de Jerusalem, pero sin embargo no faltaron tampoco entre ellos hombres ambiciosos y ciegos, como se encuentran en todas partes, que siguen las sendas de la injusticia, para satisfacer de esta suerte su soberbia y su codicia. Protectores del pueblo de Dios debieron ser todos los monarcas persas, pero algunos malvados cortesanos se esforzaron en convertirlos en tiranos injustos, debiendo especialmente contarse entre los dichos hombres á Aman, favorito del rey Asuero, cuya soberbia pretendió aniquilar á los judíos, lo cual hubiera conseguido, si la Providencia que gobierna el Universo y hace servir para el cumplimiento de sus designios las voluntades y hasta las pasiones de los hombres, no hubiera trocado las maquinaciones de

(1) Profecía de Isaias. Cap. XLV.

aquel ministro orgulloso, en medio de cooperación á su gran designio. Dios se valió de una débil mujer para derrocar el poderío del soberbio Holofernes, y de la propia suerte con igual medio destruyó también los proyectos del ambicioso Aman.

La historia de Esther, que ahora vamos á referir, lo mismo que la de Judith, se enlazan de un modo admirable con el plan general de la redención del linage humano, siendo ambas heroínas figura de aquella purísima Mujer, que algún día había de quebrantar la cabeza de la serpiente infernal, dando á la luz del mundo el Redentor prometido. Al escuchar, pues, la interesante historia de Esther, una vez más adoremos los designios de la Providencia del Señor, que encamina los sucesos á la realización de los fines que tiene determinados, sin influir por ello en la libertad de los hombres.

Ocupaba el trono de la Persia un rey á quien la *Sagrada Escritura* designa con los nombres de Asuero y Artajerjes, el cual no es otro que el Darío de la Historia profana, (1) hijo de Hystapes; sin que deba causarnos extrañeza esta variación de nombre, teniendo en cuenta, que Asuero es una denominación común á todos los reyes medos y el de Artajerjes, de todos los persas, empleándose, por tanto, en la *Santa*

(1) Lib. de Esther. Cap. I y XVI. Véase también la Advertencia preliminar al indicado libro en la *Sagrada Biblia*, traducción de la *Vulgata Latina* por el P. Scio.

Biblia, uno de los nombres generales de aquel monarca que juntó las coronas de Media y de Persia, en vez de llamarle por el propio de familia. Durante su reinado y entre los judíos cautivos en Babilonia, había uno llamado Mardoqueo, de la tribu de Benjamín, el cual tenía una sobrina que se llamaba Esther y también Edissa, la cual, huérfana desde su más tierna infancia, había sido adoptada por su tío, quien la educó en la inocencia, instruyéndola en la práctica de la ley santa del Señor. Mardoqueo debía de ser ya un hombre bastante anciano, porque dada la época en que tuvieron lugar los sucesos que vamos á referir, aunque hubiera sido hecho cautivo siendo muy niño, ya debería tener en aquélla, más de ochenta años. Pero como no es raro aún en nuestros días y muchos menos en aquellos remotos tiempos, tener con dicha edad salud, energía y firmeza bastantes para ocuparse de negocios graves, no es extraño que el tío de Esther, pudiera tomar, como en efecto tomó una parte muy activa en favor de su pueblo, á pesar de su ancianidad.

Asuero, después de haber ganado muchas victorias, regresó á Babilonia, donde dió fiestas dignas del más poderoso monarca del Oriente, convidando para ello á todos sus oficiales y á los gobernadores de las ciento veinte y siete provincias de que contaba su imperio. El séptimo día de estas fiestas y después de un suntuoso banquete, tuvo Asuero el capricho de presentar

á la vista de toda su corte á su esposa la reina Wasthi, para que todos admiraran su grande hermosura. Según afirma el historiador Josefo, era costumbre de aquellos pueblos, que las mujeres no comieran con los hombres, ni aun se dejaran ver de los extranjeros, por cuya razón la reina, creyendo era contrario á su dignidad el deseo de su marido, y que no podía acceder á él sin faltar á su modestia, se negó á ello, y el rey, en un arrebato de enojo, muy propio de los monarcas idólatras, no acostumbrados á vencer sus pasiones y sí á que todos se prestaran á obedecer sus menores caprichos, la repudió, mandando en aquel instante le trajeran las doncellas más hermosas y discretas de todo el reino, para elegir entre ellas nueva esposa.

Una de las presentadas fué Esther; la humilde joven compareció ante el monarca sencillamente vestida, y esta misma modestia y sencillez cautivaron el ánimo de Asuero, que inmediatamente ciñó la corona á las sienes de Esther, colocándola en el trono en lugar de la repudiada Wasthi.

En nada cambió la conducta de la sobrina de Mardoqueo al verse elevada á tan alta dignidad, siendo en medio de la corte lo que había sido en casa de su tío, fiel guardadora de la Ley santa del Señor y honrando siempre á Mardoqueo, como á su padre, observaba con sumisión todo cuanto tenía cuidado de encargarla y que consistía principalmente en recor-

dar á la j6ven soberana, que no habfa subido al trono para bien suyo, sino para ser 6til á su pueblo. Mardoqueo acostumbraba concurrir con frecuencia á los atrios del Palacio real, para estar á la mira de su sobrina, y por esta causa sorprendió un dfa una conspiración que tramaban dos oficiales con el objeto de asesinar al rey, de lo cual dió cuenta secretamente á Esther, siendo aquéllos presos y condenados á muerte. Por más que Asuero mandó se escribiera este hecho en los Anales de su reinado, autorizó á Mardoqueo para que continuara en el recinto de Palacio y le hizo algunos insignificantes regalos; limitó á esto su generosidad para un hombre á quien debía la vida y hasta llegó á olvidarlo por completo.

CAPÍTULO XI.

Concluye la historia de Esther.

Al lado de Asuero, desempeñando el cargo de primer ministro, se hallaba un cortesano que á fuerza de artificios habfa logrado conquistar todo el favor del monarca; sentábase en un trono sólo algo inferior al del rey; y queriendo en su desmedida soberbia se le rindieran honores divinos, llegó hasta conseguir de Asuero una orden de que todos doblaran la rodilla y se prosternaran en presencia de Amán. Mardoqueo, considerando que estas adoracio-

nes eran exclusivas de Dios, y no debían, por tanto, rendirse á ningún hombre, rehusó tributarlas; y aunque los oficiales de palacio le preguntaron si no temía incurrir en la indignación del favorito, él respondía era judío y su religión le vedaba tributar homenajes á un hombre, de los que sólo Dios tenía derecho.

No tardó Amán en repararlo, y ofendido, resolvió vengarse, queriendo en su soberbia irritada extender su venganza á toda la nación judía. Para conseguir su intento representó al rey que los judíos esparcidos por toda la monarquía, eran una raza turbulenta, enemigos de los dioses y de las costumbres nacionales, y rebeldes á los mandatos del soberano, por lo que convenía deshacerse cuanto antes de ellos, dando orden de exterminarlos por completo. Celoso Asuero de su autoridad y dando oídos á estas malignas acusaciones, sin vacilar firmó y dió á su ministro un edicto en que se mandaba quitar la vida á todos los hebreos.

Imposible es de describir la consternación que se apoderó de estos desgraciados, viéndose expuestos á perder la vida por las arbitrariedades de un tirano aconsejado por el orgullo de un ambicioso. Mardoqueo, al tener noticia del edicto, rasgó sus vestiduras, se vistió de un saco y se cubrió la cabeza de ceniza, corriendo al palacio del rey con aquel traje de penitencia, para hacer llegara todo á noticia de su sobrina. No pudiendo entrar vestido de luto en el

palacio de Asuero, por estar expresamente vedado, se limitó á enviar á Esther un ejemplar del edicto, y á que la dijeran de su parte se presentara al rey, interesando la revocación de la orden.

Sabiendo Esther que nadie podía entrar en el aposento del monarca sin ser llamado por éste, lo hizo así saber á Mardoqueo, el cual insistió en la necesidad de que lo verificara, porque cuando el Señor la había coronado, no podía ser sino para hacerla instrumento de su misericordia; y rendida á estas razones, la reina hizo encargaran á su tío, recomendará rogaran por ella todos los judíos residentes en Babilonia, mientras á su vez se entregaba también á la oración y al ayuno durante tres días; y después que de esta suerte puso en manos de Dios aquel importante negocio, no vaciló en sacrificarse, si era preciso, por la salvación de su pueblo.

Pasados los tres días dejó el traje de penitencia, se vistió sus mejores galas, y acompañada de dos doncellas, en una de las cuales se apoyaba, mientras la otra sostenía su larga vestidura, se presentó en la cámara real, donde se encontraba Asuero sentado en su trono, todo resplandeciente con el oro y pedrerías de que se hallaban cubiertos sus vestidos. El rey, al ver que la reina se presentaba sin su mandato, no pudo reprimir un gesto de impaciencia, y entonces Esther, debilitada por el largo ayuno y temiendo haber incurrido en el enojo de su marido, cayó des-

mayada en los brazos de la doncella que la sostenía, trocándose en mortal palidez el carmín de sus mejillas.

Dios, como dueño de los corazones de los hombres, trocó en aquel momento el de Asuero, que al ver á su esposa con aquel accidente, bajó de su trono, acudiendo presuroso á socorrerla, procurando á la vez reanimarla con tiernas y cariñosas frases, diciéndola que la prohibición de entrar en su aposento sin su orden, no comprendía ni podía comprender á ella. Esther recobró un poco el conocimiento y pudo balbucear estas palabras: *Señor, me habéis aparecido como el ángel de Dios, y no he podido sostener vuestras miradas* (1); pero no bien las hubo pronunciado, cuando volvió á perder el conocimiento, llenando de turbación el ánimo del monarca. Vuelta por fin en sí de su desmayo, Asuero se apresuró á decirle pidiera cuanto apeteciera, aunque fuese la mitad de su reino, haciendo que en seguridad de ello tocara su cetro de oro, y Esther se contentó con solicitar fuera el rey con Amán en aquel día á honrar con su presencia un banquete que tenía preparado, lo cual le fué inmediatamente concedido.

El festín resultó magnífico y á su terminación volvió á suplicar Esther concurriera nuevamente el rey, con su favorito, á otra fiesta que preparaba para el

(1) Esther. Cap. XV, vers. 16.

día siguiente, á lo cual también accedió Asuero. Amán volvió á su casa embriagado con la honra que había recibido; sólo faltaba para contentar de un todo su soberbia, lograr la muerte del hombre que se había atrevido á despreciarle: por consejo de su esposa y de sus amigos hizo levantar una horca de cincuenta codos de altura, decidido á hacer morir en ella en el día siguiente á Mardoqueo.

Impresionado sin duda el rey por los sucesos de aquel día, no pudo conciliar el sueño en toda la noche, y para entretenerse mandó le leyeran los Anales de los últimos años de su reinado; y habiendo leído el suceso reciente de la conspiración descubierta por Mardoqueo, preguntó qué recompensa había recibido aquel extranjero por un servicio tan importante, respondiéndole sus oficiales que sólo se le habían hecho algunos insignificantes regalos. Al día siguiente, apenas llegó Amán al palacio, le hizo el rey comparecer en su presencia y le preguntó qué debiera hacerse de un hombre á quien el monarca deseara honrar. Juzgando el favorito que dichos honores no podían dedicarse á otro que á él, se apresuró á decir que aquel hombre debía vestir el traje real, montar el mismo caballo que el rey, llevar una corona en la cabeza y sosteniendo las riendas de la cabalgadura el primero de los señores de la corte, fuese llevado por la ciudad diciendo un heraldo: así sea honrado aquel á quien el rey quiere honrar. ¡Júzguese cuál sería la

turbación y el despecho de Amán cuando Asuero le mandó se apresurara, haciendo todo cuanto le había dicho con Mardoqueo! Però el mandato real no podía discutirse; el tío de Esther fué paseado triunfalmente por Babilonia y el soberbio favorito del príncipe tuvo que rendirle los honores que en su orgullo creyera se destinaban á su persona. Cuando terminó la ceremonia, Amán se retiró á su morada y llorando de despecho refirió á su esposa y á su familia cuanto le había sucedido. No había aún terminado su narración, cuando los oficiales del rey se presentaron para avisarle de que la reina le esperaba para el festín que había preparado.

Fué tan magnífico como el del día anterior, y al terminarse volvió Asuero á insistir cerca de su esposa para que le pidiera lo que deseara, aunque fuese la mitad de su reino. Esther entonces respondió: *Señor, si he hallado gracia delante de vos, os pido mi propia vida y la de mi pueblo* (1). A continuación le declaró su origen y el de Mardoqueo y terminó manifestando soportaría el mal y gemiría en silencio, si tanta crueldad de parte de sus enemigos y el de todo su pueblo no recayera sobre el rey. Sorprendido éste preguntó quién era aquel enemigo, y Esther contestó designando á Amán. Dios entonces quiso cayera la venda de los ojos del rey, conoció la perfidia de su favorito,

(1) Esther. Cap. VII, vers. 3 y siguientes.

sus intrigas y su maldad, y no pudiendo contener su indignación abandonó un instante el aposento.

Conoció Amán que estaba perdido, y uniendo la vileza á la cobardía, se arrojó á los pies de la reina en el instante en que Asuero volvió á entrar, y viendo al culpable á las plantas de Esther, se indignó aún más por aquella temeridad; y como uno de los oficiales dijera que aquel hombre tenía preparada una horca de cincuenta codos para Mardoqueo, dispuso el monarca que el favorito fuera colgado de ella. Al momento cubrieron con un velo la cabeza de Amán, según costumbre de aquel país para los condenados á muerte, por juzgarlos indignos de mostrar el semblante, siendo, sin pérdida de tiempo conducido al suplicio.

La muerte de Amán, digna terminación de un impto embriagado por la soberbia, es un terrible ejemplo de la justicia de Dios, así como de su misericordia para los inocentes que le invocan. En efecto, el castigo del culpable, fué como el principio de los favores que el Señor hizo á su pueblo por los ruegos de Esther y de Mardoqueo: el rey dió á la primera los bienes de Amán y el segundo fué elegido su primer ministro, dando además un nuevo edicto en el que no sólo se revocaba el anterior, sino que se garantizaba á los judíos de cualquier insulto, mandando fueran respetados en todo el reino.

De esta suerte la Providencia redujo la monarquía

persa á su verdadera misi3n, la de proteger á los jud3os, los cuales, profundamente reconocidos al Cielo por tan señalados beneficios, establecieron una fiesta perpetua dedicada á conmemorar el modo milagroso con que hab3an sido libertados.

CAPÍTULO XII.

La vuelta del cautiverio.

Los continuados esfuerzos que Daniel hizo para conseguir la libertad de los jud3os, tuvieron por fin un 3xito brillante. La monarqu3a persa, simbolizada en el pecho de plata de la estatua, que vi3 en sue3os Nabucodonosor, y cuyo significado explic3 aquel profeta, llev3 por fin á cabo su misi3n providencial de proteger á los jud3os devolvi3ndoles su libertad y permiti3ndoles volver á Jerusalem y reedificar el templo en el que hab3a de entrar el Mes3as prometido. El rey Ciro fu3 quien les concedi3 autorizaci3n para ello y quien les entreg3 los vasos sagrados que Nabucodonosor llev3 consigo á Babilonia, como bot3n de guerra (1). Una gran parte de los hebreos, bajo la direcci3n del gran sacerdote Josu3 y de la de Zorobabel, joven pr3ncipe de la familia de David, tomaron el camino de Jerusalem, sigui3ndoles algunos a3os despu3s los

(1) Esdras. Lib. I. Cap. I, vers. 7.

restantes, bajo la dirección de Esdras (1), ocupando ya el trono de Persia Dario, quien confirmó todos los decretos de su antecesor, favorables á los israelitas y á la reedificación del templo.

El primer cuidado de los desterrados al pisar el suelo de su patria, fué erigir un altar al Señor, y un año después se echaron los cimientos para la edificación del templo, si bien la obra tuvo que suspenderse, para continuarla pasado algún tiempo, cumpliéndose de esta suerte lo pronosticado por Daniel. Entonces, y como para alentar á los judíos en los trabajos de la reedificación de la ciudad y del templo, sobre cuyas ruinas lloraban, resonó por última vez en Jerusalem la voz de los profetas. *Aggeo, Zacarias y Malaquias*, después de vaticinar interesantes pormenores acerca del Redentor del mundo, anuncian principalmente el primero, como acontecimiento próximo que había de justificar la verdad de su anterior profecía, la caída de los reinos extranjeros y la destrucción de la monarquía persa por los griegos, simbolizados en el bronce de que se hallaban fabricados el vientre y los muslos de la estatua, vista en sueños por el monarca babilonio.

El reino de los griegos debía de preparar las sendas del Evangelio, popularizando en todo el Oriente la lengua griega, en que aquél había de anunciarse,

(1) Esdras. Cap. VII, vers. 1^o

y probando de un modo incontestable la antigüedad y la autenticidad de los libros sagrados, que contenían las profecías. En efecto, nada importa que Alejandro *el Grande*, en su victoriosa carrera, que parecía no tocar la tierra, tanta era la rapidez de sus conquistas, marche á Jerusalem, decidido á exterminar por completo á los judíos: Dios, que en un momento puede cambiar el corazón de los hombres, hace que el gran triunfador quede absorto á la vista del gran sacerdote Jaddo, que sale á su encuentro revestido de sus insignias, con la tiara en la cabeza y una lámina de oro sobre la frente, donde estaba escrito el gran nombre del Señor; y sin poderse contener cae de rodillas, diciendo adoraba al Dios de quien el gran sacerdote era ministro, y entrando con él en Jerusalem ofreció sacrificios de la manera que Jaddo le indica, trocando en simpatía toda su odiosidad anterior.

Muchos judíos se alistaron entonces en los ejércitos de Alejandro, otros se esparcieron por todo el Oriente, bajo el reinado de sus sucesores, atraídos por las promesas y puestos ventajosos con que los príncipes griegos les honraban por su constante é inviolable fidelidad, y de esta suerte pudieron dar á conocer al verdadero Dios en casi todos los pueblos del Oriente, subyugados por los griegos, preparándolos de esta suerte á recibir un día las luces del Evangelio. Además, Ptolomeo Filadelfo, rey de uno de los cuatro reinos que se formaron del de Alejan-

dro y cuya capital fué Alejandría, muy aficionado á las ciencias y á las letras, fundó en aquella ciudad una magnífica biblioteca y quiso enriquecerla con el libro que supo tenían los judíos conteniendo su historia y las leyes de Moisés. Dirigióse, para conseguirlo, al gran pontífice Eleazar, que había sucedido á Jaddo, y aquél le envió una copia por conducto de seis ancianos de cada tribu, que llevaban también el encargo de traducirla al griego. El monarca hizo grandes demostraciones de amistad á los traductores, los que, poniendo manos á la obra, la concluyeron sin pérdida de tiempo, siendo esta la *Biblia* conocida con el nombre de *Versión de los Setenta*. De esta suerte quiso la Providencia que, hallándose la *Sagrada Escritura* en manos de las naciones paganas, y traducida por los mismos judíos, fuera imposible á éstos alterarla, borrando lo concerniente al Mesías anunciado por los profetas, que es la prueba más evidente del deicidio que aquéllos cometieron.

SEXTA ÉPOCA.

DESDE LA SALIDA DE LOS JUDÍOS DEL CAUTIVERIO DE
BABILONIA HASTA EL NACIMIENTO DE JESUCRISTO.

CAPÍTULO I. (Años del mundo. 3837) (Antes de J. C., 163).

Persecuciones de Antioco IV.

Aun no habían terminado las pruebas á que el Señor quiso someter á su pueblo escogido y que eran maravillosamente propias para excitar en sus almas un vivo deseo del Libertador prometido. Si los fariseos falsearon el sentido de las profecías, considerando el poder, la gloria y los triunfos de Jesucristo, bajo un sentido material y grosero, la Providencia nada había olvidado para precaver este fatal error, y buena prueba de ello es que los judíos dóciles y humildes, no fueron víctimas de él, sino que, dando á las profecías su verdadera significación, reconocieron como el Mesías prometido al género humano, al humilde Niño nacido en Belén.

Estas últimas pruebas que sufrían los hebreos, tuvieron lugar después de la muerte de Alejandro el Grande, y cuando en los diversos reinos en que se dividió su colosal imperio, tocó la Siria á Seleuco, á

quien sucedió Antioco IV, por sobrenombre Epiphanes, que en lengua griega significa ilustre. Reinando el primero de los indicados monarcas, quiso apoderarse de los tesoros que se custodiaban en el templo de Jerusalem, y al intento despachó á Heliodoro, uno de sus oficiales, con orden expresa de exigir al Sumo Sacerdote Onías, la entrega de cuantas alhajas de plata y oro tuviera en su custodia. Negóse aquél á ello, manifestando no ser suyos los dichos tesoros, que estaban dedicados al servicio del Señor, siendo solamente él un encargado de administrarlos; pero Heliodoro persistió en su determinación, y mientras el gran Sacerdote y todos los judíos oraban con lágrimas al Señor, el oficial griego, seguido de sus soldados, penetró en el templo, dispuesto á saquearlo. Pero Dios escuchó, como siempre, las oraciones de su pueblo, y no quiso consentir en la profanación de cosas que le estaban consagradas especialmente. De pronto una fuerza misteriosa detiene á Heliodoro y á sus acompañantes, cae el primero en tierra, é inmediatamente dos ángeles en figura de gallardos mancebos, arrojándolo fuera del recinto sagrado, le apalearon tan fuertemente, que Heliodoro, casi sin vida, pidió á Onías perdón, rogándole intercediera por él, lo que verificó el gran Sacerdote, librándose por sus ruegos de la muerte. El oficial de Seleuco abandonó rápidamente á Jerusalem y aconsejó á su rey desistiera de toda tentativa de apoderarse de los tesoros

del templo de Jerusalem, á no ser que teniendo algún enemigo quisiera deshacerse de él.

Muerto Seleuco, se sentó en el trono Antioco IV, príncipe impío, el cual se propuso abolir en Judea el culto del verdadero Dios, y pronto la sangre de los fieles regó toda la Palestina. Vivía en Jerusalem, y en lo más recio de la persecución, un santo hombre llamado Eleazar, el cual ocupaba uno de los primeros puestos entre los doctores de la Ley. Era un anciano venerable, lleno de dulzura y majestad, que inspiraba confianza y respeto á un mismo tiempo. Contra él volvieron las iras los perseguidores, le prendieron y, abriéndole por fuerza la boca, quisieron hacerle comer viandas sacrificadas á los ídolos, y como se resistiese valerosamente á infringir la Ley santa del Señor, fué conducido al último suplicio. Cuando le llevaban al lugar de la ejecución, algunos amigos suyos, deseando librarle de la muerte, le propusieron llevar manjares de los permitidos y engañar de esta suerte á los gentiles, simulando comía viandas de las sacrificadas á los dioses: pero el virtuoso anciano, atendiendo sólo á la santidad de las leyes dadas por Dios, á que su acción sería un ejemplo escandaloso y funesto para la juventud, que creería se había dejado seducir por amor á la vida, y sobre todo á que si bien aquel engaño que le proponían le libraría de la muerte temporal decretada por los hombres, pero no de la eterna que sufriría de la justicia del Omnipotente,

prefirió entregarse á los verdugos. Estos le desnudaron, y habiéndole atado le arrojaron al suelo y le golpearon sin compasión, y en tan doloroso suplicio entregó su alma al Señor; siendo sus últimas palabras una fervorosa oración, en la que ofreció á Dios lo que voluntariamente padecía, por temor de infringir su ley santa (1), iniciando de esta suerte la larga serie de combates y triunfos que en lo sucesivo habían de librarse entre la verdad y el error, y en los que valerosos atletas no vacilarían, como Eleazar, en dar su sangre por defender á la primera.

CAPÍTULO II.

Martirio de los Macabeos.

En todas las persecuciones, la muerte ha sido semilla de nuevos mártires. Tras del combate sostenido en pro de la verdad, por un anciano magnánimo, vamos á ver ahora entrar en el palenque, de una parte, una madre con siete hijos decidida á defender aquella, y de otra á Antioco en representación del error. Aquellos héroes que en la flor de su edad se entregaron á la muerte en defensa de la Religión, son los conocidos con los nombres de los siete hermanos Macabeos (2).

(1) Macabeos. Libro II. Cap. VI. Vers. 18 al 31.

(2) Macabeos. Lib. II. Cap. VII, vers. 3 y siguientes.

Antioco los mandó comparecer en su presencia y les exigió comieran en el acto y sin réplica manjares prohibidos por la ley; habiéndose negado, mandó desnudarlos y que los hicieran pedazos á fuerza de azotes. El mayor de los siete hermanos tomó entonces la palabra, y sin asombrarse del castigo, con la santa intrepidez que sólo da la virtud, manifestó al tirano se hallaban todos ellos prontos á morir antes que faltar á los preceptos de Dios. Antioco, lleno de furor, hizo encender hierros, y mientras esto se verificaba arrancaron la piel de la cabeza del joven mártir, le cortaron la lengua y las extremidades de los pies y de las manos. Una vez llevada á cabo esta espantosa mutilación, mandó que le aplicaran el fuego, y estando aún con vida, dispuso le arrojaran en una vasija de hierro candente, donde le vió quemarse sin moverse á compasión; mientras la madre y los hermanos del héroe le infundían aliento y mutuamente se confortaban manifestando su confianza en el Señor, cuya santa causa defendían en aquel momento.

Muerto el primogénito, los verdugos arrancaron al segundo la piel de la cabeza, y como aun rehusase obedecer al rey, fué conducido al mismo suplicio que su hermano; pero antes de espirar, reuniendo las pocas fuerzas que le quedaban, manifestó al tirano su confianza de que Dios le devolvería la vida que le quitaba, juntamente con una gloria inmortal.

Muerto éste, llegó el turno al tercero; le mandan

saque la lengua, obedece y le es cortada; que dé las manos y las extiende sin vacilar; los verdugos se asombraban de aquella constancia tan magnánima; sin embargo, Antioco manda continuar la bárbara ejecución con más ira que sorpresa, y el cuarto, el quinto y el sexto de aquellos heroicos hermanos espiran con valor entre los tormentos.

Durante los martirios, la madre, con una entereza heroica, sobrenatural, muy superior á todo elogio, demostrando una virtud digna del eterno recuerdo de los buenos, prodigó á sus hijos palabras animosas para asegurarles la victoria. No quedaba ya más que el último, el más pequeño; el tirano trató de seducirlo prometiéndole con juramento felicidad y riquezas, viles halagos impropios de la boca de aquel bárbaro, pero el tierno mártir los despreció. Entonces Antioco hizo que la madre se aproximara y la exhortó á que salvara la vida por lo menos de aquel tierno niño; pero la esforzada mujer, fortificada con esa gracia que sólo puede venir del cielo, dirigiéndose á su hijo le animó á no temer á su cruel verdugo, á mirar las criaturas todas como obras de Dios, que las sacó de la nada, y á estimularse con el ejemplo de sus hermanos, haciéndose de este modo digno de que el Señor lo juntase un día con ellos en la mansión de los justos. El valeroso niño, poseído de entusiasmo, gritó no obedecía los mandatos del rey, sino los preceptos dictados por Dios, mediante Moisés, y bien

pronto su mutilado cadáver hizo compañía á los de sus hermanos, quedando sola la madre entre los sangrientos restos de sus hijos, pero triunfante y anhelando el momento de participar con ellos del laurel de la victoria.

No tuvo que esperar mucho, pues Antioco, avergonzado de verse vencido é incapaz de perdonar, mandó también la quitaran la vida, lo que inmediatamente fué ejecutado, retirándose el cruel monarca de aquel lugar de sangre, con el rubor de la vergüenza en el rostro y el remordimiento de su crimen en el corazón. Así se extinguió una ilustre familia, destinada por el Señor á reconciliarle con Israel y preparar á las gentes para el advenimiento del Mesías, dándoles á conocer la grandeza y poder del Dios de Abraham; familia que sacrificando su vida, dejó en pos de sí una memoria mucho más noble y más honrosa que si sus individuos se hubieran distinguido en otra clase de hazañas ó de triunfos.

CAPÍTULO III. (Años del Mundo 3840)
(Antes de J. C. 160)

Matatías y Judas Macabeo.

Mientras Antioco regaba la Judea con la sangre inocente de tanto justo, un respetable israelita llamado Matatías, se retiró con sus cinco hijos al monte Modín, donde derramando torrentes de lágrimas se

vistió traje de penitencia y clamó al Señor con fervorosa oración, en vista del estado en que se hallaba Jerusalem, presa de sus enemigos y en mano de los impíos el templo y cuanto había de más sagrado en aquella ciudad. En este estado llegaron también allí los emisarios del rey, con órdenes terminantes de que todos ofrecieran incienso á los falsos dioses. Matatías y sus hijos permanecieron firmes en la religión de sus padres; pero como vieran á un desgraciado israelita, que iba públicamente á sacrificar á los ídolos de los gentiles, irritado Matatías con aquel sacrilego ultraje que se infería al Señor, ardiendo en santo celo dió muerte al apóstata y al oficial del rey que lo llevaba á sacrificar, é inmediatamente llamó en derredor de sí á cuantos hebreos conservaran la fe, logrando reunir un cuerpo de ejército, con el que batió y rechazó los idólatras, destruyó los altares profanos, circuncidó á los niños que aun estaban incircuncisos, y el Señor favoreció sus armas con venturoso suceso.

Algún tiempo después Matatías bajo al sepulcro, cubierto de gloria, instituyendo como jefe de familia á Simón, su hijo mayor, y como general de las tropas que habían de seguir combatiendo á los infieles, á su otro hijo Judas, en atención á ser el más robusto de todos sus hijos.

Judas tomó el sobrenombre de *Macabeo*: no se sabe á ciencia cierta el origen de este apellido, pero según

la opinión de muchos, se debe á que llevaba escrito en sus estandartes estas cuatro letras hebreas: *mem, caph, beth, iod*; iniciales de otras tantas palabras, que traducidas á nuestro idioma significan: *¿Quién semejante á ti entre los dioses, oh Jehová?* Con cuyas letras iniciales se formó el repetido nombre de *Maca-beo*, que llevaban entonces todos los que sufrían por Dios, como lo prueban los siete hermanos sacrificados por Antioco, juntamente con su madre, de cuyo martirio hemos dado cuenta en el capítulo anterior.

La primera diligencia de Judas fué la de acrecentar su hueste, cuidando de no admitir entre sus soldados á los que se hubieran manchado con sacrificios abominables y procurando á la vez inculcar á sus tropas la necesidad de hacerse propicio al Dios de los ejércitos, para conseguir la victoria, á cuyo fin convenía trabajar para mantenerse puros en su presencia, mediante ayunos, lágrimas y oraciones. De esta suerte no tardó en conseguir señaladas victorias contra los enemigos de la Religión, en términos de que, furioso Antioco, resolvió agotar, si era preciso, todo su erario y todos los hombres de sus estados, para conseguir el exterminio de sus enemigos. Un numeroso ejército sirio, mandado por los generales Tolomeo, Nicanor y Gorgias, vino contra la Judea, llevando el espanto á todos los corazones; pero Judas consiguió reanimar el valor de sus conciudadanos, recordándoles las maravillas que en otro tiempo había

obrado el Todopoderoso en favor de su pueblo, y preparándose para el combate con ayunos y oraciones, puesta su confianza en el Señor de los ejércitos, consiguió una completa victoria, poniendo á los enemigos en precipitada fuga.

Después del combate Judas volvió al campo de batalla, para recoger los cuerpos de los soldados muertos en la acción y enterrarlos en el sepulcro de sus padres; pero como debajo de las túnicas que vestían hallara ofrendas de los ídolos, cosa prohibida terminantemente por la ley, el general y los suyos conocieron haber sido esta infracción la causa de su muerte y bendiciendo los altos juicios de Dios, rogaron por sus almas para que el Señor perdonase aquel pecado; haciendo además una cuestación que produjo doce mil dracmas de plata, las que fueron enviadas á Jerusalem, á fin de ofrecer sacrificios expiatorios por las almas de los muertos (1). Esta conducta de Judas Macabeo, al propio tiempo que demuestra la grandeza de su corazón, prueba de un modo evidente la común creencia de los judíos de entonces y de los cristianos de hoy, en cuanto á los dogmas de la inmortalidad del alma y de la existencia del Purgatorio, siguiéndose, por consiguiente, que la religión ha sido y es una y la misma, sin otra diferencia entre

(1) Macabeos. Libro II. Capítulo XII. Vers. 39 y siguientes.

la de Moisés y la de Jesucristo, que la existente entre la luz de la aurora y la brillantísima del medio día.

Cuando Antioco tuvo noticia de la derrota de su ejército, resolvió marchar él mismo en persona contra los judíos, para vengar la ofensa de sus armas, jurando que convertiría á Jerusalem en supulcro de sus habitantes. Empero Dios tenía ya contados sus días; de repente fué acometido de un dolor agudo en las entrañas, castigo proporcionado á la inhumana crueldad con que había tratado á otros: tan violento fué su mal, que le hizo caer del carro que montaba y en el que con celeridad impetuosa iba respirando venganza contra los judíos; con el golpe se produjo varias heridas y quien soberbio presumía tocar ya las estrellas del firmamento, se vió en breve postrado en un lecho, corrompidas sus carnes y exhalando un hedor tan insoportable que nadie podía sufrirlo.

Tantos males y contratiempos hicieron volver en sí al infortunado príncipe, comprendió que era justo rendirse á Dios y que no puede el hombre mortal igualarse al que es eterno. La memoria de los excesos que había cometido aumentaba los remordimientos de su conciencia, exacerbando los dolores físicos que padecía; conoció que en justo pago de su conducta era castigado con tanto rigor en país extranjero, hizo propósito de tratar mejor á los judíos y aun de abrazar su religión; pero como estos deseos más bien que á una conversión sincera obedecían al temor, cumpliése

la sentencia dictada por Dios y murió Antioco entre los mayores sufrimientos.

Con la muerte del impío monarca no terminaron las guerras que aun tuvo que sostener Judas Macabeo, pues Antioco Eupator, hijo y heredero de aquél, no obstante el trágico fin de su padre, continuó la campaña contra los judíos. Grandes y señaladas victorias consiguió el caudillo del Señor, y para terminar la relación de sus hazañas, haremos mención de la que alcanzó sobre el ejército de Nicanor, con la cual termina también *el Antiguo Testamento* (1), pues aunque en algunas *Biblias* antiguas se añaden otros dos *Libros* á los de *los Macabeos*, la Iglesia católica no los admite y termina por tanto la primera parte de *la Sagrada Escritura*, con el hecho de armas que brevemente vamos á referir.

Nicanor, deseando vencer á Judas, se decidió á atacarle en día de sábado profiriendo horribles blasfemias contra Dios y hasta negando su existencia; pero el Macabeo, puesta su confianza en el Señor, no temió á su soberbio enemigo. La noche antes de la batalla tuvo una consoladora visión; vió en sueños al profeta Jeremías y al gran Sacerdote Onías, los cuales le entregaron una espada para que con ella combatiera á los enemigos de Israel. El suceso acreditó la verdad de su visión; el ejército sirio fué completamente destruí-

(1) Macabeos. Libro II. Cap XV.

do, pereciendo en la batalla el soberbio caudillo Nicador, cuya cabeza y mano mandó Judas llevar á Jerusalem, haciéndole cortar su lengua blasfema y que fuera dada por alimento á las aves de rapiña. En memoria de esta gloriosísima jornada, los judíos establecieron una fiesta, que se celebraba el día trece del mes de *Addar*, que corresponde á nuestro Febrero.

Desde entonces los hebreos quedaron en quieta y pacífica posesión de Jerusalem, hasta que fueron dominados por los romanos, bajo cuyo imperio tuvo lugar el Nacimiento del Mesías, esperado desde tantos siglos, cuyo glorioso acontecimiento da principio á la segunda parte de *la Sagrada Escritura ó Nuevo Testamento*.

PARTE SEGUNDA

NUEVO TESTAMENTO

CAPÍTULO I.

Preparación del Mesías.

Aunque todos los sucesos comprendidos en *el Antiguo Testamento* no son otra cosa que una preparación al cumplimiento de las promesas del Redentor, hecha por Dios á nuestros primeros padres, puede muy bien llamarse preparación del Mesías el conjunto de los acontecimientos que tienen lugar en la época ya

próxima á su venida y que estudiados y considerados á luz de la Fe, demuestran de un modo evidente como el Señor dispone las cosas y combina los hechos en términos de dar por resultado el cumplimiento de las profecías y la realidad de las figuras de tal suerte, que nadie, salvo el caso de ceguedad voluntaria, como la de los judíos, pueda poner en duda, que el Hijo de la Virgen de Nazareth, humildemente nacido en Belén, es también el Verbo del Padre, el Mesías prometido, el Redentor de la humanidad.

En efecto; cuando la monarquía de los griegos simbolizada en los muslos de bronce de la estatua, vista en sueños por Nabucodonosor, hubo cumplido su misión, Dios la sustituyó por el imperio romano, á su vez representado por las piernas y los pies de hierro y arcilla de aquella misteriosa figura. Estaba vaticinado que el reino de Jesucristo, la piedrecita desprendida de la montaña, derrocando la estatua, se convertiría en monte, que llenaría toda la tierra, y esta predicción tenía que cumplirse. No era suficiente que los judíos esparcidos por Oriente y Occidente desde los tiempos de Alejandro Magno, extendieran por todas partes la buena nueva; era preciso facilitar á los Apóstoles del Redentor la libre circulación de un extremo á otro del mundo y para ello que el género humano sólo formara un solo cuerpo: esta misión fué la que confió la Providencia al imperio romano.

Los romanos, señores del mundo, cumplieron sin darse cuenta dicha misión, y cuando abrieron por todas partes anchas sendas, borraron las nacionalidades, derribaron los límites que dividían á los diferentes pueblos, nivelaron el suelo y formaron de todas las naciones una gran unidad material, que permitía recorrer sin obstáculo la tierra y los mares desde el Oriente hasta el Occidente; cuando llevaron á cabo todas estas colosales empresas, no fueron sino mandatarios de Dios, que encamina los sucesos á la realización de su plan eterno, sin influir en la libertad de los hombres.

Cumplido, pues, quedaba el vaticinio de Daniel al explicar su enigmático sueño al monarca de los asirios; pero no estaba reducida á sólo esto la misión de los romanos. Hacía diez y ocho siglos que Jacob en su lecho de muerte, había profetizado que el Mesías vendría cuando se sentara en el trono de los reyes de Judá un monarca extranjero, y si consultamos la *Historia profana*, encontraremos que después de la derrota de Pompeyo, Antonio, cónsul romano, pasó al Asia y colocó á Herodes, idumeo de origen en el trono de Galilea; después, cuando volvió á Roma, fácilmente logró el favor de Augusto para su protegido y fácilmente pudo conseguir del Senado se diera á Herodes el título de rey de los judíos, siendo como tal, coronado en el Capitolio, con las ceremonias de costumbre entre los romanos: el cetro salió, pues,

entonces, de la tribu de Judá, luego era llegado el momento de venir el Mesías, conforme á la profecía de Jacob.

Su venida era ya indispensable: el mundo estaba próximo á su ruina, si el poder del Omnipotente no venía á repararlo. El emperador Augusto se sentó tranquilamente en el trono después de haber vencido á sus numerosos rivales; toda la tierra descansaba en la más profunda paz, pero esta paz, pudiéramos compararla á la paz de que disfruta el esclavo cargado de cadenas y durmiendo en lóbrega mazmorra el sueño del embrutecimiento, porque todas las naciones, tributarias de los romanos, gemían bajo la más pesada tiranía; todas, excepción hecha del pueblo judío, eran idólatras; el mundo podía compararse á un inmenso templo de ídolos. No se avergonzaban los hombres de ofrecer incienso á las divinidades más infames; se adoraba el sol, la luna, la tierra, el agua, el fuego, los animales y las plantas, y no contentos con transformar todas estas criaturas en dioses, también convirtieron los dioses en animales, haciendo de la supuesta vida de aquéllos un tejido de maldades y abominaciones, que si cualquier hombre las ejecutara, merecería la execración de sus semejantes y ser encerrado en un Establecimiento penal. En honor de estos dioses malvados, Roma consagraba las impurezas de su teatro y los sangrientos espectáculos de su circo, y oscurecida de esta suerte la inte-

ligencia humana, no es extraño que lo mismo la sociedad civil que la familia no tuvieran otro fundamento que la fuerza bruta, representada en la primera por un tirano coronado, que como Nerón mataba ó destruía por distraerse, y en la segunda por el padre de familia, déspota á su vez del hogar, dueño de la vida de su esposa, de sus hijos y de sus esclavos.

El pueblo judío, aunque conservaba el conocimiento y el culto del verdadero Dios, también necesitaba la venida del Mesías. Es verdad que después de su regreso de la cautividad de Babilonia, no había vuelto á caer en la idolatría; pero había mezclado en la Religión supersticiones, formándose varias sectas, de las que era la principal la de los fariseos. Como de ellos se habla con frecuencia en la vida de Nuestro Señor, conviene dar aunque no sea más que una ligera idea de lo que eran estos hombres.

Empezó dicha secta en tiempo de los Macabeos y desde la época de los hijos de Matatías. En el fondo se apoyaban en buena doctrina, pues sostenían que al lado de la ley dada por Dios en el Sinaí había una tradición, esto es, varios dogmas y ritos, que Moisés había hecho pasar á la posteridad sin escribirlos; pero en esta tradición mezclaban muchas supersticiones, que se hallan recopiladas en *el Talmud*, libro que los judíos escribieron cerca de cien años después de la Resurrección de Jesucristo. Es imposible imaginar

las frívolas cuestiones que, como casos de conciencia, presentaban los fariseos y de que dicho libro está lleno, tales como la de que si es permitido en día de sábado ó no montar un asno para llevarlo á abrevar; de si será lícito en dicho día andar sobre terreno recién sembrado, por el temor de recoger semillas con los pies, y sembrar sin querer; y si después de purificada una casa de toda levadura pera celebrar la Pascua, debería ó no volver á purificarse, al ver pasar un ratón, llevando en el hocico migajas de pan con levadura. Estos mismos fariseos echaron en cara al Salvador, haber hecho lodo en día de sábado para curar al ciego de nacimiento, y á sus discípulos haber arrancado de paso algunas espigas de trigo para comer los granos y sentarse á la mesa sin lavarse las manos. En el exterior los fariseos hacían una vida sencilla y severa; ayunaban con frecuencia y daban limosnas pero jactándose de ello, mientras interiormente eran ambiciosos, soberbios, avaros y llenos de toda clase de vicios, por lo que el divino Maestro, para quien nada podía haber oculto, reprendió más de una vez su hipocresía y les llamó sepulcros blanqueados, pues que todo el cumplimiento de la Ley de Dios, lo hacían consistir en prácticas externas.

Además de los fariseos, se habla en el Evangelio también de los *Escribas*, los cuales eran personas instruidas, doctores de la ley encargados de explicar y copiar los libros santos; los había de tres clases: *Es-*

cribas de la Ley, cuyas decisiones se recibían con el mayor respeto; *Escribas del pueblo*, que eran como magistrados, y *Escribas comunes*, que eran *Secretarios del Sanhedrin* ó gran Consejo de los judíos.

Cuando nació el Mesías, todo el territorio de la tierra de Canaán se dividía en tres provincias: Samaria, Galilea y Judea propiamente dicha. Ya dijimos en su lugar oportuno, cómo reinando Roboam, hijo de Salomón, diez de las tribus se separaron de las otras dos, constituyendo el reino de Israel, bajo el cetro de Jeroboán, cuyo reino, en castigo de su idolatría, fué asolado por los reyes de Asiria, llevando á sus moradores cautivos á Nínive. Añadiremos ahora que Salmanasar mandó extranjeros para colonizar aquel país, pero los recién llegados fueron casi enteramente devorados por leones, por lo que Ascaradón, rey de Nínive, mandó una nueva colonia con un sacerdote judío, la cual abrazó la religión judaica, pero sólo en parte, pues de la *Sagrada Escritura* admitían únicamente los cinco libros de Moisés, rechazaban la tradición y sostenían que sólo debía adorarse á Dios en el monte *Garizin* y no en el templo de Jerusalem, por lo que los judíos consideraban cismáticos á este resto de las antiguas diez tribus, denominando á los moradores del territorio que ocupaban, samaritanos, de Samaria, capital del reino, siendo grandísimo el odio que se tenían los unos á los otros.

La Galilea estaba también poblada de restos de las

antiguas diez tribus, que reedificaron en aquel territorio numerosas ciudades, encontrándose entre ellas la pequeña de Nazareth. En esta provincia y en la Judea imperaba como rey Herodes, aunque sujeto en un todo al poder romano, cuyo Senado, según queda dicho, era quien le había conferido la investidura de rey. La Judea se componía del territorio ocupado por las dos tribus de Judá y Benjamín, estando comprendido en aquél Jerusalem, y aunque los Sumos Sacerdotes ejercían la jefatura suprema y se reconocía como rey á Herodes, el verdadero soberano era Augusto César, pues los judíos no tenían facultad para condenar ni ejecutar los reos de muerte, sin el permiso del presidente romano, que era quien mandaba realmente en nombre del emperador.

Ni los fariseos ni el pueblo en general estaban satisfechos de este estado de tiranía, odiaban el yugo de lo gentiles y sólo deseaban un Mesías que, siendo guerrero, destruyera el poder de las águilas romanas que los esclavizaban. De esta suerte, y en pos de los ideales de triunfo, dieron al olvido las profecías que vaticinaban las humillaciones del Salvador, no fijándose más que en aquellas que anunciaban su victoria, la cual, extraviados por su ilusión, la consideraban material: ¡funestos errores que les colocaron en la fatal pendiente que les arrastró al deicidio, cumpliéndose de esta suerte también las profecías, que anunciaban sería el pueblo ingrato, infiel é incrédulo,

y que negando á Cristo le haría morir en una cruz.

Empero si los judíos esperaban con ansia al Mesías, esta expectación se notaba también entre los gentiles, siendo hija, bien de la tradición primitiva, bien de su roce y trato con los judíos. Los más eminentes escritores y poetas de Roma, como Tácito y Virgilio, hablan de un acontecimiento que tendría lugar en el Oriente, con el cual la Judea daría soberanos al mundo. De esta suerte resultaba la verdad de las profecías que habían llamado al Redentor el Deseado de las Naciones.

Dada esta idea general del estado del mundo y en especial del pueblo judío, en la que hemos podido admirar la acción de la Providencia, encaminando los sucesos al cumplimiento de la gran promesa, próxima á realizarse con la Encarnación y nacimiento del Verbo de Dios, ocupémonos ya de este gran acontecimiento, fin supremo de los cuarenta siglos del mundo antiguo y punto de partida de los siglos modernos hasta la eternidad, y en cuyo hecho culminante se encuentra la explicación de toda la *Historia*, la razón por que surgen y caen los imperios de Oriente y Occidente, y la última palabra de la acción de Dios sobre el linaje humano.

CAPÍTULO II. (Año del mundo 4004.)

Encarnación y Nacimiento de Jesús.

Estando, pues, todos los moradores de la tierra sin excepción de judíos y de gentiles en la expectativa de un gran acontecimiento, cuando hacía ya quinientos años que no se escuchaba la voz de ningún profeta en Israel, el Arcángel San Gabriel fué enviado de orden de Dios á la pequeña ciudad de Galilea llamada Nazareth, á una Virgen, que tenía por esposo un hombre de la casa de David, llamado José y aquella Virgen se llamaba María. Habiendo entrado el mensajero divino en su casa la saludó diciendo: *Dios te salve, llena eres de gracia, el Señor es contigo, bendita tú entre las mujeres.*

Al oír las palabras del celestial mensajero se turba María y trata en su humildad de comprender la razón de tan misterioso saludo y el Arcángel continúa: *No temas María, porque has hallado gracia delante de Dios. Darás al mundo un Hijo al que pondrás por nombre Jesús. Éste será grande, y será llamado Hijo del Altísimo: y el Señor Dios le dará el trono de David su padre: y reinará eternamente en la casa de Jacob y su reino no tendrá fin.* No duda María de la promesa del Ángel; pero como era una cosa nunca oída, que una Virgen concibiese, dice á San Gabriel: *¿Cómo*

sucedirá esto, porque yo no conozco varón? Y el Angel la respondió: El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la virtud del Altísimo te cubrirá con su sombra; y así el Santo que nacerá de ti, será llamado Hijo de Dios. Y sabe que tu parienta Isabel también ha concebido un hijo en su vejez; y la que se llamaba estéril está ahora en el sexto mes, porque nada hay imposible para Dios. La humildísima Virgen respondió: He aquí la sierva del Señor; cúmplase en mí según su palabra. (1) El Arcángel se separó de María y por virtud del Espíritu Santo, el Verbo de Dios tomó carne humana en las virginales entrañas de la más pura de todas las mujeres. Con esta sublime sencillez refiere el Evangelio el más grande de todos los misterios de nuestra fe católica. Como la Santísima Virgen oyese del Arcángel, que su prima Santa Isabel, esposa del sacerdote Zacarías había concebido y daría á luz un hijo á pesar de su avanzada edad, no dudó un instante ponerse en camino para darle el parabién por verse libre del oprobio de la esterilidad. Cumplió, en efecto, la purísima María tan caritativo deber y al llegar casa de su prima, tanto ésta como el infante que llevaba en su seno fueron iluminados con celestiales luces; comprendieron se hallaba en su presencia la que había concebido milagrosamente al Mesías prometido, y mientras el hijo en el interior del claustro materno

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. I, Vers. 26 y siguiente.

adoraba reverente á su Dios y Redentor, Isabel transportada de júbilo, exclamó dirigiéndose á su prima: *Bendita tú entre las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.* (1) La Santísima Virgen, refiriendo á Dios toda la gloria, contestó alabando las misericordias del Altísimo y entonando en su loor el sublime cántico, que la Iglesia recita diariamente en el oficio de *Vesperas* y que se conoce con el nombre del *Magnificat*, por ser esta su primer palabra.

Tres meses permaneció María en casa de Isabel; transcurrido este tiempo, se volvió á su morada y poco después Isabel dió á luz un hijo á quien se puso por nombre Juan. Su padre Zacarías, que había quedado mudo, desde el momento en que ministrando en el santuario un Angel le anunció el nacimiento milagroso de aquel hijo, recobró entonces el uso de la palabra y lleno de espíritu profético, bendijo al Señor, anunciando los gloriosos destinos del recién nacido, que había de ser precursor del Mesías tan deseado y esperado. (2) El cántico de Zacarías le recita también diariamente la Iglesia en su oficio de *Laudes*.

Entretanto la Santísima Virgen permanecía en Nazareth con su castísimo esposo San José, y parecía natural por tanto que en aquella ciudad viera la luz del mundo el Redentor prometido. Más si Jacob había

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. I. Vers. 39 al 56.

(2) Evangelio de San Lucas. Cap. I. Vers. 5 al 25 y 57 al 80.

vaticinado vendría el Mesías cuando el cetro hubiese salido de las manos de Judá, el profeta Miqueas había dicho que nacería en Belén. El imperio romano se encarga de realizar esta circunstancia. Verdad es que José y María habitan en Nazareth y que su pobreza y el rigor de la estación se oponen á que emprendan un viaje, pero no obstante el Mesías debía nacer en Belén y Dios que hace servir las pasiones de los hombres, para el cumplimiento de sus designios, se aprovecha de un impulso de vanidad ó codicia del emperador Augusto, para coronar la realización de las profecías. Dicho príncipe expide el famoso edicto que obliga á todos los jefes de familia en toda la extensión de la tierra, á presentarse en el lugar oriundo de su casa para inscribirse en los registros públicos, José y María parten para Belén, se cumplen los vaticinios y Augusto es como Nabucodonosor, Ciro y Alejandro, un ministro subalterno, un servidor humilde del Omnipotente.

José y María, como sucede con todas las personas virtuosas, eran fieles cumplidores de los preceptos de la autoridad, cuando éstos no se oponen á la ley santa del Señor: obedeciéndolo los mandatos del César fueron de Galilea á Judá, de la ciudad de Nazareth á Belén, para empadronarse en ella, porque allí estaba la cuna de David, de quien descendían. Pero en vano recorrieron sus calles y llamaron pidiendo albergue en las casas de sus parientes, amigos y conocidos, en todas partes los despidieron secamente; así empezaba

á padecer el Salvador por nosotros antes de entrar en el mundo.

Los santos y purísimos esposos se vieron por tanto precisados á salir de la ciudad y buscar albergue en el campo; dióselo una cueva, que servía de establo á los ganados y allí el año mil cuatro del mundo, mil después de la dedicación del Templo, setecientos cincuenta y dos de la fundación de Roma, el día veinte y cinco de Diciembre á las doce de la noche, el Verbo del Padre, igual en todo á Él, Dios como Él, habiendo tomado carne en el seno purísimo de María por obra del Espíritu santificador, nació en cuanto hombre, quedando su Santísima Madre tan pura y tan Virgen como antes de haberlo concebido (1). La celestial María envolvió al divino Niño en unos pobres pañales y le reclinó en un pesebre, cuna digna de un Dios Hombre, que venía á predicar la humildad á un mundo soberbio y orgulloso.

Un Angel del Señor se apareció á unos pastores que guardaban ganado en aquellas cercanías, esparciendo en torno de ellos vivísimo resplandor, por lo que quedaron aterrados, pero el celestial mensajero los tranquilizó, anunciándoles la gran nueva de haber nacido el Salvador del humano linaje; les da como seña para reconocerle, el pobreportal y el humilde pesebre donde le encontrarían envuelto en pañales, y multitud inmensa de espíritus celestes se juntan al primero

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. II, y de San Mateo Cap. II.

cantando: *Gloria á Dios en las alturas y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad*, dando á entender con este sublime cántico, que ya el mundo tenía un Redentor, que las promesas quedaban cumplidas, trocadas en realidad las figuras, verificadas las profecías y reconciliados el Cielo y la tierra. Los pastores corrieron presurosos á Belén y adorando al Niño Dios, fueron sus primeros discípulos.

A los ocho días de su Nacimiento el Mesías fué circuncidado conforme á la ley de Moisés: bien hubiera podido el Salvador eximirse de este precepto, pero no venía á destruir la Ley sino á cumplirla. Al verificarse dicha sangrienta ceremonia y con ella la primera efusion de aquella preciosa Sangre, de la que una sola gota bastaba para redimir mil y mil mundos, recibió el Mesías el nombre de *Jesús*, nombre adorable que hace doblar toda rodilla, nombre incomunicable, que nadie más que Jesús ha podido realizar en toda su extensión, porque Él, y nadie más que Él es el Salvador.

Todavía se hallaba la Sagrada Familia en Belén, cuando un astro milagroso anunciado á los gentiles, más de doce siglos antes, con el nombre de Estrella de Jacob, hizo brillar sus fulgores en el Oriente, y unos reyes magos, es decir, filósofos ó sabios, comprendiendo lo que la aparición de aquel astro significaba, se pusieron en camino para buscar y adorar al Mesías. Llegaron á Jerusalem, y sorprendidos de no

hallar en ella señal alguna de fiesta y regocijo, por haber nacido el Mesías esperado, se dirigieron á la corte de Herodes, á quien preguntaron por el Rey de los judíos, que acababa de nacer. Herodes, desconfiado, receloso, temiendo perder su cetro, astuto y sutil, hizo preguntar á los *Escribas* dónde debería nacer el Cristo, y como le contestaran que en Belén, según las profecías, llamó aparte á los magos y les encargó se informaran donde estaba aquel Niño y volvieran á decírselo, para ir él también á adorarle; siendo sus intentos conocerle, para quitarle la vida, pero Dios supo desbaratar sus planes.

Los magos, tan pronto como abandonaron la morada de Herodes, volvieron á ver la estrella misteriosa que les había servido de guía durante su camino; en pos de sus fulgores llegaron á Belén, donde estaba el Niño con María su Madre, y postrándose le adoraron, ofreciéndole oro como á Rey, mirra como Hombre verdadero é incienso como Dios. Los magos fueron los primeros idólatras que reconocieron á Cristo: la vocación de los gentiles á la fe comienza con ellos. Advertidos por un ángel de que no volviesen á Herodes, regresaron á su país por distinto camino.

Aquel príncipe cruel, observando la tardanza de los magos, se tranquilizó creyendo se habían equivocado y la vergüenza del error les había impedido volver, por lo que dejó de tomar informes. Entre tanto José y María cumplieron dos nuevos artículos

de la ley de Moisés, que mandaban fueran al templo las mujeres después de dar á luz y pasados cuarenta días para purificarse, y á la vez ofrecer al Señor sus primogénitos.

María, no obstante que su parto santísimo la había dejado tan pura y tan Virgen como antes, no vaciló en ir al templo á confundirse con las demás mujeres, dando así un gran ejemplo de humildad y obediencia. Por su parte Jesucristo, siendo Dios, era el Supremo Legislador de los preceptos dados á Moisés; sin embargo, se sometió también á ellos, como se había sometido á la Circuncisión, y por primera vez se presentó en el templo una víctima digna del Padre celestial. Tan sublime ofrenda no podía permanecer oculta. Vivía en aquella época en Jerusalem un hombre justo, bastante anciano, llamado Simeón, que esperaba al Consolador de las Naciones, y á quien había sido revelado no moriría sin haber visto al Cristo del Señor. Guiado por una inspiración divina fué al templo, cuando José y María acababan de cumplir el sagrado rito, ofreciendo á su Divino Hijo al Eterno Padre, rescatándole por cinco siclos y dando también la ofrenda de los pobres, consistente en dos pichones, para la purificación de la Madre, como Moisés mandaba. El santo anciano tuvo la dicha de tener al Niño Jesús en sus brazos, y animado del espíritu de los profetas, dió gracias á Dios en un inspirado cántico, en el que manifestó los triunfos futuros

del Salvador y vaticinó también la espada de dolor que había de penetrar el alma de la Madre, durante la pasión de su querido Hijo, terminando con una súplica al Señor, para que le sacase ya de este mundo, pues nada deseaba después de haber visto al Mesías prometido. La Iglesia, en su oficio de *Completas*, recita aún diariamente el cántico de Simeón. Una venerable mujer, viuda, de ochenta años, llamada Ana, que también suspiraba por la venida del Mesías, habiendo ido en aquellos momentos al templo, que frecuentemente visitaba, unió su voz á la del anciano profeta y manifestó su reconocimiento y su alegría entonando cánticos de alabanzas á Dios.

Entre tanto el cruel Herodes, bien porque los extraordinarios sucesos del templo llegaran á su oído, despertándose de nuevo sus recelos de perder la corona, bien porque sospechara le habían burlado los Reyes magos, adoptó la tiránica resolución de hacer morir todos los niños menores de dos años que moraran en Belén y sus contornos. Cumplióse la bárbara orden del tirano, corrió á raudales la sangre de los inocentes, realizándose de esta suerte las profecías de Jeremías; pero como nada es el hombre contra Dios, José, avisado por un ángel (1), huyó con su Esposa y el Niño á Egipto, haciendo al déspota monarca derramarse inútilmente torrentes de sangre inocente,

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. II. Vers. 13 al 18.

sin conseguir otro objeto sino que la posteridad maldiga su memoria, considerándole más como fiera que como hombre.

CAPÍTULO III.

La Infancia de Jesucristo.

Si el cruel Herodes no logró su intento al derramar la sangre de los niños inocentes, logró en cambio encender contra él la cólera del Cielo; algunos años después perdió con la vida el cetro y la corona que á fuerza de crímenes había querido conservar. Le sucedió en el trono su hijo Arquelao. Apenas aquél bajó al sepulcro, el Angel se apareció de nuevo á José diciéndole volviera con el Niño y la Madre á su país. El Santo Patriarca obedeció sin dilación y se puso en camino para volver á su amada patria, cumpliéndose de este modo las palabras del Señor, pronunciadas por el profeta Oseas, relativamente al Mesías: *De Egipto llamé á mi Hijo*. Pero sabiendo que ocupaba el trono de Judea el hijo de Herodes, no se atrevió á ir á allá, sino que por un nuevo mandato del Cielo, se retiró á Galilea y estableció su morada en Nazareth, para que se cumpliera también otra profecía, según la cual el Hijo de Dios debía de llamarse Nazareno, palabra que expresa á la vez la santidad y la perfecta consagración del Salvador, junta-

mente con el lugar donde pasó la mayor parte de su vida, pues no salió de allí sino para recorrer toda la extensión de la tierra de Canaán y echar con sus trabajos los cimientos de su Iglesia.

Durante el reinado de Arquelao, hijo y sucesor de Herodes, es de creer que José y María no llevarían á Jesús á Jerusalem para celebrar la Pascua, temiendo que el Niño fuera reconocido en la capital y se despertaran las sospechas del rey; pero habiendo los romanos quitado la corona al dicho monarca, el emperador Augusto se reservó la inmediata soberanía de Judea, encargando su gobierno á un presidente y sólo la Galilea quedó bajo la dominación de Herodes Antipater, hermano de Arquelao, que fué quien más tarde mandó cortar la cabeza de San Juan Bautista, á instancia de Herodias, su cuñada, á la que el santo precursor reprendía sus escándalos, siendo también el mismo Herodes á quien el presidente Pilatos envió el Salvador en la época de su pasión.

Aprovechando la situación pacífica de la Judea, con la indicada modificación en el Gobierno, José y María llevaban todos los años de Nazareth á Jerusalem á Jesús para celebrar la festividad de la Pascua. El divino Niño quiso en uno de estos viajes dar principio á su misión de evangelizar. (1) Tenía doce

(1) Evangelios de San Mateo. Cap. II. Vers. 19 al 23 y de S. Lucas Cap. II. Vers. 41 al 52.

años y había ido según costumbre en compañía de sus padres. Terminada la fiesta que duraba ocho días, José y María regresaron otra vez á Nazareth, en la creencia de que Jesús que jamás se habría separado de ellos los seguía de cerca, pues marchando todos en cuadrillas juzgaron se había reunido con algunos parientes ó conocidos. Tal vez parecerá esto extraño en padres tan cuidadosos, pero debe tenerse en cuenta la confianza que les inspiraba el juicio y la obediencia de quien siendo un hombre era también un Dios.

Pero cuando al llegar la noche le buscaron entre sus parientes y amigos sin hallarle, experimentaron un excesivo dolor; sabían que su querido Hijo aunque Dios, había querido tomar sobre sí todas las necesidades humanas; que por tanto podía experimentar hambre y no tener quien le socorriera; sentir sed y carecer de agua; sufrir el frio y no encontrar albergue ni posada; y juzgándose culpables de negligencia en cumplir los deberes que el Eterno Padre les había impuesto para con el Salvador y sin querer buscar consuelo en persona alguna, volvieron al día siguiente á Jerusalem.

Tres días habían transcurrido desde la solemnidad de la Pascua y Jesús no parecia: no refiere el Santo Evangelio donde se albergó durante ellos, si algún venturoso israelita le proporcionó alimento, ó si se sustentó milagrosamente, porque si como queda di-

cho, por su voluntad se sujetó á nuestras necesidades, el poder de hacer milagros era inseparable de su cualidad de Dios. Pero los sagrados escritores sin ocuparse de estos hechos, dicen tan sólo que al cabo de tres días habiendo entrado en el templo la Santísima Virgen y San José, encontraron allí al Hijo amado, cuya ausencia causaba su dolor.

Era costumbre antigua, que los *Escribas*, maestros de Israel y los Doctores de la Ley, se reunieran ciertos días en los vestibulos del templo de Jerusalem y explicaran al pueblo *las Sagradas Escrituras*. Jesús aquel día, quiso asistir á la indicada cátedra de Religión, aunque sólo tenía doce años; los tesoros de la gracia, de la sabiduría y de la ciencia, se hallaban en él desde el primer instante de su concepción, aunque sólo mostrara los que le convenía. Como Maestro y Doctor de todos los hombres, oía con dulzura aquellos doctores orgullosos, cuya ignorancia é hipocresía había de confundir más tarde, y aprovechando la licencia de preguntar que tenían los oyentes, comenzó á hacer preguntas y á responder al mismo tiempo á las que le hacían, con una sabiduría tal, que todos estaban maravillados de que en tan corta edad cupiera tanta madurez de juicio y tantos conocimientos.

Terminada la instrucción, la Santísima Virgen se creyó con derecho á quejarse amorosamente al Salvador, por la inquietud que les había proporcio-

nado su ausencia. *Hijo mio*, le dice con respetuosa ternura: *¿por qué nos has tratado así? Tu padre y yo te buscábamos llenos de aflicción*. La Madre de Jesús se expresa en estos términos, porque si bien José no era padre del Salvador según la carne, pues Jesucristo no tiene más padre que Dios; como el Eterno había transmitido sus derechos al bendito Patriarca, éste hacía las veces de padre del Verbo hecho Hombre y tenía, por tanto, la obligación de sustentarlo y cuidar de su infancia; tanto más, cuanto que San José, puesto por Dios mismo para defensor de la virginidad de María, como su legítimo esposo, tenía derecho á ser llamado padre de aquel Hijo querido.

La respuesta de Jesús á las amorosas quejas de su Madre purísima no fué exenta de misterio. *¿Por qué me buscabais?* le respondió; *¿no sabéis que es preciso me emplee en cosas que corresponden á mi Padre?* Con cuya respuesta nos enseña á todos que la voluntad de Dios, Padre celestial, debe preferirse á todas las consideraciones humanas y á todos los afectos de familia.

Habiendo partido en seguida Jesús, con María y José, volvió á Nazareth, y dice el Santo Evangelio *que estaba sujeto á ellos*. En sólo estas cuatro palabras se encierran treinta años de la vida de Jesucristo; ellas nos demuestran que el Hijo de Dios su sometió á dos de sus criaturas y les estuvo sujeto hasta en los más bajos ejercicios, como lo es el de aserrar ma-

dera, para ayudar de esta suerte á San José, en el arte de la carpintería, que practicaba, según piadosa tradición. En estos treinta años de la vida privada de Jesucristo nos da sin embargo una lección provechosísima, pues enseña á los hijos, á los inferiores y á los súbditos, la práctica de la santa virtud de la obediencia, á la vez que derrota y confunde para siempre el orgullo humano, manantial de todos los males y pasión la más difícil de desarraigar.

CAPÍTULO IV.

Da principio la vida pública de Jesucristo.

Llegó por fin la época en que el Redentor debía de manifestarse al mundo. Tras treinta años, en que como hemos visto enseñó con el ejemplo, la humildad, la obediencia y la pobreza más perfectas, era ya preciso diera principio su Magisterio público.

Juan Bautista, hijo de Zacarías y de Isabel, como antes queda dicho, ésta última prima de la Santísima Virgen, estaba destinado por Dios para precursor del Mesías. (1) Como preparándose á este glorioso cargo vivía desde su infancia en el desierto, vistiendo un saco de cerdas de camello, ceñido con un cinturón de

(1) Evangelios de San Mateo. Cap. III; de San Marcos. Cap. I. Versículo 4 al 11. De San Lucas. Cap. III. Vers. 1 al 22 y de San Juan. Cap. I. Vers. 15 al 36.

cuero y alimentándose sólo de frutos silvestres, principalmente langostas, especie de algarroba que se cría en Palestina. En el año décimoquinto del reinado de Tiberio, sucesor de Augusto en el imperio romano, cuando la Judea estaba gobernada en nombre del César por el presidente romano Poncio Pilatos, siendo Herodes rey de Galilea, si bien dependiente de Roma y ejerciendo la misión del pontificado entre los judíos Anás y Caifás; Juan, inspirado de Dios, salió de su retiro para preparar al pueblo al Evangelio, predicando la penitencia y cumpliéndose de esta suerte la profecía de Isaías, de que el Mesías tendría un precursor.

A las primeras predicaciones de Juan, los hombres acudían á él en tropel y detestando sus pecados recibían de manos del precursor el bautismo con las aguas del Jordán. Muchos creyeron que San Juan Bautista era el Cristo, pero aquél los desengañaba diciendo, que él daba sólo un bautismo de agua para que hicieran penitencia, pero El que vendría después, y de quien no era digno de desatar ni aun la correa de su calzado, les daría el Bautismo del Espíritu Santo y del fuego; aludiendo así al Sacramento de la regeneración espiritual, que el Salvador había de instituir más adelante, y al fuego que descendió sobre los Apóstoles en el día de Pentecostés, con el que se purifican las almas de los verdaderos fieles. Jesús partió de Nazareth, distante veinte leguas de

las riberas del Jordán, donde San Juan continuaba predicando y bautizando. El Salvador no tenía, ni podía tener pecado, pero habiendo tomado sobre sí los de todos los hombres, quiso confundirse entre la multitud, entrando con ella en los caminos de la penitencia y yendo al encuentro de San Juan para ser bautizado. Rehusaba hacerlo el precursor diciendo: *¡Vos venís á mí, siendo yo, el que debería recibir el bautismo de vos! Pero Jesús le respondió: hazlo así ahora, porque conviene que cumplamos de esta suerte la Justicia.* Es decir, convenía que para curar al hombre y espiar su pecado, el Salvador continuara dando el ejemplo de la más profunda humildad y que se declarara por medio de un acto solemne, el gran penitente del mundo. Juan no se opuso ya al deseo de su divino Señor y le bautizó en el Jordán.

Cuando Jesucristo salió del agua y mientras hacía oración, se abrieron los cielos y se vió bajar y detenerse sobre Él al Espíritu-Santo, en la forma corpórea de una blanquísima paloma, á la vez que una voz celestial decía: *Este es mi Hijo amado en quien me he complacido.* Las promesas, las figuras y las profecías que contiene *el Antiguo Testamento*, se cumplen y realizan en la persona de nuestro divino Redentor.

En efecto, si examinamos con atención todas cuantas promesas, figuras y profecías contiene *el libro sagrado*, veremos forman como una circunferencia de cuatro mil años, cuyos radios van todos á parar á un

centro común, que no es ni puede ser otro que Nuestro Señor Jesucristo, Salvador del género humano. La reunión de todas las repetidas promesas, figuras y profecías forman también un perfecto cuadro, que las primeras bosquejan, las segundas delinean y las terceras perfeccionan dando colorido á los rasgos, colorido que se aumenta conforme se acerca el grande acontecimiento; y cuando el cuadro está concluído, desaparecen los artistas, teniendo cuidado el último al retirarse también de designar á Juan Bautista, como personaje que ha de descorrer el velo que cubre la obra, para mostrarla á todas las generaciones, al desempeñar su misión de precursor del Mesías. Por consiguiente, al considerar todos estos datos no podemos menos de caer de rodillas y adorar y reconocer como Mesías prometido á nuestros primeros padres y á toda la serie de Patriarcas que les subsiguieron, á Nuestro Señor Jesucristo.

CAPÍTULO V.

Jesucristo en el desierto.

Como la recepción del Bautismo de manos de Juan, por nuestro divino Salvador, no era para Él una ceremonia sin consecuencia; sino una pública profesión de penitencia, quiso ejercer, en sí todos sus rigores, mostrando de esta suerte á los hombres la necesidad de aquélla para obtener el perdón de los pecados. A

este fin se encaminó al desierto, (1) donde permaneció cuarenta días y cuarenta noches, durante las cuales su ocupación fué una oración continuada, permaneciendo á la vez todo aquel tiempo en tan riguroso ayuno, que sus labios no gustaron comida ni bebida alguna. Pasados los cuarenta días tuvo hambre.

En estas dos circunstancias que concurren en la penitencia que el divino Maestro se impuso para expiar pecados que no tenía, se dejan ver claramente las dos naturalezas, divina y humana, que concurrían en su sacratísima Persona. No hay hombre alguno que pueda conservar la vida sin tomar alimento en cuarenta días y cuarenta noches; Jesucristo, sin embargo, no murió, porque al mismo tiempo de ser Hombre verdadero era Dios, y los milagros que su Omnipotencia hace en beneficio de sus siervos, no había motivo para que se los negara á su sagrada Persona: cuando lo tuvo á bien, suspendió los efectos del milagro; la naturaleza humana recobró su imperio y tuvo hambre; pero no habían concluído aún todas las pruebas á que quería someterse; después de sujetar la necesidad más apremiante que el hombre experimenta, la de alimentarse, le faltaba también combatir y vencer al demonio y quiso dejarse tentar por él. Satanás ignoraba si Jesucristo era verdaderamente el Hijo Eterno de Dios, ó un profeta ordinario; y em-

(1) Evangelios de San Mateo. Cap. IV. Vers. 1 al 11; de San Marcos, Cap. I. Vers. 12 y 13, y de San Lucas, Cap. IV. Vers. 1 al 13.

pleando todos los medios que le pudo sujerir su malicia, pretendió adquirir el conocimiento de quién era aquel Hombre extraordinario.

Extraño podrá parecer que el Mesías permitiera ser tentado por el Angel de las tinieblas; pero si consideramos lo que se propuso con esta tentación, Él que en todas las cosas quiso asemejársenos, menos en el pecado, desaparecerá nuestra extrañeza. Dicen los Padres de la Iglesia, que no le fué al Salvador más indecoroso el ser tentado, que el revestirse de las flaquezas de la humanidad, ser injuriado, azotado, crucificado y muerto por los judíos. Al someterse á la tentación, quiso enseñarnos, que ella de suyo no es pecado, sino ocasión de merecer cuando con la gracia del Cielo combatimos y la vencemos.

De esta suerte quiso confortar á las almas tímidas y delicadas que se tienen por culpables en el sólo hecho de sufrir tentaciones y se desalientan en el camino del Bien, y finalmente nos mostró las armas con que se vencen, ofreciéndonos como jefe nuestro en esta milicia de la vida, donde nuestra misión es luchar á toda hora sin tregua ni descanso. Como todas nuestras tentaciones pueden reducirse á tres, lo mismo que todas las pasiones, á saber: el amor al goce, el orgullo y la ambición, ó sea el afan de gozar, el de dominar y el de poseer, quiso el Señor que el demonio le atacara por estos tres puntos.

En primer lugar, por el amor al goce, el tentador

se le acercó á Jesús y le dijo: *Si eres el Hijo de Dios, manda que estas piedras se conviertan en pan.* El Salvador se contentó con responder: *está escrito, no sólo de pan vive el hombre, mas de toda palabra que sale de la boca de Dios:* es decir, de todo lo que place á Dios darle para su sustento; dándonos á entender con tan sabia respuesta, que lejos de sacrificar nuestra alma á los goces y hasta á las necesidades del cuerpo, es preciso tener confianza en la Providencia y esperarle todo de su bondad.

A continuación, Satanás, sin darse por vencido, ataca al Redentor por el orgullo, en vista de que nada había conseguido, por lo que consideraba debía ser entonces el flaco de Jesús, el hambre tras de su prolongado ayuno; y utilizando la misma confianza en Dios, que con su respuesta había demostrado, tiende á que se convierta en arrogancia y presunción; para ello le transporta á la ciudad santa, y colocándole en el pináculo del Templo ó sea en lo más elevado de una de las alas de su tejado, que según Josefo estaban en el frontís del edificio, y á la entrada de él, formando dos extensiones á manera de dos brazos abiertos, le dijo: *si eres el Hijo de Dios, arrójate de aquí á abajo, porque está escrito: Él ha mandado á sus Ángeles el cuidado de tu persona, para que velen por tu conservación y te llevarán entre sus manos, temerosos de que tu pie no choque contra alguna piedra. Está escrito también,* le respondió Jesús, *no tentarás al Señor tu Dios: esto es*

que exponerse sin necesidad á un peligro moral ó físico, confiados en que Dios hará no corramos riesgo alguno, es tentar á Dios, porque ya no es confianza la que tenemos, sino soberbia.

Después de esta respuesta, todavía Satanás creyó no deber abandonar la empresa é intentó atacar á Jesucristo por la ambición; y transportándole de nuevo por los aires le llevó en un momento á la cumbre de un monte muy elevado, le hizo ver todos los reinos del mundo con su gloria y le dijo: *todo esto te daré si postrándote me adoras*. El demonio se finge aquí como vemos, cual un enviado de Dios, como si fuera Dios mismo ó hubiera recibido de Él el dominio del Universo: le hace ver al Salvador todos los reinos de la tierra, ya de un modo verdadero, utilizando para ello el poder sobrenatural que tiene y de que usa cuando el Señor se lo permite, ya sólo de un modo imaginario, pues el *santo Evangelio* no satisface en esta parte nuestra curiosidad, y pretende conseguir de esta suerte que Jesucristo se humille ante él. La blasfemia era horrible y la proposición digna del príncipe de los demonios; de modo que el Salvador tomó para contestar el tono con que se debe responder á la proposición de un crimen. *Vete, Satanás*, le dijo, *porque está escrito: adorarás al Señor tu Dios y servirás á Él solo*. El demonio se alejó entonces de Jesús completamente vencido. Los ángeles se acercaron en seguida á Él y le sirvieron.

Las tentaciones que el Salvador quiso padecer después de su penitencia en el desierto, nos enseñan también que para vencer á nuestros repetidos más terribles enemigos, la sensualidad, el orgullo y la ambición, es indispensable acudir con fervor á Dios mediante la oración, utilizar el ayuno y vivir en el retiro; de la misma manera, con el misterioso banquete que los ángeles le sirven, nos muestra la alegría que proporciona la victoria de la tentación, no sólo al alma vencedora, sino á toda la corte celestial, testigo del combate y del triunfo.

CAPÍTULO VI.

Las bodas de Caná. Los Apóstoles.

Después que Jesucristo, aunque sin necesidad de ello y sólo por enseñarnos, se preparó en el desierto con la oración, el ayuno y la penitencia, á la grande obra que iba á llevar á cabo de regenerar el humano linaje, dándonos á entender la necesidad que tenemos de invocar los auxilios celestiales para todas nuestras empresas, empezó sus trabajos apostólicos, sin arredrarle las contradicciones que había de experimentar. Judea, Galilea y Samaria esperaban sus cuidados: suelo ingrato que á pesar del cultivo divino de que iba á ser objeto, sólo produciría abrojos y espinas. Pero aunque la vida del Redentor, hasta entonces pacífica, no fuera en adelante sino una serie continua de trabajos y padecimientos que habían de concluir

en una Cruz; Él, que veía en la serie de los siglos á Dios su Padre dignamente honrado y al mundo hecho cristiano, dió principio sin vacilar sus evangelizadoras tareas.

Jesús, al salir del desierto, se dirigió al Jordán, donde San Juan Bautista continuaba predicando la penitencia; y al verle ir hacia él, volvió el precursor á dar testimonio de la divinidad del Mesías, designándole y diciendo en presencia de todo el pueblo: *He aquí el Cordero de Dios, que quita los pecados del mundo.* Desde allí se dirigió el Salvador á Caná de Galilea.

En esta ciudad tuvo lugar la primera manifestación pública del Hombre-Dios, con la realización de su primer milagro. Poco después de su llegada á dicha ciudad, un particular, amigo sin duda de la Sagrada Familia, celebró sus bodas, á las que fueron invitados Jesús y su Santísima Madre (1), San José había ya muerto.

El modo de vivir humilde y sencillo del Hijo y de la Madre, no tenía, sin embargo, nada de refractario á lo que piden la educación y las exigencias sociales, cuando esas exigencias no rebasan los límites de la Ley de Dios. Aquel festín era decente y lícito; fueron invitadas las divinas personas, y aceptaron, queriendo el sapientísimo Maestro con su presencia, no

(1) Evangelio de San Juan. Cap. II, vers. 1 al 11.

sólo santificar las bodas , cuyo contrato había de elevar á la dignidad de Sacramento , sino también indicar que la Religión no condena los goces , antes al contrario los autoriza cuando son lícitos y se usa de ellos con prudencia , y discreción .

Un accidente humillante para los novios , estuvo á punto de turbar la alegría del festín ; cuando estaba para terminar la comida faltó el vino . María Santísima lo advirtió , y ejerciendo ya sus funciones de Madre cariñosa que procura evitar cuanto puede afligir á sus hijos los hombres , sin esperar á que acudieran á su mediación , se volvió hacia Jesús y le dijo : *No tienen vino* . El Salvador le respondió : *Mujer , ¿qué nos va á mí y á vos ?* Es decir : ¡ Oh vos , la Mujer por excelencia , que sois Madre sin dejar de ser Virgen ! ¿ De qué importancia puede ser para mí y para vos que no tengan más vino ? Sabéis que este excitador de las pasiones no es necesario para la única generación que sea digna de Dios , de mí y de vos . No obstante , y aunque para mí no haya llegado la hora de hacer milagros , habéis hablado y esto me basta ; yo la adelantaré por consideración á vos , que sois mi Madre .

Bien comprendió la Santísima Virgen el sentido de las palabras de su Hijo divino , que á primera vista pudieran parecer duras ; cuando conociendo accedía á su petición , dijo á los encargados del festín : *Haced cuanto Él os dijere* .

Había allí seis hidrias ó tinajas de piedra , destina-

das para las purificaciones de los judíos y que podían contener bastante cantidad de líquido. Jesús mandó que las llenaran de agua hasta el borde y que sacando de ella la llevaran al director del festín; así lo hicieron, y cuando el director probó aquel agua, halló estaba convertida en un vino exquisito. No sabiendo de dónde procedía, llamó al esposo y le dijo, que todos daban el buen vino al principio de los banquetes, reservando el más inferior para la terminación, pero que él había dispuesto lo contrario. Entonces se refirió lo sucedido y esta primera manifestación del poder Omnipotente de Jesucristo, hizo que se confirmaran en la Fe algunos discípulos de los que ya le seguían.

Después el Salvador fué á Cafarnaum, donde permaneció algunos días. Esta ciudad opulenta y populosa estaba situada en los confines de la tribu de Zabulón y de Nephtalí y fué en adelante la morada ordinaria del Salvador. Desde que empezó su vida pública hasta que tres años más tarde, la más negra malicia le entregó á los Tribunales para hacerle morir en una cruz; su vida puede muy bien encerrarse en estas breves y sencillas palabras: pasó haciendo bien.

La santidad de la doctrina y la fama de los milagros que el Salvador obrababa, llevaron en torno suyo muchos discípulos, de entre los cuales eligió doce, que recibieron el nombre de *Apóstoles*, cuya

palabra significa *enviados*; porque ellos, en efecto, fueron los elegidos por el Dios-Hombre para enviarles por todas partes á predicar el Evangelio, siendo como las doce columnas sobre las que había de levantarse ese magnífico edificio que se llama la *Iglesia católica*, destinado á albergar á los hombres de todas las naciones, proporcionándoles los medios más necesarios para lograr su santificación en el tiempo y la dicha en la eternidad.

Estos doce *Apóstoles* fueron: *Simón*, á quien el Señor mudó el nombre en el de *Pedro*, que significa piedra, por haberle dado la primacía de honor y de jurisdicción en su Iglesia, destinándole á constituir el centro de unidad en la misma, que se perpetúa mediante los Sumos Pontífices, sucesores de aquel *Apóstol. Santiago*, hijo del Zebedeo y *Juan*, su hermano. *Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo* el publicano, *Tomás, Santiago* el menor, llamado así porque fué llamado al apostolado después que el otro *Apóstol* del mismo nombre, *Judas Tadeo* y *Simón*, llamado el Celoso, sus hermanos, los primos del Salvador, como hijos de una tía de la Santísima Virgen, por lo cual el Evangelio los llama hermanos del Señor, según la costumbre de los judíos de llamar hermanos á los primos, y *Judas Iscariote* el traidor, que habiendo perdido su dignidad, consecuencia de su apostasía; después de la Ascensión del Salvador á los Cielos fué reemplazado por *Matías*. La Iglesia además da el tí-

tulo de *Apóstoles á Pablo y Bernabé*, porque si bien no fueron llamados por el Hijo de Dios, se conquistaron aquel nombre mediante sus grandes trabajos para extender el reino de Jesucristo entre los gentiles. (1)

Siendo imposible encerrar en los estrechos límites de un compendio, cuantas sabias y divinas instrucciones diera el Redentor para evangelizar á los hombres, ni menos aún referir los prodigios de su celo por la conversión de los pecadores, ni los innumerables milagros que obró para demostrar su divinidad corroborando su doctrina, nos limitaremos en cuanto á lo primero á hacer un resumen del llamado Sermón de la Montaña y de las principales parábolas de que se valió también Jesucristo para enseñar; respecto á lo segundo referiremos la conversión de la Samaritana y la de la Magdalena, y en lo tocante á lo tercero daremos una idea de los más importantes milagros.

CAPÍTULO VIII.

El Sermón de la Montaña.

Seguía en una ocasión á Jesús mucha gente, ávida de escuchar las palabras de vida eterna que salían de su boca divina, y habiendo llegado á un monte, subió á él con sus discípulos y comenzó á enseñar (2). Dió

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. X. Vers. 1 al 4. San Lucas. Hechos de los Apóstoles. Cap. I.

(2) Evangelio de San Mateo. Caps. V. VI, y VII.

principio el Salvador su Sermón admirable, manifestando que el verdadero Bien para el hombre, es la posesión del Cielo, al que llama la tierra, utilizando el lenguaje de la Escritura que denomina *Tierra de los vivos* á la mansión de los justos, y á continuación señala ocho como sendas ó caminos que al Cielo se enderezan y mediante los cuales ninguno de los estados ó condiciones en que el hombre puede hallarse, está excluído del beneficio de la salvación. Los *pobres de espíritu*, es decir, aquellos que si no tienen riquezas no las apetecen y si las tienen no se apegan á ellas; los *mansos* ó clementes, que sufren los trabajos, los contratiempos, las tribulaciones de la vida y las injurias de sus semejantes, sin inquietud ni impaciencia; *los que lloran*, ó sea los que renuncian á los placeres para entregarse á la penitencia y á la mortificación; los que por su deseo ardiente y vivo del servicio de Dios, *tienen hambre y sed de justicia*; los *misericordiosos* ó caritativos con el prójimo; los *limpios de corazón*, á quienes la conciencia no arguye de pecado alguno; los que por haber domado sus pasiones, procurándose de esta suerte la paz interior, pueden llamarse *pacíficos*; y finalmente, cuantos no vacilan en sufrir toda clase de persecuciones antes que faltar á la *Justicia*, todos ellos son llamados *bienaventurados* por el Hijo de Dios, pues que todos ellos caminan en derechura al fin para que el hombre fué criado y que si en su prevaricación se apartó de él, los mereci-

mientos del Redentor le conquistaron gracia para volver y perseverar en la buena senda.

Dirigiéndose después á sus Apóstoles les da una alta idea del ministerio de los sacerdotes, á quienes compara con la sal, con la luz y con una ciudad colocada en la cima de una montaña. Afirma que Él no enseña una doctrina nueva, ni viene á establecer una Religión desconocida sobre las ruinas de la antigua; *no vine, dice, á destruir la Ley, sino á cumplirla*; asegurando que las cosas más mínimas que había en ella profetizadas, tendrían su cumplimiento en el tiempo, hasta el fin del mundo, cuando pasaran los Cielos y la tierra, esto es, cuando sean renovados y mejorados, quedando libres de la corrupción en que ahora están.

El gran precepto del amor á nuestros semejantes, base y fundamento de la Sociedad, es á continuación inculcado por el Divino Maestro, que declara reo de muerte no ya sólo al que priva de la vida á su hermano, sino también al que dejándose llevar de la ira, le injuria, le ofende de algún modo ó abriga el odio en su corazón.

Y después de establecer de esta suerte con el amor mutuo el medio mejor de conservar el orden en *la Sociedad civil*, el Salvador afianza los fundamentos de la familia, estableciendo el matrimonio uno é indisoluble y prohibiendo el adulterio y hasta el menor deseo de impureza impropio del hombre formado á imagen y semejanza de Dios.

Pasa después á condenar los juramentos y las mentiras, anatematiza la venganza, recomienda la mansedumbre, y queriendo, en fin, digámoslo así, poner el sello al amor que debemos tener á nuestros semejantes, establece ese sublime precepto, verdadero *non plus ultra* de la perfección y de todo progreso del orden moral: *Amad á vuestros enemigos, haced bien á los que os aborrecen y orar por los que os persiguen y calumnian, para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los Cielos, el cual hace nacer su Sol sobre los buenos y sobre los malos y llueve sobre los justos y los injustos.*

La oración, la limosna y el ayuno son los medios que á continuación recomienda el divino Maestro para que los hombres puedan santificarse, venciendo sus pasiones y perseverando hasta el fin; y al intento de que todos puedan fácilmente exponer sus necesidades al Padre celestial, que se complace en satisfacerlas, para que los hombres esparcidos por toda la redondez de la tierra, no formen más que un solo corazón y una sola alma, enseñó una sencilla al par que sublime plegaria, que transmitida después por los Apóstoles al predicar el Evangelio, hoy se recita lo mismo en Oriente, que en Occidente, en el Norte que en el Mediodía ligándose todos los fieles de esa suerte, en una aspiración común, mediante la sublime oración llamada el *Padre nuestro*. Y recomendando luego que los ayunos y las limosnas se hagan en secreto, para que sólo sean vis-

tas del Padre celestial, condenando de esta suerte el vicio abominable de la hipocresía; termina, esta que podemos llamar segunda parte de su Sermon, recomendando la confianza sin límites, el abandono en los brazos de la Providencia, cual los hijos se adormecen tranquilos en los brazos de sus madres. *Mirad, dice, las aves del Cielo, que no siembran, ni siegan, ni entrojan y vuestro Padre Celestial las mantiene... ¿Porqué estáis solícitos por el vestido? Mirad como crecen los lirios del campo. Y yo os digo que ni Salomón en toda su gloria estaba tan bien vestido como uno de estos. Pues si Dios viste así al heno del campo, que hoy es y mañana se echa en el horno, ¿Cuanto más á vosotros hombres de poca fe.....? Buscad, primero el Reino de Dios y su justicia; y todas estas cosas se os darán de aumento.*

Finalmente, la admirable instrucción del Salvador concluye recomendando más y más el amor fraternal y alentando la confianza en Dios. Prohibe en cuanto á lo primero, las murmuraciones, los juicios temerarios y cuanto puede afectar la honra ó la reputación del prójimo, y para estimular la segunda compara la ternura de un padre para con su hijo, á quien nada puede negarle, con el amor de Dios para con la más perfecta de sus criaturas; concluyendo de aquí que, *si los hombres siendo malos saben dar buenas cosas á sus hijos, cuanto más el Padre que está en los Cielos, dará cosas buenas á los que le piden. Todo el que hace*

la voluntad de mi Padre, añade para concluir, éste entrará en el Reino de los Cielos... Y así todo el que oye estas palabras y las cumple, será comparado á un hombre sabio, que edificó su casa sobre piedra. Cayó la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos y dieron con ímpetu sobre aquella casa, y no cayó porque estaba fundada sobre piedra. Y todo aquel que oye estas mis palabras y no las cumple, será semejante á un hombre necio que edificó su casa sobre arena. Cayó la lluvia, vinieron los ríos, soplaron los vientos, y dieron con ímpetu sobre aquella casa, y cayó, y su ruina fué muy grande.

Cuando Jesús concluyó de hablar, dice el santo Evangelista, se admiraban de su doctrina las gentes, porque les enseñaba, como quien tenía potestad, y no como los escribas y fariseos. No podía ser de otra manera, pues como expresa San Juan Crisóstomo, los escribas y fariseos enseñaban lo que estaba escrito en la ley de Moisés y los profetas; pero Jesucristo, como Dios y Señor de Moisés y de la Ley misma, añadía á la Ley lo que parecía faltar, ó conmutaba de ella lo que era de su agrado, con la autoridad de Supremo Legislador.

CAPÍTULO VIII.

Las parábolas de Jesucristo.

Deseando el divino Maestro, que la salvadora doctrina que enseñaba pudieran comprenderla hasta las inteligencias más rudas y más refractarias al estudio y la meditación, no solamente daba siempre á sus instrucciones una forma sencilla y clara, como hemos podido ver en el ligero bosquejo que hemos trazado del Sermón de la Montaña, sino que también acostumbró á valerse con frecuencia, bien de símiles clarísimos, bien de *parábolas*, que son unos modos de hablar figurados, especie de fabulitas cortas, en las que bajo el velo de una ficción, se oculta una verdad fundamental. Escuchemos algunas de estas sencillas *parábolas* y admiremos una vez más la misericordia del Redentor, que se complacía en conversar con los humildes y enseñar á los ignorantes.

Un labrador, dijo un día á las turbas que le seguían, salió á sembrar; unos granos cayeron cerca del camino y las aves del Cielo vinieron y los comieron. Otros cayeron en lugares pedregosos, que no tenían mucha tierra y aunque nacieron, como carecían de raíz, el calor del sol los abrasó; otros cayeron entre espinas y éstas crecieron y los sofocaron; y otros cayendo en buena tierra, dieron fruto, uno como ciento, otro como sesenta, otro como treinta.

Explicando el sentido de la *parábola* á sus Apóstoles, les manifestó que la semilla caída cerca del camino, es la palabra de Dios oída por quien no hace atención en ella; la sembrada en lugares pedregosos, es aquella palabra oída con gozo por algunos, pero á los que basta la más pequeña tribulación para que la olviden prontamente: los que la oyen pero los afanes del siglo y las riquezas hace que en breve no se acuerden de ella, son parecidos á las espinas que sofocan el buen grano, y por último, los que reciben éste en buena tierra, son los que oyen la palabra, la entienden y da fruto. (1)

Explicando lo que es el Reino de los Cielos, le compara á un hombre que siembra buena simiente en su campo, y cuando los sembradores estaban durmiendo, vino su enemigo y sembró cizaña, que creció con la yerba. Propusieron los criados al señor arrancar la cizaña, pero aquél se opuso disponiendo dejarla hasta la siega y que entonces recogiendo aquélla fuese quemada y el trigo guardado en el granero. También comparó el Reino de los Cielos á un grano de mostaza, que siendo el más pequeño de todas las semillas, en creciendo es mayor que todas las legumbres y se hace árbol donde habitan las aves del Cielo. (2)

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XIII Vers. 1 al 23.

(2) Evangelio de San Mateo. Cap. XIII. Vers. 24 al 32.

El que siembra con buena simiente es Jesucristo; su campo, el mundo; la buena semilla, los justos; el sembrador de la cizaña es el espíritu maligno; aquélla los perversos que siguen las inspiraciones de éste. Pudiera Dios exterminar desde luego la cizaña, pero prefiere dejarla para mortificación de los buenos y dar á la vez tiempo á los malos de que se conviertan. Mas en el día postrero, los ángeles, que son los segadores separarán la cizaña del buen grano; la primera será arrojada al fuego eterno, donde habrá llanto y crujido de dientes, mientras el segundo, los justos, resplandecerán como el sol en el reino de su Padre. De la misma manera el Hombre que siembra el grano de mostaza es Jesucristo, el campo el mundo, aquel grano la palabra evangélica, que como dice San Jerónimo es la más pequeña de todas las ciencias por su sencillez y simplicidad, pero que después de crecer se ha hecho un árbol tan grande, que los poderosos del siglo y los espíritus más sublimes vienen á habitar en él sujetándose á sus leyes y enseñanza.

Refiriéndose en otra ocasión también al Reino de los Cielos habló el Salvador en estos términos: Un padre de familia salió muy de mañana y envió jornaleros á trabajar en su viña, mediante la retribución de un denario. Más tarde envió otros, haciendo lo mismo al medio día y por la tarde. Llegada la hora de pagarles, el padre de familia mandó á su mayordomo lo verificara, empezando por los últimos y

acabando por los primeros; hízolo así aquél y todos recibieron un denario, por lo que aquellos que habían ido á la primera hora murmuraban diciendo: los últimos han trabajado una hora y han quedado iguales á nosotros, que hemos sufrido el peso del calor en todo el día; pero el padre de familia respondió: Amigo, no te hago injuria. ¿Por ventura no conviniste conmigo en un denario? Toma lo que es tuyo y vete. Yo quiero dar á este último tanto como á tí; ¿ó no me es lícito hacer lo que quiero? ¿ó tu ojo es malo porque yo soy bueno? Así los primeros serán los últimos y los últimos los primeros; porque son muchos los llamados, mas pocos los escogidos. (1)

El padre de familia es Dios; el mundo, el lugar donde están los jornaleros; la viña, la Iglesia; los obreros, los *Apóstoles* y Ministros á quienes llama Jesucristo á trabajar en aquélla; las diferentes horas del día, los diferentes tiempos ó edades del mundo, en que siempre tiene el Señor siervos fieles; el fin del día, el de la vida de cada uno. El mayordomo del padre de familia es Jesucristo. Los que vinieron los últimos son los gentiles igualados y aun preferidos á los judíos, y los que convirtiéndose tarde al servicio de Dios, suplen con su fervor la tardanza.

Para demostrar que dada la incertidumbre de la hora de la muerte, conviene estar preparados y pron-

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XX. Vers. 1 al 16.

tos para el momento en que pida cuentas el Supremo Juez, no sea que dejando el arreglo de nuestra conciencia para la última hora, sea ya imposible entonces verificarlo, Jesucristo propuso la siguiente sencilla *parábola*.

Eran diez vírgenes que tomando sus lámparas, salieron á recibir al esposo y á la esposa; (1) cinco de ellas eran necias y cinco prudentes: las primeras, tomando sus lámparas, no llevaron aceite consigo, pero las segundas cuidaron de prepararlo. Tardando en venir el esposo se durmieron todas hasta la media noche en que fueron llamadas porque llegaba aquél. Las necias, viéndose sin aceite y en la imposibilidad de encender sus lámparas, pidieron de aquel líquido á las prudentes, que se negaron á ello por no tener sino el necesario, por lo que las necias tuvieron que ir á adquirirlo. Entretanto el esposo y las que estaban dispuestas entraron con él en la sala del festín y se cerró la puerta. Después vinieron las otras vírgenes llamando para entrar, pero el esposo las despidió diciendo: no os conozco. (2)

El esposo de la *parábola* es Jesucristo; las diez vírgenes, todos los cristianos; la luz de las lámparas, la fe; el aceite, la caridad; la tardanza del esposo,

(1) Alude la *parábola* á la costumbre oriental de que los esposos fueran acompañados por jóvenes de ambos sexos, cuando iban á celebrar su enlace.

(2) Evangelio de San Mateo. Cap. XXV. Vers. 1 al 13.

es todo el tiempo de la vida; el sueño de las vírgenes, la muerte; el despertar, es el momento del Juicio en el que cada cual hallará sólo las buenas obras que hizo en vida, sin que pueda ya recurrir á la penitencia, ni á la intercesión y mérito de los santos; la sala del convite es el Cielo, que se cerrará eternamente á todos aquellos cuya fe y obras no fueron animadas por la caridad, como dice San Agustín.

Que todos los hombres han sido criados para salvarse, y por consiguiente todos han recibido de Dios los dones necesarios para ello, teniendo en cuenta las condiciones especiales con que han sido criados, lo explica el Salvador con la siguiente sencilla *parábola*: Un hombre marchando lejos de su casa, llamó á sus criados, y les entregó sus bienes; á uno dió cinco talentos, á otro dos y á otro uno. El que había recibido cinco talentos, negoció con ellos y ganó otros cinco; lo mismo hizo el que recibió dos, pero el tercero hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor. Cuando vino el dueño de aquellos siervos les pidió cuentas del capital recibido por cada uno de ellos, galardonando espléndidamente á los dos primeros que se le presentaron con los talentos recibidos, más el producto de su negociación. Pero el último, que solo volvió la cantidad recibida, excusándose con que por temor á la dureza y severidad de su amo, había escondido su talento á fin de evitar se le

perdió, fué condenado á las tinieblas exteriores y su talento se dió al que tenía diez. (1)

Es decir, Dios no da á todos sus dones según una misma medida; pero como dice San Pablo, cada uno está obligado á trabajar en la Iglesia, según la medida con que los recibió; acomodándose el Señor en la distribución de los dones sobrenaturales, á las cualidades naturales de cada uno y que también recibieron de Él.

En otra ocasion habló el Redentor de esta suerte: Había un hombre rico que se vestía de púrpura é hilo y todos los días comía espléndidamente, mientras á su puerta un pobre llamado Lázaro, todo cubierto de llagas, anhelaba saciarse con las migajas que caían de la mesa del rico, pero nadie se las daba; solo venían los perros y le lamían las llagas. Murieron ambos en pocos días, y mientras el rico fué sepultado en el infierno, al infeliz mendigo le llevaron los ángeles al seno de Abraham. El primero, entre sus tormentos, levantando los ojos, vió de lejos á Abraham y á Lázaro en su seno, y entonces clamó al Patriarca, para que le mandara á Lázaro con la punta de un dedo mojado en agua, á fin de poder encontrar de aquella suerte algún refrigerio entre las llamas abrasadoras que le devoraban. Pero Abraham se negó á ello fundándose en lo diferentes que habían sido las

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XXV. Vers. 14 al 30.

vidas de cada uno de ellos y la necesidad, por tanto, de que ya el uno gozara y el otro sufriera y además en el abismo tan grande que existe entre el premio y la pena eternos, imposible de franquear ni de uno ni de otro lado. Pidió entonces el rico enviara por lo menos al mendigo á la tierra para que avisara á su padre y á sus hermanos del peligro que corrían siguiendo sus huellas, á cuya súplica también se negó Abraham, haciéndole ver al réprobo que su familia contaba con Moisés y los profetas para conocer la senda de la salvación, y que si no los escuchaban, menos oirían la voz de un muerto. (1)

De esta sencilla manera quiso Jesucristo manifestar el peligro de las riquezas, y la felicidad de la pobreza, las penas que merece el mal uso de los bienes temporales, los premios con que la resignación es recompensada y que no se puede ser feliz en este mundo y serlo también en el otro.

Empero si la *parábola* anterior nos hace estremecer ante el temor de los tremendos juicios del Altísimo, grato consuelo difunde en el corazón la idea de la gran misericordia de Dios explicada en los símiles de la oveja extraviada, de la dracma perdida y sobre todo en la historia del hijo pródigo.

¿Quién de vosotros, decía Jesús, dirigiéndose á los escribas y fariseos que se escandalizaban de verle frecuentar el trato con los pecadores: *¿Quién de vos-*

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. XVI. Vers. 20 al 31.

tros, teniendo cien ovejas y habiendo perdido una de ellas, no deja en el desierto las noventa y nueve y va á buscar la que se ha perdido hasta que la halle? Y después de hallarla la pone sobre sus hombros lleno de alegría; y llegando á su casa, llama á sus amigos y vecinos, y les dice: Alegraos conmigo, porque he hallado la oveja que se habia perdido. Asi os digo yo que habrá en el Cielo mayor júbilo por un pecador que se arrepiente, que por noventa y nueve justos que no tienen necesidad de arrepentirse.

¿O qué mujer, teniendo diez dracmas (1) y habiendo perdido una, no enciende una luz, y barre la casa y la busca con diligencia hasta encontrarla? Y después de hallarla, llama á las amigas y vecinas, y las dice: Alegraos conmigo, porque hallé la dracma que habia perdido. Asi os digo yo, que habrá gozo entre los Ángeles de Dios por un pecador que haga penitencia. Y continuando en demostrar esta consoladora verdad, el Redentor refirió la siguiente parábola (2).

Un hombre tuvo dos hijos, y el menor, no hallándose contento en compañía de su padre, pidió á éste la porción de herencia que podía corresponderle, y partiendo á lejanas tierras, allí se entregó á toda clase de disoluciones, que consumieron en breve su capital, dejándole reducido á la miseria. Una gran ham-

(1) La dracma era una pequeña moneda romana, equivalente á unos 36 céntimos de peseta actuales.

(2) Evangelio de San Lucas. Cap. XV. Vers. 1 al 32.

bre que desoló el país vino á aumentar los padecimientos del desgraciado joven, que solo, sin recursos y abandonado de los que en los días de prosperidad se titulaban sus amigos, tuvo que entrar al servicio de un propietario de aquella tierra para poder mantenerse, dándole su amo por ocupación la de guardar cerdos. Allí el infeliz, cubierto de harapos, envidiando el alimento que los animales de su guarda consumían, recordó su conducta pasada, y arrepintiéndose de su mal obrar para con su padre, tocado de vivo dolor, exclamó: ¡Cuántos jornaleros viven en abundancia en casa de mi padre, mientras yo aquí perezco de hambre! Quiero volver á él y le diré me trate como á uno de sus criados. Y poniendo por obra su resolución sin pérdida de un instante, se puso en camino para ir á casa de su padre. Le vió éste á lo lejos y corrió á su encuentro: Padre, dijo el pródigo; pequé contra Dios y contra tí; ya no soy digno de que me llames hijo; pero el padre, sin oírle, le había echado los brazos al cuello y estrechado fuertemente contra su corazón. Inmediatamente mandó á sus criados trajeran para su hijo un lujoso vestido y un magnífico calzado, que le pusieran un anillo en el dedo, y que matando un ternero se celebrara un banquete. Todavía duraba éste cuando llegó del campo el hijo mayor, quien enterado del motivo se quejó á su padre de que se hiciera aquel gasto por su hermano que había consumido su patrimonio, mientras á él,

que siempre le había obedecido, jamás le había hecho obsequio alguno. Pero el padre contestó: Hijo, tú siempre estás conmigo y todas las cosas son tuyas: mas era justo tener banquete y fiesta, porque este hermano tuyo había muerto y ha resucitado; era perdido y ha sido encontrado.

El sentido de esta *parábola* está bien claro: el padre es Dios; los dos hijos representan, uno á los justos y otro á los pecadores; el país muy apartado, el olvido de Dios y de sus beneficios; la disipación de la hacienda, la pérdida de la gracia; la servidumbre y la miseria, el estado de un alma esclava del demonio, que la entrega á las más vergonzosas pasiones simbolizadas por los cerdos; la resolución que el hijo toma de volver á su padre, representa la docilidad del pecador á las inspiraciones de la gracia, y el recibimiento que el padre tiene al hijo, la gran misericordia de Dios para recibir á los pecadores, cuyos extravíos olvida colmándoles de favores.

CAPÍTULO IX.

Conversión de la Samaritana y de la Magdalena.

Después que Jesucristo celebró en Jerusalem la primera Pascua, luego de haber comenzado su vida pública, sabiendo que entre los fariseos empezaba á germinar la envidia por las maravillas que obraba y

por el gran número de discípulos que le seguían, dejó la Judea y se dirigió á Galilea, pasando por Samaria. Serían como las doce de la mañana, cuando el Salvador llegó junto á la fuente ó pozo llamado de Jacob, á doscientos pasos de la ciudad, y sintiéndose muy fatigado, se sentó allí para tomar aliento, mientras sus discípulos iban á comprar algunas provisiones para comer.

Una mujer samaritana llegó en aquel instante á tomar agua de la fuente, y el Redentor, que buscaba su conversión y á este fin se había sentado en aquel lugar, le dirigió la palabra pidiéndole un poco de agua para beber. Como queda dicho en otra parte, existían entre los judíos y los samaritanos diferencias religiosas, que hacían no existir trato ni comunicación alguna entre ellos; por lo que la mujer, conociendo por el traje que Jesús era judío, se mostró admirada de que le hablase, y así lo hubo de manifestar. Si tú supieras, le replicó el Salvador, quién es el que te pide agua, ya le hubieras tú rogado te diera otra agua viva, de la que Él mismo es la fuente. Sorprendida la Samaritana con tan inspiradas razones, le preguntó qué clase de agua era aquella de que le hablaba, manifestando sus dudas de que fuera mejor que la del pozo á cuyo lado se encontraban, manantial mandado construir por Jacob, de cuyo patriarca se jactaban de descender los samaritanos; pero el Salvador, que en su divina sabiduría comprendió

que la mujer se hallaba dispuesta á escucharle, desde el momento en que promovía discusión sobre lo que Él le había dicho, insistió en sus razonamientos diciendo: Todo el que bebiere del agua de este pozo, volverá á tener sed; pero los que bebieren del agua que yo doy, no volverán á padecerla, porque dicha agua se hará en ellos una fuente de agua viva, que saltará hasta la vida eterna.

La Samaritana, ya convencida, no vaciló más y le pidió con insistencia de aquel agua: el Salvador quería deseara la gracia que se hallaba pronto á concederle, pero quería también se hiciera digna de ella por una humilde confesión de sus faltas. Te daré, le dijo, lo que me pides, pero llama á tu marido para que participe también del beneficio que quiero hacerte. No tengo marido, respondió la mujer confusa y avergonzada. Has dicho bien, continuó el Salvador, porque cinco maridos has tenido, y el que ahora tienes no lo es. Veo, Señor, contestó ella completamente llena de rubor, que eres profeta. Y con el deseo, propio de la flaqueza humana, que hace procuremos evitar se nos reconvinga por nuestras malas acciones, trató de llevar la conversación á otro terreno, proponiendo á Jesucristo la cuestión que separaba á los samaritanos de los judíos, sobre si á Dios debía de adorarse en el templo de Jerusalem ó sobre el monte Garicim.

El Salvador la contestó con dulzura había llegado

el tiempo de que cesaran, lo mismo las prácticas superstitiosas de los samaritanos, que las ceremonias judaicas aunque santas y que á Dios se le podía adorar en todas partes con tal de hacerlo en espíritu y en verdad.

La Samaritana respondió á esto, sabía que había de venir el Mesías, el cual daría instrucciones sobre todos aquellos particulares. Ese Mesías, le respondió Jesús, soy yo, el que habla contigo.

Al oír estas palabras, la luz de la fe penetró en la mente de aquella mujer, á la vez que la gracia triunfaba en su corazón; fuera de sí corrió á la ciudad é instó á sus moradores fueran á ver al hombre extraordinario, al gran profeta que le había revelado cuantos secretos contenía la vida de la que hablaba, y que no podía ser sino el Mesías esperado. Los samaritanos corrieron en efecto al encuentro de Jesucristo, y el Salvador, que había venido al mundo por todos los hombres, sin distinción de judíos, ni de gentiles, se rindió á las súplicas de aquéllos y permaneció dos días en la ciudad evangelizándolos y consiguiendo creyeran muchos en Él (1).

No menos notables que las referidas en la anterior, fueron las circunstancias que concurrieron en la conversión de Santa María Magdalena. Era ésta hermana de Santa Marta y de San Lázaro, judíos de nación,

(1) Evangelio de San Juan. Cap. IV. vers. 1 al 42

hijos de Syr y de Eucaria. Muertos sus padres, los tres hermanos partieron entre sí los cuantiosos bienes que poseían, pero continuaron viviendo juntos en Bethania por algún tiempo; pues Magdalena, no satisfecha de las exhortaciones que constantemente le hacían sus hermanos para que refrenara la vivacidad de su carácter y la inclinación que mostraba á las diversiones, se separó al fin de aquéllos, yéndose á vivir al castillo de Magdaló en Galilea, que le había correspondido en la división de la herencia paterna.

Allí, lejos de las censuras de sus hermanos, no pensó más que en dar rienda suelta á sus inclinaciones. Los trajes más lujosos, los perfumes más exquisitos y las joyas más costosas daban mayor lustre á la extraordinaria hermosura que poseía Magdalena. Su casa fué pronto, como diríamos hoy, la reunión de moda de todos los jóvenes amigos de divertirse y pasar su tiempo en la ociosidad y en el regalo, pudiendo de esta suerte, la propietaria del castillo, satisfacer fácilmente su pasión dominante, que no era sino la de aparecer la más bella y la más espléndidamente vestida y tener á un mismo tiempo muchos aspirantes á su mano, entreteniéndolos á todos y triunfando en todas partes con su hermosura y sus galas.

Por aquel tiempo la santidad de la doctrina que predicaba el Salvador y la fama de sus milagros comenzaba á extenderse por toda la Judea, y Lázaro y Marta, que se habían declarado por sus discípulos, le

suplicaron se compadeciese de su hermana y la hiciera volver al buen camino.

El Hijo de Dios, que sólo deseaba la conversión de los pecadores, condescendió con aquellos ruegos y movió el corazón de Magdalena, que habiendo ido por curiosidad á oírle, en una ocasión que predicaba el Redentor en Betsaida y Cafarnaum, no lejos del castillo de Magdaló, la gracia penetró en su entendimiento y en su corazón, en términos que sólo deseó entrar en la senda de la modestia y compostura propias de su sexo, pero demostrando antes con un acto público la sinceridad de su conversión y el arrepentimiento de que se hallaba poseída.

Informóse dónde podría encontrar al Salvador, y sabiendo que un fariseo llamado Simón le daba un banquete donde concurría lo más selecto de la ciudad, venciendo generosamente los respetos humanos, no vaciló en presentarse en la sala del festín llevando un vaso de alabastro, lleno de un perfume exquisito. Los judíos, como todos los orientales, se colocaban para comer en una especie de lechos ó divanes, donde se recostaban teniendo los pies hacia fuera; y aprovechando Magdalena esta circunstancia, llegó por la espalda arrojándose á las plantas del Salvador, despedazado el corazón con la fuerza de su contrición, regó con sus lágrimas aquellos sagrados pies, los enjugó con sus cabellos y los ungió con el oloroso perfume que llevaba en el vaso, demostrando con todos estos actos su sincero dolor y su tierna confianza.

El fariseo, inclinado á echarlo todo á la peor parte y notando la bondad con que Jesucristo sufría á sus pies aquella mujer de vida escandalosa, decía entre sí; si este hombre fuera profeta, sabría quién es la que le unje los pies; pero el Señor, que lee en el interior de los corazones, le dijo: Simón, un hombre tenía dos deudores; uno por quinientos denarios, otro por cincuenta y á entrambos perdonó sus deudas; ¿cuál debe de tenerle más gratitud? Indudablemente, contestó el fariseo, aquel á quien se perdonó más. *Haz juzgado bien, le dijo Jesús.* Y volviendo á la Magdalena dijo, dirigiéndose al mismo fariseo: ¿Ves esta mujer? *He entrado en tu casa y no me has dado agua para lavarme los pies, y ella me los ha regado con sus lágrimas y limpiado con sus cabellos. Tú no me has dado el beso y ella desde que entró no ha cesado de besar mis pies. Tú no has ungido con aceite mi cabeza, y ella ungió con unguento mis pies. Por lo cual te digo: Se le perdonan muchos pecados, porque amó mucho; mas aquel á quien se perdonan menos, ama menos.* Y volviéndose á Magdalena añadió: *Tus pecados te son perdonados.* (1).

Magdalena abandonó desde entonces la residencia de su castillo: volvió á vivir con sus hermanos, y su vida fué un ejemplar modelo de todas las virtudes.

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. VII. Vers. 36 al 50.

CAPÍTULO X.

Los milagros de Jesucristo.

Innumerables fueron los milagros que el Salvador obró, demostrando con ellos su divinidad y la santidad de su doctrina. Siendo imposible, como antes hemos dicho, encerrar en los estrechos límites de un compendio el relato de todos ellos, vamos á limitarnos á referir solamente algunos.

Predicaba Jesucristo en Cafarnaum, y los gentiles mismos admirados de las maravillas que obraba, no podían menos de venerarle y estimarle. No es por tanto extraño que el centurión, jefe de la guarnición romana del país, viniera al encuentro del Redentor y le suplicara la salud de un criado suyo, postrado en cama paralítico y con grandes dolores (1). Yo iré á tu casa y le curaré, respondió el Salvador. ¡Vos, Señor, replicó el centurión, queréis venir á mi casa! No merezco que me hagáis esta honra ni que os toméis ese trabajo; sólo con que digáis una palabra ahí donde estáis, estoy seguro de que mi criado quedará sano, pues no hay nadie que sea sobre Vos. Yo no soy sino un oficial subalterno, y sólo con que diga á mis criados y á mis soldados: venid aquí, id allá, soy obedecido.

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. VIII. Vers. 5 al 13.

En verdad, dijo Jesucristo, al pueblo que le seguía, que no he hallado tanta fe en todo Israel: muchas gentes vendrán desde las extremidades del Oriente y del Occidente y tendrán lugar con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los Cielos, y los hijos de la casa que tenían derecho á ser los primeros en este reino, serán arrojados al abismo, donde jamás verán la luz. Y volviéndose al centurión le dijo: Ve y hágase contigo según has creído; y en aquel momento el enfermo quedó completamente sano de su parálisis.

En otra ocasión se encontraba Jesús cerca del lago de Genezareth. La fama de sus milagros y la santidad de su doctrina llevaba en pos de él multitud de gente ávida de escuchar sus palabras y de recibir consuelo en sus aflicciones, por lo que en breve se vió cercado de una innumerable multitud; y viendo dos barcas en la ribera, cuyos pescadores habían bajado para lavar las redes, subió á una de ellas y sentándose comenzó á enseñar.

Cuando terminó la instrucción dijo á Simón, que era el dueño de la barca donde estaba, entrara mar adentro y echara las redes, á lo que contestó aquel discípulo, que á pesar de haber trabajado inútilmente toda la noche, iba sin embargo á obedecerle, pues que así lo quería. Lo hizo en efecto, y fué tanta la multitud de peces que salieron entre las mallas de la red, que hubo necesidad de llamar á los compañeros de la otra barca, porque aquéllas se rompían. Llenáronse de

pescado ambas embarcaciones tan extraordinariamente, que casi querian sumergirse, y al ver este prodigio, Simón cayó á los pies de Jesucristo diciendo: *Señor, apartate de mí que soy un hombre pecador; es decir, soy indigno de estar en tu presencia, pero no me desampares, ni permitas que la soberbia se apodere de mi corazón* (1).

Indignado Jesucristo de la envidia y del odio de los fariseos y cansado de oír sus malignas interpretaciones y sus preguntas capciosas, se retiró á los confines de Tiro y Sidon, donde parecía querer vivir desconocido; pero bien pronto se divulgó su llegada por toda la comarca, y una mujer cananea, descendiente de los antiguos habitantes del país, habiendo oído las maravillas que el Salvador obraba y no dudando fuese el Mesías, fué á su encuentro para suplicarle la curación de una hija suya poseída del demonio y que cruelmente la atormentaba. Entró, pues, en la casa donde Jesús se hallaba retirado, y quedandose detrás de los discípulos que estaban en derredor del divino Maestro, decía sin cesar: Señor, hijo de David, tened misericordia de mí.

El Salvador aparentaba no oírla y continuaba en hablar con sus discípulos, que molestados al fin con los clamores de aquella mujer, rogaron á Jesús la despachase; pero Él respondió que sólo en favor de

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. V. Vers. 1 al 9.

la casa de Israel hacía sus milagros. No se desanimó por esta respuesta la cananea; por el contrario, estimulándose su fe, adelantó por entre los discípulos, y cayendo á los pies del Redentor, le suplicó llorando no le negara la gracia que pedía. Jesucristo estaba complacido de aquella perseverancia, pero aun quiso ponerla á mayor prueba: Espera, le dijo, que los hijos de casa estén saciados; los extranjeros no han de ser preferidos á los domésticos. No es justo tomar el pan de los hijos y echarle á los perros. Perra soy, Señor, replicó la cananea, pero los perros se alimentan de las migajas que caen de la mesa de sus dueños. El Salvador no pudo ya resistir á una fe tan profunda, tan viva y tan constante, y alabándola, terminó diciendo: Vé y cúmplase como deseas; quedando en el acto la poseída libre del poder del demonio (1).

Había en Jerusalem una piscina llamada en griego *Probática*, que significa piscina para las reses y en hebreo *Bethsaida*, esto es, casa de misericordia. Era un estanque grande destinado á lavar los animales que se sacrificaban en el Templo. En torno de este depósito de agua había cinco pórticos ó galerías ocupados siempre por un gran número de enfermos, pues una creencia confirmada por los hechos enseñaba que un ángel movía de vez en cuando las aguas

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XV, Vers. 21 al 28.

de aquel receptáculo, y el primer doliente que después se arrojaba en él quedaba completamente curado.

El Salvador visitó un día aquel verdadero hospital y encontró un pobre paralítico que hacía treinta y ocho años que estaba en una camilla, sin poderse mover, y le preguntó si quería curar. Señor, contestó el enfermo, todavía no he hallado un alma caritativa que me arroje al agua en el momento de ser movida por el ángel. Pues bien, replicó el Hijo de Dios; levántate, toma tu lecho y anda. Y el paralítico, sintiéndose sano, obedeció en el acto y caminó lleno de salud y robustez. La circunstancia de haberse obrado este milagro en día de sábado fué motivo para que la envidia y el odio de los fariseos encontrara motivo para acusar á Jesús de infractor de la ley; porque las dichas bajas pasiones encuentran siempre pretexto para oscurecer los actos más dignos de alabanza y calumniar á quien los practica (1).

Pasando el Salvador en otro sábado por las calles de Jerusalem, encontró un hombre que había nacido ciego y determinó curarlo. Sus apóstoles, que creían, como los demás del pueblo, que todas las enfermedades y contratiempos de la vida eran pena de culpa determinada, preguntaron á su divino Maestro quién había pecado, si aquel pobre ó sus padres, á lo que

(1) Evangelio de San Juan. Cap. V. Vers. 1 al 16.

respondió Jesucristo que ni él ni sus padres, sino que su dolencia serviría para manifestar la gloria de Dios. En efecto, en seguida escupió en tierra, hizo lodo, frotó los ojos del ciego, le mandó fuese á lavarse á la fuente de Siloe, y habiéndolo hecho así, recobró la vista.

No necesitaba ciertamente el Señor de aquellos medios para devolver la vista al ciego; pudo hacerlo con sólo querer, como lo había hecho con otro de que nos habla en otra parte el Evangelio (1); pero no quiso en esta ocasión valerse de ellos, para demostrar que como Supremo Señor de la naturaleza podía disponer de ella á su voluntad, hasta el punto de dar vista á un ciego untando sus ojos con lodo, remedio más propio para quitar que para dar vista, y confundir de esta suerte la malicia de los fariseos, que una vez más acusaron al Redentor de infringir el sábado y persiguieron al ciego curado, que lleno de gratitud adoró á Jesucristo, confesándole por verdadero Mesías (2).

Al comenzar el tercer año de la predicación de Jesucristo, éste, seguido de sus apóstoles, se retiró al desierto de Bethsaida, con intento de dar algún descanso á los últimos que se habían reunido á Él después de predicar en varios pueblos donde les había enviado; pero las gentes que le seguían sin cesar

(1) Evangelio de San Lucas. Cap. XVIII. Vers. 35 al 43.

(2) Evangelio de San Juan. Cap. IX. Vers. 1 al 38.

fueron también á buscarle en su retiro, y habiendo visto el Salvador desde lejos aquella multitud, fué á su encuentro y con su acostumbrada dulzura estuvo explicando las verdades más importantes y las máximas de la más alta perfección.

El sol empezaba á declinar al ocaso, y como los oyentes, que excedían de cinco mil, no hubiesen tomado alimento en todo el día, los apóstoles le rogaron los despidiera, para que pudiendo llegar á poblado compraran que comer. El Salvador preguntó á Felipe dónde podría comprarse pan para darles alimento, á lo que contestó el preguntado que doscientos denarios (1) no bastarían para dar un bocado á cada uno. Entonces Andrés, mezclándose en el diálogo, dijo haber allí un joven con cinco panes de cebada y dos peces; pero, añadió, ¡qué es esto para tantos!

El Hijo de Dios mandó entonces que la multitud se sentara en aquel lugar, donde había mucho heno, y tomando en sus divinas manos el pan y los peces, los bendijo y los hizo distribuir por medio de sus discípulos entre los presentes, multiplicándose aquel alimento en términos de que todos quedaron saciados y sobraron doce grandes canastas de fragmentos. Este prodigio hizo tanta impresión en el pueblo, que quiso aclamar por rey á Jesús; pero éste, comprendiendo su designio, se retiró á lo más interior del desierto (2).

(1) El denario equivale á una peseta actual.

(2) Evangelio de San Juan. Cap. VI. Vers. 1 al 15.

Los milagros de Jesucristo no se limitaban sólo á la curación de toda clase de dolencias y á la satisfacción del hambre de los que le seguían; su diestra omnipotente arrancó varios muertos del seno de la tumba, y entre las prodigiosas resurrecciones que obró, merece especial mención, por las circunstancias que en ella concurrieron, la de Lázaro, con el relato de la cual vamos á concluir el breve compendio de los prodigios del Mesías.

Perseguido el divino Redentor por el odio y la envidia de los escribas y fariseos, había tenido que abandonar la provincia de Judea, cuando recibió un aviso de Marta y de Magdalena, residentes en Betania, manifestándole que Lázaro, hermano de aquéllas, se encontraba peligrosamente enfermo. Los tres hermanos, discípulos muy queridos de Jesucristo, en cuya casa se hospedaba con frecuencia, residían en Betania, como queda dicho al referir la conversión de la Magdalena.

Jesucristo, al recibir dicho aviso, se contentó con responder que aquella enfermedad era mayor gloria de Dios, y dilató por dos días su partida. Pasado este tiempo dijo á sus discípulos era necesario volver á Judea, de lo que aquéllos se admiraron, pues hacía pocos días habían querido apedrear á su Maestro; no obstante se dispusieron á seguirle, por haberles dicho que Lázaro había muerto y que de esta suerte podía contribuir á confirmar la fe de los que le seguían.

Cuando llegaron á Betania hallaron que Lázaro, en efecto, había fallecido cuatro días hacía, por lo que ya estaba sepultado. Sabiendo Marta que Jesús se aproximaba, salió á su encuentro en el camino lamentándose de que no hubiera llegado antes para impedir la muerte de su hermano, si bien acompañó estas lamentaciones con protestas de viva fe en la omnipotencia del Redentor, á quien confesó como á verdadero Mesías. Inmediatamente dió también aviso á su hermana Magdalena, y ésta, abandonando á los judíos que habían acudido para consolarla, corrió á arrojarse á los pies del divino Maestro mezclando sus lágrimas con las de Marta.

El Salvador se sintió conmovido ante aquellas demostraciones de dolor, en términos de derramar lágrimas, lo que hizo murmurar á los judíos de que no hubiera hecho el milagro de conservar la vida á su amigo, pues que tan tiernamente le amaba.

Jesucristo entonces pidió que le llevaran al sepulcro, y llegados á él mandó quitar la losa que le cubría, á lo que contestó Marta que ya el cuerpo despediría mal olor, pues que llevaba cuatro días de enterrado; pero Jesús replicó que verían á Dios glorificado por el más estupendo milagro.

Quitada la losa, pudo verse el cadáver envuelto en la sábana, según la costumbre de amortajar en Judea. Entonces el Redentor, levantando los ojos al cielo, dió gracias á su Padre, y no como quien suplica, sino

como quien impera, levantando la voz, dijo: *Lázaro, sal afuera*. Y el muerto, obediente al mandato del Todopoderoso, se levantó envuelto en el sudario, lleno de vida y de salud, obligando á los judíos presentes á creer en la divinidad del Salvador (1).

CAPÍTULO XI.

La Transfiguración.

Los beneficios que el Redentor sembraba por todas partes, parecía debían de conquistarle siquiera por gratitud el amor de todos los que escuchaban sus predicaciones, siendo á la vez testigos de sus prodigios. Pero no sucedió así: la envidia, como ya queda indicado, se apoderara de los príncipes, de los sacerdotes, de los escribas y de los fariseos, los cuales no podían sufrir el entusiasmo con que el pueblo demostraba su afecto á Jesucristo, ni menos que éste les descubriera y echara en rostro sus crímenes, sus hipocresías y sus falacias. La envidia engendra el odio, y estas dos mezquinas pasiones, oscureciendo como hacen siempre, la luz de la razón en aquellos desventurados, les impedían ver con claridad las profecías, y como ellos mismos, al meditar la muerte del Salvador, iban á darles cumplimiento, precipitándose á la vez en el abismo de su perdición eterna.

(1) Evangelio de San Juan. Cap. XI, vers. 1 al 45.

El Hijo de Dios había hecho á sus discípulos una pintura bastante extensa de las humillaciones y de las ignominias de su Pasión; y como estas tristes imágenes eran muy apropósito para aterrar á unos hombres todavía imperfectos, les dijo también que algunos de los que con Él se hallaban no morirían sin haber visto la gloria de Dios. Con efecto, seis días después llevó consigo á la cumbre del monte Tabor á Pedro, Juan y Santiago el mayor, los mismos que en breve habían de ser testigos de su agonía en el Huerto de las Olivas, y habiendo llegado á la cumbre de la montaña se puso en oración. Entonces se transfiguró á presencia de ellos, esto es, se dejó ver en el resplandor de su gloria como verdadero Hombre-Dios.

Puede decirse que en aquellos momentos Jesucristo interrumpió el milagro, mediante el cual escondía los destellos de la divinidad, apareciendo como un simple mortal, y en su consecuencia se dejó ver como le correspondía: su rostro resplandeció como el sol, sus vestidos, dice San Jerónimo, recibieron un brillo resplandeciente con los efluvios de aquella viva luz que resaltaba de su divino cuerpo, y aparecieron blancos como la nieve y á los dos lados del Salvador se dejaron ver Moisés y Elías conversando con Él, queriendo Jesús que el legislador de los judíos y uno de los más ilustres profetas dieran testimonio de que era Él á quien convenía todo cuanto estaba consignado en la ley y todo cuanto habían vaticinado los profetas res-

pecto del Mesías. Como Elías estaba aún con vida, apareció en su cuerpo natural; en cuanto á Moisés, resucitó momentáneamente, volviendo luego á descansar en el Señor. Los tres hablaban de cuanto había de sufrir el Redentor por la redención del humano linaje.

Los Apóstoles cayeron en un dulce éxtasis, causado por la admiración del prodigio que veían, y San Pedro, como fuera de sí, dejándose llevar del gozo que experimentaba, exclamó: *¡ Señor, bueno es estarnos aquí; hagamos tres tiendas, una para tí, otra para Moisés y otra para Elías!* Pero en aquel momento desaparecieron Moisés y Elías, una nube resplandeciente envolvió la cumbre del monte y se oyó una voz que salía de la nube, diciendo: *Este es mi Hijo amado en quien me agradé: escuchadle;* y los tres Apóstoles, llenos de terror cayeron con el rostro contra el suelo, desvaneciéndose á la vez toda aquella gloria. Entonces Jesucristo les dijo: *Levantáos, no temáis;* y alzando ellos sus ojos le vieron en su estado natural, ordenándoles Jesús al bajar del monte que hasta después de su Resurrección no refirieran á nadie el prodigio de que habían sido testigos (1).

Ya hacía algún tiempo que Jesucristo, el Cordero sin mancilla, el bienhechor de la humanidad estaba condenado á muerte en el gran Consejo de los judíos,

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XVII. Vers. 1 al 9.

pero no se atrevían á prenderle, por temor al pueblo, que amaba á Jesús y que así lo había demostrado, cuando al entrar el Salvador en Jerusalem, pocos días antes de la fiesta de Pascua, salió á su encuentro con ramas de palma y oliva y entre vítores y aclamaciones le acompañó la multitud, yendo el Hijo de Dios sentado en una pollina, para que se cumplieran los vaticinios de los profetas, que habían pronosticado vendría el Rey lleno de mansedumbre y sobre aquel humilde y sufrido animal. (1)

Esta explosión de entusiasmo popular exacerbó más y más la ira y el encono de los principales de la nación, haciéndoles pensar en el medio de deshacerse de Jesús, en ocasión en que el pueblo no pudiera defenderle; cuando he aquí que el demonio, entrando también en el corazón de Judas Iscariote, hizo que este miserable, no escuchando más que la voz de su avaricia, se prestara á prender á su divino Maestro, y habiéndose ofrecido á los príncipes de los sacerdotes, éstos le prometieron darle por su traición treinta monedas de plata, precio justo que se daba por la vida de un esclavo.

Treinta y tres años llevaba el Salvador de vivir entre los hombres, revestido de la humana naturaleza, cuyo tiempo lo había invertido todo en evangelizar

(1) Evangelio de San Mateo. Cap. XXI. Vers. 1 al 11. San Marcos Cap. XI. Vers. 1 al 10.

la Judea, Samaria y Galilea; pero como era no sólo el Maestro, sino el Mesías del mundo entero, y el Redentor de todos los hombres, necesitaba morir para alcanzar de esa suerte, mediante la efusión de su divina sangre, las gracias de la eterna salud y la gloria de la adopción de hijos de Dios, uniéndose de nuevo la cadena de oro que liga al Criador con sus criaturas, rota en el Paraiso por el pecado de nuestros primeros padres.

CAPÍTULO XII.

La Nueva Alianza.

Dos días faltaban sólo para continuar la gran obra de la Redención. Judas, que ya había concertado la venta de su divino Maestro, volvió á su lado buscando ocasión para entregarle. (1) Se iba á principiar la gran fiesta de la Pascua, que daba comienzo á las tres de la tarde y era para todo el pueblo el primer día de los *ácimos* ó panes sin levadura. Los sacerdotes se ocupaban desde aquella hora en matar y desollar corderos, que eran adquiridos por cada familia,

(1) Toda la Historia de la Sagrada Pasión, Muerte y Resurrección de Nuestro Señor Jesucristo, está comprendida en los Santos Evangelios de San Mateo, Caps. XXVI, XXVII, y XXVIII; de San Marcos, Caps. XIV, XV y XVI; de San Lucas, Caps. XXII, XXIII y XXIV; de San Juan, Caps. XVII, XVIII y XIX.

para comerlos en el tiempo y con las solemnidades prescritas en la Ley. Los Apóstoles se dirigieron pues al Salvador, preguntándole dónde hacían los preparativos para cumplir por su parte con la expresada gran solemnidad. El Señor, como dueño de los corazones, mandó á Pedro y á Juan á la ciudad previéndoles que en la casa donde vieran entrar á un hombre con un cántaro de agua, dijera al propietario de aquélla, les mostrara el aposento donde Él había de comer la Pascua con sus discípulos.

Pedro y Juan cumplieron fielmente el encargo, y como á las siete de la tarde, pues la Ley prevenía se diera principio á la ceremonia antes de ponerse el sol, Jesús se sentó á la mesa con sus Apóstoles. Verificóse le cena legal, durante la que debía comerse el cordero con todos los ritos acostumbrados y así lo hizo el Hijo de Dios, que desde su venida al mundo cumplió la Ley con religiosa exactitud, y dirigiéndose á sus acompañantes les dijo: *Tenía un vehemente deseo de comer esta Pascua con vosotros, antes de padecer, porque os digo no la comeré ya hasta que tenga su cumplimiento el Reino de Dios.* Dando á entender con esto que las figuras iban á cesar y que á la manducación del cordero, prescrita por Moisés, sustituiría pronto la del verdadero Cordero de Dios, inmolado por la salvación del mundo.

Se acercaba el momento de obrar este gran milagro, con la institución de la Sagrada Eucaristía; la

presencia del pérfido que había de entregarle á sus enemigos, conmovió sensiblemente al Redentor. *En verdad os digo*, exclamó dirigiéndose á sus Apóstoles, *que uno de vosotros me venderá*. Contristados y llenos de confusión aquéllos de oír tan extraña afirmación de boca de su Maestro, todos empezaron á preguntar quién era aquel traidor, aquel apóstata. Jesucristo no quiso nombrar al culpable y se limitó á responderles: *El que debe entregarme, está ahora en la mesa conmigo y pone la mano en el mismo plato. El Hijo del Hombre se va como anuncian las Escrituras; pero ¡ay de aquel hombre por quien será entregado el Hijo del Hombre! Más le valiera no haber nacido*. Estas palabras aumentaron la turbación y el sobresalto de los Apóstoles, que insistían en sus preguntas: Judas sostuvo descaradamente esta prueba, y con verdadero cinismo preguntó en voz baja inclinándose hacia el Salvador: *¿soy yo?* Y Jesús le respondió: *tú lo has dicho*; pero ninguno oyó esta respuesta más que el infame culpable.

Los once Apóstoles exentos de infidelidad, no lo estaban de ambición, y creyendo que su Maestro estaba próximo á sentarse en el trono, empezaron á discutir sobre quiénes recaería la elección para los primeros puestos del reino. El Salvador no se indignó por aquella flaqueza; sabía les faltaba ser enteramente purificados por el Espíritu Santo de las imperfecciones humanas y tratándoles como á niños les

dijo: *El que sea mayor entre vosotros pórtese como el menor; el que ocupe el primer puesto conviértase en servidor de los demás y no sea el primero de todos, si no para precaver y aliviar sus necesidades.* ¡Admirable noción del Poder público social, que nos da el divino Maestro, noción que destruyendo la tiranía y la esclavitud del mundo antiguo, es el origen de todos los sacrificios heroicos con que brilla la historia de los pueblos cristianos! *Porque, continuó el Hijo de Dios; os pregunto yo: ¿quién es el mayor y el más distinguido? ¿el que está sentado á la mesa ó el que sirve en ella? Sin duda el que se sienta para ser servido; y sin embargo, siendo yo vuestro Señor y Maestro, ¿no soy entre vosotros como el que sirve?*

Para que sus palabras llevaran la energía del ejemplo, Jesús se levantó de la mesa, puso agua en una jofaina y ciñéndose una toalla, fué arrodillándose delante de todos sus Apóstoles y lavándoles los pies. ¡Admirable ejemplo de humildad que jamás han visto los hombres y cuyo recuerdo perpetuándose de generación en generación, es el origen de la sagrada ceremonia, que con el nombre de lavatorio de los pies, practican el Jueves de la *Semana Santa ó Mayor* las personas constituidas en autoridad, las cuales lavan los pies á doce pobres, por amor de Jesucristo.

Pedro, asombrado de aquella humillación, quiso negarse á ser lavado, pero al fin se rindió á las pa-

labras de su Maestro, que le hieron ver la necesidad en que estaba de ser lavado como los demás, pues de lo contrario no tendría parte en su reino.

Concluído el lavatorio, volvió el Salvador á la mesa y continuó exhortando á los Apóstoles á la gran virtud de la humildad, á la pureza de corazón y á la caridad para el prójimo, disponiéndolos así para hacerlos partícipes en el banquete celestial que iba á establecer. Llegaba el momento de dejarnos el mayor de sus dones, su Cuerpo y su Sangre, y hacer que los antiguos sacrificios simbólicos fueran sustituidos por el único perfecto, que reemplazaba á aquéllos sobrepujándolos. Había ya cerrado la noche, aquella noche funesta en que el Hombre-Dios iba á ser entregado á sus enemigos, y en el exceso de su amor, eligió aquel momento para instituir la adorable *Eucaristia*.

Duraba aún la cena; el Salvador tomó el pan, tal y como aquel día era lícito comerlo, *ácimo* ó sea sin levadura, y teniéndole en sus manos adorables, levantó los ojos al Cielo para dar gracias á su Padre celestial, bendijo aquel pan, lo partió y lo dió á sus discípulos diciendo: *Tomad y comed, este es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros á la muerte*. Después tomó un cáliz con vino, dió también gracias y bendiciéndolo lo repartió lo mismo que el pan, diciendo: *Bebed de este todos, porque esta es mi Sangre, del nuevo Testamento que será derramada por muchos*

para remisión de los pecados. Lo que me veis hacer, lo haréis en memoria mía. Es decir, haréis como yo, haréis como yo hago. ¡Magnífica herencia de un Dios moribundo, que nos lega su Cuerpo y su Sangre, para que seamos idénticos á Él, transformados en Él! ¡Oh exceso de amor! Con aquellas palabras omnipotentes sólo quedan del pan y del vino la apariencia, realmente quedan convertidos en el Cuerpo y la Sangre del Señor. Para Dios, querer es poder, decir y obrar son una misma cosa: el que pudo formar el mundo de la nada, lo puede todo; negar la Omnipotencia es negar á Dios.

Judas, según se cree comulgó como los otros, iniciando desgraciadamente la larga serie de perversos cristianos que profanan el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo recibéndole sacrílegamente al llegarse á la santa Mesa sin las debidas disposiciones. El Salvador, condolido del estado de aquel alma, volvió emocionado á insistir en la traición de uno de ellos. Los demás Apóstoles no pudieron continuar más tiempo en aquella cruel incertidumbre y Pedro hizo seña á Juan, que estaba sentado junto á Jesucristo para que le preguntara quién era el traidor. Hízolo así aquél y Jesús le dijo en voz baja que lo era el que recibiría de su mano pan mojado; y con efecto, mojando en caldo un poco de pan, se lo presentó al infame Judas, como se acostumbra en los banquetes para demostrar amistad y cariño á alguno de los con-

currentes. Otro menos malvado que el apóstata hubiera caído deshecho en lágrimas á los pies de su Maestro al recibir de éste tan afectuosa fineza, y horrorizado de sí mismo, hubiera confesado á gritos su pecado y pedido perdón, derramando amargo llanto; pero el demonio era dueño del alma de Judas, y á pesar de que el Señor le dijo entonces, como para llamarle al arrepentimiento por última vez: *haz cuanto antes, lo que tienes resuelto hacer*; el infame fué insensible, y permaneciendo en el pecado, se levantó y se salió de la sala para ir á buscar á los enemigos de su Maestro y consumir su sacrílego crimen. Como fué el más cínico entre los malvados, fué un impenitente sin remedio.

Luego que salió Judas el Redentor se entregó á las expansiones de su Caridad: cual Padre moribundo que se despide de sus amantes hijos, habló de su Pasión con transportes de alegría, por la gloria que había de proporcionar á su Eterno Padre. Excitó á sus Apóstoles á amarse mutuamente, pronosticó á Pedro sus negaciones, y pidiendo por ellos y por todos los hombres que en la serie de los siglos habían de creer en Él, aprovechándose de sus padecimientos y de su muerte; no quedando ya otra cosa que hacer en este mundo, más que entregarse á las humillaciones y á la Cruz, recitó la acción de gracias y salió para dar principio á su dolorosísima Pasión.

CAPÍTULO XIII.

Jesucristo en el Huerto de las Olivas.

El Salvador, después de habernos hecho la mayor demostración del amor que nos tiene, dejándonos su Cuerpo y su Sangre sacratísimos en comida y bebida, en el augusto Sacramento de la *Eucaristia*, salió de la casa donde había celebrado la Pascua con sus Apóstoles y pasando el torrente Cedrón, se fué á orar al monte de los Olivos donde Dios Padre esperaba las primicias de su sacrificio. Hasta aquí la vida del Dios-Hombre asombra á la incredulidad; lo que resta de ella y de la que vamos á ocuparnos, la confunde y la desespera.

Estaba vaticinado por los profetas, anunciado por las promesas y simbolizado mediante las figuras de que está poblado *el Antiguo Testamento*, que Cristo sería inmolado á la gloria de Dios, á la salvación de los hombres y al establecimiento de una nueva Alianza, más perfecta que la antigua, fundada en la divinidad de su persona y en el mérito de su sacrificio. Todo estaba dispuesto para que así se cumpliera; hacía cuatro mil años, que el Eterno Padre aguardaba una víctima digna de Él; el Hijo único se había ofrecido á ser esta víctima, que reemplazara los antiguos é insuficientes sacrificios, y el género humano espe-

raba impaciente á su Redentor, cuya sangre había de reconciliar el Cielo con la Tierra. Había llegado el instante tan deseado de que así se verificara.

Jesucristo se dirigió al huerto de Gethsemaní, acompañado de sus once Apóstoles. Aquel huerto solitario se hallaba situado en la falda del monte de los Olivos y separado de Jerusalem por el valle de Josafat en cuyo fondo corría el arroyo Cedrón. Desde la aldea donde estaba el huerto, situada en la falda del monte se distinguían claramente el Templo y la ciudad, que sólo distaba mil pasos, pudiendo por consiguiente hacerse este corto viaje en día de sábado y en cualquiera otra festividad, sin infringirse la ley de Moisés, que vedaba poder andar mayor distancia en los indicados días. Judas sabía, que su divino Maestro acostumbraba ir á aquel lugar por las noches para hacer oración: lejos de huir del traidor, el Hijo de Dios iba á su encuentro.

Llegados al huerto, Jesucristo dijo á sus Apóstoles: *Sentaos aqui mientras que voy allí y hago oración. Orad tambien vosotros para que no entréis en tentación.* Y dejando á los demás, tomó consigo á Pedro, Juan y Santiago, que como testigos de su gloria en el Tabor, quiso que también lo fuesen de su agonía y se internó con ellos en el huerto. Empezando entonces á considerar los horrores de la Pasión que se aproximaba, se apoderó de él el tedio, el sinsabor, el espanto, el abatimiento y la tristeza. *¡Triste está mi alma hasta la*

muerte, dijo á los tres discípulos; esperad aquí y velad conmigo! Y dando algunos pasos se apartó de ellos como á la distancia de un tiro de piedra y puesto de rodillas, hizo esta oración; Padre mio, si es posible pase de mi este caliz, mas no se haga mi voluntad, sino la vuestra.

Reñido combate se traba en la grande alma del Redentor. ¡Ser la inocencia misma, el Hijo único de Dios, Dios como el Padre, el Rey del Universo por quien todas las cosas han sido hechas y devorar ultraje tras ultraje hasta morir en un patíbulo infamante! ¡Por otra parte, salvar á los hombres de quienes se ha hecho hermano, satisfacer la Justicia del Eterno, qué consuelo, qué satisfacción, qué gloria!...

El Salvador vino adonde se hallaban sus tres Apóstoles y los halló durmiendo, rendidos á consecuencia del desaliento y la tristeza que á veces suele experimentarse á la proximidad de las grandes desgracias; el Salvador les despertó y reconviniéndoles y exhortándoles á velar y permanecer en la oración, volvió á separarse de ellos y á orar repitiendo las mismas palabras que anteriormente. Otra vez volvió cerca de sus discípulos y de nuevo los encontró sumidos en el sueño. Entonces no les dijo nada; volvió al sitio donde había orado y repitió su plegaria. La tristeza, el terror, el sinsabor mortal que experimenta, le hunden, por decirlo así, en una violenta agonía, que le produce un copioso sudor de sangre que brota por to-

dos sus poros, cayendo en anchas gotas sobre la tierra y esmaltando de encendido carmín las flores que bordan el verde tapiz del suelo. Un Ángel del Cielo bajó para fortalecerle; el Salvador aceptó su Sacrificio y el mundo fué salvo.

Desde aquel momento, no se advirtió ya en Él más que valor é intrepidez, pero un valor modesto y una intrepidez tranquila. Nuevamente se acercó á sus Apóstoles, les dice pueden ya dormir tranquilos, pero á la vez les advierte se acercaba el hombre que le había de entregar. En efecto, el traidor Judas, acompañado de una multitud de gente enviada por los principes de los sacerdotes, los escribas y fariseos, llevando unos espadas, otros palos y otros linternas, penetraba en aquel momento en el huerto. Él apóstata les había dado esta señal: *el que yo besare ese es, prendedle*; y acercándose á Jesucristo le dijo con cí-nico descaro: *Dios te guarde, Maestro*, y le besó. El Cordero sin mancilla no rehuyó el beso de la traición sacrílega, ni confundió al traidor como hubiera podido hacerlo, sino que ardiendo en deseo de salvar su alma, le dijo con ternura: *Amigo mio, ¿á qué has venido? ¡Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre!*

Después, queriendo demostrar su Omnipotencia y que sólo y exclusivamente por su Voluntad se entregaba en manos de sus enemigos, una, dos y tres veces preguntó á la turba armada á quién buscaban.

y al responderle que á Jesús Nazareno, con sólo decir: *Yo soy*, una, dos y tres veces cayeron también en tierra los armados. Una vez que Jesucristo hizo esta ostentación de su divino Poder, permitió se apoderaran de su persona, y aquellos desalmados pusieron su mano en Él y le prendieron. Pedro intentó defender á su Maestro, y con una intrepidez que en breve le había de abandonar, sacando una espada que llevaba consigo, hirió á un criado del príncipe de los sacerdotes llamado Malco y le cortó una oreja, pero Jesús se apresuró á reconvenirle y sanar la lesión del herido; y mientras los Apóstoles acobardados ya huían precipitadamente, la turba armada condujo al Hijo de Dios á Jerusalem, con mayor aparato y precauciones que si se hubiera tratado de un reo de gravísimos delitos.

CAPÍTULO XIV.

Jesús ante Anás y Caifás.

Una vez en la ciudad, la Santísima Víctima fué llevada primero casa de Anás, suegro de Caifás, el cual ejercía las funciones de Sumo Sacerdote aquel año. Anás, satisfecho con esta preferencia, no quiso interrogar á Jesús y lo remitió á su yerno, en la seguridad de que éste era bastante para completar el crimen y cometer la injusticia. Casa de Caifás se ha-

bían reunido los sacerdotes, los escribas y los fariseos; y como ningún acto de la vida del acusado podía dar motivo, ni aun para formar proceso, Caifás le preguntó por sus discípulos y por su doctrina, á lo que respondió el Salvador con mansedumbre: nada había hablado ocultamente y de ello podían responder los que le habían oído. Jesucristo con esto hacía uso del sagrado derecho de defensa, que tiene todo reo por grave que sea su delito; al decir que nada había hablado ocultamente, alegó una razón en descargo suyo; y al añadir respondieran de su doctrina los que le habían oído, pidió la prueba de testigos, única que podía evidenciar su inocencia, pues que los cargos que contra Él se fulminaban, no tenían otro fundamento que lo que había enseñado. Pero la razón y las nociones más elementales de Derecho, no podían tener cabida en aquel Tribunal apasionado, y apenas el Redentor pronunció aquellas palabras en su defensa, cuando un sirviente del Sumo Sacerdote, que estaba al lado del Hijo de Dios, hirió cruel, sacrílega y despiadadamente su mejilla con una terrible bofetada, á cuyo ultraje el Señor contestó diciendo con humildad: *si he hablado mal, muestra en qué; ¿y si bien, ¿por qué me hieres?*

La acción indigna de aquel miserable criado debió ser castigada severamente por Caifás, pues importa al bien público, conservar á los acusados la libertad necesaria para que se justifiquen: sin embargo, los

jueces aprobaron, al menos, con su silencio, una tan brutal acción y en lugar de examinar personas imparciales, que con sus testimonios hicieran resplandecer la verdad en aquel anómalo proceso, llamaron á declarar testigos falsos, ya de antemano preparados. Inútilmente fueron examinados muchos de éstos, nada concretamente resultaba contra Jesús; pero al fin se presentaron dos que dijeron: nosotros mismos le hemos oído decir: *Puedo destruir el Templo de Dios y reedificarlo en tres dias*. La declaración era falsa, pues añadía palabras á lo que el Salvador había dicho y quitaban de esta suerte á la frase su natural sentido. En efecto, sólo en una ocasión, refiriéndose á su Cuerpo y aludiendo á su Muerte y Resurrección Jesucristo había dicho: *Destruid este Templo y en tres dias le reedificaré*; pero aun en el caso de ser cierto lo expuesto por los testigos, la dicha afirmación no podía considerarse como delito, siendo todo lo más una arrogancia, un modo de hablar pretencioso, que ninguna perturbación podía producir en el orden público, ni merecía la pena se ocuparan de ello los Tribunales.

Bien lo comprendió así Caifás, cuando penetrado sin duda de que de las declaraciones de los testigos, no podía deducirse nada por donde ni remotamente pudiera condenarse á Jesús, tomó el partido de interrogarle de nuevo y le preguntó si nada tenía que responder á los cargos que se le hacían, pero el Se-

ñor guardó silencio. Entonces el Sumo Pontífice, decidido á obtener una respuesta, le increpó diciendo: *En nombre de Dios vivo, te mando nos digas si tú eres el Cristo, el Hijo de Dios.* La pregunta era categórica y decisiva: el Divino Maestro debía confesar la verdad; bien le constaba que su respuesta era la sentencia de su muerte; pero como el primero entre los mártires, estaba llamado á dar ejemplo á los millones de aquéllos que habían de venir en pos de Él y respondió sin vacilar: *Sí, Yo soy el Cristo y el Hijo único de Dios, y aun os digo más; pronto veréis al Hijo del hombre sentado á la diestra del Dios Omnipotente, venir sobre las nubes del Cielo.* El Sumo Sacerdote, ocultando su alegría bajo la máscara de un dolor hipócrita, rasgó sus vestiduras, como demostración de pesar á que acostumbraban los judíos, y exclamó: *Acabáis de oír la blasfemia; ¿qué os parece?* Y todos los malvados jueces de aquel cínico tribunal contestaron: *Reo es de muerte.*

Tan sedienta se hallaba la Sinagoga de la sangre del Justo, que hubiera deseado pasar de la sentencia á su ejecución; pero como el estado de dependencia en que se hallaban respecto del imperio romano, exigía impetrar el consentimiento del Presidente para ejecutar al reo, y como además era preciso asegurarse del pueblo, que amaba á Jesús, persuadiéndole de que el Hombre que tantos beneficios había prodigado no era más que un insigne malhechor, hubo

que esperar á las primeras horas del día siguiente.

Los ministros subalternos y los criados encargados de la custodia del preso, durante la noche, hicieron padecer al Salvador cuanto de más atroz puede imaginarse en hombres sin honor y sin educación, para con un desgraciado que cae en sus manos. Le escuchaban en el rostro, le daban de bofetadas y burlándose decían adivinara quién le había herido, prodigándole á la vez los más groseros insultos y los más injuriosos denuestos. El Hijo de Dios hubiera podido reducir á ceniza aquella miserable canalla, pero sufría más considerando las culpas que su voluntaria ceguedad les hacía cometer á aquellos malvados, que con las afrentas que padecía y lo que puso el colmo á sus dolores, fué la negación de San Pedro.

Este apóstol, una vez que se recobró algún tanto del terror que se apoderó de él, lo mismo que de sus compañeros, al ver preso á su divino Maestro, siguió á éste desde lejos, con un discípulo que era conocido del Sumo Sacerdote, por lo que hablando á la portera consiguió entrar con su compañero en la casa de Caifás. Los criados y los soldados estaban allí en el atrio á la lumbre calentándose, porque hacía frío. Pedro, disimulando su ansiedad y sus temores por su Maestro con el velo de la indiferencia, se sentó en medio de ellos; cuando acercándose una criada fijó sus ojos en el Apóstol y dijo: *Tú también estabas con Jesús de Nazareth.* Pedro se sobresaltó y lleno de tur-

bación se apresuró á contestar: *No lo conozco, no sé lo que dices.* Y para evitar nuevas preguntas se levantó y se salió fuera del atrio. En aquel momento cantó el gallo. Pero no sirvió de nada el que Pedro se alejara del grupo de criados; otra sirvienta se acercó é hizo la misma afirmación que la primera, y entonces, creciendo en él el terror con el peligro de verse descubierto, añadió á la mentira el perjurio, pues insistió con juramento en no conocer á Jesucristo. Entonces un criado, pariente de aquel á quien el Apóstol había cortado la oreja aquella noche, le replicó diciendo: ¿No te ví yo con él en el huerto? Y todos los demás dependientes y soldados se le acercaron insistiendo en que era de los discípulos del preso, pues por el lenguaje se le conocía ser galileo. Con esto la razón de Pedro se extravió, y con imprecaciones y juramentos siguió afirmando no conocía á semejante hombre. En aquel instante cantó el gallo segunda vez y Jesús, á quien sacaban del tribunal para entregarlo á los encargados de su custodia, fijó sus divinos ojos en el rostro del Apóstol; recuerda éste entonces los términos en que su divino Maestro le había pronosticado su negativa: *Antes que el gallo cante dos veces me negarás tres;* y un dolor intensísimo de arrepentimiento se apodera de su alma; las olas de su pena suben como un mar de fuego desde su corazón á su garganta, le ahoga la atmósfera de aquella casa, y saliendo afuera lloró amargamente.

Sus lágrimas no cesaron sino con su vida; San Jerónimo afirma que estaban surcadas por ellas sus mejillas.

Judas hubiera podido imitar á Pedro en la penitencia, y hubiera también obtenido el perdón de su culpa; pero aquel desgraciado, añadiendo pecado á pecado, se echó en brazos de la desesperación, y devolviendo el dinero que había tomado por su venta sacrilega, se suicidó ahorcándose. Los príncipes de los sacerdotes compraron con aquel dinero un terreno que destinaron á sepultura de los peregrinos, por lo que se llamó *Campo de la sangre*.

CAPÍTULO XV.

Jesucristo presentado á Herodes y á Pilatos.

Los primeros albores del día pusieron término á las crueldades que sufrió Jesus, de parte de los criados de Caifás, en aquella noche funesta, pero si ellas terminaron, fué para que diera principio á sufrir otras. Había apenas amanecido, cuando le llevaron atado casa del presidente romano Poncio Pilatos. Comprendiendo la Sinagoga que el crimen por el que ella había condenado á Jesucristo, de titularse Hijo de Dios, no le consideraría tal el representante de Roma, por ser idólatra, determinó con malicia dar nuevo giro á la acusación y presentar la Santa Víctima á Pilatos, como un revoltoso que se atrevía á ponerse frente al Cesar,

al atribuirse la cualidad de Rey de los judíos, y en esta forma se presentó la acusación ante el repetido gobernador de la Judea.

Bien pronto comprendió Pilatos, hombre suspicaz y astuto, que había en aquella acusación más odio que verdad, y trató de eludir su conocimiento en el proceso, dejando la responsabilidad á los judíos; pero como le manifestaran era caso de pena de muerte, la que sin su aprobación no podía ejecutarse, tuvo que decidirse á juzgar al Salvador, y haciéndole comparecer ante su Tribunal, le interrogó si era Rey de los judíos. Jesús le respondió: *¿lo dices eso por tí mismo, ó porque otros te han sugerido la pregunta?* Pilatos replicó, que no era judío, que esta nación y sus Pontífices le habían puesto en sus manos y por tanto debía decir qué había hecho. El Salvador contestó afirmando sus cualidades de Rey, pero diciendo á la vez que no lo era de este mundo, pues si lo fuera, sus ejércitos combatirían, para que no fuese entregado á él. Volvió Pilatos á insistir: *Luego tu eres Rey? Si lo soy, repitió el Hijo de Dios, he venido á este mundo para reinar y para dar testimonio de la verdad. ¿Y qué es verdad?* preguntó Pilatos. Y sin esperar respuesta salió afuera para decir á los acusadores, no encontraba crimen alguno en aquel hombre; afirmación que excitó á aquéllos, dándoles motivo para que empezaran á gritar diciendo que sublevaba al pueblo.

Pero no basta acusar, es preciso probar: así debió

comprenderlo el presidente romano, y pues sólo había una acusación sin pruebas, debió inmediatamente poner en libertad al acusado, é imponer silencio á los acusadores, valiéndose de la fuerza que tenía á sus órdenes para castigarlos, si insistían en acusar, tratándolos como á reos de un delito de coacción á un tribunal de justicia. Pero Pilatos era débil; en su debilidad no sabía qué hacer, y tomó el partido de interrogar de nuevo á Jesucristo, exigiéndole se sincerrara de los crímenes de que era acusado; pero el Redentor no respondió nada. Los judíos se aprovecharon de aquella debilidad que veían en Pilatos, para insistir en que Jesús sublevaba al pueblo desde Galilea hasta Judea. El presidente, cuando se informó de que el acusado era galileo, creyó haber encontrado el medio de evadir el compromiso, enviando aquél á Herodes, para que, como rey de Galilea, le juzgara, y así mandó se ejecutara en el acto, aprovechando la circunstancia de hallarse aquel monarca accidentalmente en Jerusalem.

Herodes, astuto, corrompido y curioso, que había hecho morir á San Juan Bautista porque le reprendía sus desórdenes, se alegró mucho de aquella circunstancia, que le proporcionaba el gusto de conocer á Jesucristo, de cuyos milagros había oído hablar, y deseaba hiciera alguno en su presencia. Como estos deseos del rey de Galilea sólo estaban basados en una frívola curiosidad, no me-

recían ser satisfechos, y por tanto el divino Maestro, que gusta comunicar con las almas humildes y sencillas, pero que aborrece á las impuras y orgullosas, sólo contestó con el silencio á las preguntas de aquel miserable monarca, mostrando de esta suerte, al permanecer callado en su presencia, con la dignidad propia de un Hombre-Dios, la humildad y la resignación de una Víctima dispuesta á ser inmolada. Herodes y su corte consideraron á Jesús como un idiota y un visionario, y como á tal le vistieron una túnica blanca y le volvieron á Pilatos con aquel traje irrisorio.

Entonces el presidente romano, queriendo sacar partido de esta conducta de Herodes y libertar al Redentor, manifestó á los judíos que en vista de que ni el rey de Galilea ni él encontraban delito en aquel hombre, iba á castigarlo y á darle después la libertad. El castigo que pensaba imponer á Jesús era el de azotes, creyendo que con ello se satisfacerían sus enemigos; pero bien porque comprendió no era bastante para complacer á aquellos hombres sanguinarios, bien porque no quisiera utilizar aquel recurso, hasta el último extremo, adoptó otro partido que creyó más seguro; pero que sólo sirvió para atraer sobre el Redentor mayores afrentas y más confusión.

Era costumbre que el gobernador romano concediera en la Pascua la libertad de un preso, el que el pueblo pedía: se había establecido este uso en conme-

moración de la libertad de Egipto, y los romanos se habían conformado con él. Había entonces en la cárcel un famoso criminal llamado Barrabás, reo de sedición, homicidio y robo, y Pilatos preguntó al pueblo á cuál ponía en libertad, si á Jesús ó á Barrabás, colocando de esta suerte en igual categoría la inocencia y la culpa, con gran afrenta de la primera. Parecía natural que el pueblo, testigo de los milagros de Jesucristo, por Él tantas veces favorecido, pidiera sin vacilar la libertad del Justo; pero los sacerdotes, los escribas y los fariseos habían tenido tiempo de influir cerca de la multitud, y ésta, que hoy como ayer es voluble y caprichosa, que entonces como ahora, un día ensalza y aclama á una persona y en el siguiente la aborrece y la insulta, contestó á grandes voces pidiendo la sentencia de muerte de Jesús y el perdón de Barrabás.

En este estado, Claudia Prócula, esposa de Pilatos, envió á decir á su marido no se mezclara en lo referente á aquel Justo, pues había tenido que padecer mucho por Él en sueños. Con esta advertencia, Dios quería detener á Pilatos al borde del abismo y buscaba la salvación de aquella mujer, que se cree la consiguió; pero el desventurado presidente romano, se limitó á preguntar débilmente al pueblo, qué había de hacer con Jesús, con el Rey de los judíos; y como siguiese el tumulto pidiendo todos á gritos fuese crucificado, el débil gobernador, temiendo que aquél

degenerara en una sedición, mandó traer agua y se lavó las manos diciendo era inocente de aquella sangre que le forzaban á derramar, á lo que el pueblo contestó á grandes voces, cayera sobre él y sobre sus hijos. El Eterno oyó esta imprecación y la ratificó: hace diez y ocho siglos que esa Sangre cayó, y aun permanece en los judíos, que á los ojos del mundo asombrado viven sin patria, sin templo y sin autoridades, proscriptos entre las naciones, sin que puedan, á pesar de sus esfuerzos, levantar sus frentes manchadas con el estigma del deicidio.

CAPÍTULO XVI.

Jesucristo sentenciado á muerte.

Después que Poncio Pilatos llevó á cabo la vana ceremonia del lavatorio de sus manos, dando de esta suerte y contra sí propio, un evidente testimonio de la injusticia que iba á cometer, deseoso de contentar al pueblo, dió libertad á Barrabás y mandó azotar á Jesús, bien porque esperara todavía que la multitud se ablandara con este suplicio y no tuviera que condenar á muerte al inocente, bien porque estuviera previsto que los reos sentenciados á la última pena, sufrieran también la de azotes antes de padecer aquélla. Los soldados se apoderaron de Jesucristo, le sacaron al atrio de la casa del gobernador romano,

le despojaron de sus vestiduras, y amarrándole á una columna descargaron sobre aquel inocente cuerpo más de cinco mil azotes, con una saña y crueldad inauditas. De esta suerte quedaba cumplido lo vaticinado por el Real Profeta, cuando dijo: *Aparejado estoy para los azotes; y mi dolor está siempre delante de mí.* (1) Arroyos de sangre corrían por aquellas sacratísimas espaldas; los retorcidos cordeles al caer sobre la santa Víctima tantas y tantas veces, arrancaban con la piel pedazos de carne, en términos, de que cuando los verdugos fatigados de tanto golpear, cesaron en su tarea y desataron á Jesucristo, éste, transido de dolor y debilitado por la pérdida de la sangre, falto de aliento, cayó sobre sus rodillas y sus manos al pie de la columna de la flagelación.

Este espectáculo hubiera enternecido á hombres menos feroces, pero sólo sirvió para excitar más el odio y la crueldad de los judíos. El atroz suplicio fué inmediatamente seguido de otro, pues los verdugos inhumanos, sin considerar el estado de postración á que había quedado reducido el Salvador, se arrojan sobre Él como tigres sanguinarios, le levantan á fuerza de sacudidas y puntapiés, le cubren con una púrpura desechada, tejen una corona de espinas, que clavan sobre su sagrada cabeza, y poniendo en sus manos una caña, simulando un cetro, empiezan á

(1) Salmo XXXVII. Vers. 18.

burlarse de Jesucristo, doblando ante Él las rodillas y diciendo: *Dios te salve, Rey de los judíos*. Y al decirlo tomaban la caña y le daban golpes repetidos en la cabeza, hundiendo más y más en ella las espinas de la corona, en términos de que aquella preciosa Sangre, corriendo hilo á hilo por las sienes y por la frente, cubría los divinos rasgos del bondadoso Rostro del Redentor, el cual sufría sin quejarse, quedando convertido, según los vaticinios de los profetas, en el hombre de dolores, cuyo cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, no es más que una herida.

Pilatos creyó, que tras de tantos tormentos y oprobios, los judíos se darían por satisfechos y al intento hizo presentar á Jesús al pueblo, llevando en sus manos la caña, la corona de espinas en la cabeza y el manto de púrpura sobre sus hombros. *Ecce Homo, ved aquí al Hombre*, dijo el presidente romano, mostrando al Salvador á la multitud: quizá ésta se hubiera movido á compasión á vista de aquella dolorida y sangrienta persona, si los príncipes de los sacerdotes y sus ministros no hubieran empezado á clamar desde que le vieron: ¡*Crucificalo! ¡Crucificalo! Según nuestra Ley debe morir, porque se ha hecho Hijo de Dios!* Ante esta nueva acusación no formulada hasta entonces ante Pilatos, éste, que encontraba en el preso algo grande y maravilloso, se llenó de temor y le hizo entrar de nuevo en el Pretorio para volver á interrogarle. ¿*De donde eres tú?* le preguntó, pero Jesús guardó si-

lencio. *¿No me contestas?* insistió Pilatos; *¿no sabes que tengo poder para crucificarte ó para soltarte? No tendrías sobre mí poder alguno,* respondió el Salvador, *si no te se hubiera dado de arriba. Por tanto, el que me entregó á ti tiene mayor pecado.* La calma y la firmeza de esta repuesta impresionaron vivamente á Pilatos, que hizo nuevos esfuerzos para libertarle, pero los judíos gritaban diciendo: *Si libras á este no eres amigo del César, porque todo el que se hace pasar por Rey, contradice al César.* Al oír esto el presidente se sobresaltó, temió que los judíos hicieran un crimen de Estado del acto de Justicia que su conciencia le reclamaba de absolver á Jesús; tembló por el empleo que desempeñaba, y como no cesaran las voces que pedían la muerte del acusado y proclamaban no querer mas rey que al César, violentando sus convicciones y sacrificando la Justicia al interés, el inicuo gobernador de Judea pronunció la sentencia que condenaba á Jesucristo á morir en Cruz.

Nada consiguió Pilatos con sacrificar al inocente á su ambición: un año después de la muerte del Salvador, á consecuencia de haber cometido algunas exacciones ilegales, el pueblo se quejó de él ante Tiberio, el cual le condenó á destierro en Viena del Delfinado, donde lleno de desesperación puso fin á sus días con el suicidio, teniendo de esta suerte igual fin el traidor que vendió y el Juez que condenó al Redentor.

CAPÍTULO XVII.

Jesucristo clavado en la Cruz.

Eran las nueve de la mañana cuando los soldados que habían de ejecutar al inocente reo se apoderaron de su sagrada Persona y le hicieron infinidad de ultrajes. Le quitaron el ridículo manto de púrpura, le vistieron sus propios vestidos, para que siendo más conocido fuese más afrentado, le echaron una soga al cuello y poniendo la Cruz sobre sus hombros, con la corona de espinas en la cabeza, descalzos y ensangrentados los pies, caminó al Calvario el Cordero sin manchilla, el verdadero Isaac, atravesando de aquella suerte la larga distancia que separa aquel monte de la ciudad de Jerusalem. Bien pronto se le agotaron las pocas fuerzas que le quedaban y cayendo una, dos y hasta tres veces bajo el pesado madero de la Cruz, comprendieron los judíos era imposible llegara hasta la cumbre con el instrumento de su suplicio; temerosos de que aquel estado de debilitación de la Sacrosanta Víctima, pudiera librarla ó al menos retrazar el instante anhelado de verla en la Cruz, alquilaron un hombre de Cirene en Lybia, llamado Simón, que venía de una granja, para que ayudara al Hijo de Dios á llevar la Cruz, pudiendo ya con este auxilio, aunque siempre con trabajo, continuar su marcha dolorosa hasta la cumbre del Calvario. Se-

guían á Jesucristo su Santísima Madre, transida de dolor, multitud innumerable de pueblo y algunas piadosas mujeres, que daban tristes gemidos al ver el estado tan afflictivo en que se hallaba el divino Maestro. Este se volvió hacia ellas, y olvidándose de sí para no pensar, en su infinita Caridad, sino en las desgracias que habían de sobrevenir sobre su pueblo escogido á consecuencia de su deicidio, les dijo: *No lloréis por mí; llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos.*

Llegaron por fin á la cumbre del Calvario: acompañaban al Salvador dos ladrones que habían de ser crucificados con Él. Los sayones desnudan con fiereza á Jesucristo, renovando todas las heridas de su cuerpo destrozado, por haberse pegado las ropas á ellas; le extienden en la Cruz, estiran violentamente aquellos pies y manos sacratísimos, para que alcancen á los agujeros de antemano abiertos en aquélla; agudos clavos impelidos á golpes de martillo taladran los miembros sagrados, causando dolores intensísimos y violentísimas convulsiones al Salvador, al romper con sus puntas los nervios, asiento de la sensibilidad; y cuando el Santo Cuerpo quedó fijo en la Cruz, llevan ésta arrastrando algunos pasos, la levantan en alto, y con violencia la dejan caer en el hueco de una peña, produciendo la violenta sacudida que los clavos desgarran más y más las manos y los pies del Redentor.

Era costumbre dar á los ajusticiados á beber un poco de vino mezclado con mirra, cuya bebida produce algún narcotismo y hacía se sintieran menos los dolores; pero el Salvador, que destinaba los suyos á la gloria de Dios Padre y á la salvación del mundo, probó la bebida para gustar su amargura, pero no la quiso beber.

Consumada la obra de la iniquidad, parecía que el castigo no debía dejarse esperar. Una sola palabra del Señor, y el rayo reducía á cenizas á los verdugos crueles, á los soberbios judíos y á la Jerusalem deicida; pero no hay que temer se pronuncie esa palabra. Los labios secos y amoratados de Jesús se abren, pero para dar paso á frases de misericordia: *¡Padre, dice, perdónalos, porque no saben lo que se hacen!* Los soldados entre tanto se dividían entre sí los vestidos del Crucificado y sorteaban su túnica, cumpliéndose de este modo otro vaticinio de los profetas, y á la vez colocaban sobre la Cruz la causa de la condenación escrita por Pilatos en estos términos: *Jesús Nazareno, Rey de los Judíos*. Estos hubieran querido que la redactara diciendo, que él había dicho, yo soy el Rey de los judíos; pero Pilatos se negó á ello reconociendo de esta suerte y sin darse cuenta, la cualidad de Rey en Jesucristo, cualidad que en breve había de aparecer de un modo evidente; pues si los judíos no quisieron que el Salvador reinara sobre ellos, vieron con asombro á todos los pueblos gentiles reconocerle por su Rey, por su Salvador y por su Dios.

Aun no bastaba á la crueldad de los verdugos ver á su Víctima pendiente de tres clavos y próxima á espirar: el Señor no oía en derredor de su patíbulo más que burlas amargas, blasfemias é impiedades; siendo los que más se distinguían por sus sarcasmos los doctores de la ley, que mirando complacidos los tormentos del Crucificado, meneando sus cabezas decían: *Á otros salvó y Él no puede salvarse. Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz y te creeremos.* No comprendían, en su apasionamiento estos desdichados, que si el Salvador hubiera hecho aquel milagro que le pedían, desacreditaba todos los anteriores; porque estando vaticinado que el Mesías había de morir en Cruz por los pecados de los hombres, al bajar milagrosamente de ella probaba no ser el Salvador.

Los ladrones crucificados con Jesucristo unían sus blasfemias á las de los doctores, los soldados y el populacho; pero de pronto uno de ellos, reprendiendo al otro por sus groseros insultos, le dijo: *¿Y no temes á Dios estando tan próximo á la muerte? Nosotros padecemos por nuestra culpa, pues recibimos lo que merecen nuestras obras; pero este no ha hecho ningún mal.* Y volviéndose hacia Jesús le dijo: *Señor, acuérdate de mí cuando hayas entrado en tu reino.* Esta profesión de fe sincera, con humildad y profunda contrición de sus culpas, fué recompensada en el acto, pues Jesús le dijo: *Hoy serás conmigo en el Paraíso.* El dichoso ladrón bajó, en efecto, el mismo día al seno de Abra-

ham, donde los justos esperaban la redención para entrar en el Cielo, y en cuyo lugar esparció el Redentor aquel día también la bienaventuranza esencial. La Iglesia ha colocado en el catálogo de los Santos, con el nombre de San Dimas, á este criminal que supo aprovecharse de la Sangre preciosa que cerca de él se derramaba.

Un objeto más interesante aún para Jesús llamó su atención: necesitaba cumplir los deberes que impone la naturaleza, para enseñarnos una vez más, no vino á destruir la ley, sino á cumplirla y perfeccionarla. María, á la que su violenta aflicción no le había impedido seguir á su divino Hijo hasta el Calvario, permanecía allí de pié, junto á la Cruz, sufriendo en su alma purísima los tormentos del Salvador. La acompañaban San Juan, el discípulo amado, María Magdalena, y otra María, mujer de Cleofás. Jesús, al ver á su Madre, la dijo, indicándole con la mirada al discípulo predilecto: *Mujer, ve ahí á tu hijo*; y dirigiéndose luego á Juan añadió: *Ve ahí á tu Madre*. La Santísima Virgen adoptó á Juan por hijo en aquella hora y en su persona á todos los cristianos, y Juan honró á la Señora como á su Madre, cumpliéndose así la última voluntad de Jesucristo.

Era cerca de la hora sexta, que corresponde á la una de la tarde, y unas espesísimas tinieblas encubrieron la luz del sol, quedando la tierra sumida en la oscuridad. Estas tinieblas, que no fueron efecto de

un eclipse, sino de la Omnipotencia de Dios, no se limitaron á Jerusalem, sino que se extendieron por todo el globo. Así lo afirma *San Dionisio Areopagita*, en sus obras; *Flegón*, liberto del emperador Adriano, en su *Historia de las Olimpiadas*, y *Thalo*, historiador griego contemporáneo del anterior; y no podía ser de otra manera, pues era preciso que toda la naturaleza vistiera luto por su Soberano Autor.

En aquella hora Jesús habló su cuarta palabra: *Eloi, Eloi*, exclamó, *lamma sabacthani*, que significa *Dios mio, Dios mio, ¿por qué me has desamparado?* Muchos judíos extranjeros que se hallaban presentes y que ignoraban el dialecto que se hablaba en Jerusalem, dijeron: *¿Elias llama, veamos si viene Elias á salvarlo.* Después, sabiendo el Salvador que todos los oráculos de su Pasión estaban cumplidos menos una leve circunstancia, dijo: *Sed tengo*; y al momento un verdugo empapó una esponja en vinagre y hiel, la puso en el extremo de una caña y la acercó á los divinos labios del Redentor, quien después de gustar aquella bebida amarguísima, cumpliendo así la profecía de David, seguro de que nada faltaba á su sacrificio, dijo: *¡Todo está consumado!* Luego, siendo ya la hora nona, las tres de la tarde, para demostrar moría por su voluntad, que los tormentos, la cruz y los clavos no hubieran podido destruir su naturaleza humana, unida como estaba á la divina, si Él no hubiese querido, con una voz llena de vida y fortaleza,

imposible en un moribundo ordinario y que ha perdido toda su sangre; haciendo ver podía conservar la vida ó morir, exclamó dando un gran grito: *Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.* É inclinando la cabeza espiró.....

.....

.....

CAPÍTULO XVIII.

Sepultura de Jesucristo.

Al último suspiro de Jesús, que consumaba la gran obra de la reconciliación del linaje humano con su Criador, debían de seguirse los honores que Dios Padre había de querer se hicieran á su Hijo muy amado. Y con efecto, las densas tinieblas que hacía tres horas eclipsaban los resplandores del Sol, desaparecieron, mostrándose aquel astro en todo su brillo: el velo del Templo que separaba la parte llamada el *Santo*, de la *Sancta Sanctorum*, se rasgó en toda su longitud; un violentísimo terremoto conmovió toda la tierra, destruyendo catorce ciudades del Asia Menor y haciendo desprenderse de las montañas grandes moles de piedras, que se deshacían con estrépito al chocar entre sí, y muchos santos que yacían en sus sepulcros, resucitaron, apareciendo á varias personas en la ciudad, como primicias arran-

casas al reino de la muerte, por su divino vencedor.

El ejemplo de las criaturas insensibles produjo su efecto; el centurión ú oficial romano que mandaba la fuerza encargada de custodiar la ejecución de los reos, viendo que Jesús había espirado exhalando un gran grito y todos los extraños fenómenos que acontecían después, glorificó á Dios diciendo: *Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios, era justo*; y los demás soldados unieron su voz á la de su jefe, para bendecir y alabar al Señor. Finalmente, todos los espectadores, cuyo corazón no estaba endurecido, al considerar aquellas manifestaciones de la justicia de Dios, regresaban á la ciudad dándose golpes de pecho.

El Calvario fué poco á poco quedando desierto de la multitud que lo había ocupado, volviéndose cada cual, unos más endurecidos en sus culpas, otros felizmente arrepentidos. Sólo quedaban ya en el monte contemplando dolorosamente el sacrosanto cadáver, la Santísima Virgen, San Juan, su hijo adoptivo, María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor y de José, Salomé, madre de los hijos del Cebedeo y los soldados que custodiaban el lugar y que no se habían retirado porque los dos ladrones crucificados con el Salvador aun no habían muerto, sino que agonizaban lentamente. Pero era ya indispensable retirar los cuerpos de los ajusticiados, porque la solemnidad del sábado, que empezaba al ponerse el sol, se aproximaba, y para poderlo conseguir abreviando la muerte de

los reos, los judíos pidieron á Pilatos mandara romper los huesos de las piernas de aquéllos, á lo cual accedió el gobernador de Judea. Los soldados encargados de hacerlo, al ver muerto á Jesús, sólo acabaron de matar de dicha suerte á los dos ladrones; pero uno de aquéllos, extralimitándose á lo que se le había mandado, enarbolando la lanza, hirió con ella el Santísimo Costado del Redentor, y al punto salió de la herida sangre y agua. Una piadosa tradición refiere que aquella sangre y agua corrieron por la lanza del soldado hasta mojar sus manos; á su contacto se estremeció el militar é instintivamente se llevó las manos á los ojos, quedando sano en el acto de una dolencia que padecía en ellos, ante cuyo milagro no pudo menos de confesar la divinidad de Jesús, y bautizado más tarde por San Pedro, padeció martirio en la primera persecución, siendo inscripto en el catálogo de los santos con el nombre de San Lonjinos.

Estaba vaticinado que al Salvador, verdadero Cordero Pascual, no se le rompería hueso alguno y que su Costado le traspasaría una lanza: el poder de lo alto, dirigiendo los sucesos, hizo que no quedaran sin cumplir las profecías.

Era preciso, pues, dar sepultura al cadáver del Redentor, que hacía una hora había espirado y no podía permanecer en la Cruz, á causa de la solemnidad del sábado. Un hombre virtuoso llamado José, de la ciudad de Arimathea, discípulo de Jesucristo, aunque

secreto, se prestó á cumplir estos tristes y últimos deberes para con su Maestro. Al intento se presentó con intrepidez á Pilatos y le pidió el cuerpo de Jesús. Cerciorado el presidente romano de la verdad de la muerte, no tuvo inconveniente en concederlo, y asociándose entonces á José Nicodemus, también discípulo secreto del Salvador, llevaron una sábana y como unas cien libras de mirra y áloes. Con respeto bajaron de la Cruz el sacrosanto cadáver, que la Santísima Virgen recibió en sus brazos purísimos, siendo después envuelto en la sábana y ungido con aquellos aromas. Había cerca del Calvario un huerto y en él un sepulcro, propiedad de José, cuya tumba abierta en la peña no había recibido en su seno cadáver alguno, y aprovechando su proximidad, allí enterraron el divino Cuerpo, cerrando la entrada de la sepultura con una gran piedra, y sin que al entierro del Salvador concurrieran más personas que su afligidísima Madre, San Juan, las otras piadosas mujeres que le habían acompañado en su agonía y los dos santos varones José de Arimathea y Nicodemus.

Los judíos entre tanto no estaban en descanso, aunque habían conseguido matar al Hombre á quien odiaban; todavía temían su poder. Los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, recordando que el divino Maestro había anunciado su resurrección, pidieron á Pilatos guardias para custodiar el sepulcro; *no sea, dijeron, que los discípulos del Crucificado roben el*

Cuerpo y hagan creer que ha resucitado, siendo este error más transcendental que el primero. Pilatos les dijo que pues ellos tenían también soldados, guardarán la tumba como mejor les pareciera; y con efecto, poniendo el sello público sobre la losa, constituyeron un cuerpo de guardia delante del sepulcro.

CAPÍTULO XIX.

La Resurrección del Señor.

El cadáver del Salvador, que con tantas precauciones custodiaban los judíos, era sin embargo libre entre los muertos. De nada pueden servir los esfuerzos humanos para contrarrestar el poder del Omnipotente. El misterio de la Resurrección de Jesucristo, como base y fundamento de toda nuestra Fe, necesitaba comprobarse de un modo tan evidente, que á no cerrar los ojos á la luz, fuera imposible dudar de Él un instante, dada la claridad de las pruebas que lo demostraron. Y así sucedió en efecto; aun aquellas circunstancias que pudieran parecer casuales, no fueron sino Decretos de la Providencia, con los cuales se corrobora la verdad de la dicha Resurrección.

El sepulcro donde fue enterrado el Santo Cuerpo, era nuevo; ningun cadáver había sido sepultado allí anteriormente y los guardias encargados de su custodia eran soldados judíos, pues Pilatos, como hemos visto, no quiso valerse de la legión romana, á sus ór-

denes, sino que autorizó á los príncipes de los sacerdotes para utilizar la fuerza armada de que á su vez podían disponer. Convino así todo á los designios de Dios, lo primero para alejar hasta la sombra de la sospecha de que el muerto no había resucitado por su propia virtud, sino por el contacto de los huesos de algún patriarca ó profeta enterrados allí con anterioridad, haciendo de esta suerte perder al Redentor su carácter de Mesías; á la vez que la disposición misma del sepulcro, abierto en la roca, y sin más entrada que la que se cerraba con la losa, impedía sostener hasta la suposición de un hurto furtivo del cadáver allí enterrado. Lo segundo, también lo ordenó la sabiduría divina, porque si soldados romanos y no judíos, hubieran sido los encargados de la custodia de la tumba, fácilmente los príncipes de los sacerdotes y los fariseos hubieran podido defenderse había hurtado un cadáver, cuya guardia se encomendó á soldados idólatras, á quienes nada importaba la religión judaica, á la que aquéllos pretendieron servir con todo aquel lujo de precauciones.

Cerrado, pues, el sepulcro, sellada la losa con el sello de la autoridad y custodiada la única entrada practicable de aquella tumba por centinelas judíos, los principales de la nación, los autores del deicidio, vieron transcurrir el día del sábado entre la esperanza y el temor, alimentando la confianza de que pasados los tres días vaticinados por el Hombre-Dios para re-

sucitar de entre los muertos, sin que ocurriese novedad alguna, el triunfo era de la Sinagoga, pues el recuerdo de Aquel se iría extinguiendo poco á poco; sentían reanimarse sus esperanzas; pero al recordar los estupendos milagros que habían visto hacer á su Víctima y las prodigiosas circunstancias de su Muerte, el temor se apoderaba por completo de su espíritu, viéndose ya confundidos y anonadados por un nuevo prodigio. Y así en efecto sucedió; pasado el combate, era llegado el momento de que el Salvador saliera victorioso de su sepultura.

Dios no ha revelado el instante precioso en que se verificó este acontecimiento tan grandioso: pero parece tuvo lugar entre la aparición de la aurora y la salida del sol. Jesucristo resucitó por su propia virtud, dejando en el fondo del sepulcro los lienzos en que había sido envuelto, para que fueran mudos testigos de su triunfo. Salió de la tumba sin apartar la losa, penetrándola con su Cuerpo glorioso, como el astro del día penetra un cristal con los rayos de su luz. Entonces hubo un gran terremoto; un Angel bajó del Cielo y acercándose á la piedra la revolvió y se sentó sobre ella. Su rostro era brillante como un relámpago y sus vestiduras blancas como la nieve; aterrados los guardias por el temblor de tierra y por la vista de aquella gloriosa y celeste aparición, cayeron en tierra sobrecogidos de espanto; y cuando lograron reponerse algo, pusieron en precipitada fuga, yendo

á contar á los príncipes de los sacerdotes cuanto habían presenciado en aquella mañana memorable para siempre.

María Magdalena, María, madre de Santiago y Salomé, tan pronto como terminó la fiesta del sábado, que concluía por la tarde, se apresuraron á comprar sustancias aromáticas, para ir al sepulcro en la madrugada del siguiente día y embalsamar de nuevo el Cuerpo de su querido Maestro, rindiéndole de esta suerte el postrimer tributo de su amor. Pusiéronse en camino al rayar el alba, para llegar al sepulcro antes de salir el sol, sintiendo durante su camino el terremoto, que no les hizo impresión, pensando como pensaban exclusivamente en llegar cuanto antes para demostrar su amor á Jesucristo. No dejaba de preocuparles la idea de la pesada losa, que era indispensable remover para poder entrar en la sepultura, no pensando en los centinelas, porque ignoraban este exceso de precaución tomado por los judíos. Sin embargo, el primer obstáculo hubiera sido bastante para hacerlas desistir de su empresa, tanto más cuanto que habían visto el trabajo que la tarde del entierro del Salvador, costó á muchos hombres llevar la dicha losa hasta la boca del sepulcro; pero el amor divino que abrasaba su Corazón, les hacía creer posible lo que en realidad no lo era para las tres mujeres, y en estos pensamientos llegaron al fin de su camino, quedando gustosamente sorprendidas, al encontrar separada la

losa y franca la entrada de la sepultura, pudiendo llegar fácilmente hasta una segunda cueva en la que había sido colocado el Sacrosanto Cadáver. Al fijar las santas mujeres sus miradas sobre el Espíritu celestial sentado sobre la losa, no pudieron menos de experimentar algún temor; pero aquél se apresuró á tranquilizarlas, manifestando no debían buscar ya entre los muertos al que estaba resucitado, y que después que estuvieran convencidas por sí mismas de ello, fueran á dar tan feliz nueva á los demás discípulos, y en particular á Pedro, de quien el Angel hizo especial mención, no sólo por tenerle Dios escogido para cabeza de su Iglesia, sino tambien para consolarle y que comprendiera habían sido oídas las voces de su contrición y que el pecado cometido al negar á su Maestro le había sido ya perdonado.

Las santas mujeres, fuera de sí de gozo, entraron en el sepulcro, y no hallando el cuerpo del Señor, corrieron presurosas á dar la noticia á los Apóstoles. Habiendo encontrado á Pedro y á Juan, ambos fueron al sepulcro; pero lo mismo que aquellas piadosas mujeres, sólo hallaron los lienzos que habían servido de mortaja á Jesucristo, por lo que volvieron á Jerusalem, quedando sola Magdalena junto al sepulcro. Su grande amor al Hijo de Dios, hizo que permaneciera allí deshecha en lágrimas. En este estado volvió á mirar el interior de la tumba y vió otros dos Ángeles vestidos de blanco, sentados en el sitio donde

había sido colocado el cuerpo de Jesús, uno á la cabeza y el otro á los pies, los cuales le preguntaron el motivo de su llanto, á lo que respondió ella, que por haberse llevado á su Señor y no saber dónde le habían puesto. Y al expresarse en estos términos se volvió al exterior y vió á Jesucristo, pero no le conoció, y creyendo sería el hortelano de aquel huerto: *señor*, le dijo María; *si os lo habéis llevado, decidme dónde le habéis puesto*. Á estas palabras, que dan claramente á entender la caridad ardiente que abrasaba el alma de Magdalena, Jesús no quiso dilatar por más tiempo el darse á conocer. *María*, la dijo, y á esta sola palabra, desapareció el velo que envolvía su Sacratísima Persona, y que impedía le conocieran, y Magdalena, transportada de inexplicable gozo, cayó de rodillas á sus pies, pretendiendo abrazarlos y exclamando: *¡Oh divino Maestro!* Pero Jesús le dijo: *No me toques, porque aun no he subido á mi Padre; mas ve á mis hermanos y diles subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y á vuestro Dios*. Que es como si le dijera: no pienses mirarme ya de la manera que hasta ahora; desde hoy lo harás de un modo sobrenatural. Cuando haya subido á mi Padre, me reconocerás como verdadero Dios, á la vez que como verdadero Hombre.

CAPÍTULO XX.

Pruebas de la Resurrección del Señor.

Es indudable que Jesucristo se dejó ver de su Santísima Madre, antes que de otra persona alguna, siendo justo participara la primera del gozo y de la gloria de la Resurrección. En aquel mismo día se apareció el Señor á Pedro, á las santas mujeres y á dos discípulos que iban al castillo de Emaus; pero á pesar de tantos testimonios, los demás Apóstoles se negaron á creer la Resurrección de su Maestro, no por falta de fe, sino por el mismo deseo que experimentaban de que fuera cierto el hecho; como acontece muchas veces, que por el temor de creer la realidad de una cosa que deseamos, y sufrir después un desengaño, nos negamos á darle crédito mientras no existan datos ciertos y pruebas concretas y positivas. Esta era la situación y el estado de ánimo de los Apóstoles. Jesucristo tuvo compasión de ellos, y hallándose aquella misma noche reunidos todos en el Cenáculo, excepción hecha de Tomás, estando cerradas las puertas y sin que nadie las abriese, el Salvador se presentó de improviso en medio de ellos, saludándoles con estas tiernas palabras: *La paz sea con vosotros; Yo soy, no temáis*; después les reprendió amorosamente no haber creído en su Resurrección, y

para convencerles de ella y tranquilizarles, pues todavía creían ver delante de sí un fantasma, pidió de comer, y aunque no tenía necesidad, comió en presencia de todos un poco de pez asado y panal de miel que le presentaron.

A pesar del testimonio de sus compañeros, Tomás no quería rendirse á la evidencia, y fué tanta la bondad del divino Maestro, que en otra aparición permitió á aquel Apóstol incrédulo, tocar las cicatrices que los clavos habían hecho en los pies y en las manos y la lanza en el Sacratísimo Costado del Redentor; no sin hacer presente al repetido Tomás, la necesidad de creer sin ver, para alcanzar la Bienaventuranza.

Entre tanto los príncipes de los sacerdotes, los escribas y los fariseos, la Sinagoga entera se encontraban llenos de temor, no sólo por la relación de los soldados encargados de la custodia del sepulcro, sino también por los rumores que ya circulaban respecto á la Resurrección del Salvador; en su turbación no se les ocurrió más recurso que llamar aparte á los dichos soldados, y dándoles dinero, exigirles dijeran que, estando ellos dormidos, los discípulos de Jesús vinieron y hurtaron su Cuerpo. Mentira estúpida, que los guardianes de la tumba, comprados de aquella suerte, no vacilaron en referir y propagar por todas partes, sin comprender sus autores que con aquel engaño corroboraban de un modo más evidente que

la luz del día, la verdad de la misma Resurrección que pretendían negar.

En efecto, es materialmente imposible, que todos, absolutamente todos los soldados que componen un cuerpo de guardia, se duerman, incluyendo los centinelas, y despreciando de esta suerte el cumplimiento de su deber, no vacilen en sacrificar su honor y su vida, con los que los individuos en un cuerpo de guardia responden de lo que se ha confiado á su custodia. Però suponiendo que así se verifique, traspasa por completo los límites de la verosimilitud, que tan profundo sea el sueño de esos soldados, que ni siquiera despierte uno al ruido que necesariamente han de hacer varios hombres, para separar de su sitio una piedra pesadísima y sacar y llevarse un cadáver á fuerza de brazos. Por otra parte, si los soldados estaban dormidos, ¿cómo vieron á los Apóstoles cometer el robo? Dicen que fueron ellos; luego los vieron, luego no dormían; y siendo así, ¿cómo no impidieron el delito, faltando á sus deberes? Sin embargo, ¡á estos soldados, que merecían un severísimo castigo, se les deja impunes y se les regala! La mentira no puede aparecer más clara.

Por otra parte, se dirá que los soldados no vieron á los Apóstoles hurtar el cadáver, porque todos estaban profundamente dormidos; pero como sólo los Apóstoles podían tener interés en cometer aquel delito, se supone que ellos y sólo ellos cometieron el robo. Mas

á poco que se reflexione se comprende que los Apóstoles, no verificándose la Resurrección de su Maestro, ningún interés podían tener ya en correr un riesgo para simularla y continuar de esta suerte apareciendo como discípulos de un impostor que los había engañado, no resucitando como prometió en vida, y más les convenía, sin duda, reconocer su error ante la Sinagoga y ponerse al lado de ésta para ahogar aquella Religión nueva y que ya carecía de base, desde el momento en que no se cumplían las promesas del que la había predicado. Poniéndose de parte de los judíos, podían esperar protección, honores, recompensas; continuando en propagar las doctrinas de su Maestro, que al fin las desmentía al no resucitar, sólo podían prometerse persecuciones, castigos y la muerte: la elección no era dudosa; luego no hay razón que justifique se arriesguen aquellos pobres pescadores tímidos y débiles á cometer los delitos de violación del sello público y hurto de cadáver, por conservar la memoria de quien ya nada podían esperar.

Por último, en las distintas persecuciones que sufrieron los Apóstoles de parte de los judíos, ni cuando prendieron y azotaron á San Pedro y á San Juan, ni cuando dieron muerte á Santiago, jamás se acusó á ninguno de ellos de haber hurtado el cadáver del Señor; sólo se les acusaba de predicar á Jesucristo. Luego podremos concluir que los esfuerzos de los judíos para negar la Resurrección, contribuyeron á de-

mostrarla de un modo que no deja lugar á duda de ningún género.

Podrá quizá objetarse por alguno, que el Salvador debió de aparecerse en toda Jerusalem, á la Sinagoga y á todos sus enemigos, para confundirlos; pero á esto puede responderse con San Crisóstomo, que cuando así no lo hizo el Señor, es porque dado el endurecimiento del corazón de los judíos, su aparición hubiera sido inútil. Y no podía ser de otra manera, ¡si lejos de convertirlos el pasmoso milagro de la Resurrección de Lázaro, sirvió sólo para acrecentar el odio hacia la Sagrada persona del Mesías, y hasta pensaron en matar al resucitado, para que desapareciera un testigo intachable de aquel milagro! Claro es que si Jesucristo se hubiera aparecido á sus enemigos, en su implacable odio, hubieran pensado en un nuevo deicidio, aunque no les fuera dable ya verificarlo.

Bastaba, por consiguiente, para probar la verdad de la Resurrección, el testimonio de los discípulos del Salvador, corroborado con los prodigios sin número que obraron, de cuya suerte pudieron convencerse los judíos, como se convenció el Universo entero; si aquéllos no lo hicieron, claro es no fué por falta de pruebas, sino porque no quisieron, prefiriendo resistir á la verdad.

CAPÍTULO XXI.

Establecimiento de la Iglesia.

Aunque la vida del Salvador después de su Resurrección y durante los cuarenta días que permaneció en la tierra, fué muy distinta de la que había tenido antes, libre como estaba ya de las necesidades del cuerpo que por nosotros había tomado y que ya tenía las cualidades de glorioso, con todo se apareció con frecuencia á los Apóstoles; hizo delante de ellos muchos milagros, continuó en darles saludables instrucciones y estableció como remedio del pecado el *Sacramento de la Penitencia*. Tuvo esto lugar en aquella primera aparición que hizo el Señor á sus Apóstoles, la noche misma del día de su Resurrección, (1) y de que antes nos hemos ocupado. Después que Jesucristo les deseó la paz, les dijo: *Así como el Padre me envió, así también os envío yo á vosotros*, y de la misma manera que en el principio del mundo soplando Dios en el rostro de Adán, le infundió el alma, que es el espíritu que anima el cuerpo del hombre, así Nuestro Señor Jesucristo, soplando sobre sus Apóstoles, les comunicó la vida y el espíritu de la Gracia diciéndoles: *Recibid el Espíritu Santo; aquellos cuyos pecados perdonaréis, perdonados les serán; y*

(1) Evangelio de San Juan. Cap. XX. Vers. 21, 22 y 23.

aquellos á quienes los retuviereis, les serán retenidos. Admirable potestad mediante la cual el Supremo Juez, quiere que los Apóstoles y sus sucesores en el ministerio de la salvación de las almas, la tengan como Él la tiene y puedan, por tanto, los pecadores verdaderamente arrepentidos, reconciliarse de nuevo con Dios su Padre, mediante el *Sacramento de la Confesión*. El Apóstol Santiago manifiesta la necesidad de dicho Sacramento para salvarse, (1) y ambos textos sagrados destruyen el error protestante, hoy defendido por la incredulidad moderna, de no ser la *Confesión* establecida por Nuestro Señor Jesucristo, ni haber estado en uso en los tiempos apostólicos; tanto más cuanto que corroborando dichos textos la *Historia de la Iglesia y la Profana* nos ponen á la vista la práctica de la *Confesión sacramental*, desde los Apóstoles hasta nuestros días. Cumplióse, finalmente, el plazo durante el cual el Redentor quiso permanecer sobre la tierra después de su gloriosa Resurrección, y cuarenta días después, estando todos los Apóstoles para ponerse á la mesa, se les apareció Jesucristo y sentándose comió con ellos, para probarles más y más de un modo sensible la verdad de la Resurrección. Habiendo acabado de comer les hizo un largo discurso, resumen de cuanto les había enseñado y de lo cual el Espíritu Santo les daría inteligencia más de-

(1) Epístola católica. Cap. V. Vers, 16.

tallada, cuando le recibieran dentro de poco tiempo y pues *ya sabeis*, les dijo, *que me ha sido dada toda potestad en el Cielo y en la tierra; id por todo el mundo á predicar el Evangelio y bautizad en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espiritu Santo; el que creyere y se bautizare se salvará y el que no creyere se condenará.* (1)

Les dió también la potestad de hacer milagros á ellos y á cuantos les sucedieren en su ministerio, promesa cuyo cumplimiento se ha visto en todos los tiempos, cuanto ha podido ser necesario al bien de la Iglesia; y cuando terminó su exhortación, les llevó á la parte de la ciudad que mira á Betania, haciéndoles subir al monte Olivete, distante de Jerusalem cerca de dos mil pasos. Llegados á su cumbre, levantó Jesucristo los ojos al Cielo, y bajándolos después sobre sus queridos discípulos, les dió la bendición, empezando inmediatamente á elevarse en el aire, ascendido por su propia virtud. Los Apóstoles á cuya cabeza se encontraba la Santísima Virgen y todos los discípulos del Salvador le seguían con la vista, hasta que una nube resplandeciente le ocultó por completo, sirviéndole como de carro triunfal. Por más que no veían ya á su divino Maestro, no acertaban á separarse de aquel lugar, pero

(1) Evangelios de San Marcos. Cap. XVI. Vers. 14 al 20 y de San Lucas. Cap. XXIV. Vers. 36 al 52.

dos Ángeles vestidos de blanco, se les aparecieron asegurándoles de la protección de su Maestro, aunque ya no le vieran visiblemente. Entonces ellos acompañados de la purísima Madre de Jesucristo, que era todo su consuelo, se retiraron á Jerusalem para esperar en el retiro y la oración el divino Consolador, el Espíritu Santo que se les había prometido.

Reunidos en el Cenáculo los Apóstoles y los discípulos, siendo entre todos unas ciento veinte personas, San Pedro, á quien aquéllos reconocían ya como representante de Jesucristo, propuso reemplazar en el Apostolado al traidor Judas, pues que su puesto le dejó vacante su desastrosa muerte. Fueron propuestos dos discípulos, José, llamado el Justo, y Matías; siendo ambos iguales en merecimientos, convinieron en que el Señor hiciese la elección, sometiéndola á la suerte. Verificóse ésta y cayó sobre Matías, siendo de este modo ocupados los doce tronos, donde debían sentarse según la palabra de Dios, los pastores enviados á las doce tribus de Israel y á todos los pueblos del Universo. (1)

Hacia diez días que aquella santa congregación se hallaba encerrada, cuando el décimo, que era el de la Pentecostés judaica, á eso de las diez de la mañana se sintió de improviso el ruido como de un viento impetuoso, á la vez que aparecieron unas como len-

(1) San Lucas. Hechos de los Apóstoles. Cap. I y II.

guas de fuego, que fueron á posarse sobre la cabeza de cuantos se hallaban en aquel lugar. Al punto quedaron llenos del Espíritu Santo, sus inteligencias comprendieron con claridad y precisión las *santas Escrituras* y los misterios obrados por el Salvador, y hablando diversas lenguas quedaron convertidos de hombres rústicos en sabios, de tímidos en dencdados para trabajar por la Gloria de Dios y la fundación de la Iglesia.

Con motivo de la festividad habían concurrido á Jerusalem muchos judíos, oriundos de diversos países por haberse generalizado la creencia de que iba entonces á presentarse el Mesías. Los Apóstoles revestidos y animados de una fuerza celestial, se mezclan entre la muchedumbre y empiezan con intrepidez á predicar á Jesucristo. Todos les oyen hablar en su propia lengua, algunos creen se trata de hombres ébrios que no saben lo que dicen; pero San Pedro toma la palabra, les hace ver, que con motivo de la fiesta están todos en ayunas y por consiguiente que no se trata de un fenómeno de embriaguez, sino de un milagro, del cumplimiento de las profecías. Les anuncia la divinidad de Jesucristo á quien ellos han crucificado, les declara ser éste el verdadero Mesías y les exhorta al bautismo, para alcanzar la remisión de los pecados y los dones del Espíritu Santo; siendo fruto de esta primera predicación, tres mil personas, que se convirtieron y bautizaron.

CAPÍTULO XXII.

Predicación y martirio de los Apóstoles.

Los Apóstoles, después de evangelizar la Judea, dóciles á los mandatos de su divino Maestro, se esparcieron por todo el mundo anunciando la verdad. San Pedro, luego de haber pronunciado el admirable sermón que acaba de indicarse en el capítulo anterior, entrando en el templo con San Juan, halló á la puerta un pobre tullido, que pedía limosna y le sanó en el nombre de Jesucristo. A la fama de este prodigio concurrió todo el pueblo á rodear á los Apóstoles, y volviendo San Pedro á dirigir la palabra á aquella multitud, logró convertir cinco mil personas.

Alarmados los judíos en vista de los progresos de la naciente Iglesia, hicieron prender á San Pedro y á San Juan, prohibiéndoseles que predicaran á Jesucristo, pero el Príncipe de los Apóstoles contestó era forzoso obedecer á Dios antes que á los hombres; y con efecto, recobrada su libertad continuó enseñando y multiplicando las maravillas en términos de que colocaban los enfermos en las calles por donde había de pasar el Apóstol, quedando todos sanos con sólo cubrirles la sombra de aquél; por lo que de nuevo volvió á ser encarcelado y azotado cruelmente. Después marchó el Santo á Samaria para administrar el

Sacramento de la Confirmación á los recién convertidos, y á su regreso se detuvo en Lidia, donde curó un paralítico llamado Eneas, y luego en Joppe, en cuya ciudad resucitó á una virtuosa viuda que tenía por nombre Thabites, y donde también tuvo una misteriosa visión, en la que el Señor le dió á entender la vocación de los gentiles á la fe, á la que siguió en efecto la conversión del centurión romano Cornelio y la de sus compañeros, primicias de la Iglesia en el mundo pagano.

San Pedro estableció primeramente su sede en Antioquía; donde sus discípulos empezaron á llamarse cristianos hacia el año 43 de la era de Jesucristo, haciendo también correrías apostólicas por el Ponto, Galacia, Capadocia y Bithinia; vuelto á Jerusalem volvió á ser encarcelado de orden de Herodes Agripa, pero un angel le libertó milagrosamente de sus prisiones durante la noche, recorriendo de nuevo por segunda vez el Apóstol la Judea y gran parte del Asia para pasar, finalmente, á Roma, donde definitivamente estableció su cátedra, disponiéndolo así el Señor, para que dicha ciudad, que había sido cabeza del mundo y centro del error, fuese en adelante capital de la Religión y escuela de la verdad. Allí, después de haber tenido el consuelo de ver establecida la Iglesia, fué preso San Pedro por orden de Nerón y condenado á morir en cruz, cabeza abajo, por haberlo solicitado así el Apóstol, que no se juzgó digno de

expirar en la misma forma en que había sido crucificado su divino Maestro.

Como queda dicho anteriormente, la Iglesia cuenta en el número de los Apóstoles á San Pablo, á pesar de no haber sido elegido por Jesucristo, por haberse hecho acreedor á ello á causa de su celo por propagar la Iglesia de Dios. En efecto, San Pablo, llamado Saulo antes de su conversión, era judío de la tribu de Benjamín; aunque en el principio de la predicación de los Apóstoles se mostró enemigo de la nueva doctrina y acérrimo perseguidor de los cristianos, fué después de su conversión su más ardiente defensor y su más celoso predicador. Dirigiéndose á Damasco con intento de perseguir á los muchos cristianos que en dicha ciudad existían, en el camino vió desprenderse del Cielo una brillantísima luz que, deslumbrándole, le hizo caer en tierra, al mismo tiempo que una gran voz le decía: *Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? ¿Quién sois vos, Señor?* respondió el caído. *Yo soy Jesús, á quien tú persigues,* contestó la voz, *en vano te empeñas en oponerte á mí. ¿Qué queréis que haga?* replicó Saulo, fuera de sí. *Levántate,* le fué respondido, *entra en la ciudad y allí sabrás lo que has de hacer.* Saulo se levantó y tuvo que ser conducido á Damasco, porque había quedado completamente ciego. Una vez allí, por inspiración de Dios, fué á encontrarle un discípulo de Jesucristo llamado Ananías, quien le restituyó la vista, le instruyó y le ad-

ministró el bautismo, mudando su nombre por el de Pablo.

Desde entonces el celo del nuevo apóstol no reconoció límites; pasó á Jerusalem para ver á San Pedro, y después partió á Tarso, haciendo diversas correrías apostólicas á Siria, á Cilicia, á Antioquía, á Chipre, á Salamina y á varias regiones del Asia Menor. Corrió asimismo la Psidia, la Pamphilia, la Atalia y gran parte de la Siria, juntamente con Licaonia, Berea y Atenas, en cuyo Areópago habló, y por último á Corinto, Galacia, Frigia y Éfeso, haciendo cuatro viajes á Jerusalem durante estas expediciones, conquistando en todas partes numerosas almas para Jesucristo y haciendo ver la verdad de su doctrina con numerosos milagros. No contento con predicar de palabra lo hizo también por escrito, mediante sus admirables epístolas, sufriendo innumerables trabajos en defensa de la fe que profesaba. Varias veces fué encarcelado y azotado, y otras varias estuvo á peligro de perecer en el mar y en los caminos. Preso, finalmente, en Jerusalem, como San Pablo apelara de su causa para ante el tribunal del César, fué conducido á Roma, donde le degollaron, coronando con este martirio su glorioso apostolado, durante también el imperio de Nerón.

San Juan predicó á los partos y en el Asia Menor, habiendo tenido la dicha de asistir á la Santísima Virgen, durante la permanencia de la Señora en la

tierra, como el más cariñoso de los hijos. Durante la persecución de Domiciano fué preso y enviado á Roma, donde se le condenó á ser arrojado en una caldera de aceite hirviendo, de cuyo tormento salió ileso, enviándole á trabajar en las minas, en la isla de Patmos, donde escribió las revelaciones que le fueron hechas y que se contienen en el libro llamado el *Apocalipsis*. Muerto Domiciano, San Juan fué á Éfeso, cuya Iglesia gobernó dando ejemplo de todas las virtudes, hasta una edad muy avanzada, en que recibió en el cielo la recompensa de sus méritos. Este Apóstol dejó escrito también un Evangelio, destinado principalmente á manifestar la divinidad de Jesucristo, por lo que se le considera como Evangelista, además de Apóstol.

Santiago, llamado el Mayor por haber sido llamado al Apostolado antes que el otro Santiago, predicó en España, como expondremos más adelante, y sufrió martirio en Jerusalem, donde le cortaron la cabeza de orden de Herodes Agripa, nieto del que hizo morir á los Santos Inocentes y sobrino del que quitó la vida á San Juan Bautista.

San Andrés predicó en Tracia y en Epiro, recorriendo además la Escitia, la Capadocia, la Galacia y la Bhitynia hasta el mar Negro, muriendo en Patrás, ciudad de Acaya, donde fué condenado á la crucifixión en una cruz en forma de X.

San Felipe predicó en Frigia, donde después de

ser azotado y amarrado á una cruz, sucumbió bajo una nube de piedras que le arrojaron.

San Bartolomé evangelizó la Licaonia, la Albania de las Indias orientales y la Armenia, donde llevó el Evangelio de San Mateo y donde también sufrió el martirio haciéndole desollar vivo.

San Mateo predicó en Persia y en Etiopía, donde fué decapitado sobre el altar, estando celebrando el santo Sacrificio. Este santo reúne á su cualidad de Apóstol, la de evangelista, por haber escrito el Evangelio que lleva su nombre.

Santo Tomás llevó la luz de la Fe á los últimos límites del Oriente, siendo tradición universalmente admitida, que en sus correrías apostólicas encontró á los Reyes magos, los bautizó y los asoció á su ministerio, sufriendo el tormento de ser traspasado de lanzadas hasta que espiró en la ciudad de Meliapor, del reino de Narsinga, cerca de Bengala.

Santiago el Menor, fué el primer Obispo de Jerusalem, donde los judíos irritados por sus predicaciones lo precipitaron desde lo alto del Templo, perdiendo de esta suerte la vida.

San Simón predicó en Africa, y según algunos llegó hasta la Gran Bretaña, como San Judas á su vez lo hizo en Mesopotamia y en Lybia: reunidos los dos Apóstoles fueron ambos á Persia, donde San Simón fué aserrado por medio del cuerpo y San Judas decapitado.

San Matías, que ocupó en el Colegio apostólico el lugar vacante por la apostasía de Judas, como queda dicho, predicó en Judea, cuyas provincias recorrió casi todas, siendo condenado por los judíos á ser apedreado, terminando su gloriosa carrera con tan doloroso martirio.

La Iglesia considera también en el número de los Apóstoles á San Bernabé, porque fué asociado á San Pablo en el ministerio de la predicación, dedicándose á evangelizar á los gentiles y acompañando á aquel grande Apóstol en casi todas sus correrías. San Bernabé sufrió martirio en Chipre, donde fué apedreado por el populacho, hasta que perdió la vida.

Además de los Evangelios escritos por San Juan y San Mateo, como queda dicho, hay otros dos de que son autores San Lucas y San Marcos, que por esta causa son llamados evangelistas. Así como San Juan prueba la divinidad de Jesucristo, los otros tres sagrados historiadores refieren los hechos más notables de la vida del Verbo hecho carne, en términos que lo omitido por uno es narrado por el otro y podemos conocer de esa suerte la admirable historia de nuestra Redención. Como se deduce del pequeño extracto que acabamos de hacer de la predicación y martirio de los Apóstoles, el judaismo y el gentilismo se combinaron para ahogar en su cuna la recién nacida Iglesia, pero sus esfuerzos fueron vanos, la sangre de los mártires fué semilla fecunda de nuevos fieles, no quedó un rincón de la tierra donde no lle-

gara la luz del Evangelio y sobre la cúpula del Panteón de los dioses en la Roma pagana, se alzó en la Roma cristiana la santa Cruz de Jesucristo.

CAPÍTULO XXIII.

El Evangelio en España.

Aunque la *Historia Sagrada* propiamente dicha, concluye con el establecimiento de la Iglesia, constituyendo los hechos que han tenido lugar en orden á la Religión, desde las predicaciones de los Apóstoles hasta nuestros días, lo que recibe el nombre de *Historia Eclesiástica*; con todo, nosotros, saliéndonos fuera de los límites de la materia objeto de nuestro estudio, no queremos dar por terminado nuestro trabajo sin decir alguna cosa respecto á la fundación y desenvolvimiento de la Iglesia en España; pues de no hacerlo así creeríamos faltar á un sagrado deber, el de la gratitud para con la Santísima Virgen, Madre de Dios, de cuya purísima Señora ha sido y es nuestra patria la nación predilecta.

Por más que Ella sea la Madre de todos los hombres, pues por tal la constituyó su Santísimo Hijo, pendiente de tres clavos en la Cruz, como queda dicho en su lugar oportuno; de la misma manera que las madres muestran una especial predilección por determinados de sus hijos sin que estas demostraciones de

amor sean motivo de celos y emulación entre los hermanos, así también nuestra dulcísima Madre ha distinguido de un modo particular á los españoles, tomando, por decirlo así, una parte activa en la predicación, propagación y predicación del Evangelio entre nosotros, razón bastante para que con justicia se llame España la nación Mariana por excelencia.

Al esparcirse los Apóstoles por todo el mundo, inflamados por la virtud del Espíritu Santo para llevar con la predicación de la verdad los principios de regeneración á todos los pueblos, Santiago el Mayor vino á España; el campo se mostró en un principio ingrato á su cultivo; la idolatría había echado profundas raíces en nuestro suelo, y las supersticiones gentílicas protegidas por el imperio romano, señor entonces del mundo, se resistían á las predicaciones y á los milagros del enviado de Dios. El Apóstol invocó entonces la protección del Cielo; de rodillas en el silencio de la noche, elevó fervorosas plegarias al Altísimo en las riberas del Ebro. De pronto una luz más resplandeciente que la del sol convierte las tinieblas en claro día; la Santísima Virgen, quiso venir desde Jerusalem donde aun vivía, transportada en una nube por ministerio de los Angeles, para tomar posesión de una tierra que Dios le había destinado como para su patrimonio particular. La divina Señora entregó á Santiago una hermosa imagen suya colocada sobre un pilar de piedra, labrado todo por artífices divinos, y

prometió al Apóstol su constante protección para con los españoles, mientras éstos se muestren amantes hijos suyos, dándola culto en aquella efigie milagrosa. Santiago, transportado de gozo, erigió allí en el mismo lugar de la aparición, un modesto oratorio ayudado por sus discípulos; capilla, que andando los tiempos se convirtió en un templo, y España desde entonces descansa á la sombra de su Pilar venerando, y con el Patrocinio de María Inmaculada ha conseguido triunfar de los obstáculos que el infierno ha querido poner á la conservación y propagación de la Fe católica.

En efecto, los bárbaros del Norte, á la destrucción del imperio romano, invadieron á España, pretendiendo imponer de nuevo los absurdos y los errores de la herejía; pero la nación, firme en la verdad católica y siguiendo las enseñanzas de sus Obispos sucesores de Santiago, consiguió, con la protección de María, lo primero conservar la unidad de su fe, mediante la celebración de sus Concilios nacionales, tan notables en la *Historia Eclesiástica*; y después que los mismos bárbaros, adorando lo que hasta entonces habían menospreciado y menospreciando lo que habían adorado, rindieran su cerviz al yugo suave del Evangelio, proclamándose como única religión del Estado la católica, apostólica, romana, en el célebre Concilio III Toledano.

Si más tarde la invasión musulmana puso de nuevo en peligro la unidad de la fe, María desde el cielo

protegió á Pelayo en *Asturias*, á Ramiro en *Clavijo*, á Alfonso VIII en *las Navas*, á San Fernando en *Sevilla* y á los Reyes Católicos en *Málaga* y *Granada*. El Pilar de Zaragoza permaneció firme é inalterable durante siete siglos de lucha entre la Cruz y la media luna, y la protección de la Santísima Virgen simbolizada en el triunfo de los errores agarenos, y una vez más conservó para España el sagrado depósito de la fe predicada por Santiago el Mayor.

Aparte de estos y otros muchísimos beneficios generales que nuestra patria debe á la Reina del Cielo, son también innumerables los que ha otorgado particularmente. No hay ciudad, villa ni lugar, no hay un rincón por pequeño que sea en la española tierra, que ora mediante una aparición, ora mediante un hecho portentoso, no guarde como perpetuo recuerdo, como prenda preciosa de amor, una imagen de la purísima María, á la que celebran sus comarcas respectivas, con nombres tan dulcísimos como de *Covadonga* en Asturias, de *Montserrat* en Cataluña, de los *Desamparados* en Valencia, de la *Almudena* en Madrid, de la *Victoria* en Málaga, del *Mar* en Almería, de las *Angustias* en Granada, del *Espiritu-Santo* en Valverde de Castilla, de la *Cueva-Santa* en Segorbe, de la *Fuente-Santa* en Córdoba y Jaén, de los *Reyes* en Sevilla, de los *Llanos* en Albacete, del *Niño perdido* en *Caudiel* de Valencia, del *Prado* en Ciudad Real, de *Regla* en Cádiz, de la *Cinta* en Tortosa, de *Valvanera*

en Logroño y de las *Mercedes* en Barcelona. Esto sin hablar de esos otros títulos con que se la invoca, como de *Gracia*, de las *Nieves*, de la *Luz*, de la *Estrella*, de la *Aurora*, del *Consuelo*, de la *Salud*, de la *Piedad*, de los *Remedios*, de los *Ángeles* y del *Reposo* y otros muchísimos con que la devoción ha querido significar que ella, la Madre de Dios, es la más Pura y Santa de todas las criaturas, la consoladora de los afligidos, la medicina de los enfermos, el descanso de los que sufren, la luz que nos guía por entre las tinieblas del mundo, la verdadera Estrella de la mañana, la Reina de los ángeles, el hechizo de los cielos, la triunfadora de Satán, la Madre dulcísima de cuantos vivimos, *gimiendo y llorando en este valle de lágrimas*.

Raro es el templo que no esté dedicado á la Señora, ó al menos que no tenga alguna capilla consagrada á Ella en alguno de sus misterios ó advocaciones, ni hay tampoco un solo español que no esté colocado bajo el patrocinio de la excelsa Reina, ni madre que deje de enseñar á sus hijos la tierna devoción del *Ave María*, ni familia que no posea una imagen de la Santísima Virgen, á la que rinda fervoroso culto en el interior de su hogar, ni persona, en fin, que deje diariamente de invocarla, porque los individuos, las familias, los pueblos, las ciudades y España entera, han recibido y reciben diariamente pruebas inequívocas de la protección de la Madre de Dios y del amor que desde su aparición á Santiago en Zaragoza

ha venido dispensando á los españoles, haciendo que, como dijimos en un principio, nuestra patria sea la tierra Mariana, el suelo bendito por las virginales plantas de la Reina del Cielo, á la que principalmente debemos la progagación y conservación del inestimable tesoro del Evangelio de Jesucristo.

CAPÍTULO XXIV.

Destrucción del pueblo judío.

Los hechos históricos que constituyen el capítulo anterior, lo mismo que los llamados á formar el presente, no forman parte de la *Historia Sagrada*, sino de la *Eclesiástica*; empero si un deber de gratitud para con la Santísima Virgen nos obligó á escribir aquél, nos induce á hacerlo el presente, la creencia de que la *destrucción del pueblo judío*, con la que todas las profecías referentes á la venida del Mesías y al establecimiento de su reinado social, quedaron cumplidas, cierra de un modo completo el estudio de la repetida *Historia Sagrada*, demostrándose con notoria evidencia la divinidad del Salvador y que el plan eterno del Altísimo con relación á sus criaturas puede reasumirse en estas palabras: *todo para Jesucristo, Jesucristo para el hombre y el hombre para Dios.*

Estaba vaticinado no quedaría piedra sobre piedra de la Jerusalem deicida, y que reprobado el antiguo

pueblo de Dios vagarían sus miembros por toda la tierra llevando en su frente el estigma de la maldición divina. Muerto el Salvador, los judíos, como precipitados por la pendiente del crimen, pusieron en breve el colmo á sus maldades; pues no contentos con cerrar sus oídos á la buena nueva que los Apóstoles anunciaban y cuya verdad corroboraba la Resurrección de Jesucristo, que la Sinagoga negaba, pero de la que no podía menos de estar convencida, se opusieron con todas sus fuerzas á la predicación del Evangelio, y la sangre del primer mártir, San Esteban, y la de los apóstoles Santiago el Mayor y Santiago el Menor ensangrentó las calles de Jerusalem; no habiendo muerto también á San Pedro, porque el Señor libertó milagrosamente de la prisión al príncipe de la Iglesia como antes se ha dicho.

Llegó pues el momento en que la espada de la divina Justicia cayera con todo su rigor sobre el pueblo deicida y rebelde. Es una tradición constante atestiguada por el *Talmud* judaico, que desde la muerte de Jesucristo no cesaban de verse fenómenos extraños en el Templo de Jerusalem, que demostraban no era ya aquel lugar elegido por Dios para recibir culto, que la antigua *Alianza* era ya reemplazada por otra más perfecta. Josefo, historiador judío, asegura que un hombre llamado Jesús, hijo de Anano, habiendo ido á Jerusalem para la fiesta de los Tabernáculos, de repente, como acometido de un

fuerte frenesí empezó á exclamar: ¡Ay de la Ciudad! ¡Ay del Templo! ¡Voz del Oriente! ¡Voz del Occidente! ¡Voz de los cuatro vientos! ¡Ay del Templo! ¡Ay de Jerusalem! en cuyos gritos no fué posible hacerle cesar. Cercada la ciudad por los romanos, se encerró dentro del recinto de las murallas y con sus fatídicas voces continuó sembrando el espanto en el ánimo de todos, hasta que sin dejar de pronunciar aquellas palabras cayó muerto de una pedrada lanzada por una máquina. Parecía que el nombre de Jesús que debió ser para los judíos nombre de salud, se convertía por su obstinación en nombre mensajero de desdichas para ellos.

Los hebreos que hacía ochenta años sufrían el yugo de Roma, se habían revelado contra el poder imperial, y éste para someterlos á la obediencia, mandó un ejército á las órdenes de Vespasiano, el cual puso sitio á Jerusalem, donde los rebeldes se hicieron fuertes. Los más sabios de la ciudad salieron de ella previendo las desgracias que iban á sobrevenir, y los cristianos que en gran número se encontraban en su recinto se marcharon también á las montañas de la Siria.

La división que se introdujo en breve entre los sitiados hizo que se formaran en Jerusalem diferentes partidos que cometieron los mayores excesos. Por aquel entonces, Vespasiano fué llamado á Roma para vestir la púrpura imperial y dejó encomendado el

mando del ejército á su hijo Tito. Este hábil general, sabiendo lo que pasaba en el interior de la ciudad, dejó que los judíos se destruyeran á sí mismos para conquistar más fácilmente á Jerusalem. Al efecto, acampó á una legua de distancia y cerró todas las salidas. Los víveres se consumieron en breve y el hambre se dejó sentir. Los judíos comían lo que encontraban, se lo arrancaban los unos á los otros y hasta se mataba á los niños para arrebatarles el pan. Los sediciosos entre tanto, ciegos por la ira y el despecho se mostraban más obstinados en continuar la guerra. Tito avanzó su ejército, tomó una torre y llegó con sus tropas hasta las galerías exteriores del Templo. El hambre se hizo horrible, se comía hasta lo más asqueroso y alguna madre mató á su hijo para devorarlo después.

Entonces ya Tito dió el último asalto, los judíos no pudieron resistir, y los romanos victoriosos entraron en la ciudad, pasaron á cuchillo á cuantos encontraron y lo llevaron todo á sangre y fuego. Aunque el general había mandado se respetara el Templo, que deseaba conservar como maravilla de arte, un soldado sin poderse contener tomó un tizón encendido y haciéndose levantar en alto por sus compañeros lo arrojó en una de las habitaciones adjuntas al edificio; el fuego prendió instantáneamente, y á pesar de los esfuerzos que mandó hacer Tito para extinguir el incendio, todo quedó reducido á cenizas,

cumpléndose en todas sus partes el oráculo divino. El mismo Tito declaró que su triunfo no era obra suya, habiendo sido él sólo un instrumento de la Justicia de Dios.

En el sitio de Jerusalem perecieron un millón y cien mil habitantes. El resto de los judíos que habían pedido que la Sangre de Jesucristo cayese sobre ellos y sobre sus hijos, vagan desde entonces errantes por la haz de la tierra. Inútilmente, algún tiempo después, en el siglo IV el impío Juliano el Apóstata, en su odio al cristianismo pretendió reedificar el Templo de Jerusalem, para desmentir las santas Escrituras y halagar á los judíos. No bien los cimientos del antiguo edificio quedaron demolidos, cuando sobrevino un terremoto que rellenó las zanjas, dispersó los materiales acumulados, derribó los edificios cercanos y mató é hirió muchos trabajadores. Repuestos algún tanto del susto, quisieron volver á sus tareas: no bien pusieron manos á la obra, cuando salieron del seno de la tierra globos de fuego, que lanzaron sobre los operarios las piedras que querían colocar y consumieron todas las herramientas; reproduciéndose el fenómeno cuantas veces se pretendió reanudar los trabajos, siendo esto motivo para que se convirtieran muchos judíos y muchos paganos.

La *Historia* nos ofrece repetidos ejemplos de naciones que han sido destruídas tras de guerras crueles, pero ninguna de ellas presenta los horribles caracte-

res de la destrucción de Jerusalem: como el crimen de los judíos no puede tener semejante ni en lo pasado, ni en lo presente, ni en lo porvenir, el castigo tampoco puede tener comparación con otro alguno. Al contemplar las ruinas de la ciudad manchada con la Sangre del Dios-Hombre, no puede menos de exclamarse: ¡la mano del Señor pasó por aquí! ¡El hombre es muy pequeño para oponerse á los designios del Altísimo! Así lo comprueba no sólo el hecho relacionado, sino todos los comprendidos en la *Historia*, que con razón se define: realización en el tiempo y en el espacio del plan eterno de Dios, mediante la libertad de su criatura inteligente.

FIN.

APÉNDICE

AL ANTIGUO TESTAMENTO

DURACIÓN DE LA VIDA DE LOS PATRIARCAS PRINCIPALES

ANTERIORES AL DILUVIO.

Nombres.	Nació año del mundo	Vivió años.	Murió año del mundo	Antes de J. C.
Adam	1	930	930	3070
Seth	130	912	1042	2958
Enos	235	905	1140	2860
Cainam	325	910	1235	2765
Malabel	395	895	1290	2710
Jared	460	962	1422	2578
Enoch	622	365	987	3013
Matusalén	687	969	1656	2344
Lamech	874	777	1651	2349
Noé	1056	950	2006	1994
POSTERIORES AL DILUVIO.				
Sem	1558	600	2158	1822
Aphaxad	1658	238	1991	2004
Salé	1693	433	2126	1874
Heber	1623	464	2187	1813
Phaleg	1757	239	1996	2004
Rehu	1787	239	2026	1974
Sarug	1819	230	2049	1951
Nachor	1849	148	1997	2003
Tharé	1878	205	2083	1917
Abraham	2008	175	2183	1817

PERSONAJES DEL ANTIGUO TESTAMENTO

QUE FUERON FIGURA DEL MESÍAS.

Adán.	Isaac.	Gedeón.	Salomón.
Abel.	José.	Jephté.	Jonás.
Noé.	Moisés.	Sansón.	
Melquisedech.	Josué.	David.	

EMBLEMAS DE LA NUEVA ALIANZA

QUE SE HALLAN EN LA ANTIGUA.

El Arca de Noé, representa la Iglesia católica.

El Cordero Pascual y el maná, figuran el adorable Sacramento de la Eucaristía.

La serpiente de metal, simboliza á Jesucristo crucificado.

REYES DE JUDÁ ANTES DEL CISMA.

Saúl.	David.	Salomón.
-------	--------	----------

DESPUES DEL CISMA

EN ISRAEL.

Jeroboán reinó 22 años.	Zambri	»	7 días.
Nadab » 2 »	Amrí	»	12 años.
Baasa » 24 »	Acab	»	22 »
Ela » 2 »	Ochocías	»	2 »

Joram	reinó 12 años.	Selum	reinó 1 mes.
Jehu	» 28 »	Manahem	» 10 años.
Joachas	» 17 »	Phacella	» 2 »
Joas	» 16 »	Phasee	» 20 »
Jeroboán II	» 41 »	Osee	» 9 »
Zacarías	» 6 »		

REYES DE JUDÁ DESPUÉS DEL CISMA.

Roboam	reinó 17 años	Joatham	reinó 16 »
Abías	» 3 »	Achar	» 16 »
Asá	» 41 »	Escequías	» 29 »
Joram	» 8 »	Manasés	» 55 »
Josafat	» 25 »	Amón	» 2 »
Ochocías	» 1 »	Josías	» 31 »
Alhalia	» 6 »	Sehún ó Joachar	3 meses
Joas	» 40 »	Joakin	} Se ignora, pues fueron cautivos de los babilonios.
Amasías	» 29 »	Jechonías	
Ocías ó Azarías	» 52 »	Sedecías	» 11 años.

ÍNDICE

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO I. Definición de la Historia Sagrada.	5
CAPÍTULO II. Fuentes de la Historia Sagrada...	11
CAPÍTULO III. Divisiones de la Historia Sagrada. Autenticidad é integridad de ella	15
PARTE PRIMERA. — ANTIGUO TESTAMENTO. —	
Época primera. — Desde la creación del mundo hasta el diluvio. —	
CAPÍTULO I. La creación	19
CAPÍTULO II. Adán y Eva	28
CAPÍTULO III. El pecado	32
CAPÍTULO IV. Caín y Abel.	37
CAPÍTULO V. La descendencia de Adán	42
Segunda época. — Desde el diluvio hasta la vocación de Abraham. —	
CAPÍTULO I. El diluvio	47
CAPÍTULO II. Consideraciones acerca del diluvio	49
CAPÍTULO III. El arco iris	53
CAPÍTULO IV. Descendencia de Noé.	56
CAPÍTULO V. La torre de Babel	61
Época tercera. — Desde la vocación de Abraham hasta la salida de los israelitas de Egipto. —	
CAPÍTULO I. Vocación de Abraham	66
CAPÍTULO II. Los hijos de Abraham	72
CAPÍTULO III. Las ciudades malditas	75
CAPÍTULO IV. Isaac é Ismael	78
CAPÍTULO V. El sacrificio de Isaac	82
CAPÍTULO VI. Matrimonio de Isaac.	87
CAPÍTULO VII. Los hijos de Isaac	91
CAPÍTULO VIII. El derecho de primogenitura .	94
CAPÍTULO IX. La bendición de Isaac	97
CAPÍTULO X. La escala de Jacob.	105

	<u>Páginas.</u>
CAPÍTULO XI. Matrimonio de Jacob.	108
CAPÍTULO XII. Regreso á la tierra de Canaán	111
CAPÍTULO XIII. Los sueños de José.	115
CAPÍTULO XIV. La venta de José	121
CAPÍTULO XV. Engrandecimiento de José	124
CAPÍTULO XVI. Cumplimiento de los sueños de José.	129
CAPÍTULO XVII. Viaje de Jacob.	135
CAPÍTULO XVIII. Nacimiento é infancia de Moisés	138
CAPÍTULO XIX. Vocación de Moisés	144
CAPÍTULO XX. Las plagas de Egipto	147
CAPÍTULO XXI. El Cordero Pascual	152
CAPÍTULO XXII. Salida de los israelitas de Egipto	155
CAPÍTULO XXIII. Historia de Job..	158
<i>Cuarta época.—Desde la salida de los israelitas de Egipto hasta la edificación del templo de Salomón.—</i>	
CAPÍTULO I. Paso del mar Rojo	164
CAPÍTULO II. El Señor alimenta á los israelitas en el desierto.	167
CAPÍTULO III. En las faldas del Sinai.	171
CAPÍTULO IV. El becerro de oro	177
CAPÍTULO V. El culto de Dios en el pueblo de Is- rael.	180
CAPÍTULO VI. Exploración de la tierra de Ca- naán.	186
CAPÍTULO VII. La tierra de Canaán.	191
CAPÍTULO VIII. Victorias de Josué.	196
CAPÍTULO IX. Conquista del país de Canaán.	201
CAPÍTULO X. Los jueces de Israel. Débora.	204
CAPÍTULO XI. Gedeón, juez de Israel	210
CAPÍTULO XII. El voto de Jephthé	214

	Páginas.
CAPÍTULO XIII. Historia de Sansón.	218
CAPÍTULO XIV. El Sacerdocio de Heli	227
CAPÍTULO XV. Judicatura de Samuel	231
CAPÍTULO XVI. Historia de Ruth	235
CAPÍTULO XVII. Da principio el reinado de Saúl	241
CAPÍTULO XVIII. Continúa el reinado de Saúl.	244
CAPÍTULO XIX. Elección de David para rey. . .	248
CAPÍTULO XX. Victoria de David sobre Goliath.	250
CAPÍTULO XXI. Concluye el reinado de Saúl .	256
CAPÍTULO XXII. Da principio el reinado de David	259
CAPÍTULO XXIII. Concluye el reinado de David	265
CAPÍTULO XXIV. Reinado de Salomón.	270
CAPÍTULO XXV. El templo de Salomón	274
CAPÍTULO XXVI. Dedicación del templo y fin del reinado de Salomón	279
<i>Quinta época.—Desde la dedicación del templo de Jerusalén, hasta la vuelta de la cautividad de Babi- lonia.</i> —CAPÍTULO I. Los Profetas. El cisma de Israel.	
CAPÍTULO II. Los Profetas Elias y Eliseo. . . .	283
CAPÍTULO III. El profeta Jonás	288
CAPÍTULO IV. Historia de Tobías	292
CAPÍTULO V. Historia de Judith. El cautiverio.	296
CAPÍTULO VI. El profeta Daniel. Historia de Su- sana.	304
CAPÍTULO VII. El sueño de Nabucodonosor . .	309
CAPÍTULO VIII. El festín de Baltasar	313
CAPÍTULO IX. Persecuciones de Daniel.	319
CAPÍTULO X. Historia de Esther.	323
CAPÍTULO XI. Concluye la historia de Esther .	331
CAPÍTULO XII. La vuelta del cautiverio . . .	337
<i>Sexta época.—Desde la salida de los judíos del cau-</i>	344

	Páginas.
<i>tiverio de Babilonia hasta el nacimiento de Jesucristo.</i> —CAPÍTULO I. Persecuciones de Antioco IV	348
CAPÍTULO II. Martirio de los Macabeos . . .	351
CAPÍTULO III. Matatias y Judas Macabeo. . .	354
PARTE SEGUNDA.—NUEVO TESTAMENTO.—CA-	
PÍTULO I. Preparación del Mesías	360
CAPÍTULO II. Encarnación y Nacimiento de Jesús	369
CAPÍTULO III. La infancia de Jesucristo . . .	378
CAPÍTULO IV. Da principio la vida pública de Jesucristo.	383
CAPÍTULO V. Jesucristo en el desierto	386
CAPÍTULO VI. Las bodas de Caná. Los Apóstoles	391
CAPÍTULO VII. El sermón de la Montaña. . .	396
CAPÍTULO VIII. Las parábolas de Jesucristo. .	402
CAPÍTULO IX. Conversión de la Samaritana y de la Magdalena	412
CAPÍTULO X. Los milagros de Jesucristo . . .	419
CAPÍTULO XI. La Transfiguración.	428
CAPÍTULO XII. La Nueva Alianza	432
CAPÍTULO XIII. Jesucristo en el Huerto de las Olivas	439
CAPÍTULO XIV. Jesús ante Anás y Caifás . .	443
CAPÍTULO XV. Jesucristo presentado á Herodes y á Pilatos	449
CAPÍTULO XVI. Jesucristo sentenciado á muerte	454
CAPÍTULO XVII. Jesucristo clavado en la Cruz.	458
CAPÍTULO XVIII. Sepultura de Jesucristo . .	464
CAPÍTULO XIX. La Resurrección del Señor . .	468
CAPÍTULO XX. Pruebas de la Resurrección del Señor	474
CAPÍTULO XXI. Restablecimiento de la Iglesia.	479
CAPÍTULO XXII. Predicación y martirio de los	

	<u>Páginas.</u>
Apóstoles	484
CAPÍTULO XXIII. El Evangelio en España . .	491
CAPÍTULO XXIV. Destrucción del pueblo judío..	496
Apéndice al Antiguo Testamento.—Duración de la vida de los patriarcas principales.	503
Personajes del Antiguo Testamento que fueron figura del Mesías. Emblemas de la Nueva Alian- za que se hallan en la antigua. Reyes de Judá, antes y después del cisma	504



